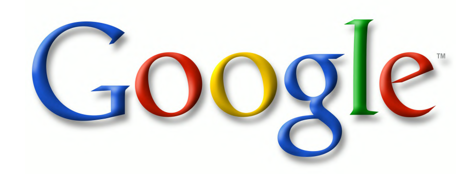
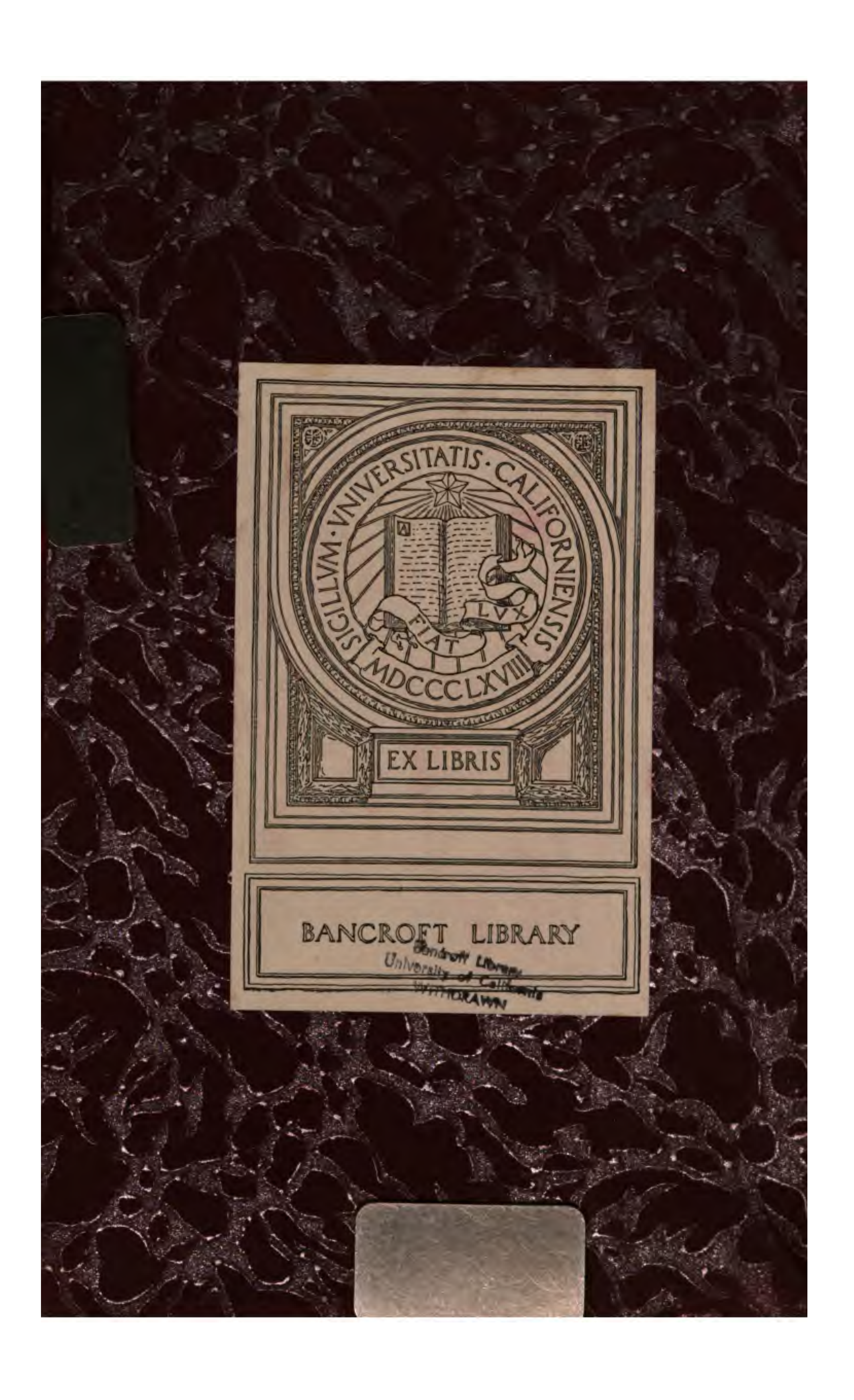
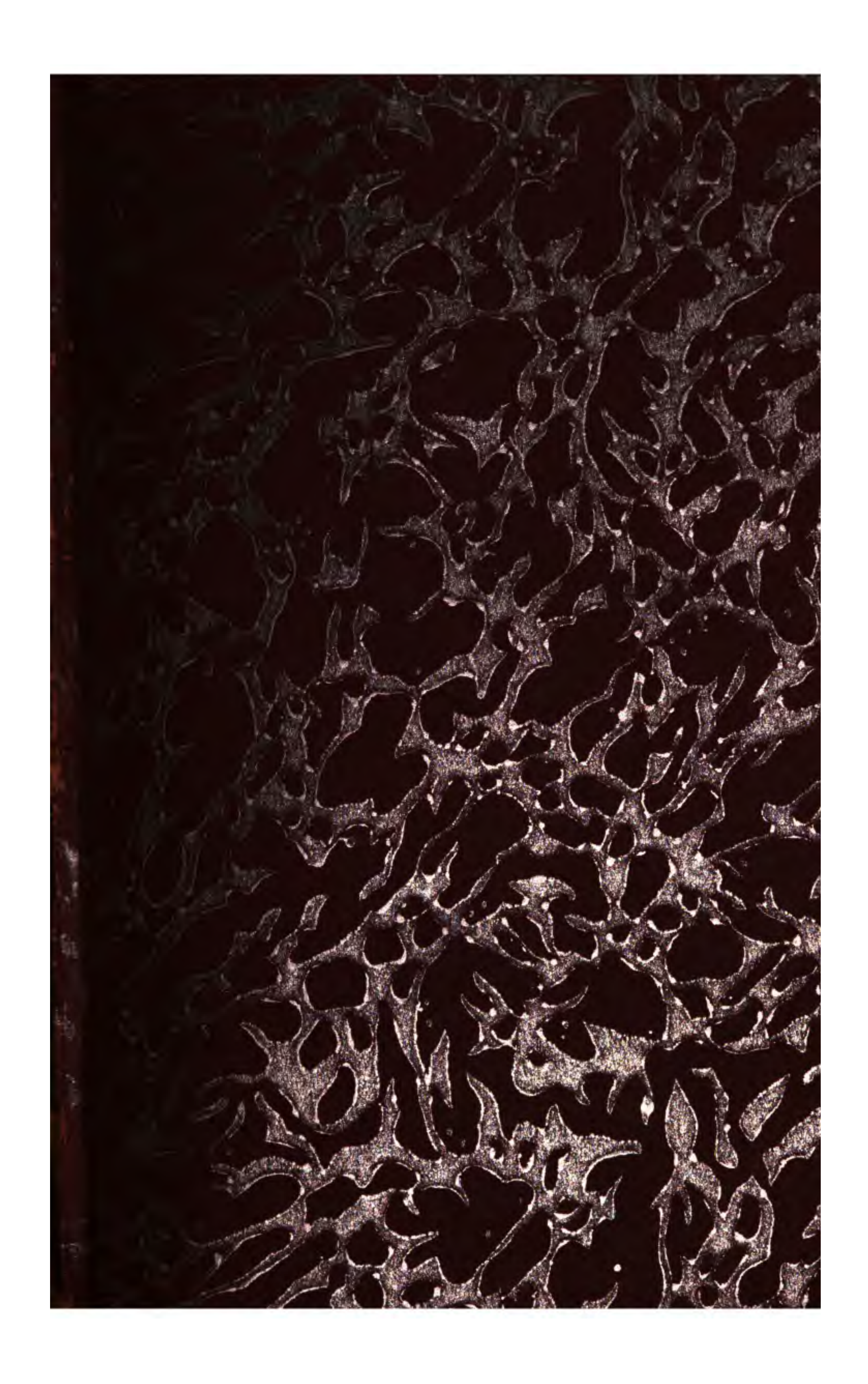



UC-NRLF
$B 144 620


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS
BANCROFT LIBRARY



MEMORIAS

DEL CORONEL

JUAN CRISOSTOMO CENTURION

O SEAN

REMINISCENCIAS HISTÓRICAS

SOBRE

LA GUERRA DEL PARAGUAY

This above all: To thine own self be true:
And it must follow, as the night the day,
Thou canst not then be false to any man.

Shakespeare

Je sentais qu'il ne faut parler de soi au public q' une fois en sa vie, très sérieusement, et n'y plus revenir.

George Sand

TOMO CUARTO

IMPRENTA MILITAR
ASUNCIÓN
1901

MEMORIAS

DEL CORONEL

JUAN CRISOSTOMO CENTURION

O SEAN

REMINISCENCIAS HISTÓRICAS

SOBRE

LA GUERRA DEL PARAGUAY

This above all. To thine own self be true;
And it must follow, as the night the day.
Thou canst not then be false to any man.

Shakespeare

Je sentais qu' il ne faut parler de soi au public q' une fois en sa vie, très sérieusement, et n'y plus revenir.

George Sand

TOMO CUARTO

1901



CUARTA PARTE

CAPITULO I

Reorganización del Ejército Nacional — Los dispersos de Loma-Valentinas — Pasaje de éstos por el Estero *Ypecuá* — Penalidades — Nuevo reclutamiento — Nuevos cuerpos y divisiones — *Piribebuy*, Capital provisoria atrincherada — Arsenal en *Caacupé* — Academia — La escuadra enemiga penetra en *Manduvirá*—Movimiento del Ejército aliado.

La derrota del resto de nuestro ejército en Loma-Valentinas produjo la dispersión de los que habían podido salvarse de la muerte, o, no habían caído prisioneros. La mayor parte se desparramaron en pequeños grupos en los bosques que circundan el Potrero-Mármol, para escaparse de la persecusión del enemigo.

Cuando ésta cesó, marcharon por diferentes rumbos a Azcurra y otros puntos a ponerse nuevamente a las órdenes del Mariscal. Y como el enemigo en su afán de tomarlos prisioneros, había ocupado los pocos pasos por donde pudiesen fácilmente verificar su intento, muchos se vieron obligados a emprender su marcha a través del extenso y profundo estero de *Ypecuá*.

Dicho estero se extiende desde el Potrero-Mármol hasta el Departamento de *Carapeguá* para luego desaguarse en el Río Paraguay, después de recorrer una distancia de 9 leguas más o menos. El lago *Ypoá*, uno de los mayores de la República, situado entre los pueblos de *Carapeguá, Quiindy* y *Caapucú* por la parte Oriental, y Oliva y Villa Franca por la parte Occidental, es el que contribuye con sus aguas a la formación de aquel estero.

Una gran extensión de la superficie del agua estaba cubierta de plantas acuátiles, bajo las cuales se ocultaban víboras y otros reptiles venenosos. Su profundidad general es de una y cuarta vara y tal vez más en algunos puntos. Hacia el centro existen algunos canales profundos por donde corre el agua con bastante fuerza y que solo puede salvarse a nado o valiéndose de maromas.

Los dispersos, como llevamos dicho se lanzaron en dicho estero a medio día, algunos de ellos bajo el tiroteo del enemigo que les seguía hasta la orilla, y, marchando toda la noche sin descanso, llegaron ya a la madrugada, a un banco o cerrito que había en medio del mismo. Después de un corto descanso, prosiguieron su penosa marcha, hasta encontrarse con las gentes de una pequeña guarnición militar que en una canoa hacía el pasaje de los que allí llegaban, al través de una gran extensión de agua o laguna, formada con el desagüe del *Ypoá*.

No es posible pintar las escenas de dolor y desesperación que se desarrollaron entre ellos durante aquel penosísimo trayecto. Crueles fueron las penurias y sufrimientos que han tenido que soportar. En su mayor parte heridos y todos hambrientos, en un estado espantoso de debilidad; los unos, por supuesto, rendidos de cansancio, sucumbían ahogados; los otros que no podían andar más, se quedaban echados sobre gruesas ma-

tas de pajas que sobresalían de la superficie y allí morían de sus heridas; y muchos otros, quizás, a consecuencia de las mordeduras de los reptiles venenosos! . . . ¡Ah! . . . El pasaje de Ypecuá es indudablemente una de las pruebas más terribles a que fué sometida la lealtad de los heroicos defensores de la Patria! . . . Llegaron a la banda opuesta ya a boca de noche.

El mayor Escobar (hoy General), con una herida en el pecho (1) y las dos manos destrosadas por una bala de fusil en los combates de Lomas Valentinas (2), venía entre los últimos que atravesaron aquel temible estero, y, notando que la guarnición militar mencionada, por la debilidad o flojedad de su jefe, dejaba mucho que desear en el desempeño de su comisión tomó algunas disposiciones enérgicas tendientes a activar aquella operación. Ayudado de los que acompañaban, pudo montar un caballo que le facilitó el Capitán Lara que en esos momentos llegó allí con la orden de llevar los caballos del Mariscal que se quedaron en el cerrito del estero, y se trasladó a *Ñagotí*, antiguo puesto del Estado que se halla a corta distancia de ese lugar, donde hizo carnear algunos bueyes que aun se encontraban en aquel establecimiento rural.

De los cueros que también había allí, Escobar mandó fabricar unos 6 botes *(pelotas)* con bastidores de maderas que luego sirvieron para acelerar el pasaje que se hacía con mucha lentitud en una sola canoa. Mientras tanto los sanos prepararon asados y cocinaron suculentos *hervidos* en unas ollas grandes que encontraron en la misma estan-

---

(1) La bala que quedó alojada debajo del brazo izquierdo, le fué extraída por el Cirujano Telles.

(2) El mayor Escobar en Lomas Valentinas mandaba una división compuesta de los siguientes cuerpos: Bnes. 6, 7, 12, 20, 21, y 40, cuyos comandantes fueron respectivamente Teniente Coronel Viveros, Sargentos mayores Luján, Ynsfrán, Godoy, y Capitanes Oviedo y Filártiga. Todos fueron heridos muriendo algunos en los hospitales. De ellos solo viven los dos últimos.

cia, y dieron de comer a las gentes que venían llegando, y que juntas con las que llegaron antes, ascenderían a unos 300 o 400. De orden del mismo Escobar, los paseros retrocedieron con su botes de cuero, hasta lejos en busca de los que quedaron rezagados, o imposibilitados de marchar llevando una buena provisión de carne asada para reanimarlos con un poco de alimento de la postración en que se encontraban. Al día siguiente, a la madrugada, regresaron, trayendo a todos los que se encontraban vivos, pues muchos de ellos ya habían muerto. Con el fin de proporcionar a los heridos elementos de transporte, Escobar se dirigió luego en persona a la autoridad de Carapeguá, a donde llegó en momento precisamente en que toda la población se preparaba para evacuar aquel pueblo. De acuerdo con el Jefe Político del Departamento, mandó recoger todos los caballos de la vecindad, otorgando un recibo a cada uno de sus dueños, y detener la partida de una porción de carretas cargadas de los muebles y cachivaches de las familias, y apelando a los sentimientos patrióticos y humanitarios de esas, consiguió que se prestaran a conducir bajo su cuidado a uno o dos heridos cada una sobre la cordillera donde iban a dirigirse. De modo que hubo así caballos y carretas que fueron a buscar a los heridos, a donde se encontraban. A su vuelta, los primeros fueron entregados a sus respectivos dueños, y las últimas aumentadas con muchas otras, siguieron luego viaje a su destino.

De esta manera fueron conducidos aquellos gloriosos defensores de la Patria a Piribebuy, a la sazón capital provisoria de la República, donde fueron alojados y atendidos en los hospitales que allí se habían improvisado. (1)

---

(1) Estos hospitales se hallaban a cargo de los cirujanos Capitanes Wenceslao Velilla y Esteban Gorostiaga, hasta la toma de *Piribebuy* por los aliados.

Los sanos y levemente heridos, así que cobraron fuerza, siguieron adelante por distintos rumbos y fueron llegando a *Azcurra* en grupitos de 25 y 30 hombres. La llegada de estos dispersos en esta forma y por intervalos, había continuado en todo el mes de Enero de 1869.

El mayor Escobar, con las heridas agusanadas, se trasladó a Cerro León. Allí un practicante en cirugía se las curó. Al día siguiente en contestación al aviso que diera al Mariscal de su llegada a aquel punto, recibió orden para presentarse en *Azcurra*.

A pesar de la fiebre que tenía y la suma debilidad en que se encontraba, se puso enseguida en marcha. Cuando llegó, el Mariscal le recibió y juzgando por su aspecto que no podría permanecer mucho tiempo de pie la ofreció un asiento, mandándole traer de su rancho una taza de caldo. En cuanto bebió algunas cucharadas, quedó desmayado. Vuelto en sí, el Mariscal le hizo algunas preguntas sobre el pasaje de *Ypecuá*, y luego le dijo que se retirara a atender su salud bajo la asistencia de uno de los médicos del Cuartel General. A la vez, mandó sacar con Don Domingo Parodi un retrato de Escobar, tal cual se encontraba en ese momento. Se lo sacó sentado, sirviéndole de apoyo su espada, con una blusa de paño azul oscuro lleno de sangre y acribillada de balas y las dos manos vendadas y en cabestrillas. Parecía que el Mariscal quería de esta manera perpetuar en uno de los leales servidores de la Patria el ejemplo del más bello sacrificio en obsequio y defensa de esta, como una emulación al heroismo.

Esa misma ocasión, pero no el mismo día, el Sr. Parodi (1) sacó también los retratos de

(1) Don Domingo Parodi de nacionalidad italiano era un botánico y químico distinguido de fácil palabra como orador y muy amigo del Mariscal.

varios jefes y oficiales que se habían distinguido por su bravura en los combates entre ellos del Mariscal sentado, con la espada envainada en la mano y la estrella de Caballero de la Orden Nacional del mérito prendida en el pecho izquierdo. Esa era la única condecoración que acostumbraba llevar durante toda la campaña. En ese retrato, aunque de un gran parecido, aparece el Mariscal bastante ceñudo y pensativo.

El Mariscal estuvo instalado en el bajo de *Azcurra* desde el primero de Enero de 1869, fecha en que se trasladó de Cerro-León después de tres o cuatro días de permanencia allí, conforme dijimos al final del captíulo X del T. III, p. 319 (1).

Los *espías* o *bomberos* despachados en pequeñas partidas de 8 a 10 individuos a los departamentos comarcanos a vigilar el movimiento del enemigo, a su regreso traían los dispersos que se encontraban en aquellos, algunos de ellos, tal vez, sin ánimo de volver al lado del Mariscal, que de día en día, iba siendo más exigente en todo. Muchos de aquellos fueron víctimas a consecuencio de la acusaciones falsas que hacían contra ellos los espías, acumulándoles el cargo de que intentaban pasarse al enemigo. El Mariscal, dando fé a tales denuncias, y sin querer dar oidos o aceptar las explicaciones que daban en propia defensa, los mandaba pasar por las armas como traidores sin forma de procesos siquiera.

Una de tantas víctimas fue el Capitán Fortunato Montiel. Oficial pundonoroso que se había distinguido en los combates por su bravura, como todos los Montieles. Tenía el cuerpo lleno de gloriosas heridas, y, sin duda, el Mariscal queriendo proporcionarle algun descanso a fin de que sanara del todo de sus heridas, le nombró Jefe

(1) La casa que ocupó era propiedad de un Sr. Ramírez, vecino y aun existe hasta el momento que escribimos este tomo.

Político de Itauguá. Cuando la evacuación de este partido, encontrándose ya el Mariscal en *Azcurra*, Montiel se puso lentamente en marcha con unas cuantas carretas cargadas de víveres hacia aquel punto. Las avanzadas del enemigo llegaban hasta más allá de *Patiño*. Los *espías* lo encontraron después de haber pasado *Tacuaral* y lo llevaron con la grave acusación de que iba camino para el campo enemigo.

Con este motivo fué engrillado y entregado a la custodia de una guardia situada a la orilla de un naranjal, donde se encontraban también presos otros más o menos por el mismo supuesto o imaginario delito. Yo estaba completamente ajeno de cuanto pasaba con respecto al Capitán Montiel, así como a los demás, toda vez que yo, creo que nadie, había tenido que ver o hacer con ellos. Pero de repente, así que iba pasando hacia mi casita, el Mariscal me llamó y me dijo:—«Vaya a ver al Capitán Montiel que está en tal guardia y hágale tal pregunta» (que no la consigno porque no la conservo en la memoria).

En cumplimiento de esta orden me trasladé al lugar de la guardia, y, previo permiso del oficial hablé con Montiel a distancia de unos 20 pasos de aquella, parados los dos; y allí haciéndole presente el objeto de mi comisión y mi pesar al verle en ese estado, le dije que esperaba que sin apartarse de la verdad, diera una contestación satisfactoria. En efecto, dió una explicación bastante razonable que, a mi juicio, dejaba insubsistente el contenido de la pregunta. Después de una demora de diez minutos, con el espíritu halagado de la esperanza de la próxima libertad de aquel valiente militar, regresé donde el Mariscal a quien informé de la contestación de Montiel repitiéndole la mismas palabras con que la dió. No bien acabé de hablar y con no poca sorpresa mia, el

Mariscal, con la fisonomía toda demudada y dando un fuerte golpe con el pié al suelo, dijo con energía y voz airada,—*«Miente ese picaro!...»* Enseguida, con una indicación de cabeza me dió venia para retirarme.

Hé ahí toda la intervención que tuve en el asunto de Montiel. Ya con posterioridad, después que el Cuartel general como otros, acusados más o menos del mismo género de delito, habian sido pasados por las armas!... ¿A quién la responsabilidad por tan triste suceso?—A los espias en primer lugar, y segundo, al Mariscal, que daba crédito a los ligeros y falsos informes de aquellos a fin de estimular su celo, prescindiendo de mandar proceder a una prolija investigación para saber la verdad que hubiese en cada caso.

La misma suerte le cupo al Subteniente Justo Balbuena.

Habiendo abandonado con la noticia de la aproximación del enemigo, el piquete o guardia que mandaba en Capiatá, se refugió sólo en Itauguá que yo entonces estaba evacuando y, después de algunos dias de permanencia en una casa abandonada fue encontrado y llevado por los espias.

Muchos o la mayor parte de esos dispersos no iban a presentarse en *Azcurra*, porque consideraban naturalmente que despuès de la derrota de Lomas-Valentinas la guerra habia terminado, ignorando que el Mariscal hubiese salvado su vida de tan terrible desastre.

Es dificil, si no imposible hallar una razón que justifique la conducta del Mariscal en la matanza de tantos hombres, por motivos insignificantes que ni el estado de guerra en que nos encontrabamos podria darles el caracter de gravedad que fuera necesario para la aplicación de una pena tan tremenda. Cuando escuchaba alguna alegación a favor de aquellos desgraciados, vic-

timas con frecuencia de faltas por su ignorancia más que de ningún propósito malicioso o criminal, contestaba:—«La Patria no necesita para su defensa de «sus malos hijos! ...» Si el resultado da el valor moral de nuestros actos como justificativos del fin que perseguimos, fácil es establecer la apreciación a que se presta un proceder que sobre ser injusto y cruel, cooperaba poderosamente a favor del enemigo, cuyo interés consistía en disminuir el número de los que le combatían para abreviar la consecución de sus propósitos.

Pero fuere ello como fuese, y, apartando por un momento la vista de tantos horrores, reasumamos la ilación de nuestro relato.

Con los dispersos que regresaban de Lomas-Valentinas y los convalecientes de los hospitales, muchos de estos aún no tenían sus heridas bien cicatrizadas, dió el Mariscal principio a la reorganización del Ejército Nacional, sirviendo a ella de base los pocos cuerpos regulares que se habían salvado por no haber tomado parte en los últimos combates.

En prosecución del mismo propósito y para elevar a alguna importancia el número del nuevo ejército, mandó hacer nuevos reclutamientos de viejos y muchachos de 14 y 15 años. Dispuso también que además de las guarniciones de Cerro León consistentes en dos batallones de infantería y un regimiento de artillería, se presentasen en *Azcurra* las de Carapeguá, Caapucú, Caacupé, San José y otros lugares. De esta manera, cuando el ejército aliado se acampó en Pirayú (25 de Mayo de 1869), ya el Mariscal contaba con 12.000 hombres organizados con 18 piezas de artillería de plaza y otras tantas ligeras de campaña.

Cerro-León no fué del todo evacuado. Cuando fueron llamados a Azcurra los cuerpos que allí

se encontraban, quedó una guarnición de 600 hombres al mando del Mayor Sosa,—(después Coronel.)

Las nuevas divisiones llevaban los nombres de los jefes que los mandaban y eran las siguientes:

División	Carmona,	compuesta	de	3	batallones;
Idem	Franco	»	»	3	»
Idem	Delvalle	»	»	3	»
Idem	Escobar	»	»	4	(6, 7, 20 y 21).

A más de estas divisiones, había algunos cuerpos sueltos tales como los batallones *Riflero, Maestranza, Suelto, San Isidro, Marinos* y *Acâmoroti*. Todos estos ascendían a unos 4.000 hombres próximamente. Los batallones que componían las divisiones ya mencionadas no habrán tenido arriba de 300 a 350 plazas cada uno.—Estos cuerpos organizados, que como dijimos, han servido de base a la reorganización del ejército, han estado al principio bajo el mando en Jefe del Capitán Romualdo Nuñez, inclusive toda la artillería, hasta que sus respectivos jefes que seguían en los hospitales, curándose de sus heridas fueron declarados de alta y volvieron al servicio activo.

También había una división de caballería compuesta de los regimientos 1°, 5°, 11°, 12 y 24, al mando en jefe del General Caballero que hacía el servicio de vanguardia en la parte Norte del arroyo *Pirayú*. La primera brigada formaban el 1° y 5° al mando del comandante Genes y la 2ª formaban el 12° y 24° al del igual clase Victoriano Bernal.

Su guardia avanzada, con dos piezas de artillería ligera estaba colocada en la estación de Tacuaral. La del enemigo llegaba a veces hasta allí, encontrándose acampada su vanguardia sobre el puente de Yuquiry. El servicio de avanzada hacía el regimiento 11 al mando del mayor Anselmo Cañete.

Una ocasión, una partida de descubierta enemiga se adelantó hasta muy cerca de la estación, trayendo por delante, con gente armada, la máquina o locomotora del ferro-carril de Asunción a Paraguarí. Se tirotearon con los nuestros; pero cuando vieron que entre las balas de fusil iban también algunos tiros de cañón, retrocedieron precipitadamente.

Las disposiciones defensivas tomadas por el Mariscal, autorizan suponer que alimentaba la creencia en que el enemigo, al abandonar la Capital para proseguir su campaña, trataría de iniciar sus operaciones contra nuestra posición con un movimiento envolvente por *Altos* o *Atyrá*, en orden a cortarnos la retirada y comprometernos a una batalla definitiva. Llevado sin duda, de esta persuación atendió con preferencia su derecha, extendiendo por las altas cumbres de la cordillera su línea de defensa hasta el paso de *Atyrá*.

A la izquierda de esta línea se encuentra el pueblo de *Piribebuy,* y habiendo sido declarado por el Mariscal capital provisoria de la República poco antes de los combates de Lomas-Valentinas, el Vice-Presidente, Don Francisco Sánchez, en virtud de orden que recibió, se trasladó allí de Luque con todos los empleados civiles y judiciales, el tesoro y archivo nacionales y una gran cantidad de alhajas de oro y plata pertenecientes a las Iglesias de Asunción.

Alrededor del pueblo se mandó levantar una trinchera, defendida por 1.600 hombres de Infantería y 12 bocas de fuego, al mando del teniente coronel Pablo Caballero. *Piribebuy* se encuentra en una hondonada, dominado por consiguiente por terrenos de mayor elevación. Esta circunstancia natural hacía que aquella posición fuese poco aparente para verificar una resistencia eficaz contra un ataque serio del enemigo.

Por aquél mismo tiempo en que se dispuso

el cambio del asiento del P. E. se ordenó también la traslación de la mayor parte del arsenal de la Capital a *Altos* por la laguna de *Ipacaraí*.

Muchas de las piezas fueron abandonadas en las playas por falta de elementos de movilidad y buena disposición. Pero el Mariscal, tan pronto como se instaló en *Azcurra* en vista de la necesidad de improvisar elementos de defensa dió orden al General Resquín para que, sin pérdida de tiempo hiciese conducir aquellos útiles o piezas de máquinas a *Caacupé.* Así lo hizo, estableciéndose allí en poco tiempo una fundición donde fueron vaciados 18 obuses cortos de bronce, y 2 cañones de a 3 rayados destinados al uso de la caballería. Estos trabajos fueron ejecutados bajo la inmediata dirección del alférez Giménez y el Capitán Thompson, ambos de nacionalidad paraguaya.

Durante el mes de Enero de 1869 hubo muchos ascensos de jefes y oficiales para reemplazar a los que habían muerto en los últimos combates, o que habían caído prisioneros. Así mismo fueron varios condecorados con las insignias de la orden Nacional del Mérito, entre quienes iba incluso el que escribe estos apuntes, confiriéndosele la estrella de oficial de dicha orden.

Cuando hubo terminado la organización de los cuerpos, a fin de adiestrar a las tropas en el manejo de armas y evoluciones tácticas, hacian parte de tarde ejercicios en una planicie abierta que quedaba más abajo del Cuartel General, y era sorprendente el progreso que hicieron en agilidad y porte marcial en breve tiempo, al grado de inspirar una fundada esperanza de que su comportamiento futuro en los combates sería digno de los que les precedieron.

Sin embargo, los repetidos reveses que sufrió el Ejército Nacional en los campos de Villeta, no pudieron menos que quebrantar el espíritu tanto de los jefes como el del resto de las tropas. Por

esta razón, no bastaba atender solamente la disciplina y la organización material de estas, a fin de responder satisfactoriamente a las reglas tácticas en las acciones, sino también—y tal vez esto sea lo más importante, procurar de alguna manera mejorar su moral, inculcándole los principios de los rigurosos deberes que impone el patriotismo y el honor en frente del enemigo. Es sabido que el soldado instruido en las máximas de la moral militar, arrostrá y soporta todo cuando se trata de la gloria y del honor de la patria: fatigas, hambre, sed y penalidades de todo género, sufre con paciencia y resignación sacando fuerza y vigor de los grandes recuerdos que se registran en la historia de la religión cristiana y de los ejemplos de heroísmo que nos han transmitido los anales de los pueblos más cultos que honraron con sus virtudes, su ciencia y civilización a la humanidad.

El Mariscal, al parecer, penetrado de esta necesidad, estableció una especie de *Academia* o *Conferencia,* donde se reunían los jefes superiores y comandantes de cuerpos a discutir y cambiar ideas sobre asuntos relativos a disciplina. Para esto, el Mariscal que asistía en esa reuniones diarias manifestó el deseo de que cada uno expusiera las medidas que hubiese tomado en el sentido de mejorar las condiciones físicas y morales de sus tropas, acordando libertad para la emisión de las ideas y opiniones acerca de los puntos en discusión. No obstante esta manifestación, brillaba en aquellas reuniones la elocuencia del silencio: primero por la falta de costumbre de discutir en asamblea, y segundo por la falta de garantía de que los conceptos u opiniones emitidos no tuviesen para su autor más consecuencia que la refutación.

Pero desgraciadamente, en filosofia histórica es ya una verdad indiscultible con carácter de axioma que un elemento de mejora o de progreso

en manos de los déspotas se corrompe o degenera, convirtiéndose en nuevo instrumento de opresión y tiranía. La conferencia que en su origen era buena, útil y necesaria, muy luego resultó que no era sino un medio escogido para sondar y descubrir los verdaderos sentimientos de los concurrentes respecto a la dirección y marcha de la defensa nacional.

En corroboración de esta verdad, tenemos el caso del Capitán Alberto Cálcena que en una reunión de los oficiales de su cuerpo (por que debo advertir que también era permitida dicha conferencia en los cuerpos), usando de la especie de libertad que se había acordado, criticó las operaciones llevadas a cabo en los campos de Villeta, manifestando que el Mariscal se había equivocado en mandar librar combates aislados, y que mejor resultado hubiera dado si hubiese concentrado todas las fuerzas que tenía en Lomas-Valentinas, y las hubiese hecho pelear juntas.

Entonces uno de los presentes le contestó:—

—El Mariscal no puede equivocarse . . .

—El Mariscal, repuso Cálcena, es un hombre como cualquier otro, y por consiguiente, suceptible de equivocación. Sólo Dios no puede equivocarse, y él no es Dios! . . .

Este incidente llegó a oidos del Mariscal, y Cálcena fué condenado a andar sin espada por mucho tiempo.

Esto sin citar los casos en que el Mariscal contestaba con agudeza y tono reprensivo a cualquier opinión o manifestación que en algo contrariase su modo de pensar. De esta manera la presencia del Mariscal en la reunión, equivalía a una coartación de la libertad que era indispensable para el desenvolvimiento del objeto con que se había fundado la *Conferencia* o *Academia*, y, muy en breve, como consecuencia natural, dejó de funcionar, y desapareció.

Una división de la escuadra enemiga, compuesta del acorazado *Bahía*, los monitores *Alagôas, Ceará, Pará, Piauhy* y *Santa Catharina,* y los cañoneros *Ybahy*, y *Mearim* al mando del Barón del Pasaje, partió de la Asunción aguas arriba en el mes de Enero, con el propósito de perseguir y apoderarse del resto de nuestra escuadra, consistente en unos 6 vapores. Cuando aquellos estuvieron a la vista y apresuraron su marcha para dar caza a nuestros débiles buques, éstos penetraron en el *Manduvirá,* y para librarse de su persecusión, echaron a pique al *Paraguarí* en una las partes más estrechas de la desembocadura de aquel río en el *Yhagüy*. Debido a esta operación, los monitores enemigos se vieron obligados a retroceder, y los nuestros continuaron navegando tranquilamente hasta llegar por el *Yhagüy* frente a la capilla *Caraguatay*.

Estos buques, antes de marchar de la Asunción, fueron desarmados. El encargado de esta operación fue el Capitán Romualdo Nuñez quien organizó un batallón con sus tripulantes montando en cureñas portátiles los cañones desembarcados. Dicho batallón, junto con el de *Maestranza* y el que mandaba el mayor Franco, constituían la guarnición de la Capital en aquella época. De modo que sólo quedaron 30 hombres al mando del teniente Viera, en uno de aquellos para conducir aguas arriba los demás y cuidarlos, hasta nueva determinación (1).

Por la poca profundidad del *Manduvirá*, y la estrechez de su cauce o canal en algunas vueltas, solo pudieron penetrar en él los monitores. Persistente en su empeño el Barón del Pasaje de apo-

(1) La guarnición de la Capital, que marchó para Lomas Valentinas—volvió del camino de Yaguarón para Azcurra, según dijimos al final del Cap. X T. III p. 313.

derarse de nuestros buques, remontó aquel río hasta la altura del pueblo de *Caraguatay*, donde estos estaban anclados.

El Mariscal, informado de la presencia de los monitores brasileños en el mencionado puesto y de que el río bajaba, formó el proyecto de apoderarse de ellos. Con este fin, despachó de Azcurra el batallón de marina al mando del Capitán de fragata Romualdo Nuñez, con instrucción de incorporarse un regimiento de caballería *(acâmorotí)* que, a las órdenes del mayor Montiel, esploraba la costa del *Yhagüy*, y de obstruir el paso de *Garayo*, o cualquier otro bastante estrecho, a fin de impedir que pudiesen regresar los buques enemigos.

El Capitán Nuñez, en cumplimiento de su comisión, mandó echar en el mencionado paso, carretas encadenadas, gran cantidad de piedras arrancadas del cerrezuelo de ese mismo punto y gruesos trozos, y ramas de madera fresca cortados en los bosques vecinos.

Pero una fuerte y continuada lluvia que cayó hizo crecer el río extraordinariamente, permitiendo a los monitores descender sin dificultad, burlándose de los obstáculos que con tanto trabajo había mandado colocar el capitán Núñez. Las tropas colocadas a la costa del río, le hicieron fuego al pasar; pero sin causarles el menor daño.

A principios de Mayo de 1869, el ejército aliado que ocupaba la Asunción, empezó a ponerse en movimiento, acampándose, primero, en *Yuquyry,* más allá de *Luque*, y luego extendió su línea hasta *Patiño-cué*. Desde allí, los jefes aliados lanzaron varias partidas exploradoras a los departamentos vecinos: *Itauguá, Itá*, *Yaguarón* y *Capiatá,* y también al interior, hasta el departamento de *Ybycuí;* cometiendo en todos esos pueblos actos de violencia censurables ante los ojos de la civilización moderna.

CAPITULO II

Expansiones del Mariscal — Asalto al establecimiento de fundición de hierro en Ybycuí — El ejército aliado se acampa en Pirayú el 25 de Mayo — Entrega de banderas a las Legiones Paraguayas — Protesta del Mariscal por este hecho — Notas cambiadas con este motivo entre el Conde D'Eu y el Mariscal — Reflexiones sobre el juicio a que debe sujetarse éste.

El Mariscal López, no obstante las múltiples atenciones del mando del ejército en frente de un enemigo que, envalentonado con sus triunfos, iba desplegando de día en día más audacia y actividad, tenía sus momentos de expansión en que explicaba los motivos que habían influido en el ánimo del Gobierno del Paraguay para la adopción de tal o cual medida en pró del progreso del país, así como la razón en que se apoyaba para negarse a la realización de la idea de dotar al país de una constitución democrática.

Hablando una prima noche de la elección de los jóvenes que fueron enviados a Europa en cumplimiento de una resolución del Congreso de 1844 para recibir instrucciones en varios ramos de ciencias y artes, dijo:—Que las familias acomodadas de la Asunción, se manifestaban recalcitrantes a la idea y necesidad de dar una sólida educación a sus hijos de manera que pudiesen llegar a ser éstos útiles a la patria y a su gobierno, y que se contentaban con facilitarles los conocimientos ele-

mentales que necesitaban aquellos para colocarse detrás de los mostradores de las tiendas de ropas y almacenes, de víveres, donde vejetaban en las malas ideas y en la corrupción; que él antes de proceder a la designación de los jóvenes que fueron a Europa, les había propuesto enviar sus hijos allá para educarse e instruirse a costa del Estado, toda vez que ellas estuviesen dispuestas a costear su manutención y ropa; pero que tuvo la desgracia de que los buenos deseos del gobierno fueron respondidos con la más completa indiferencia; que por el momento dijeron que *sí,* que *sí,* pero que después no volvieron a resollar. Que aquellas mismas familias más tarde, habían manifestado la más persistente incredulidad respecto a los rápidos progresos que hacían los estudiantes que ya estaban en Europa, tanto así que las composiciones que estos enviaban mensualmente en inglés y en francés, las atribuían a los profesores que, según decían, tenían tanto o más interés en querer acreditarse desde la distancia con el gobierno, que los discípulos en adetantarse (1).

Ignoramos cual haya podido ser el verdadero fundamento en que se habían apoyado las mencionadas familias para no haber aceptado tan magnífica oportunidad de proporcionar una sólida y provechosa instrucción a sus hijos. Pero partiendo del hecho de que la mayor parte de las familias pudientes de la Capital no estaban por el sistema de gobierno imperante en el país, es creible que no hayan querido contribuir con elementos que más tarde con toda probabilidad, habían de prestar su concurso al sostenimiento de aquel sistema. Esta snsposición adquiere mayor fuerza,

---

(1) Obedeciendo a un orden cronológico de estos apuntes, reproducimos aquí esta relación que ya habíamos dado en otra publicación titulada *Los Estudiantes de los López,* que vió la luz como apéndice a la 2a edición de nuestra conferencia en el Ateneo Paraguayo el 28 de Enero de 1885.

cuando se tiene presente que la educación oficial adolece generalmente del inconveniente de formar ciudadanos con escaso o ningún espíritu de independencia. Y en nuestro caso según los principios que servían entonces de norma a la administración pública por más que aquellos hijos hubiesen vuelto animados de los mejores deseos de servir a sus país, forzados a hacer, decir y pensar sólo aquello que convenía a los intereses del gobernante para sostener su sistema, hubieran llegado a ser fácilmente meros instrumentos de despotismo y tiranía, alejando así la esperanza de ver un día iluminar en el horizonte la preciosa aurora de la libertad.

Extendiéndose a otras cosas que se relacionaban con el porvenir del país, dijo esa ocasión que habían algunos ciudadanos cuyas ideas desde los primeros albores de la independencia nacional, estaban en pugna con los verdaderos intereses de la nación, y terminó exclamando: « ¡Y desgraciada de la patria el día que caiga en manos de ellos! .....

Y luego añadió: — Yo pudiera haber sido el hombre más popular, no solo en el Paraguay, sino tal vez, en toda la *América del Sud.* Para llegar a serlo, nada me hubiera sido más fácil que promulgar una constitución. Pero yo no la he querido, porque no deseo la desgracia de mi patria. Cuando leo las constituciones de los países vecinos, me quedo extasiado al contemplar tanta belleza, pero cuando del papel vuelvo la vista hácia la práctica, me quedo horrorizado.

Esa teoría del Mariscal no tiene nada de extraño; es la de todos los déspotas. El doctor Francia profesaba más o menos la misma, y con ella sumergió el Paraguay en el profundo abismo de barbarie. Con la idea de establecer una República a su manera, trató de hacer desaparecer las distinciones o condiciones sociales, haciendo una

tenaz persecución a las clases acomodadas y una especie de alianza con las moléculas ordinarias del pueblo.

Es posible que no haya habido mala fé en semejante política; pero fué un error tanto más criminal cuanto que por ningún costado encuentra en su apoyo los principios de la sana razón y de la moralidad. ¿Cuál era el fin de aquel sistema? A dónde iba? A buscar la felicidad, a formar un pueblo, una patria?

Pero tales objetos no se consiguen con aniquilar, sinó con robustecer—con trillar el camino de la civilización, cultivando la inteligencia, desarrollando la razón, practicando la justicia y perfeccionando los sentimientos del corazón—con la enseñanza de la religión y de la moral.

Donde no hay libertad, todo progreso es efímero porque la iniciativa y espontaneidad no nacen del pueblo sino de sus gobernantes.

Ningún derecho puede ser estable, en presencia del poder que domina la inteligencia y el sentimiento, que determina, en fin, los actos, convirtiendo al ser en quien Dios puso una chispa de su divinidad, en un autómata.

La libertad que es la ley natural, jamás puede ser un mal; allí donde ella reina, nunca se interrumpe el curso regular del progreso. La única libertad perjudicial es la omnímoda de que gozan los déspotas, porque impide que un pueblo llegue a ser verdaderamente grande y feliz. La voluntad de un sólo individuo por enèrgica, patriótica y generosa que fuese, no puede conciliar el desenvolvimiento de todas las esferas de la actividad humana uniformemente, cual fuera menester, para producir el resultado de una prosperidad general sólida y duradera. He ahí explicada la razón por qué la herencia del despotismo casi siempre ha sido la decadencia.

Queda a la apreciación del lector la razón

que dió el Mariscal en la referida ocasión para haberse abstenido de dotar al país de una constitución democrática; es decir, de una constitución más amplia y liberal de la que hasta entonces poseía: me refiero a la ley de 1844 estableciendo la administración política de la República, con la particularidad, según Alberdi, de no contener una sola palabra de libertad—Véase sobre este tópico el Cap. II. del T. I página 85 de estos apuntes.

Por aquél mismo tiempo, el Mariscal de repente se dió mucho a la lectura. Durante unos ocho días, después del almuerzo, en lugar de hacer la siesta, y, a pesar del calor, se sentaba en una silla de vaqueta en el corredor abierto de una casa pajiza vieja que había adyacente a la que ocupaba con sus familias, a leer el *Genio del Cristianismo* por *Chateaubriand,* en varios tomitos. Cada día devoraba uno. Sin duda buscaba distraer el espíritu, o tal vez atenuar o acallar el remordimiento de su conciencia por tantos actos de difícil o imposible justificación, con la lectura de una obra que constituye uno de los monumentos más bellos del ingenio humano.

El *Genio del Cristianismo*, en la época de su aparición, ejerció una poderosa influencia, preparando el camino de la restauración del catolicismo en Francia, y a la reorganización de la misma. La literatura francesa se tiñó de los colores del *Genio del Cristianismo.* Los más distinguidos escritores procuraban imitar las galanas y poéticas frases del autor contenidas en sus páginas, y la cátedra del Evangelio, hasta nuestros días, aún se vale con frecuencia, para ilustrar sus argumentos a favor de la fé, de cuanto se ha dicho en ellas de las ceremonias y de los beneficios que ha reportado al mundo y a la civilización el cristianismo.

Por sus nuevas y notables críticas, por su elevado, claro, atrayente y vigoroso estilo, el

Genio del Cristianismo puede ser considerado como uno de los más preciosos florones que ornan la corona literaria, de M. de Chateaubriand, cuya poderosa y brillante imaginación será siempre objeto de respeto y admiración.

Cuando Voltaire empezó a atacar al cristianismo, trató desde luego de apoderarse de esa opinión calicaficada generalmente como la *opinión del mundo*, empleando para ello toda la agudeza de su ingenio a fin de convertir la impiedad en una modalidad de *buen tono*. Y lo consiguió ridiculizando la religión a los ojos de las gentes frívolas y superficiales.

El *Genio del Cristianismo* no ha tenido pués, otro objeto que hacer desaparecer ese ridículo, ese sarcasmo, que Voltaire, con sus sofismas hábilmente empleados, ha erigido a la categoría de *buen tono*. Para el efecto el autor del *Genio del Cristianismo* no tuvo que hacer otra cosa que considerar el cristianismo en sus relaciones con las sociedades humanas demostrando con hechos irrefragables los cambios verificados en la razón y las pasiones de los hombres desde que empezó su influencia en el mundo; cómo ha civilizado a los pueblos bárbaros, y cómo ha modificado el genio de las artes y de las letras, imprimiendo en ellas un embellecimiento que raya en lo sublime y en lo maravilloso, cuya contemplación, no solo conmueve, sino que eleva el alma a las regiones donde tiene su orígen la virtud.

Prosigamos:

Una de las expediciones enviadas al interior y de la cual más arriba hemos hecho mención, invadió el departamento de *Ybycui*. Dicha expedición iba encabezada por el oriental mayor Coronado que se hizo famoso por sus correrías vandálicas en *Ñeembucú*, cuando el ejército aliado estaba acampado en *Tuyucué*.

El capitán Julián Insfrán, (1) comandante de la fábrica de hierro de aquel departamento, al tener noticia del avance de la fuerza de Coronado compuesta de unos 100 hombres en su mayor parte paraguayos, en servicio de la alianza, creyendo que aquel jefe en prosecución de su instinto *vandálico,* seguiría el camino que conduce a Caazapá, donde hallaría mucho que robar, despachó una pequeña fuerza con orden de emboscarse en el monte de Rivarola y de dar un golpe de sorpresa al enemigo al pasar por allí. Este, en lugar de dirigirse a Caazapá tomó la dirección de la fábrica, yendo a acamparse a una legua de distancia de esta; quedando la fuerza en el referido monte sin lograr su objeto ni regresar al establecimiento.

Insfrán, a fin de estar al corriente del movimiento del enemigo, había despachado una partida de espías, encabezada por un tal Molinas *(Molinas pucú).* Este se mantenía con su gente a cierta distancia conveniente del campamento de Coronado, traicionando la confianza depositada en su lealtad y patriotismo, se puso en connivencia con aquel a quien dió todos los destalles que precisaba para efectuar de improviso un asalto al establecimiento de fundición de hierro y mientras tanto, con el mayor cinísmo, mandaba dar parte de sin novedad, aconsejando a su comandante que estuviera tranquilo en la plena seguridad de que inmediatamente que el enemigo se moviese de donde estaba le participaría.

Insfrán, con esta seguridad, y persuadido, por otra parte, de que Coronado no se atrevería con tan escasa fuerza de su mando llevar un ataque al establecimiento, el 17 de Mayo al romper el

---

(1) El Teniente Pedro Samudio era el 2o. de Insfrán, y director inmediato de los trabajos del Establecimiento, siendo especialista en al de fundición.

día, despachó las cuadrillas de peones a sus respectivas faenas de costumbre. Una pequeña fuerza militar que había, condujo bajo su vigilancia a los presos y prisioneros de guerra al lugar del trabajo a una regular distancia, de modo que el establecimiento quedó casi por completo desprovisto de gentes armadas que pudiesen rechazar un asalto repentino del enemigo.

Aquí hubo una falta evidente de previsión militar. La presencia del enemigo en el departamento y a corta distancia de allí, imponía el deber de estar prevenido en todos los momentos, y de tener reunidas todas las gentes de combate en la fábrica, aunque fuese a costa de la su pensión de los trabajos.

La fábrica se encontraba al pié de una montaña de donde descendía un arroyuelo, cuya corriente desviada por medio de un canal artificial, servía para poner en movimiento una de las máquinas de fundición. El canal de desvío describía una curva volviendo a llevar las aguas al mismo arroyo, quedando en medio una isla de tierra firme donde estaban ubicados todos los edificios. En los contornos estaba poblado el sitio de un bosque espeso e inaccesible con una sola entrada donde había un puente colocado sobre el mismo arroyo.

A eso de las 8 1/2 a 9 de esa misma mañana del 17 se presentó el enemigo, guiado por Molinas, frente al expresado puente. Diez o doce hombres armados de fusil defendieron dicha entrada con un nutrido tiroteo. El enemigo continúaba firme en actitud amenazante, y notándose que de nuestra parte habían algunas bajas, Insfrán concibió el plan, para obligar al enemigo a una retirada, flanquearlo por la izquierda. Con este objeto despachó unos cuantos fusileros por el monte; pero antes que estos llegaran al punto designado, fueron retirados los que defendían el puente.

El enemigo aprovechó ese momento y penetró asaltando los edificios. De los pocos hombres que había en ellos, a pesar de la resistencia que hicieron, fueron muertos y heridos, unos cuantos, cayendo prisioneros los demás incluso el capitán Insfrán.

En los primeros momentos del suceso, por conducto de don Mateo Collar, que le servía en calidad de secretario, transmitió éste la orden al oficial que mandaba la pequeña fuerza militar a distancia de una legua de allí para que prontamente regresara al establecimiento, trayendo a los presos y prisioneros de guerra bien asegurados.

En cumplimiento de esta orden se puso en marcha; pero a su regreso encontraron ya toda la fábrica en poder del enemigo, y obedeciendo a la intimación de éste, puesto que no cabía hacer otra cosa, se entregaron como prisioneros de guerra.

Coronado, despuès de grandes destrozos, abandonó el establecimiento ese mismo día, llevándose todos los prisioneros que había tomado. A corta distancia de allí, los puso en fila, y de orden suya, un piquete armado los separó y llevó al Capitán Insfrán que estaba a la cabeza de la formación y a cuatro soldados, cerca de una isleta, donde los pasó a degüello. Concluida esta cruel y bárbára operación, volvió el piquete para llevar otros tantos, y luego seguir hasta acabar con todos. Pero algunos oficiales paraguayos a las órdenes de Coronado y en servicio de la alianza, indignados por tan bárbara disposición, protestaron enérgicamente asumiendo una actitud amenazadora contra aquel, si persistía, continuar la ejecución de acto tan inhumano y salvaje.

Coronado, en vista de esta resuelta manifestación, desistió diciendo a los prisioneros restantes que los *perdonaba*.

Momentos antes de la toma del establecimiento fué despachado por Insfrán el practicante don

Francisco Campos a Azcurra a dar parte al Mariscal del suceso. El enemigo al saberlo, le mandó seguir hasta Ybytymí, pero sin lograr el objeto de su persecusión.

La fábrica de hierro de Ybycuí fué fundada el año 1854 por el gobierno de Carlos Antonio López. Antes como durante la guerra, prestó importantes servicios en la fabricación de cañones, balas, bombas y piezas de máquinas que se precisaban tanto en la escuadra como en el arsenal de la Capital. Allí fueron vaciados los famosos cañones rayados denominados *Criollo*, *Cristiano, y General Díaz.*

La dirección de aquel establecimiento, donde se trabajaba de día y de noche, estuvo por algún tiempo a cargo del Capitán Aquino (después General) quien al lado de los ingeniosos ingleses que corrian al principio con todo, habia adquirido nociones de ingeniería y trabajos mecánicos. Ultimamente en las épocas a que se concretan estos apuntes, y según queda expresado, estuvo dicho establecimiento a cargo del de igual clase, Julián Insfrán.

Su muerte por la manera cruel e injusta en que tuvo lugar según queda referida más arriba, fue doblemente sensible. Se distinguía por su ventajosa disposición natural, de modo que en poco tiempo adquirió los conocimientos prácticos necesarios para dirigir y mandar ejecutar los trabajos encomendados al establecimiento a completa satisfacción del Gobierno, y respondiendo a las exigencias del momento. Los servicios que prestó en dicho puesto le hacen acreedor a la gratitud nacional.

El ejército aliado, después de haber practicado la exploración de los terrenos más allá del arroyo *Yuquyry*, se puso en movimiento, y el 25 de Mayo de 1869, ocupó *Tacuaral y Pirayú*, construyendo inmediatamente obras de defensa en esos dos puntos.

El Marqués de Caxias, que después de sus triunfos en Villeta, se había retirado a Río Janeiro, fué reemplazado por el Conde D' Eu, en el comando en jefe de las fuerzas brasileñas.

El Mariscal, que hasta entonces permanecía en el bajo de la cordillera, trasladó su cuartel general arriba de la misma, el 27 de Mayo, en una espaciosa casa pajiza, que con anterioridad había mandado edificar sobre el camino real a Caacupé. A la izquierda del cuartel general quedó instalada la mayoría bajo un naranjal.

A corta distancia de la casa del Mariscal, y más próxima al camino real, se edificó una capillita de forma rectangular toda de paja pero muy bien trabajada.

Allí concurría el Mariscal, los días de fiesta acompañado de sus ayudantes, jefes, oficiales y tropas de franco de su escolta a oir misa que ordinariamente celebraba alguno de los capellanes del ejército.

Si mal no recuerdo, estando todavía en el bajo de *Azcurra* el Mariscal, una partida de caballería enemiga cayó de improviso sobre una guardia avanzada de Cerro León, llevando prisionero a casi todos los que la componían. Entre estos se encontraba el sargento Cirilo Rivarola, quien más tarde llegó a formar parte del gobierno provisorio que se instaló en la Capital bajo la inmediata influencia de los aliados.

El sargento Rivarola, pertenecía al batallón que mandaba el mayor Cárdena, y hacía servicio en la *enfermería* del cuerpo; pero por cierta falta en que había incurrido, como pena, a más del castigo que recibió, fue enviado a hacer el servicio de guardia en Cerro León.

Los aliados, desde un principio, tuvieron gran empeño en que una guerra eminentemente internacional, degenerase en una lucha civil, a fin de contar con la cooperación del pueblo a fa-

vor de ellos y abreviar así la consecución de sus fines.

Llevados de esta idea admitieron una legion compuesta de emigrados paraguayos con opiniones opuestas a la legalidad existente entonces en el país, forzaron a principios de laguerra a esos paraguayos empuñar las armas contra su patria, y mandaron desparramar en el interior proclamas incendiarias incitando al pueblo a un levantamiento contra el gobierno.

Por estos medios consiguieron en el curso de la lucha reunir en torno suyo, un grupo bastante considerable de paraguayos. El 25 de Mayo, el mismo día en que tuvo lugar la ocupación de *Pirayú,* creyeron llegada la oportunidad de enarbolar la enseña nacional, como símbolo de la incorporación de un cuarto aliado para compartir la obra del completo exterminio de una uación exhausta y moribunda.

La ceremonia de la jura y entrega de la bandera nacional a las legiones paraguayas fué presidida por el general Emilio Mitre, que pronunció en ese acto una alocución excitativa a impulsar a los pobres paraguayos a sus órdenes a combatir a sus hermanos, al lado de quienes hasta el día antes sostenian la defensa del suelo patrio.

Las frases de efecto empleadas en dicha proclama, procurando dar un colorido de legalidad al acto, han de ser siempre impotentes para justificar tan inaudito abuso. (1)

Este abuso de la bandera nacional dio lugar a un cambio de notas entre el Mariscal López y el Conde d' Eu, en el supuesto erróneo de que este fuese el generalísimo de los ejércitos aliados.

---

(1) Véase dicho documento en el Apéndice.

Las notas de mi referencia, son las siguientes:

«Cuartel General, Mayo 29 de 1869.

"Hace algún tiempo que los desertores y pri-"sioneros del ejército aliado han venido diciendo "que en aquel campo se había bendecido la ban-"dera nacional de la República del Paraguay y "yo no quise creerlo.

"Cuando supe que V. A. Y. había asumido "el mando del ejército aliado, confiando en la "hidalguía, caballerosidad y nobleza de senti-"mientos, que no puedo menos que atribuir a "un príncipe, que tanto se debe a su nombre y "al de su alianza, me tranquilicé sobre el uso "que pudiera hacerse de la bandera de la Patria "que tanta sangre generosa había costado a sus "leales hijos, y no me preocupé más de los des-"varios que hubiesen dado lugar al acto sacríle-"go de su bendición si tal se hubiera practicado.

"Mas, esta mañana ha amanecido al frente "de mi línea una descubierta de cuerpo de ca-"ballería e infantería del ejército aliado, tremo-"lando la sagrada enseña de la patria que V. A. "Y combate.

"La profunda pena que como magistrado y "como soldado me ha causado esto, será fácil "a V. A. Y. medir en la honorabilidad de sus "sentimientos. Ahora vengo a rogar a V. A. Y. "quiera tener la dignación de mandar entregar "en mi línea de aquí a mañana esa bandera y "prohibir que en adelante flameen los colores "nacionales, en las filas de su mando, ya que "ni siquiera los desgraciados prisioneros nunca "fueron respetados.

"Prestándose V. A. Y. a esta solicitud, como "lo espero, habrá mantenido el lustre de su di-"nastía y prestado gran servicio a la humanidad: "pues me relevará de la dura y repugnante ne-

"cesidad de tener que hacer efectiva la condi-
"ción establecida para este caso en nota 20 de
"Noviembre de de 1865 al Exmo Señor Briga-
"dier General don Bartolomé Mitre, Presidente
"de la República Argentina y predecesor de V.
"A. Y. en el comando en jefe del ejército alia-
"do que en el de la República tiene un consi-
"derable números de prisioneros.

"Tengo el honor de saludar a V. A. Y. con
"mi consideración muy distinguida.

(fir.) FRANCISCO S. LÓPEZ

"A. S. A. Y. el Conde d' Eu, General en Jefe del ejército aliado.

"Comando en jefe de todas las fuerzas brasileras en operaciones en la República del Paraguay.

Cuartel General en Pirayú, 29 de Mayo de 1.869.

"El abajo firmado, comandante en jefe de
"todas las fuerzas brasileras en operaciones en
"la República del Paraguay, recibió la nota que
"le dirigió, con fecha de hoy, el Mariscal Fran-
"cisco Solano López.

"En esta nota manifiesta éste, que ya hace
"algún tiempo que los desertores y prisioneros
"del ejército aliado le han dicho haberse bende-
"cído en el campo aliado la bandera nacional
"de la República del Paraguay, y que no quiso
"creerlo; pero que, hoy de mañana, apareció en
"frente de su línea una descubierta de cuerpo
"de caballería e infantería del ejército aliado
"tremolando en ella la enseña de la nación Pa-
"raguaya.

"Agrega el señor Mariscal López, que ha-
"biéndole causado este hecho profunda pena co-

"mo magistrado y como soldado, ruega al abajo "firmado, que mande entregar en su línea, de "aquí a mañana, esta bandera y prohibir que "de ahora en adelante, flameen los colores pa-"raguayos en las filas del mando del abajo firma-"do, ya que ni siquiera los desgraciados prisione-"ros nunca fueron respetados.

"Concluye diciendo que, prestándose el abajo "firmado a esta petición, como espera el Mariscal "López, habrá prestado un gran servicio a la hu-"manidad: pues dispensará a éste de la dura y "repugnante necesidad de hacer efectiva la condi-"ción establecida para este caso en nota 20 de "Noviembre de 1865, dirigida al Exmo señor Bri-"gadier General don Bartolomé Mitre, entonces "Presidente de la República Argentina, y coman-"dante en jefe de los ejércitos aliados, los cuales, "dice el señor Mariscal López tienen gran número "de prisioneros en el de la República del Paraguay.

"El abajo firmado no tiene presente la referi-"da nota de 20 de Noviembre de 1865; pero aún "cuando la tuviese no le sería posible dar con la "brevedad exigida, solución a la nota, a que aho-"ra résponde, pués en virtud de las estipulaciones "que rigen entre las naciones aliadas, no es el ge-"neral en jefe de los ejércitos aliados, como su-"pone el señor Mariscal López, quien puede re-"solver y para cualquier deliberación necesita po-"nerse de acuerdo con los comandantes de las "fuerzas argentinas y orientales, a las cuales, así "como al Gobierno Imperial, dá con esta fecha, "conocimiento de la nota del Mariscal López. "Se limita por ahora a hacer observar que la apa-"rición de la bandera paraguaya en las filas alia-"das tiene su explicación en el hecho públicamen-"te mencionado en numerosos documentos oficiales "de que la presente guerra nunca tuvo fines hos-"tiles a la existencia de la nacionalidad paraguaya, "y que considerable número de paraguayos

"han manifestado deseos de cooperar con las "fuerzas aliadas, para la pacificación de su patria.

"El abajo firmado tampoco puede dejar sin "reparo la alegación hecha por el Mariscal López "de que los desgraciados prisioneros nunca fueron "respetados. La humanidad con que los prisio- "neros paraguayos, ya sean heridos o sanos, han "sido invariablemente tratados por los aliados, "que gozan hoy día, la mayor parte de ellos su plena "libertad contrasta con las crueldades ejercidas en "los súbditos de las naciones aliadas, que tuvie- "ron la infelicidad de caer en poder del Mariscal "López, y que por centenares han sufrido diferen- "tes géneros de muerte, como consta, no solo de "las declaraciones de aquellos que escaparon, sino "de los mismos documentos oficiales paraguayos. "Al concluir el abajo firmado deja sobre el Maris- "cal López la entera responsabilidad de cualquier "aumento de malos tratos, con que, por ventura, "este juzgue deber agravar la suerte de los pri- "sioneros de guerra, bajo el pretexto mencionado "en la nota, que ahora queda contestada."

(Fir.) GASTAÔ DE ORLEANS
(Conde d' Eu)

—

"Cuartel General, Junio 3 de 1869.

"Tengo la honra de acusar a V. A. Y. recibo "de la repuesta que tuvo a bien de dar, el 29 próxi- "mo pasado Mayo a mi nota de la misma fecha, "que fue recibida en mi línea el día 30. Pido dis- "culpa a V. A. Y. por el error de haberme dirigi- "do a ella, como a general en jefe del ejército "aliado, no siéndolo sino de todas las fuerzas bra- "sileras en operaciones en la República del Para- "guay, y agradezco el pronto conocimiento de "aquella comunicación que se ha servido dar a "los señores comandantes de las fuerzas argenti-

"na y oriental, con quienes V. A. Y. necesita po-
"nerse de acuerdo, no pudiendo con esto dar con
"la brevedad exigida una solución a la nota.

"Sin embargo el hecho de que la bandera
"nacional ha sido solo enarbolada por tropas
"que parten del cuartel General de V. A. Y. y la
"circunstancia agravante de que hoy mismo apa-
"rece en su inmediación la misma bandera izada
"en una asta, servirán todavía de escusa a la di-
"rección de la presente.

"Además, V. A. Y. tiene a bien limitarse por
"ahora a hacer observar que la aparición de la
"bandera paraguaya en las filas aliadas tiene su
"explicación en el hecho de que la presente gue-
"rra nunca tuvo fines hostiles a la existencia
"de la nacionalidad paraguaya, y que considerable
"número de paraguayos han manifestado deseos
"de cooperar con las fuerzas aliadas a la paci-
"ficación de su patria.

"Como V. A. Y. no tiene a la mano mi nota
"del 20 de Noviembre de 1865 me permito acom-
"pañarle una copia.

"Por ella verá V. A. Y. que desde aquella
"época me había propuesto evitar en el curso
"de la guerra, la irritante tropelía de ver enar-
"bolada la bandera nacional de la república en
"las filas de sus enemigos.

"Desde aquella época he visto que estos no
"perdonaban medio para hacer que la guerra in-
"ternacional, que principiaba, degenerase en lu-
"cha civil, como los mismos poderes aliados lo
"deseaban de mucho tiempo atrás en vista de
"los progresos del país.

"Desde entonces los aliados trabajaron más
"abierta y empeñosamente que nunca para obte-
"ner aquel fin, ya sea reuniendo con halagos en
"torno de sí unas muy pocas docenas de hombres

"que nacidos en este país, vivían fuera de él y "casi extraños a él; ya sea forzando a los prisione- "ros a empuñar las armas contra su patria.

"¿Y estos son los hombres, en cuyas manos "se pone la bandera de que desertaron de grado "o por fuerza? Y después que estos desgra- "ciados cayeron por millares combatiendo su ban- "dera natal, ¿al resto de sus últimos centenares "es permitido enarbolar la sagrada enseña que "cubre los restos venerados de tantos mártires de "la patria? ¿Y cuál es la representación de este "símbolo de la soberanía nacional en las filas de "sus enemigos? Y es ahora más que nunca que "los gobiernos aliados se creen, no diré con de- "rechos, pero siquiera escusados, para permitir en "sus filas la bandera que por tantos años han ve- "nido combatiendo? Y, a un príncipe de la casa "de Orleans cabe realizar y justificar esta igno- "minia.

"V. A. sabe que si el Paraguay está en guerra, no "la debe sino a los gobiernos aliados que se la "hacen: ¿Y haciéndose traidores y entregándose a "merced de estos aliados es como algunos desgra- "ciados hijos de este suelo pueden cooperar a la "pacificación de la República?

"¿Y esos aliados son los pretendidos pacifi- "cadores?

"¿Se aliaron con ese fin? Y es para esto solo "que los poderes aliados concurren con todo el "armamento, mantención y equipo de ese que V. "A. llama considerable número de paraguayos? "¿Y esos gastos son ya suficientemente compen- "sados con la sangre que esos desgraciados de- "rraman día a día, u otro vendrá acaso en que "se les exija compensación?

"Permita V. A. Y. no discutir aquí los fi- "nes de esta guerra contra la existencia de la "nacionalidad paraguaya; pero sí afirmar que nun- "ca jamás ella estará sujeta a la merced de su

"enemigo, como parece pretender asentarlo V. "A. Y. al mencionar la mísera condición en que "algunos desnaturalizados paraguayos se hallan "en las filas aliadas.

"V. A. Y. no debe olvidar que si ha encon- "trado almas débiles que forzar y corromper, "tiene todavía a su frente con el Presidente de "la República, otras más dignas que combatir.

"En cuanto a la entera responsabilidad que "V. A. Y. llama sobre mí por la efectibilidad de "las condiciones establecidas en mi nota del 20 "de Noviembre, estoy tranquilo; y un juicio más "competente dirá si ella debe pesar sobre quien "en previsión las estableció cuatro años antes pa- "ra evitar los horrores, y más de una vez por respe- "to a la humanidad, no las practicó; o sobre quien "sobreponiéndose a la práctica de cuatro años de "guerra y de tácito respeto a la última de las con- "diciones, ha querido provocar y obligar la eje- "cución.

"No gusto seguir a V. A. Y. en el estilo que "ha adoptado en su respuesta, porque yo sé que "no es propio de la conocida ilustración de la ca- "sa Real de Orleans y debido solo a la circuns- "tancia en que V. A. Y. se encuentra; pero que- "do en conocimiento de lo que le dicen los esca- "pados sobre los diferentes géneros de muerte, "que han sufrido centenares de súbditos aliados "en mi poder y por lo que hace a los documentos "oficiales paraguayos, los leeré con mucho interés "cuando alguna vez vengan a mis manos.

"Tampoco creo deber corresponder a V. A. Y. "con lo que me llega del tratamiento de los alia- "dos por sus desertores y prisioneros y paragua- "yos escapados.

"Tengo el honor de saludar a V. A. Y. con "mi consideración distinguida.

"(Fir.) FRANCISCO SOLANO LÓPEZ"

"A. S. A. Y. Gastaò de Orleans Conde d'Eu, Comandante en Jefe de todas las fuerzas brasileras en operaciones en la República del Paraguay"

—

Hablando de la nota contestación del Mariscal a los jefes aliados que en Lomas Valentinas, le intimaron deposición de armas el 24 de Diciembre de 1868, dijimos que era la única nota clásica que había producido la guerra.

Si bien nada tenemos que quitar ni añadir a este juicio, debemos, sin embargo, agregar: que la nota última del Mariscal que queda transcrita, por el espíritu elevado que campea en ella y por la fuerza lógica de los argumentos y razonamientos con que se refutan y desbaratan los cargos y responsabilidades que se le imputan, puede ser conceptuada como un documento notable, y ella es digna, por lo tanto, de figurar al lado de la primera que dejamos mencionada.

La nota del Conde d'Eu, es chabacana. En ella la figura de su autor se achica hasta llegar a la talla de un pigmeo; pondera la humanidad con que los prisioneros paraguayos han sido tratados por los aliados, y sin embargo, tres meses después ordena el degüello de los tomados en *Piribebuy,* y en la boca del monte de *Caraguatay,* entre ellos algunos valerosos jefes que no han tenido otro pecado que el de haber cumplido con el sagrado deber de defender su patria.

¿Cómo se concilia el sentimiento de humanidad de que hace alarde en su nota, con los actos bárbaros de crueldad que mandó ejecutar?

Del Mariscal López hay que decír: que todas las veces que aparece en su importante rol de paladín de una gran causa, exponiendo o defendiendo los principios del ideal que le impulsara a aceptar una lucha preparada desde mucho tiempo atrás contra el Paraguay, cuyo progreso inquietaba a sus vecinos, su figura se agiganta, su actitud impone respeto y hasta se ven brillar en torno suyo los destellos del genio. Sus palabras saturadas del bálsamo del patriotismo e inspiradas en los sublimes preceptos bíblicos adquieren la fuerza mágica de penetrar hasta el corazón. Los que las oyen, los que las escuchan difícilmente pueden escaparse de dejar de sentir, aquella influencia arrebatadora del santo y ardoroso entusiasmo que les producen, haciendo resonar el aire con esta o semejante exclamación: "*Muramos todos con nuestra patria, porque a los vencidos sólo les queda una salud que es no esperar salud alguna*" (1) ó, parodiando las bellas palabras del jefe de los *Samnitas* en la proclama que dirigió a su ejército momentos antes de la célebre acción de las *Horcas Caudinas*: "*Justa es la guerra para quienes es necesaria, y Santas son las armas en manos de quienes ninguna esperanza tienen sino en ellas*" (2).

El hombre, pués para el desempeño de su importante misión poseía algunas grandes virtudes.

Estas imponen la admiración y el respeto de la humanidad; pero no conquistan su amor ni afección, y lejos de esto a veces inspiran odio, cuando van acompañados de una inflexible severidad. Catón tenía todas las grandes virtudes que los

---

(1) Eneida Lib. II.

(2) Tito Livio *Justum bellun* quibus necesarium

hombres pueden poseer, y apesar de la estimación y el respeto que se atribuía a esas virtudes, no era querido ni aún por sus amigos.

Por modo que, descendiendo de la altura del rol que desempeñaba el Mariscal y donde brillaban esas virtudes, estudiamos su personalidad en vista de los errores en que había incurrido, o, de los actos de crueldad que mandó ejecutar en el último período de la guerra, invocando el santo nombre de la patria, sin que haya compartido con nadie su responsabilidad, su figura se empequeñece hasta el grado de confundirse con la de cualquier otro personaje vulgar, sin ninguno de aquellos rasgos de nobleza, de generosidad de magnanimidad que, atenuando la odiosidad, inherente a aquellos actos, despiertan en el ánimo de los que lo contemplan la simpatía, la gratitud y hasta la admiración.

Carecía en absoluto de aquellas virtudes menores que concilían y captan la afección, el prestigio, la simpatía y popularidad entre sus semejantes.

César no estaba exento de muchos actos bárbaros y crueles; sin embargo, cuando se apoderó del archivo de cartas de Pompeyo, quemó éstas sin leerlas, para no verse en la triste necesidad de castigar a los traidores, ahorrando así mayores males a la humanidad y a su patria. Hé ahí un rasgo de alta generosidad.

Por ello, y otros igualmente nobles, fue llamado por sus compatriotas *el clemente!* . .

Alejandro, en medio de su poderío y grandeza, por los tiempos que alcanzaba victoria sobre sus enemigos donde quiera que llevaba el poder o empuje irresistible de sus armas, tampoco estaba exento de actos bárbaros y crueles: pero a estos oponía otros de clemencia, de bondad y de magnanimidad. Después de la victoria que ganó sobre los tebanos, la ciudad fue entregada

al saqueo libre de sus tropas, saciando estas sus desenfrenadas pasiones en sus débiles y desgraciados habitantes. Pero de los que quedaron con vida, ninguno se le acercó a pedirle alguna cosa que no saliera bien despachado, prestando con especialidad todos los oficios de humanidad a los que durante aquella calamidad, se habian refugiado en Atenas. Dando oído a intrigas y acusaciones calumniosas mandó torturar y matar a Filotas, uno de sus más esforzados y valientes generales, y envió inmediatamente orden a la Media para que también fuese muerto el padre de éste, el anciano Parmenión, el Néstor y el Ulises del rey Filipo de Macedonia, y el que más le había ayudado al mismo Alejandro a emprender su campaña de Asia. Entre los brindis de un festín y en un acceso de furia asesinó cobardemente a Clito; y Calístenes, su intermediario con Aristóteles, fue torturado, y luego crucificado. Según otros, fue ahorcado!...

En cambio perdonó y dejó en libertad a Timodea que por venganza, y, a traición, arrojó en un pozo a un jefe tracio, uno de tantos que con sus tropas saquearon, robaron y mataron a los habitantes de Tebas. Presentada delante de Alejandro por los que la conducían, este le preguntó quién era. Respondió con entereza ser viuda de Teágenes, el que había peleado contra Filipo por la libertad de los griegos, y había muerto como general en la batalla de Queronea.

Alejandro, admirado de su respuesta, la dejó como queda dicho, en libertad, a ella y a sus hijos. La benignidad, el respeto y la generosidad caballeresca con que trató a la madre, esposa de Darío, su enemigo, y a otras mujeres ingenuas y honestas reducidas a la esclavitud sobrepuja toda ponderación y todo elogio y coloca a una gran altura su magnanimidad. Llevaban aquellas una vida apartada de todo trato

de la vista de los demás, como si estuvieran, no en un campo enemigo, como dice Plutarco, sino en templo y relicario de vírgenes.

De estas breves consideraciones resulta que el que quiera juzgar con imparcialidad y justicia al Mariscal, tiene necesariamente que transportarse a su época, hacerse cargo del medio ambiente, de las circunstancias psicológicas especialísimas que rodeaban y dominaban a todos, bajo una atmófera candente de hierro y de fuego que surgía de los combates diarios en defensa de la patria, y estudiar su personalidad bajo diversos puntos de vista. Esa tarea corresponde al historiador que, con mira desapasionada y patriótica, y un elevado espíritu de amor a la verdad, escriba la historia nacional, a fin de que ésta sea fiel espejo del pasado y lección saludable para las generaciones futuras.

Y así como los grandes hombres de que nos habla la historia: Aníbal, Alejandro, César y Napoleón no han sido juzgados por las faltas que hayan cometido, abusando de su poder y de sus deberes, sino por el genio y las virtudes que los han distinguido en grado eminente, así también la posteridad, al formular su juicio sobre él, no ha de dejar de tomar en cuenta el ascendrado patriotismo y la sublime abnegación que le han llevado al Mariscal hasta el sacrificio, sellando con su sangre ante el altar de la patria el juramento de morir por ella.

El Conde d'Eu, cerró el cambio de notas con la que dirigió al Mariscal con fecha 15 de Junio (1.869) acusando recibo de la última de éste a que hemos hecho referencia, acompañando como solución de la del 29 de Mayo y 3 de Junio la respuesta que los generales aliados resolvieron de común acuerdo darles, así como copia de la proclama dirigida al pueblo paraguayo en 29 Marzo de ese año por los mismos, la de la alocución pronunciada por el general Emilio Mitre esa mis-

ma ocasión y la de una nota que con ese fin le pasó el mismo general al Conde d'Eu.

Para satisfacción y estudio del lector, van insertas en el apéndice de este tomo, la referida nota del 15 de Junio y la de los generales aliados del 12 del mismo mes y año.

Como dichos documentos no contienen nada de nuevo ni ningún argumento que por su solidez merezca refutación sino repetición de los que por una razón de conveniencia han venido exponiéndose desde el principio de la guerra, huelga todo comentario sobre los mismos.

CAPITULO III

Otros sucesos que han tenido lugar en el mismo mes de Mayo 1869, en los Departamentos de Concepción, Rosario y San Pedro — Traiciones — Combate de Tupí-hû, impropiamente denominado Tupí-pytâ.

A más de los sucesos que llevamos referidos hasta aquí, han tenido lugar otros en los lejanos departamentos del norte sobre el río Paraguay, de los cuales vamos a ocuparnos, tan siquiera brevemente.

El enemigo, en la prosecución de sus planes de destruir el ejército del Mariscal, y con la idea de cortar todo género de protección que pudiera éste recibir de aquellos departamentos, envió considerables fuerzas al norte transportadas en los buques de la escuadra, que se encontraban anclados frente a los puertos.

En Villa Concepción había unos 6.000 hombres de las tres armas al mando del general Cámara, y en Villa del Rosario unos 5.000 hombres a las órdenes del general Victorino, también de las tres armas.

A principios de Mayo de 1869, tuvo noticia el Mariscal de que el Jefe Político de Horqueta, Ayala y los vecinos de Concepción, José Núñez, y su hermana Agustina Núñez, encabezados por el cura Policarpo Páez se habían embarcado en uno de los acorazados brasileros anclados en el puerto de la Villa, a objeto de proponer al comandante de ellos en nombre del de aquella Villa, Juan Gó-

mez de Pedrueza, la ocupación de la misma, con tal de que se obligara a garantir y respetar la vida a todas las familias de la Villa; ofreciendo en cambio, no solo entregar a disposición de los aliados la guarnición de aquel punto, sino prestarles los elementos de movilidad que pudieran precisar para llevar adelante sus operaciones contra nuestro ejército.

El Mariscal cuando tuvo conocimiento de tan infame traición, que se proponía cortar a éste sus últimos recursos, sin pérdida de tiempo despachó al sargento mayor de caballería, José Benítez, con orden de prender al comandante Pedrueza y proceder a las averiguaciones de los hechos denunciados respecto a éste y al padre Policarpo Páez y demás personas que subieron abordo de uno de los acorazados brasileños.

El Mariscal cometió un error inexcusable en la designación del mayor Benítez para tan delicada comisión porque él indudablemente no ignoraba los antecedentes de este militar que, más de una vez, había dado pruebas de un instinto violento y bárbaro.

Consecuentes con esos antecedentes, el mayor Benítez, en cuanto llegó a Villa Concepción, ultrapasando las instrucciones que tenía de averiguar e informar al Mariscal de lo que en realidad hubiese habido, mandó sacrificar a una gran parte de la guarnición y a muchas familias decentes de la población.

Aquella horrorosa arbitrariedad produjo una honda impresión. El Mariscal informado de ella y de que sus órdenes habían sido desacatadas, inmediatamente dispuso que el mayor Benítez fuese remitido con una barra de grillos al campamento de Azcurra para ser juzgado y castigado por los crueles y sangrientos abusos que había cometido.

Benítez fue efectivamente remitido bajo segura custodia. Pero cuando llegó al monte de *Ca-*

raguatay, sobrevino la caida de *Piribebui*, que obligó al ejército nacional a abandonar su campamento de *Azcurra,* cayendo aquél prisionero junto con otros en poder de los aliados. Debido a esta circunstancia, Benítez no recibió el castigo a que se habia hecho acreedor por sus crueles arbitrariedades (1).

El enemigo, de acuerdo con el comandante de Villa Concepción, Gomez de Pedrueza, que había echado en completo olvido, no solo su condición de paraguayo, sino el deber que le imponia su posición oficial, habia concertado una combinación, primero para apoderarse de nuestra antigua posesión de *Pan de Azúcar*, al sud de Fuerte Olimpo, a la izquierda del Alto Paraguay entre los grados 21 y 22 de latitud entre los rios *Tereré y Guaicurú*, y, segundo, para ocupar la misma Villa Concepción con fuerzas bastantes a impedir las remesas de ganado que se enviaban a Azcurra para el consumo del ejército. Ambos objetos fueron llevados a cabo sucesivamente y sin pérdida de tiempo.

En la jurisdicción de la Villa de San Pedro, en el paraje denominado *Tupi-pytá*, se encontraba acampado el comandante Galeano, con una fuerza organizada de 1.300 hombres de las tres armas. Galeano había ganado sus galones por acciones de guerra en que había acreditado intrepidez y valor. No tenia ninguna preparación, lo mismo que la mayor parte de los militares de aquella época, habiendo sido antes de sentar plaza en las filas del ejército nacional, peón en una de las estancias del departamento de Villa Concepción.

En *Tacuatí* residía la familia Texeira, probablemente descendiente de algún portugués o brasileño. Una criada de la casa le trajo un día a Galeano la denuncia de que dicha familia se pre-

(1) Véase Memorias de Resquín.

paraba a embarcarse en uno de los acorazados enemigos anclados en el río Paraguay siguiendo el ejemplo de otras que, burlándose de las autoridades, ya habían hecho lo mismo. Con esta denuncia, Galeano la hizo traer al campamento y prévias algunas declaraciones sumarísimas mandó lancear a la madre e hijas que componían la familia.

Este acto cruel y bárbaro sublevó, como es de suponer, contra Galeano la conciencia de todos los oficiales del campamento, y si no tomaron al respecto alguna resolución, fue porque suponían que hubiese obrado en virtud de orden suprema; No tardó en recibir el condigno castigo a que se hizo acreedor por ese asesinato como se verá luego más adelante.

Pero apartemos la vista por un momento de tan horrible espectáculo y prosigamos.

El enemigo, informado de la existencia de aquella fuerza en *Tupí-pytá*, resolvió llevarle un ataque. Con este fin, desembarcó en *Potrero-porá* númerosas fuerzas de las tres armas, y con el objeto de darles protección en el desenvolvimiento de su plan de operación, hizo subir por el río *Jejuí* hasta *Cocueré* un monitor de poco calado.

Tan pronto como Galeano supo que el 28 de Mayo iba a ser atacado por una fuerza muy superior en número y armas, adoptó la resolución de retirarse con la suya al otro lado del arroyo *Aguaray-guazú*, en busca de una posición que ofreciese una ventaja para su defensa.

Al efecto se puso en marcha; pero antes de realizar su propósito, estando en *Tupí-hú*, le anunciaron los *espías* que el enemigo venía a su encuentro.

Galeano, con esta noticia y sin tiempo para efectuar la operación del pasaje del río formó su línea de batalla para recibirlo en el potrero de la estancia de *Tupí-hú*, cuyos costados estaban cercados con postes de madera, y abierto su frente.

El cercado del fondo donde se extendió la línea de batalla, iba hacia la izquierda hasta apoyarse, formando ángulo, en un monte espeso casi inrrompible, sin más acceso que un estrecho desfiladero por donde apenas podía penetrar un hombre a pié.

La colocación de los cuerpos o unidades tácticas en la línea de batallón era la siguiente:

La artillería, compuesta de dos batallones de campaña, fue colocada en el centro, distribuyéndose sus piezas a derecha e izquierda, llenando los intervalos tropas de infantería, y las alas cubiertas por regimientos de caballería.

Dados el paraje donde estaba formada esta línea de batalla y la colocación de la artillería, no podía hacerse una defensiva eficaz contra un movimiento envolvente que ejecutase el enemigo, sobre todo por la derecha; para corregir esta deficiencia, hubiera sido necesario colocar en cada extremo tan siquiera una media batería.

El enemigo estableció una batería en *Loma tupahó*, y a la madrugada antes de llevar el ataque bombardeó el campamento de nuestra división. Y como numerosas mujeres se encontraban agrupadas en el mismo paso, creyendo que allí estaba la mayor parte de nuestra fuerza, dirigía sobre ellas sus bombas, matando a muchas e inutilizando las chatas que allí se encontraban.

Al amanecer del día 30 de Mayo atacaron los brasileros a la fuerzas de Galeano en toda la línea; pero cargaron con redoblado energía los batallones de infantería a la izquierda nuestra que se apoyaba en el monte, sin echar de ver que por ese lado sus esfuersos serían estériles. En efecto, sufrieron varios rechazos con enormes pérdidas. Mas no por esto dejaron de persistir en la idea de envolver a nuestras tropas por esa parte, sin duda, con el propósito de interceptar el paso de *Aguaray-guazú*, que queda cerca de

allí, en caso que la columna paraguaya intentase una retirada para cruzar a la otra banda. Viendo pues, que la infantería era impotente para lograr el objeto del ataque por ese costado, enviaron allí una compañia de zapadores, que a pesar del fuego continuado por ambas partes, consiguieron abrir una picada en el monte.

En seguida, vino a la ayuda de la infantería un regimiento de caballería rio-grandense que cargó por ella con irresistible empuje, alcanzando el éxito deseado.

Esta circunstancia produjo, como era natural, alguna desmoralización en nuestras filas; pero no fue tanta que influyese a impedir la continuación del combate aunque ya con notable desventaja.

Puede decirse que nuestra gente peleó sin jefe. Galeano, en cuanto se aproximaron las fuerzas enemigas a los nuestros; es decir al comienzo mismo de la lucha, se *apretó el gorro* y se mandó mudar al galope acompañado de su ayudante el teniente Giménez y el padre Torres. Entonces el bravo capitán Morel gritó como para que oyesen sus demás leales compañeros: «¡Miren, cómo nos abandona aquel cobarde ... !!»

Las tropas, sin embargo, fieles en el cumplimiento de su deber, continuaron peleando durante media hora, hasta que, muertos casi todos sus jejes, fueron completamente derrotados (1). En la confusión general del *¡sálvese quien pueda!* muchos se escaparon atravesando el *Aguaray* a nado y en algunas embarcaciones medio deshechas que habían en el paso; pereciendo por supuesto muchos ahogados o por las balas enemigas que no cesaban de llover sobre ellos.

---

(1) Murieron los siguientes: Mayor Ortiz, jefe de la infantería y hermano del distinguido marino capitán Domingo Antonio Ortíz: el capitán Díaz, comandante de los regimieatos 3 y 5; el capitán Zárate y el teniente Giménez jefe de la artillería. Resquín llama impropiamente dicho combate *Tupi-Pytá*, debiendo ser *Tupi-hú*, donde tuvo lugar, distante 2 leguas de aquel.

Los dispersos, obedientes a la voz de sus jefes sobrevivientes, se organizaron a la otra banda del río, y marcharon a Lima, donde se encontraba Galeano descansando de la fatiga de una huida a tiempo. Pocos días después, se trasladaron de allí al campamento del *Río Verde*, donde completaron su reorganización, en número de 500 hombres, incluyendo una pequeña fuerza suelta que vino a incorporársele del departamento del Rosario o Concepción.

Numerosas mujeres y familias, acampadas cerca del paso de *Tupí-hú,* presenciaron cuales otras heroinas galas el combate de sus hijos, hermanos, parientes y esposos.

Después del triunfo de los aliados se apoderaron de ellas como botines, y así que la soldadesca las hubo despojado de sus alhajas y dineros, y saciado en ellas su feroz lascivia, las arrearon a esas infelices, que iban derramando lágrimas de pena por los ultrajes de la lujuria de que fueron víctimas, a la Villa de San Pedro.

El capitán Morel, profundamente afectado como sus compañeros de armas, en su sentimiento de lealtad y patriotismo e indignado por la conducta de Galeano en *Tupí-hú* y por la cruel arbitrariedad que había ejercido, sacrificando, sin causa a la familia de Texeira y a otras personas, resolvió hacer llegar esos hechos a conocimiento del Mariscal. Al efecto así que se acamparon en el *Río Verde*, despachó de noche, clandestinamente, al teniente Avalos con un oficio en que daba detalles al Mariscal de cuanto había ocurrido. Al día siguiente dió parte a Galeano de que el teniente Avalos, se había desertado por la noche.

Estando en el *Río Verde*, el comandante Galeano tuvo informes de que los aliados, después del combate, se habían concretado a enterrar sus muertos, abandonando insepultos los nuestros,

que de esta manera llegaron a ser pasto de aves de rapiñas y de tigres que abundaban en aquellos parajes.

¡Cosa singular!

En dos mil y tantos años, y en presencia de nuestra decantada civilización moderna que tanto blasona de ilustración y de sentimientos humanitarios, ha venido a repetirse en un lejano rincón de la América del Sud lo que era práctica corriente entre los *bárbaros* de la antigüedad. Para cerciorarse de esta verdad, no hay sino leer a Homero en el Libro Primero de su inmortal Ilíada, que dice:

De Aquíles de Peleo canta, Diosa,
la venganza fatal que a los Aquivos
orígen fué de numerosos duelos,
y a la oscura región las fuertes almas
lanzó de muchos héroes, y la *presa*
sus cadáveres hizo de los perros
y de todas las aves de rapiña. (1)

. . . .

Whose limbo muberied
on the naked shore
devouring dogs and hungry
Vultures tore (2)

Galeano resolvió ponerse en marcha inmediatamente a *Tupí-hú*, donde mandó cumplir la obra piadosa de inhumar a los que cayeron gloriosamente por su patria, cuyos cadáveres estaban ya en estado de completa putrefacción, habiendo transcurrido desde el día de la ocasión hasta entonces unos 20 días!

Nuestras gentes encontraron todavía regado de alhajas de oro y moneda de plata sellada el

---

(1) Traducción del griego al castellano de don José Gómez Hermosilla.
(2) Traducción del eminente poeta inglés Popa.

sitio donde estuvieron acampadas las mujeres. ¿Cómo no? Las familias, muchas de ellas de fortuna, al abandonar sus hogares habían traido consigo los objetos más valiosos que poseían. La hermana del acaudalado hacendado, don Luís Jara por ejemplo, cuando llegaron a ella los brasileros, estaba sentada sobre una caja llena de onzas de oro y pesos plata Carlos IV! La dieron un empujón y se apoderaron de su tesoro! Hicieron más o menos lo mismo con las demás; llevando algunos su avidez de hacerse de botines de valor hasta el extremo de reventar las orejas a las pobres mujeres con la violencia con que le arrancaban los zarcillos o pendientes de oro que llevaban como adornos *¡O, tempora ô mores!*

A fin de no involucrar el orden cronológico que en lo posible tratamos de seguir en la relación de los hechos que vamos consignando en estos apuntes, cerraremos aquí este capítulo. Reasumiremos su continuación oportunamente, y a medida que vayan produciéndose otros sucesos que se relacionan con la campaña o defensa del departamento de San Pedro y del de Villa Concepción.

CAPITULO IV

Ataque del enemigo a la guardia de Sapucaí — Combate de Ybytymí — Idem en el paso de Yuty o del Pirapó — Idem en el Tebicuary — Libertad de numerosas familias arrestadas, por sospecha — Artificio trampa contra las locomotoras — Despedida del ministro norteamericano general Martín Mac Mahon — Tupí-pytá — Asalto y toma de Piribebuy por los aliados — Degüello del comandante Caballero y del jefe político don Patricio Marecos.

Los aliados evidentemente entran en un período de actividad; así inducen a creer las diferentes columnas expedicionarias enviadas a los departamentos comarcanos, saqueando, y arreando gentes indefensas a la capital donde se había erigido un gobierno provisorio bajo su inmediata influencia.

En la prosecusión de su campaña de reconocimiento desprendieron del ejército aliado acampado en *Pirayú,* una gruesa columna de las tres armas al mando del general Joaô Manuel, y dirigiéndose a *Sapucai,* atacó (el 1º de Junio de 1869) una guardia paraguaya de observación compuesta de 65 hombres de infantería al mando de un capitán y dos oficiales subalternos, colocada en un desfiladero sobre el camino que va de Paraguarí a Villa Rica.

La guardia, a pesar de la superioridad numérica de la fuerza agresora, hizo una tenaz resistencia. Pero juzgando su comandante, que su posi-

ción no ofrecía toda la ventaja requerida para una defensa con poca gente, resolvió retirarse a otro desfiladero más estratégico, situado entre *Sapucai* y el pueblo de *Ybytymí*, por cuyo frente corre un arroyuelo.

Allí, favorecida por la naturaleza, nuestra gente sostuvo su puesto con ardor y denuedo, causando a los agresores una baja de 60 y tantos muertos, suponiéndose que, los heridos hayan sido el doble. Como atacaba en masa se lograban casi todos los tiros disparados de nuestra parte.

La guardia tuvo una baja de 41 hombres entre muertos y heridos, incluso entre los primeros un oficial; replegándose los restantes a la guarnición de *Piribebui*.

Después de esta acción, el Mariscal mandó organizar una fuerza que por su número fuese capaz de hacer frente a la columna enemiga y dar protección a las familias de *Carapeguá*, *Acahai* y *Quyíndy*, que eran víctimas de todo género de humillaciones de parte de las tropas aliadas.

Dicha fuerza consistía en una división de 3000 hombres (1) más o menos de las tres armas cuyo mando en jefe fué conferido al general Bernardino Caballero, que en seguida, marchó con ella a *Ybytymí*.

El enemigo con un ejército de mujeres recogidas de los departamentos comarcanos, estaba acampados en este punto.

Caballero, llevando una marcha rápida, y con las precauciones de no ser sentido por el enemigo, llegó a la inmediación de *Ybytymí* el 7 de Junio por la noche y bajo una lluvia torrencial. Se dispuso a atacar a la fuerza aliada al dia siguiente al amanecer. Al efecto mandó espiar a la madrugada, y obtuvo la noticia de que acababa de ponerse en marcha con dirección a *Sapucai*.

---

(1) Resquín hace constar de 5 mil; pero según el mismo Caballero se ha equivocado.

Sus tropas, después de una marcha forzada, estaban cansadas o necesitaban de algún reposo y de alimento antes de emprender la persecución del enemigo.

Con este motivo, trasladó su campamento a la inmediación del pueblo. Mandó carnear y dar de comer bien a las tropas, tomó todos los informes que creía necesarios acerca del enemigo, y, luego, escogiendo 600 hombres de los más robustos de las tres armas, se puso en marcha en seguimiento de él. En la mitad del camino, y calculando la distancia que tenía que recorrer la fuerza aliada para llegar a *Sapucai,* destacó 200 hombres a las órdenes del mayor Manuel Bernal con instrucción de dirigirse por una senda oculta que había en el monte, acortando así en dos o tres leguas la distancia, y se apostase en un desfiladero sobre el camino por donde necesariamente tenía que pasar el enemigo.

Este, a la caida de la tarde de aquel día, se acampó y pernoctó con todas las mujeres que llevaba en la boca del monte de *Sapucai.* Caballero alcanzó ese punto ya a altas hora de la noche y acampó muy cerca del campo enemigo, sin que fuese sentido. Al amanecer del día siguiente dió el golpe de sorpresa, cargando a los aliados a lanza y bayoneta.

Estos huyeron en desbandada abandoñando sobre el campo muchos muertos, equipos, viveres y cuanto tenian, inclusos unas seis mil mujeresque estaban acampadas muy cerca de allí de manera que fuesen las primeras en sentir la aproximación de nuestra gente y dar la voz de alarma. Felizmente no sucedió así por la hora avanzada de la llegada de Caballero.

Los aliados siguieron el camino con dirección a Paraguarí en su precipitada fuga; pero he ahí que fueron a encontrarse con Bernal que les dió la voz de alto con una descarga cerrada.

Los aliados, con esta nueva sorpresa, completamente desmoralizados, se vieron obligados a retroceder precipitadamente, y al salir del monte, intentaron llevar una desesperada carga. Pero el nutrido fuego de la artillería e infantería no les permitió llegar arremolineando, como una culebra, en la mitad del terreno, tomaron la dirección de los fondos de los potreros del *Tebicuary*, de donde pudieron salvarse con pérdida de sus montados y armas, después de haber cesado la activa persecusión de nuestras gentes por los montes.

El triunfo alcanzado esa vez por las fuerzas mandadas por Caballero, hubiera sido más completo y de mayor importancia, si una parte de la columna enemiga no se hubiese puesto a salvo mediante a haberse adelantado con las mujeres que llevaba antes del encuentro, o sea antes aún de la llegada de Caballero a Sapucai y antes también de haber desarrollado éste su plan de combate. Debido a esta circunstancia, no se había conseguido rescatar sino una porción de las numerosas mujeres que arreaban los aliados con la idea de repoblar la capital y contar con un pueblo para sus fines ulteriores. De modo que todo lo que consiguió Caballero con su operación a pesar de la actividad desplegada, fué cortar la retaguardia a la columna enemiga y desbandarla.

La expedición aliada a *Ybytymi* e *Ybycui* iba, como ya se dijo, al mando del general brasilero, Juan Manuel, el coronel Martínez y el comandante Leite (alias chananeco).

El mayor Bernal, después de escarmentar duramente a los enemigos que huían con dirección a *Pirayú* o *Paraguarí,* se replegó al general Caballero en el punto donde tuvo lugar la acción.

El sargento Estanislao Leguizamón hoy mayor, fue enviado a la estación telegráfica de *Itacurubí* de la Cordillera, con un despacho dando parte al Mariscal del triunfo que acababa de alcanzar las fuerzas la

mando de Caballero, Leguizamón, en recompensa de la actividad que desplegó ese día, venciendo serias dificultades para llegar a su destino, fué ascendido a Alférez.

Caballero, terminada su corta campaña, recibió orden para regresar con su división a *Azcurra.*

Cuando el Mariscal tuvo aviso, después de estos sucesos de *Sapucai,* que el General brasileño Portinho, a la cabeza de una fuerte división había pasado tranquilamente por la frontera de Villa Encarnación, dispuso que el coronel Rosendo Romero marchase con 1200 hombres de las tres armas a ocupar el paso del *Pirapó,* más abajo de *Yuty,* llevando como 2º al Sargento mayor Manuel Bernal.

Las tropas que guarnecían la Villa Encarnación al hacer su aparición Portinho en aquel punto, se retiraron y vinieron a incorporarse a Romero en el mencionado paso.

El 22 de Junio, 1869, llegó Portinho al paso y cañoneó a la fuerza de Romero, contestando ésta a sus tiros con brío con 4 piecesitas de campaña que tenía. Pero habiendo tenido algunas bajas entre los artilleros, y creyendo desventajosa la lucha a cañón desde la distancia, dió orden de retirada a los campos de Caazapá. Libre el paso, Portinho cruzó con su fuerza a la otra banda, es decir, de la izquierda a la derecha y en seguida marchó con dirección al paso *Jara* del *Tebicuary guazú,* tiroteándose durante su marcha con la vanguardia de Romero que iba en pos de él.

A la primera noche del 23 Portinho acampó a la izquierda del *Tebicuary* cerca de paso *Jara.* Romero también acampó a corta distancia de allí, quedando en medio como divisoria de ambos campamentos una isla grande, en cuyas orillas estaban

apostadas sus avanzadas que no cesaban de hacer fuego durante toda la noche.

Las tropas todas de Romero andaban a pié, la caballería solo unos 50 hombres tenían montados. Su condición física por la escasa alimentación era pésima. Pero apesar de todos estos inconvenientes, el 24, al despuntar la aurora, Romero llevó un ataque al campo enemigo. Trabóse durante una hora más o menos, un reñido combate, que tuvo el fenomenal resultado de la retirada de ambas fuerzas adversarias sin que ninguna hubiese quedado dueña del campo de batalla. Portinho hizo una precipitada retirada, rumbeando por los bosques que pueblan las costas del ***Tebicuary*** fue a salir al paso ***Fleytas*** sobre el mismo río, y allí embarcándose en los monitores que, a la sazón se encontraban anclados en dicho fuerte, partió para la Asunción.

Romero a su vez con el parte de que los pertrechos estaban por agotarse, se retiró lentamente con su cansada tropa a *Caazapá*. Allí pernoctó y dió de comer a sus tropas con la frugalidad consiguiente a la escasez de víveres y ausencia absoluta de ganado vacuno y caballar. Al día siguiente marchó a ***San José***, donde carneó y se proveyó de una comisaría de muchos víveres.

Y antes de que tuvieran tiempo de descansar de sus fatigas recibió orden de marcha para ***Azcurra.*** Lo mismo hizo el batallón ***San José*** organizado en el pueblo del mismo nombre por el coronel Julián N. Godoy y bajo las órdenes del mismo.

Las bajas de Romero en el combate del paso *Jará* eran entre muertos y heridos unos 150 hombres más o menos. Los cadáveres de los que murieron de una y otra parte, quedaron abandonados, insepultos sobre el campo de batalla. No se ha podido determinar la pérdida del enemigo; pero

se supone por la gran mortandad que hubo en sus filas en el primer choque que no habrá bajado de 200. (1)

A mediados del propio mes de Junio fueron remitidos al campamento de *Azcurra* por las autoridades de campaña un crecido número de las familias distinguidas vecinas en su mayor parte de las Misiones, cuyos deudos, padres, hermanos o esposos, habían sido víctimas en la triste y dolorosa hecatombe de San Fernando. Pesaba sobre ellas la sospecha o denuncia, falsa por supuesto, de haber tenido comunicación con los espías del campamento enemigo.

A su llegada recibió orden del Mariscal para que procediera a una indagación, a fin de saber si real y verdaderamente la imputación que se le atribuía era o no fundada. Era tarea pesada y bastante ingrata, tanto más cuanto que no había principio de prueba o indicio en que pudiera uno apoyarse para establecer un interrogatorio capaz de conducir al descubrimiento de la verdad, y cuando, por otra parte, existe en la conciencia de antemano la convicción de su inocencia.

Todas tenían dinero, las que menos 5 o 6 onzas de oro sellado. A fin de evitar que fuesen despojadas o robadas, y como quiera que venían en carácter de arrestadas, pedí al coronel Marcó, jefe de la mayoría, que todas esas cantidades de dinero fuesen rotuladas con los nombres de sus dueños, y depositadas en la mayoría de su cargo. Así se hizo.

Al cabo de unos diez o doce días acabé de hablar con cada una de ellas, y fui a dar cuenta al Mariscal del resultado de mi comisión. Le

---

(1) Estos datos nos ha facilitado Don Juan Guanes, que formaba parte de la columna del coronel Romero como artillero. La versión de Resquín en sus *Memorias* sobre el triunfo que dice haber alcanzado ésta, es inexacta. La del general Caballero concuerda también con la del Sr. Guanes.

encontré de buen humor. «Y bien» me dijo, en cuanto me cuadré delante de él, ¿qué ha resultado?—Exmo señor, a pesar de una indagación minuciosa por medio de preguntas que les he hecho, no he podido descubrir la falta o delito que se les imputa.—¿«Y qué hay que hacer con ellos entonces?»—Exmo señor, contesté, opino que la clemencia de V. E. debe pronunciarse a favor de ellas, mandándolas poner en libertad, salvo lo que crea más conveniente disponer V. E.

Guardó silencio un momento, dió unas cuantas chupadas a su cigarro, y me dijo: «Bueno, vaya y diga al coronel Marcó que las provea de pasaporte, y que vuelvan a sus casas».

Grande fué la satisfacción que experimenté con esta resolución.

El corazón bailaba de contento, pensando anticipadamente, cuan agradable iba a ser esta noticia a aquellas desgraciadas familias, que han tenido que abandonar sus hogares o residencias, con el susto consiguiente arrastradas por una sospecha infundada y calumniosa. Fuí volando adonde el coronel Marcó a comunicarle la orden. En seguida pasé a participarle a las familias que se llenaron de gozo y de la más pura alegría. Todas concurrieron inmediatamente a la mayoría a recibir, no solo sus pasaportes sino el depósito de dinero que a cada una correspondía, marchándose luego a sus respectivas residencias en los departamentos de *Piribebuy*, *Atyrá* y *Barrero Grande*. Muchas de ellas aún están vivas.

Desde que los aliados establecieron en *Pirayú* su campamento, las locomotoras del ferro-carril con numerosos vagones hacían todos los días viajes de la Asunción y vice versa.

El Mariscal no veía con agrado que el ferro carril construido bajo la fecunda administración de su difunto padre, estuviere prestando importantes servicios a los enemigos de la república,

facilitando el transporte a su campo de hombres, armas, víveres, etc. etc.; y a esta razón resolvió inutilizarlo con bombas rayadas de a 150 enterradas perpendicularmente a los costados de los rieles, provistas de espoletas especialmente preparadas que deberían estallar al contacto de las ruedas de la máquina.

El designado para esa operación era el maquinista paraguayo José Tomás Astigarraga, vecino de la capital, acompañado de una partida de tropa al mando del alférez Bedoya.

Astigarraga, para poner en ejecución su arriesgada comisión, se trasladó por la oscuridad de la noche, a *Cerro peró*, y de allí a altas horas, al terra-plen, logrando colocar las bombas lo mejor posible.

Esta vez, sin embargo, el artificio no dió resultado lo cual probaba que no había sido feliz la colocación de las bombas. En la noche siguiente, Astigarraga la corrigió, y cuando al día sub-siguiente pasó el tren, se produjo la explosión, pero sin causar más daño que un gran susto a las gentes que iban en él. No obstante, en nuestro campamento se dió una exagerada importancia a la cosa, y Astigarraga fué muy felicitado por el éxito de su operación!...

El general Mac Mahon que, según dijimos (p. 246 del T. III), vino a reemplazar a Mr. Washburn, en carácter de ministro residente de los Estados Unidos cerca del gobierno del Paraguay y presentó su carta de retiro al Mariscal el 24 de Junio de 1869, en el Cuartel General de *Azcurra*.

Los discursos cambiados en esa ocasión son los siguientes:

"Exmo. Señor:

"Hallándose por terminar mi residencia cerca "del gobierno del Paraguay, tengo el honor de en- "tregar a manos de V. E. la carta autógrafa del "Presidente de los Estados Unidos, anunciando mi

"retiro. Es con profundo pesar que me despido "de V. E. en este momento de prueba en la historia "de la República. Lo que he presenciado del "heroismo y perseverancia durante mi corta resi- "dencia en el país me ha llenado de un profundo "y duradero interés en la suerte de este pueblo.

"Confieso además con gran sentimiento que "deploro que se me haya frustrado la esperanza "que había alimentado de congratular a V. E. por "la restauración de la paz. Espero sinceramente "que ya estará muy cerca el día en que el ruído "de las armas bélicas cesará para siempre dentro "de los límites de la República, y que los genero- "sos y heroicos sacrificios del intrépido pueblo que "preside V. E., hallarán su justa recompensa en "la prosperidad e independencia perpetua de "su patria.

"Cumplo ahora el último deber de que estoy "encargado cerca del gobierno de V. E., cual es, "expresar a V. E. la seguridad del sincero deseo "del Presidente de los Estados Unidos de robus- "tecer y ensanchar la amistosa relación que ahora "felizmente existe entre ambos gobiernos, y garan- "tir a los pueblos de los dos paises una continui- "dad de los beneficios que resulten de esa relación.

"Ofrezco esta seguridad con el más grande "placer dimanado del conocimiento de que du- "rante mi residencia cerca del gobierno de V. E. "nada ha ocurrido para alterar en lo más mínimo "las amistosas relaciones que existen, y espero "muy de veras que ellas continuarán en todo tiem- "po sin ningún embarazo.

"Agradezco muy sinceramente a V. E. por los "muchos actos de cortesía y bondades personales "que he recibido de V. E. durante mi residencia "aquí de los cuales, conservaré toda mi vida un "grato recuerdo. Ofrezco a V. E. mis votos por "la felicidad de V. E. y por la de la República".

Contestación:

"Señor Ministro:

"Había yo alimentado la esperanza de que e "digno representante de la más grande República "fuese testigo presencial de todos los heroicos sa- "crificios del pueblo por su existencia hasta la "consumación de esta grande obra cualquiera que "fuese la suerte final que el Dios de la Naciones "le tenga deparada. Me lisonjean los justicieros "conceptos con que V. E. recuerda el heroismo "del pueblo generoso y mientras nuestra voz con- "tinue apoyada para el mundo, ellos sirvan para "que el universo sepa que aún existe la República "del Paraguay, pugnando para volver a la libre "comunión de las Naciones, y que una larga lucha "no ha menguado su fé ni quebrantado su heroismo.

"Muy sensible a las seguridades que V. E. acaba "de expresarme en nombre de S. E. el Presidente "de los Estados Unidos, mi anhelo será propender "al desarrollo de las amistosas relaciones de los dos "paises, para que cuando el mío se desembarase "de los enemigos que hoy absorben su atención "pueda entrar en la continuidad de sus beneficios.

"Mucho estimo la expresión de gratitud y los "benevolentes votos con que V. E. se despide, des- "pués de una corta, pero fácil y amigable relación, "que V. E. ha sabido mantener entre los Estados "Unidos y el Paraguay.

"Aceptad, señor Ministro, mis votos por la "prosperidad de la unión americana y la felici- "dad de V. E."

Junio 24 de 1869.

El general Mac Mahon era todo un caballero. De modelo distinguindo y de figura simpática, alto, delgado, ojos azules, frente espaciosa y una fisonomía risueña y agradable; como resultado del

conjunto de sus facciones. Presenció los combates de Lomas Valentinas, el 21 de Diciembre de 1868, y dió prueba de valor y serenidad, porque sin que hubiese necesidad de su parte, estuvo expuesto como todos a las balas enemigas que conmovían la atmósfera con sus silbidos de muerte.

El 25 o 26 del citado mes, partió de *Azcurra*, acompañado de una comitiva de jefes y oficiales con bandera de parlamento de la que formaba parte el que escribe estos apuntes. Iban además dos o tres carretas cargadas de los equipajes del Ministro, y de algunos bultos que según se dijo contenían dinero y otros objetos que el Mariscal remitía al exterior por su intermedio. Como recuerdo de amistad éste le regaló al General algunos objetos de plata trabajados en el país. Los conductores de las carretas eran unos 4 soldados que tenían orden de continuar con M. Mahon hasta los Estados Unidos en calidad de asistentes.

Al llegar cerca del arroyo *Pirapó* donde el regimiento *San Martín* hacía el servicio de vanguardia del campo enemigo, tuvo lugar un pequeño e inesperado incidente. En cuanto llegamos frente donde estaba acampado, se nos vino en desfilado y en actitud hostil casi todo el regimiento, y dos o tres soldados que mediante la agilidad de sus montados habían podido adelantarse dejando atrás a los otros, se dirigieron al llegar donde estábamos al soldado nuestro que llevaba la bandera de parlamento, gritando y apuntando a la vez, con su carabina: ¡baje esa bandera, hijo tal por cual, bájela, bájela! . . . . . llevando la boca de su arma hasta tocar al pecho del soldado. Pero éste, firme como una estátua, no hizo el menor movimiento. Nosotros extrañando este recibimiento tan poco amable, sin ningún miramiento a la bandera blanca echamos mano por debajo del poncho al puño de nuestra espada, en prevensión de un conflicto sangriento. Felizmente, en ese momento vino llegando al galo-

pe el comandante del *San Martín*, Coronel Alvarez, y después de una breve conversación con el Ministro americano, nos dejó pasar hasta la orilla del *Paso pé* donde nos despedimos del General Mac Mahon, regresando a Azcurra sin ser molestados.

El 24 de Julio, día onomástico del Mariscal, fué festejado por la mañana con grandes pompas religiosas. El panegírico del Santo estuvo a cargo del ilustrado joven sacerdote, Candia, vecino de Itauguá, que pronunció esa ocasión un notable discurso.

Por la tarde, se llevó la estatua de San Francisco Solano en procesión con numeroso acompañamiento hasta la subida de la cordillera de *Azcurra*, de modo que el Santo dominara con su mirada el campo enemigo.

A Panchito López, hijo mayor del Mariscal, se le metió entre ceja y ceja de que el Santo en aquel momento había inclinado la cabeza, y movido los ojos. Al regreso después que todo el mundo se había retirado, el Mariscal averiguó con algunos jefes si era verdad lo que aseguraba su hijo; y si el hecho hubiese sido confirmado, de seguro que hubiera mandado labrar algún acta para constatar de que el Santo había obrado un milagro!.

¡Lo cómico y lo ridículo siempre andan mezclados aún en los actos más serios y en los momentos más solemnes de la vida! A la prima noche se dio término a los festejos con un espléndido banquete instalado en el corredor exterior del Cuartel General. Se sentaron a la mesa los principales y más distinguidos personajes militares y sacerdotes. A los postres se pronunciaron elocuentes brindis, llenos de ideas y frases halagadoras para el Mariscal que de paso sea dicho, era amigo de las alabanzas.

Durante el tiempo que estuvimos en *Azcurra*, se publicaba en *Piribebuy* un periódico llamado

La Estrella. Al principio el redactor en jefe y director era don Manuel Trifón Rojas, ayudado por varios colaboradores. Los artículos eran por lo general empalagosos, llenos de exageradas alabanzas al Mariscal. Ninguno, dotado de un espíritu recatado y modesto, hubiera tolerado algunos de esos artículos que más que alabanzas, contenían conceptos burlescos. Por no sabemos qué chisme o cuento que llevaron al Mariscal contra don Trifón Rojas, este fué destituido de su puesto de redactor, y dado de alta como soldado raso en uno de los batallones de infantería. Era Rojas uno de los jóvenes de la época, bastante preparado. Me ligaba con él vínculo de simpatía, y por este motivo su desgracia me causó honda pena. Traté de salvarle la vida, como se verá más adelante, pero Dios dispuso otra cosa.

Según quedó referido en el capítulo precedente, por esa época se tuvo noticia de que la división al mando del comandante Galeano había tenido un encuentro bastante reñido con numerosas fuerzas aliadas en el paraje llamado *Tupi-hú*, y a estar a lo que se aseguraba entonces, los nuestros habían alcanzado un triunfo; pero más tarde, resultó que esa noticia era incierta, debido a un parte en que Galeano falseaba la verdad exprofeso para encubrir la responsabilidad de su conducta en aquella acción.

Bajo la impresión favorable del momento fué despachado para *Tupi pytá* el comandante Anselmo Cañete, acompañándole en calidad de ayudante el alférez Hipólito González y don Pedro Cálcena, este último de secretario. Fué portador aquel del despacho de coronel a que fué promovido Galeano por la acción de *Tupi hú (Tupi pytá)* y de una condecoración de la orden nacional del mérito para el mismo.

Después que se recibió de todo eso en Lima y enterado de las nuevas instrucciones que se le

había mandado, Galeano partió para el Norte a hacerse cargo del mando de una fuerza que se encontraba acampada entonces en *Belén cué* o en *Tacuatí*, quedando Cañete como jefe interino del resto de columna o división de *Tupi pytá*, así denominada por haber estado acampada antes en este paraje.

Ya con posterioridad al parte falso que Galeano había tenido el cuidado de anticipar desde Lima al Mariscal éste recibió el informe de Morel, en su consecuencia fué inmediatamente enviado el comandante Aponte al *Rio Verde,* en el supuesto de que aún se hallase allí la columna, con instrucciones de relevar a Cañete, y que éste pasase adonde Galeano en el departamento de Concepción a comunicarle la orden de presentarse en el *Panadero*, donde se encontraba acampada la división de los Coroneles Delvalle y Sosa (1). Al día siguiente de su arribo fué conducido de allí preso al campamento del Mariscal que entonces se encontraba cerca del Jejuí, camino a San Isidro y en justo castigo de su cobardía y crueldades, fué fusilado de orden del Mariscal mismo.

Cañete encontró a Galeano en *Tupi hú*, donde vino del Rio-Verde a enterrar los cadáveres paraguayos, conforme queda consignado en el capítulo anterior.

El objetivo del plan de operaciones que los aliados trataban de desarrollar contra el ejército nacional de *Azcurra*, era *Piribebuy*, que está situado al Este de este campamento.

La caída de aquella plaza no podía no ofrecer grandes dificultades, porque sus condiciones naturales, como ya habíamos observado antes

---

(1) No hemos podido aclarar en nuestras averiguaciones, si Galeano fue enviado preso al *Panadero*, o si fué simplemente llamado con pretesto de asunto de servicio.

(Cap. 1, p. 11) no reunían las ventajas requeridas para una resistencia eficaz contra fuerzas numerosas y bien armadas que la atacasen.

Atento a esta circunstancia, su evacuación casi era indispensable. Con esa medida se hubieran salvado los materiales de guerra, que, aunque no valían gran cosa por su clase y calidad, eran, sin embargo, de suma necesidad para contener o repeler en otro punto más estratégico el avance del enemigo.

Allí se encontraban además guardados muchos objetos valiosos como dijimos en el capítulo y página citados.

El Mariscal no tuvo esa previsión.

El Comandante Pablo Caballero era el primer Jefe de la Plaza, y su segundo el Capitán Manuel Solalinde, que ejercía antes la Jefatura Política de *Piribebuy* como capital provisoria reemplazándole en este empleo don Patricio Marecos.

El 2º cuerpo del ejército brasileño y una división argentina, compuestos ambos de un total de 20.000 hombres de la tres armas, a las órdenes del Conde d' Eu marcharon de *Pirayú*, y, haciendo un movimiento envolvente por *Sapucai*, se presentó frente a *Piribebuy*, el 10 de Agosto de 1869. En el paso de *Sapucai*, había una trincherita con una pequeña guarnición. Su comandante viendo que iba a ser envuelto por el monte, tuvo la cordura, después de cambiar algunos tiros con los que se presentaron por el frente, de tocar retirada, yendo por el camino de Valenzuela a incorporarse a la guarnición de *Piribebuy*.

El 11 todo el día y gran parte de la noche, empleó el Conde en los preparativos del asalto: mandó colocar numerosa artillería al mando del coronel Mallet al Sud sobre unas alturas que dominan la plaza, y cubrir la parte Norte, Sud Este y Oeste del pueblo con las fuerzas al mando del

General Mena Barreto (Juan Manuel) que era a la vez comandante en jefe del 2º Cuerpo en reemplazo del General Osorio que estaba enfermo, y la división argentina a las órdenes del Coronel Campos. De esta manera quedó el pueblo completamente sitiado. En esta circunstancia, el Conde mandó intimar al Comandante Caballero la rendición de la plaza en el concepto de que sería inútil toda resistencia.

El comandante Caballero le contestó textualmente al Conde en estos términos: «*Estoy aquí para pelear, y si es necesario morir; pero no para rendirme*». El Conde escuchó con calma esta contestación, que revelaba abnegación y decisión, y guardó silencio.

Al amanecer del día 12 de Agosto de 1869, envía otro parlamento a intimar a Caballero que retirase del recinto del reducto a las mujeres y a los niños que allí se encontraban y expuestos a perecer inútilmente, Caballero contestó con la misma energía que la primera vez: «*Decid a vuestro jefe que las mujeres y los niños están aquí seguros, y que él mandará en* territorio *paraguayo cuando no haya uno que lo defienda!* . . .

Después de esta esta severa y elocuente contestación, previo un recio bombardeo a la plaza inicióse el ataque.

El resultado de una lucha tan desigual estaba de antemano previsto. A la verdad ¿qué podrían hacer 1600 hombres mal armados, la mayor parte muchachos contra 20.000, ayudados de la cooperación poderosa de treinta y tantas piezas de artillería sistema moderno? Y sin embargo la resistencia fué heróica y prolongada. Duró 5 horas! Los aliados atacaron simultáneamente por los costados indicados. Cargaron con más encarnizamiento al Norte porque sabían por prisioneros tomados por ellos antes de empezar el combate que esa parte

estaba guarnecida por cuerpos compuestos de muchachos débiles armados los más de escopetas de cazar y lanzas.

El General Mena Barreto, montado en un hermoso alazán, era el que a la cabeza de sus fuerzas, traía el ataque con intrepidez por ese costado.

Fué rechazado dos veces, retirándose a reorginizar sus tropas al otro lado del arroyo *Mborevi*. A la tercera que cargó con mucho brío, como a 500 varas de la trinchera, cayó herido de una bala de fusil en la ingle. Le alzaron y le llevaron en peso bajo una casita de paja que había cerca. Allí le colocaron sobre un cuero de vaca que había y mandaron buscar a un cirujano; pero cuando éste vino, ya había expirado sin que hubiese proferido una sola palabra, y echando espumas por la boca (1).

Mientras tanto ya habían conseguido penetrar en la plaza por la parte Sud los que por ese costado habían atacado, haciendo prisioneros al Comandante Caballero, al Jefe Político Patricio Marecos y varios otros. Los dos primeros fueron inmediatamente conducidos ante el Conde que habló con Caballero.

En ese momento se le acercó un oficial o ayudante que venía del teatro del asalto al Noroeste, a quien el Conde preguntó si había muerto mucha gente (de ellos)?

No hemos perdido tanta gente; pero ha muerto uno que vale por muchos.

¿Quién? volvió a preguntar el Conde.

El General Mena Barreto, señor, contestó el oficial.

¡El General Mena Barreto!!... repitió el Conde con gran sorpresa, tornándose súbitamente su fisonomía en una expresión colérica.

---

(1) **Relato del Mayor Pacífico de Vargas, ayudante del Gral. Mena Barreto.**

Y señalando a Caballero y Marecos dijo sin vacilar: «Degüéllenlos a esos, ellos tienen la culpa!..» (1).

La órden fué cumplida en un abrir y cerrar de ojos.

¡Horror!

Con ese acto bárbaro y cruel, manchó el Conde su nombre y deshonró las armas brasileñas que habían alcanzado tanto brillo bajo la hábil dirección de ilustres y valientes generales como Caxia, Osorio, Porto Alegre y Barón del Triunfo.

En tan abnegada y heróica defensa, perecieron las dos terceras partes de la guarnición de *Piribebuy*. Los restantes 500 que quedaron vivos fueron hechos prisioneros.

El Conde d' Eu a pesar de la desigualdad de número entre los combatientes, ha considerado la toma de *Piribebuy* como un timbre de gloria. Tan es así que distinguió sobre el campo de batalla a

---

(1) La versión de que el General Mena Barreto había muerto de una bala de cañón no es exacta, según relato uniforme de testigos presenciales que aún están vivos, siendo uno de los más caracterizados y fehacientes el Mayor Pacifico de Vargas. uno de los oficiales que atendieron al herido debajo del ranchito de paja mencionado, y, èl, que, no pudiendo desprender o desabrochar el pantalón por la hinchazón del vientre, lo cortó con un cuchillito de cabo de plata que tenia.

Además el cadáver de Mena Barreto fué enterrado frente al altar mayor de la Iglesia de *Piribebuy*. y con posterioridad, ya después de la guerra, fué inhumado y colocado en una caja nueva, fué traido a la Asunción, y luego embarcado para el Brasil. En esa ocasión, como confirmación de la verdad del hecho se vió que el cuerpo estaba todo entero sin que le faltará ningún miembro cosa que ni hubiera podido suceder si hubiese sido muerto al bala de cañón.

Existen testigos vivos que presenciaron aquel acto.

La otra versión corriente entre los brasileños de que fué muerto por un herido paraguayo. así que el General iba pasando por entre los cadáveres después de la toma de la plaza, tampoco es exacta, No hay un solo testigo de los muchos que estuvieron allí. inclusive el 2· Comandante Manuel Solalinde, que confirme semejante versión. Conclusión: Mena Barreto murió de bala en frente de nuestra trinchera.

La señora Asunción González, suegra del Dr. Irala alzó cuando ya hubo un poco de calma, el *kepi* del Comandante Caballero, que estaba al lado del cadáver de éste, e iba enseñándole a muchos, dando la triste noticia del degüello de aquel valiente jefe.

varios jefes argentinos con la condecoración imperial del Brasil titulada *Recompensa a la bravura militar*.

Y todas las veces que se le aproximaba alguna persona del ejército a hacerle algún pedido o a solicitar alguna gracia o permiso lo primero que le preguntaba antes de acceder a su pedido era: ¿Ha estado Vd. en el *peligroso* ataque de *Piribebuy*? Si la respuesta era afirmativa el postulante conseguía inmediatamente cuanto deseaba.

El peligro no podía haber sido tanto ni tan inminente, si se tiene en cuenta la enorme desproporción de los combatientes:—¡20.000 contra 1600! o sean 12 contra 1!

Sin embargo, el hecho de que los aliados hayan considerado la toma de *Piribebuy* como un triunfo glorioso, junto con el de la baja que han tenido, constituye un elocuente elogio de la bravura y abnegación heroicas de nuestros paisanos que allí perecieron gloriosamente. Quiere decir que en proporción de las ventajas de que dispusieron para apoderarse de aquel platillo rodeado de alturas, en esa proporción disminuye y achica, como es natural, la importancia de la victoria. Y una derrota heróica siempre merece la simpatía de los pueblos y aún de los vencedores. Por esto tenía razón aquel que dijo: que hay derrotas gloriosas como victorias vergonzosas (1).

La nación recordará siempre con gratitud y orgullo la defensa heróica de *Piribebuy*. El nombre del valiente mártir, Pablo Caballero, y los de sus bravos compañeros quedan grabados con letras de oro en el templo de la inmortalidad.

Allí irán las generaciones venideras a inspirarse en el ejemplo sublime de patriotismo, de

---

(1) Victor Hugo.

abnegación y de valor de que dieron prueba sacrificando generosamente sus vidas en ara de la patria.

La soldadesca, bajo la impresión de la pérdida de Mena Barreto, que era muy querido, después de la toma de la plaza, a pesar de los esfuerzos de los jefes cometió muchos abusos, matando, o más bien asesinando, puesto que no era otra cosa, a muchas gentes indefensas inútilmènte.

El Archivo Nacional fué sacado de sus depósitos y desparramado en medio de la plaza. Los soldados faltos de leñas para cocinar sus pucheros, hicieron uso de los legajos como tizones para alimentar el fuego de sus fogatas, ¡Cuántos importantes documentos históricos no habranse convertido en cenizas y humos esa vez!

Las alhajas de oro y plata de que se apoderaron, fueron entregadas, por consejo del Ministro Parahnos, al Gobierno Provisorio que se había instalado en la Asunción, con condición de que fuesen realizadas y su importe empleado a favor de las desgraciadas familias paraguayas.

El Gobierno Provisorio comisionó con este objeto a uno de sus miembros, José Díaz de Bedoya, y éste se trasladó a Buenos Aires a negociar dichas alhajas por cuenta de la Nación. Consiguió vender todas dedicando su producido a aumentar su propia fortuna. Se abstuvo de regresar a la Asunción, enviando en lugar del dinero su renuncia en quese manifestaba inhibido a continuar formando parte de un gobierno supeditado por los poderes de la alianza! (1)

---

(1) Retrospecto del Paraguay por el doctor Sienrra Carranza. Veáse la Revista Histórica año 1o. N. 1o. Marzo 1o. 1899.

El Hospital de *Piribebuy* fué incendiado, pereciendo quemados muchos enfermos y heridos que habían en él. Se ignora la causa del incendio; pero se supone que lo haya causado una de las bombas tiradas de las posiciones enemigas.

CAPITULO V

Caacupé y los Hospitales militares. El Sr. Parodi. Retirada del Ejército Nacional de Azcurra el 13 de Agosto de 1869. Caraguatay. José del Rosario Miranda. Batalla del Campo Grande de Barrero, denominada de Rubio-Ñú. Combate en la boca del monte de Caraguatay el 18 de Agosto. Degüello de prisioneros. Persecución del enemigo. Arroyo Hondo Parlamento.

Caacupé está situado sobre la cordillera de *Azcurra* y es célebre como asiento del Santuario de la legendaria Virgen de los Milagros, que atrae allí todos los años una inmensa romería de devotos o promeseros de los departamentos y puntos más lejanos de las República y aún mismo del exterior.

En tiempo de la guerra, después de la retirada de nuestro ejército de San Fernando a Villeta o sea a *Pikysyry* los hospitales de sangre se instalaron en ese pueblo, habilitándose para el efecto las casas particulares.

Los soldados que salieron heridos en los combates habidos en Villeta inclusives los de los 7 días en Lomas Valentinas, fueron transportados a *Caacupé.* Según datos que hemos tenido a la vista, a mediados del mes de Enero de 1869, había en aquellos hospitales entre heridos, enfermos y convalecientes, cerca de 3000 hombres. Este número, algo crecido, sufría una rápida diminución con los que se daban de alta y con los que morían, que eran los menos.

La caída de *Piribebuy* impuso la necesidad de la inmediata desocupación de Azcurra, para evitar el inminente peligro de verse nuestro ejército envuelto por el enemigo.

El Mariscal, atento a esta circunstancia, dispuso, sin pérdida de tiempo, la retirada del Ejército.

En los mencionados hospitales de *Caacupé* habían aún en esa época 1237 (1) enfermos, 13 imposibilitados para marchar, y en la carencia de elementos de movilidad para transportarlos, resolvió dejarlos a cargo de un facultativo inteligente que los atendiese con todo el esmero que fuese posible.

El facultativo designado para el efecto fué don Domingo Parodi que, en calidad de médico, estaba al servicio del ejército nacional, asimilado al grado de Sargento Mayor. Entre otras cosas le encargó que cuando llegasen los aliados a *Caacupé*, tratara de convenir con ellos respecto a la manutención de los enfermos hasta que éstos estuviesen en estado de retirarse a sus hogares.

Terminadas estas instrucciones, mandó entregar al Sr. Parodi 700 pesos plata sellada en pago de sus sueldos, más 3000 pesos en la misma especie, como recompensa por los servicios prestados al ejército.

Además, le fueron entregados 40.000 pesos en oro y plata sellada, 100.000 en billetes de curso legal y 2.137 cueros escogidos, para atender a las necesidades de los enfermos. (2)

El señor Parodi prometió cumplir puntualmente el compromiso de humanidad confiado a su honradez. No me consta que se haya hecho indigno de tan honrosa comisión.

---

(1) **Resquín.**
(2) **Resquín.**

Concluido el arreglo de los enfermos con el señor Parodi, el Mariscal dió orden de marcha el 13 de Agosto de 1869 a las 5 de la tarde.

El primer cuerpo del ejército compuesto de unos 6.000 hombres a las inmediatas órdenes del General Resquín, inició su marcha de retirada aquella misma noche con dirección a *Caraguatay*. El segundo cuerpo compuesto poco más o menos de otros 6.000 hombres de las tres armas como el primero, a las órdenes del General Caballero, estaba encargado de escoltar las carretas del parque y comisaría hasta *Caraguatay*. Comisión bastante arriesgada por la deficiencia de los elementos de movilidad y por tener que cruzar el extenso campo abierto de Barrero Grande, siendo inevitable la inmediata y estrecha persecución del enemigo que desde el primer momento, tuvo noticia de nuestro movimiento.

¡13 de Agosto de 1869! Fecha memorable que señala el comienzo del martirologio del Ejército Nacional y de una parte del pueblo paraguayo. Ellos marcharon al sacrificio, con el espíritu erguido, con el ánimo sereno y resuelto a realizar la sublime abnegación de morir por los supremos ideales de la Patria.

¡Oh Patria! Cuanto se haga por ti es poco; tú encierras lo más caro y sublime, y sabes inspirar los más elevados y nobles sentimientos. Por eso, después de Dios, tus hijos te consagran su alma como el objeto más digno y justo de su veneración y respeto, en cuyo altar juran sacrificar su vida, cuando están amenazadas tu honra y dignidad!

A la verdad, al amor a la patria es un sentimiento innato y tiene mucho de religioso. Por eso ocupan lugar preferente y honroso en las páginas de la historia, los hombres que se han sacrificado por ella, y por eso son frecuentes los

hechos de abnegación sublime de que han dado prueba los pueblos más vigorosos en su defensa.

Atenas creyó que no podía sentarse nadie en el trono que había dejado su último rey Codro; quien, habiendo vaticinado el oráculo que ganaría la batalla el ejército cuyo general pereciera en ella, buscó empeñosamente la muerte a fin de que triunfara la patria.

Por ella Mucio Scévola se lanzó al campo del rey Pórsena bajo juramento de librar a Roma de tan terrible enemigo; pero por equivocación ultimó con su puñal al secretario que llevaba un traje parecido al del rey. Comparecido ante éste, puso la mano derecha sobre los carbones encendidos para los sacrificios. Quizo de esta manera castigar la mano culpable por haberse equivocado en la elección de su víctima! Con este hecho heróico, admirado el rey, dejó libre a Scévola, y éste por gratitud le declaró que había trescientos hombres juramentados para matarle!

El rey, espantado, al oir semejante noticia, aceptó algunos rehenes y se retiró salvándose Roma así del grave e inminente peligro que le amenazaba.

Por ella, las mujeres de Cartago murieron heróicamente cantando bajo las llamas devoradoras del fuego que reducía a cenizas su ciudad.

Por ella, cayeron sepultados en una misma tumba los trescientos de las Termópilas.

Por ella, Guzmán el Bueno arrojó su daga al campo moro para que degollaran a su hijo.

Por ella, se convirtieron en ruinas Sagunto y Numancia; y por ella finalmente, se inmortalizaron los bravos defensores de Zaragoza y Gerona.

La patria, invocada en los momentos supremos, infunde aliento, valor y entusiasmo, y en medio de las mayores dificultades y necesidades, de fuerza para ejecutar aún aquello que pareciera imposible.

Pero así como la historia reserva sus páginas de oro para grabar en ellos los nombres de los ciudadanos y de los pueblos que han dado más elocuentes pruebas de su patriotismo y abnegación, de aquellos que han despreciado su vida en defensa de su honor; así también guarda sus páginas de luto y de hierro, para que conozcan las generaciones futuras, a los que han renegado de ella o han defeccionado combatiendo contra ella. Un negro crespón cubre la figura de Coriolano, porque llevó las armas de los vascos contra Roma, su patria, y eso que Roma le había despojado de todos sus honores y dignidades y condenado al ostracismo, el mayor castigo que podía imponerse a un patricio.

El amor patrio, como sentimiento natural, está encarnado en la conciencia universal. Sin embargo, el cosmopolitismo o la fraternidad universal que todo invade en la época porque atravesamos, lo combate como combate todo lo más santo y sagrado. Para los que profesan tan elástico principio, la *humanidad* encierra todo y cual talismán maravilloso todo lo nivela y lo sujeta a un solo rasero; arrasando las fronteras, hace desaparecer como por encanto las distancias que separan a naciones y sin atender al grado de su civilización, las confunde todas bajo un nivel común de moral.

Sabemos que de la Revolución francesa surgió el dogma político y social de *libertad, igualdad* y *fraternidad*, como base de la nueva organización social que se trataba de establecer. Mas, los que entonces se encargaban de la propaganda de esa nueva doctrina, no entendían por *libertad*, la licencia, o sea la total ausencia de leyes que regularicen el ejercicio de los derechos individuales; no entendían por *igualdad* la nivelación material llevada a consecuencias violentas y escandalosas, ni tampoco

entendían por *fraternidad* la fusión informe y monstruosa de mil y tantos millones de habitantes que comprende la palabra *humanidad.*

La fraternidad del siglo pasado se ajustaba estrictamente a la moral, y en este concepto no iba más allá del legítimo y humanitario deseo de una buena inteligencia y de una franca cordialidad entre todos los Estados. La fraternidad de entonces no destruía las nacionalidades, sino al contrario, quería robustecerlas dándose las manos recíprocamente para llevar adelante y realizar las grandes ideas del progreso y de la civilización moderna.

El pueblo paraguayo, amante de su indepencia como base inconmovible de toda libertad política y civil, prefirió cuando ya no le fué posible contrarrestar la avalancha de la alianza, abrir un ancho cementerio en su seno, y enterrarse todo allí antes que permitir su encadenamiento, por aquello de que *«un pueblo libre muere, pero no se encadena»*...

Sí lector, ahí van el pueblo y ejército paraguayos, reducidos a un pequeño grupo, a cubrir sus cenizas bajo una ancha loza, al lado de otras ilustres víctimas que murieron en los campos de batalla. Son pocos, pero dotados de almas grandes y generosas que van a dar al mundo la última prueba de cuánto idolatran su *patria* y su *libertad* y de cuánto aborrecen y desprecian el envilecimiento y la cadena de la esclavitud!! (1)

Pero reasumamos la ilación de nuestro relato. El Mariscal en la fecha y hora citadas se puso en marcha montado en un caballo bayo, acompañado de toda la oficialidad del Cuartel General y seguido del 1er. cuerpo de ejército.

La impresión que llevábamos era, que al salir a Barrero Grande, nos encontraríamos con el ene-

---

(1) El ilustre economista inglés, Lord Wolseley, hablando de la civilización moderna: El Cosmopolitismo es la excrecencia de una civilización malsana, y el producto de una filosofía insensata y antipatriótica.»

migo, por la noticia que se tenía de que el 12 del mismo mes, día de la toma de *Piribebuy*, una columna de las tres armas al mando de los Generales Emilio Mitre y José Auto Guimarães, marchaba por la cordillera de *Altos*, con dirección a *Atyrá*, calculándose que el objeto de dicha columna no sería otro que interceptarnos el paso.

La probabilidad de un próximo combate no abatió nuestro espíritu. Muy al contrario, cada uno iba impregnado de un ardor entusiasta que produce el patriotismo llevado hasta el fanatismo, y dispuesto por lo tanto a luchar hasta morir y de una vez terminar gloriosamente una campaña que iba haciéndose ya demasiado prolongada con aumento, todos los días, de mil géneros de penalidades á miserias.

Ya nadie se fijaba si había todavía elementos para contrarrestar a los muy superiores del enemigo, resuelto en último caso, a falta de aquellos, a echar mano de la desesperación que también a veces da la victoria, según Virgilio.

De paso se detuvo el Mariscal una o dos horas en Caacupé y al continuar su marcha, mandó decir a las numerosas mujeres que se disponían a seguir al ejército, que podían hacerlo si quisiesen, pero que no estaban obligadas.

Fuí entonces a dar a mi anciana madre que con la familia se encontraba alojada en una casita a la orilla de la población, un abrazo de despedida. La pobre bañada en lágrimas me abrazó y me hechó su bendición, expresando la esperanza en Dios de volvernos a ver en breve. No se había equivocado. Trabajo me costó separarme de ella; luchaba el sentimiento del cariño filial con el del deber basado en el honor. Este tuvo más fuerza y triunfó. El lector me permitirá que en obsequio de uno de mis más caros y privilegiados sentimientos, inserte aqui un párrafo de

las páginas de una obrita de ficción que con el título de Viaje Nocturno, había dado a la estampa con una dedicatoria a mi madre.

"¡Madre!... palabra sacramental que encierra "todo el porvenir y la felicidad de la especie hu- "mana, que sintetiza todas las afecciones del alma, "que llena todo nuestro ser del perfume oloroso "de un bienestar, de un deleite y una satisfacción "indecible! ¿Qué corazón no se conmueve al pro- "nunciar tan dulce nombre? ¿Quién no experi- "menta un suave alivio en la enfermedad y un "celestial consuelo en el dolor al pensar que posee "una madre, cuya cariñosa solicitud, como la ma- "no de la Providencia, se encuentra en todas las "circunstancias de la vida? ¿Qué tristeza no se "disipa, qué corazón no se ablanda con las cari- "ñosas palabras de una madre? ¿Qué viajero no "se anima y no se llena de fuerza y entusiasmo "al recordar que las glorias de sus descubrimien- "tos van a llenar también de contento y alegría "a la que le ha dado el ser?

"¿Qué emigrado deja de sentir un bálsamo de "alivio a las penas que oprimen la imaginación "lejos de su país y de su familia al recibir noti- "cia de su madre? Cuando Epaminondas, general "de los Tebanos, ganó la famosa batalla de Leuc- "tra exclamó gozoso: "Me alegro de este triunfo "por el placer que causará a mi madre".

"¡Desgraciado del que no ha conocido una ma- "dre, cuyas mejillas no han recibido sus calurosos "besos, porque vivirá privado de las más tiernas "caricias que solo ella es capaz de prodigar; "porque no habrá gustado de ese delicioso néctar "que destilan sus bondadosos labios en el corazón "de sus hijos, a quienes los cría con su propia "sangre, porque cual triste flor que nace en un "vasto páramo, se verá aislado, librado a las amar- "guras del rigor de las borrascas de este misera- "ble mundo, azotado por los opuestos vientos de

"la caprichosa fortuna sin poder decir: ¡allá ten-
"go un oásis donde hacer reposar un fatigado
"espíritu!"

Yo no diré otro tanto como Epaminondas; pero tengo la íntima convicción de que mi madre habrá quedado satisfecha por haber permanecido fiel al cumplimiento de mi deber hasta el último, al lado de los mas leales y esforzados defensores del suelo patrio.

El 14, ya muy tarde, acampamos cerca del puente de *Piribebuy*. El 15, a la madrugada el Mariscal dió orden de marcha al General Resquín, siguiendo él por delante hasta llegar a la boca del monte de *Caraguatay*. Antes de su arribo a este punto, había mandado una descubierta hacia Barrero Grande, trayendo la noticia de que el enemigo se encontraba acampado en un paraje denominado *Pindoty*, no a mucha distancia de allí.

Entre las varias disposiciones que tomó, dispuso que se levantara en la misma entrada del monte sobre el camino, una trinchera con una dotación de 1.2000 hombres de infantería y 12 piezas de artillería ligera al mando del Coronel Pedro Hermosa y los Comandantes Victoriano Bernal y Julián Escobar, con el objeto de entretener al enemigo, en caso de que este desprendiese en su persecusión algunas fuerzas de caballería.

Estando allí, a eso de la 1 1/2 de la tarde llegó el Teniente José del Rosario Miranda, llamado por el Mariscal. Momentos después mandó ensillar el caballo y marchó por el camino que conduce a *Caraguatay*. Ya muy tarde, el mismo día 15, llegamos a ese pueblo, hospedándose el Mariscal en casa del mismo Teniente Miranda, que a la sazón era Jefe Político del departamento. Al día siguiente, el 16, un enviado del General Caballero le trajo la noticia de que éste venía en retirada por el campo de Barrero Grande, perseguido de cerca por numerosas fuerzas enemigas. El Maris-

cal, con su habitual calma, recibió esta noticia y enseguida despachó al oficial mandando decir al General Caballero que hiciera toda la resistencia posible.

Después de esto llamó a su presencia a Miranda, que acababa de ascender a Capitán, y le dijo:

«Quédese Vd. aquí porque ya no conviene «llevar trás del Ejército a mujeres, niños y heridos «No le dejo a Vd. de carnada, sino para prestar «un importante servicio a la Patria, en el sentido «de evitar que el ejército invasor haga mayores «cosas. Tenga cuidado de no presentarse a ellos «como pasado, porque en este caso no le han de «tener consideración. Use con ellos de mucha di«plomacia, y no les cuente a donde voy ni el camino que he tomado. Le encargo muy especialmente que no tome armas contra mí. Vd. es muy joven todavía y llegará con el tiempo a prestar importantes servicios a su país, y no conviene que haga nada que mañana nuestros compatriotas puedan echarle en cara, sin que Vd. tenga una razón plausible con que disculparse (1)».

He ahí las condiciones bajo las cuales el Mariscal dejó al señor Miranda en *Caraguatay*.

También dió orden el Mariscal al cura párroco, José Nuñez para que notificara a las numerosas familias que iban acompañando al ejército que volvieran a sus hogares, y que el Jefe Miranda quedaba encargado de darles la protección necesaria contra los posibles avances del enemigo.

Muchas familias acataron esta disposición; pero muchas otras, prefirieron correr la suerte que la Providencia deparara al ejército.

Así que terminó de dar esta órdenes, partió el Mariscal de *Caraguatay*, el 16 por la mañana, siempre con el primer cuerpo. Verificado el pa-

---

(1) Relato de don José del R. Miranda.

saje de *Ihagüy*, este acampó en el *Paso de la Patria*, sobre la carretera de San Estanislao, quedando en el punto de salida un escuadrón de caballería al mando del Ministro de la Guerra don Luís Caminos.

Esta fuerza se dejó allí de observación para dar protección en un caso dado al segundo cuerpo que, según dijimos más arriba, iba en retirada de *Azcurra*, luchando con las dificultades consiguientes a los malos caminos y pésimos elementos de movilidad.

Los trabajadores encargados de cerrar los caminos del gran monte de *Caraguatay*, quedaron a las órdenes de Miranda.

El Mariscal siguió su marcha por el campo de *Gazory* y fué a parar en una casita de paja que había sobre el camino a la orilla de un monte. Allí recibió noticia de la derrota de Campo Grande de Barrero, manifestando su satisfacción al saber que se había salvado el General Caballero.

Se hace necesario dar una ojeada retrospectiva para hacernos cargo de la batalla de Campo Grande *(Rubio-Ñú)*, de la que procuraremos dar algunos detalles según datos que nos han suministrado los sobrevivientes, que tomaron parte en ella.

Como dijimos, el 13 de Agosto marchó de Azcurra el segundo cuerpo, escoltando la inmensa carretería del parque y comisaría del ejército. Su marcha tenía que ser lenta a la fuerza; los bueyes eran tan flacos que a penas podían arrastrar a aquellos pesados vehículos que se atascaban en los lugares pantanosos, hundiéndose las ruedas en el barro hasta las masas, circunstancia que obligaba a emplear un número considerable de soldados en ayudar con sus débiles fuerzas a los pobres bueyes para hacer andar las carretas.

Sin embargo, a pesar de todas estas dificultades consiguieron salvar los montes de *Caacupé*.

Pero al salir al campo raso de Barrero Grande, al amanecer del día 16 de Agosto fueron alcanzados por las fuerzas aliadas.

El primer jefe de la división de nuestra vanguardia (retaguardia) era el Coronel Moreno, de artillería, y el segundo, el Comandante Franco, de infantería.

La guerrilla enemiga inició un recio tiroteo con la nuestra. Moreno envió entonces su ayudante, el Alférez Leguizamón, a dar parte al General Caballero que estaba en un punto denominado «*Cerrito*».

Informado del hecho, mandó decir a Moreno: que continuara haciendo fuego en retirada, teniendo especial cuidado de no permitir que el enemigo logre realizar ningún movimiento envolvente; que él (Caballero) no contaba con ninguna reserva para darle protecciones, pudiendo a penas cubrir los puntos más peligrosos amenazados también por numerosas fuerzas enemigas; pero que llegado el caso extremo de verse envuelto, sería necesario formar el cuadro de táctica y defenderse hasta sucumbir honrosamente.

Cumpliendo con estas instrucciones el Coronel Moreno continuó su marcha de retirada con el mayor orden posible. Regimientos de caballería enemiga amenazaban sus flancos, y el tiroteo entre ambas guerrillas, seguía siendo cada vez más recio, causándonos algunas bajas. El Comandante Franco, desatendiendo los consejos de la prudencia para utilizar mejor el servicio de su inteligencia y valor, se desprendió de su batallón (el nº 6) y se fué donde estaba tendida la guerrilla. El enemigo, notando que el que acababa de llegar era un jefe dirigió sus tiros sobre él, y con tan buena suerte que en seguida cayó muerto de una bala que le atravesó la cabeza.

El General Caballero, en conocimiento de tan sensible pérdida, mandó decir a Moreno, que no

abandonara en el campo el cadáver del comandante Franco, el cual, en virtud de esta recomendación, a pesar de las balas que llovian incesantemente sobre los nuestros, fué enterrado al lado de un arroyuelo. También ordenó a Moreno que prontamente hiciera avanzar la artillería a tomar posición en la otra banda del arroyo *Yuquyry*, uno de los brazos del *Piribebuy*, a fin de proteger el pasaje de las tropas por el mismo arroyo, en previsión de un ataque serio que intentase el enemigo en aquel momento.

Estas instrucciones fueron llevadas a cabo con puntualidad y prontitud; consiguiéndose, a pesar de la estrecha persecución enemiga, verificar el pasaje y reunir todos los cuerpos en el ángulo que forma la junción de ambas corrientes. El General, entonces formó su línea de batalla apoyando el flanco derecho en el *Piribebuy*, la artillería en el centro, y el flanco izquierdo se prolongó hasta dar casi con el curso del mismo arroyo al Este.

En esta disposición el General recibió de los aliados el ataque que no se dejó esperar, y a la verdad que fué formidable por el número de los asaltantes. Fueron éstos recibidos con un nutrido fuego de fusilería y artillería, que vomitaba con espantosa actividad sus balas y metrallas, causando estragos en las filas de aquellos, y produciendo como era natural, en el primer ímpetu, gran confusión en ellos. Las bajas, en lucha tan encarnizada y tenaz, eran considerables, de una y otra parte; pero los aliados tenían la ventaja no solo de reponer a los muertos y heridos suyos, sino de aumentar el efectivo de sus fuerzas con divisiones que afluían del lado de Barrero Grande: —una división por el frente, otras por los flancos y otra por la retaguardia: mientras que las bajas nuestras no eran cubiertas o reemplazadas. De esta manera, quedaron envueltas o rodeadas nues-

tras escasas fuerzas por tres poderosas columnas enemigas. Pero esta circunstancia, a pesar de lo abrumadora que era, no fué bastante a desconcertar a nuestra gente o a infundir el abatimiento en su espíritu, resistiendo hasta la 5 de la tarde!

Las llamas a esa hora devoraban una parte del campo donde murieron carbonizados muchos heridos. Y la porción no incendiada ofrecía a la vista el triste y doloroso espectáculo de muertos y heridos, esparcidos por doquier; aquellos, inertes: éstos, palpitantes; lanzando gritos desgarradores de dolor y de desesperación en las ansias de la muerte! De trecho en trecho se veían armas inutilizadas, uniformes, cartuchos y baulillos vacíos. Aquellos valientes paraguayos cayeron como héroes, peleando hasta la desesperación con todo el vigor y la energía que infunden el patriotismo y la disciplina. ¡Ah!... tanto más triste y doloroso era aquel espectáculo, cuanto que allí no se veían después del combate aquellos ángeles de la caridad, aquellos soldados de la Providencia, que con camillas, hilos y vendas cumplen la sagrada misión de prestar los auxilios de la religión y de la ciencia a los moribundos!

Todo había terminado, es verdad; pero aún quedaba como resto un escaso batallón, un pelotón de caballería y tres piezas de artillería ligera que durante el combate se habían colocado al otro lado del puente del *Piribebuy* para contener el avance de una columna enemiga que amenazaba por la retaguardia. Esa pequeña fuerza estaba formada en batalla cerca de una carretera a la orilla del gran bosque que borda y limita aquel campo hacia el Noroeste. En frente de aquella carretería se habían concentrado las fuerzas enemigas como que no había ninguna paraguaya que distrajese su atención por ningún otro lado, y poco a poco iban avanzando hacia el grupo de las carretas, que parecía ser el objetivo de su lento y pausado movimiento

El General Caballero se encontraba próximo a dicha carretería acompañado de 10 a 12 oficiales, y llamando a los alféreces José Aquino y Estanislao "Leguizamón, les dijo: «Es llegado el momento de "finalizar esta contienda, y a vuestro valor y arrojo "confío esta última misión; tomad cuenta de ese "debilitado pero entusiasta batallón que tenemos "en frente, cargad con ímpetu al enemigo, pues, "con el resultado, sea cual fuere habremos cumpli-"do con nuestro lema de *vencer o morir*! ...»

Los oficiales partieron volando a recorrer la línea, despertando entre las tropas animación y entusiasmo, e informándoles de la resolución del General. Pero el enemigo, que ganando terreno paulatinamente, se había colocado casi al habla, observando el movimiento de los paraguayos, llegó a comprender cual era la intención de éstos, y al tiempo de iniciar la carga la infantería enemiga del frente maniobró rápidamente, abriendo un ancho espacio a la caballería de la retaguardia, que se lanzó como un rayo a su encuentro. Impotente nuestra línea para resistir cedió el centro al vigoroso empuje de la carga de aquella desbandándose el ala apoyada en la orilla del bosque de la que solo algunos cuantos que se abrigaron en este, pudieron salvarse; muriendo o cayendo prisioneros los demás que habían quedado en campo raso. (1)

El General Caballero perseguido muy de cerca, abandonando su caballo que se resistía bajar a la zanja, vadeó a pié, el arroyo *Yuquyry*, y ganó exhausto de cansancio, la espesura del monte acompañado de dos o tres asistentes; cumpliendo así con el encargo del Mariscal, que le había recomendado con mucho encarecimiento que no se ***dejara tomar prisionero.***

---

(1) **Apuntes biografo-históricos del Mayor Estanislao Leguizamón, y ?lato del General Caballero.**

Caballero comprendió desde el primer momento que no podía luchar contra una fuerza tan enormemente superior en número a la suya, y si lo hizo fué, porque a fuerza de militar pundonoroso, se veía obligado por el deber a defender la retaguardia del resto de nuestro ejército, y también porque rodeado como estaba por todos lados de fuerzas enemigas, no le quedaba otra alternativa, en la absoluta imposibilidad de continuar su marcha de retirada. Sin embargo, consiguió el milagro de contener con una fuerza relativamente insignificante a un ejército de 20.000 hombres, dando así tiempo al Mariscal para que aumentase la distancia que le separaba del punto a donde se dirigía, que era San Estanislao.

Y a pesar de esa inmensa desproporción, los paraguayos sostuvieron la lucha hasta las 5 de la tarde; es decir, que 20.000 hombres lucharon durante 8 horas contra 4.500 mal armados!

Las pérdidas de una y otra parte fueron enormes; de nuestra parte, los que no murieron, cayeron prisioneros, muchos de estos heridos.

Se perdieron, además, toda la artillería, 87 carretas con bueyes, armamentos, municiones y banderas (1).

Los pocos que pudieron escaparse, marcharon por distintos rumbos a incorporarse al primer cuerpo más allá de Caraguatay.

Entre los prisioneros se encontraba el sargento de caballería Emilio Aceval, actual Presidente de la República del Paraguay.

Muy lejos estaría de su imaginación entonces de que un día llegaría a ocupar tan elevado puesto. Más que nadie está en situación de comprender cuán caro cuesta tener una patria, y cuán ineludible es para el que conserva ese glorioso

(1) Resquín.

recuerdo, el deber de encaminar su política administrativa por el sendero que marca la aspiración nacional.

De los Jefes paraguayos que cayeron en esa ocasión prisioneros, se distinguió el Teniente Coronel Florentin Oviedo por la contestación que diera al General Pedra cuando éste le hizo comparecer ante él para tomarle declaración. Entre otras cosas le preguntó: ¿cuál era el total del ejército que había combatido a las órdenes del General Caballero?

Oviedo le contestó: «No sé señor. Pero si Vd. quiere cerciorarse de la verdad, puede ir al campo de batalla a contar los cadáveres de los paraguayos, y agregar al número que resulte el de los prisioneros que están presentes, y tendrá el total!!»

Cuando el General Pedra oyó esta contestación abrió tamaños ojos, y clavando en su interlocutor una mirada de sorpresa, guardó un profundo silencio. Sin duda, no le causó mala impresión la contestación, porque enseguida le mandó dar una capa de paño. ¡Digno y generoso comportamiento de un hombre de sentimiento caballeresco!...

Al día subsiguiente de la batalla del Campo Grande (1), es decir, el 18 de Agosto, por la mañana temprano, el General Victorino, a la cabeza de una fuerte columna de vanguardia que partió de *Pindoty* donde había estado acampada, se puso en movimiento, bajo una espesa neblina o serrazón, hacia nuestra trinchera, que con una guarnición de 1.200 hombres defendía la boca del monte de *Caraguatay*.

Dos soldados brasileros, que decían ser ordenanzas del Conde d'Eu, con dos mulas cargadas de equipajes que marcharon al mismo tiempo que

---

(1) El nombre de *Rubio-Ñú* que se ha dado a esa batalla, es impropio. *Rubio-ñú* propiamente dicho se encuentra del campo donde se dió la batalla distante unas 4 leguas. El paraje se llama Campo Grande o Díaz-cué.

la columna, se habían adelantado sin pensar, tal vez que en el camino hubiese enemigo, y llegaron bajo la obscuridad de la neblina, a donde mismo estaba la avanzada de nuestra posición. Con una descarga de fusil de ésta, que de repente se apercibió de ellos, cayeron muertos, repartiéndose no solo de los equipajes que llevaban las mulas, sino también de las ropas de paño que llevaban puestas ellos mismos.

Los brasileros, aseguran que sus cadáveres desnudos estaban colgados de un árbol cuando llegó allí la columna; que fué pocos momentos después. Este último hecho no está confirmado por los nuestros. Lo cierto es que aquellos dos soldados fueron muertos; pero si resultara, como afirman los brasileños, que fueron después colgados, importaría un acto de salvajismo digno de la más enérgica censura.

El General Victorino, que sucedió después que los rayos del sol habían disipado la neblina, en cuanto llegó a nuestra trinchera, llevó sobre ella un vigoroso ataque. La guarnición salvó el honor de la bandera, haciendo una heróica defensa y causando enorme pérdida a los asaltantes. Pero arrollados por todos lados por los brasileros, cuádruplos en número, se apoderaron de ella.

Casi todos los nuestros que no murieron, cayeron prisioneros. Unos cuantos, entre ellos, el Coronel Hermosa y el Mayor Vera, consiguieron escaparse por el monte, yendo más tarde a entregarse a los aliados como prisioneros de guerra.

Entre los que cayeron prisioneros, se encontraban dos jefes: el Comandante de infantería Julián Escobar y el Mayor Cárdena y 16 oficiales de distintas graduaciones (1).

El General Victorino, impulsado por un violento espíritu de venganza, no solo por la muer-

(1) El comandante Victoriano Bernal murió combatiendo antes de la caída de la trinchera en poder del enemigo.

te de los ordenanzas brasileros más arriba mencionados, sino por la pérdida considerable que causó a sus tropas la resistencia inesperada de la guarnición, cometió esa ocación un acto bárbaro que deshonra su nombre ante la historia: por vía de represalia, mandó degollar a aquellos dos jefes y diez y seis oficiales que estaban en su poder en calidad de prisioneros de guerra! Era una flagrante violación del derecho de gentes, tanto más cuanto no había adoptado ninguna forma de procedimiento legal para siquiera cohonestar tan cruel disposición. El cuadro fué espeluznante y capaz de hacer temblar de horror al más frío e indiferente. Un incidente vino a aumentar la lugubridad tétrica de aquel horrendo espectáculo. El hijo de Cárdena (1), que allí se encontraban también, postrado de rodillas, con la vista levantada al cielo, pidió tierna y encarecidamente al General Victorino por la vida de su querido padre. Pero nada, el General se mostró inflexible y la ejecución fué llevada a cabo. Esta inflexibilidad de Victorino hace presumir que obraba a impulso de una orden superior.

Este hecho sangriento, injusto e innecesario produjo una profunda indignación en el ejército brasileño, cuyos jefes censuraron ácremente la conducta del General Victorino. El, sin duda, se habría descartado, aduciendo la muerte de los dos mencionados ordenanzas; pero un acto censurable (si es que lo hubiese sido) no justifica otro en mayor escala, verificado en las personas más distinguidas y condecoradas de los prisioneros en su poder.

No pensó el General Victorino en el concepto a que se hacía acreedor con este abuso al ejército

(1) Juan Cardena de Areguá, hoy de 4o y tantos años.

aliadoque venía diciendo que traía al pueblo que invadía, a sangre y fuego, la civilización y la libertad.

No existe ningún fundamento racional en que apoyar el pretendido derecho de matar a un enemigo desarmado y rendido. ¿La venganza? Pero la venganza que se sacia en los vencidos reducidos a la impotencia o a la imposibilidad de hacer daño, no responde a ninguna de las aspiraciones de los pueblos que gozan de la civilización cristiana y que proceden de acuerdo con el espíritu moderno. «El enemigo desarmado, dice Pinheiro Ferreyra, «debe ser considerado como un hombre que no ha hecho sino cumplir un deber penoso. No hay lugar a castigo, ni a reparación de parte de un enemigo vencido o desarmado. Este ha pagado sin duda a su patria y no debe más nada a nadie.» Y Kant dice: «Ninguna guerra de pueblo a pueblo libre no puede ser *penal (belum punitivum)* porque la pena no puede tener lugar sino de parte de un superior que manda hacia un súbdito: lo cual no sucede en la relación de los estados entre sí». (1)

Después de la toma de nuestra trinchera, los aliados siguieron adelante en pos de nuestro ejército, llegando su vanguardia en el precitado día 18 a *Caraguatay*

El Ministro Caminos, al ver que numerosas fuerzas se acampaban en aquella población se marchó con su escolta a incorporarse con el Mariscal.

Ese mismo día 18 fueron atacados los marinos que cuidaban nuestros vapores que permanecían anclados o varados en uno de los pasos del *Yhagüy*. Aquellos se defendieron hasta donde les fué posible; pero en vista de la superioridad de la fuerza enemiga, cumplieron las instrucciones que tenían, pegando fuego a los vapores (el *Ypora*, el *Paraná*,

---

(1) Pradier - Fodéré. T. 1· p. 80.

el *Rio Apa*, el *Salto Guairá,* el *Pirabebé* y el *Amambay)*, retirándose luego por la rinconada del *Saladillo* a incorporarse al cuerpo principal de nuestro ejército en marcha para San Estanislao.

El Mariscal estaba entonces acampado en *Valle-í*, al otro lado del campo de *Gazory*. Allí le alcanzaron el General Caballero y el Ministro Caminos.

Estando allí fueron remitidos con un piquete una señora López con una hija de 18 a 20 años, enviadas como sospechosas de espionaje. Fuí comisionado por el General Resquín, a tomarles declaración indagatoria. Explicaron satisfactoriamente la razón que habían tenido para venir por un camino extraviado de donde se encontraba la guardia de donde fueron remitidas. Sin embargo el General Resquín, que desconfiaba de todo el mundo, no quedó o fingió no quedarse enteramente satisfecho, y empezaba a insinuar la idea de que tal vez fuese necesario proceder con ellos con rigor. Pero en ese momento fuí llamado por el Mariscal precisamente para saber de lo que se trataba. Escuchó atentamente la relación de la deposición de las acusadas, y la opinión de que aquellas mujeres por su facha, no robustecia la sospecha de que fuesen espias, y, que además, el tono con que daban sus explicaciones indicaba que había sinceridad en ellas.

El Mariscal entonces me dió orden para mandarlas poner en libertad. Cumplida que fué esta orden, dí parte al General Resquín de la suprema resolución, sin que este, por supuesto, hiciera la menor observación. Aquella señora aún está viva, y siempre suele acordarse del hecho con gratitud hacia el que en esa ocasión cumplió el grato deber de contribuir a su libertad.

El 19 del mismo mes, a medio día, llegó el Mariscal al paso del arroyo *Hondo*, y después de unas cuantas horas de descanso, vadeó a caballo dicho arroyo que llegaba hasta la cincha, con el

fondo desigual y fangoso. No a mucha distancia, en la otra banda se encontraba el establecimiento o estancia del finado Benigno López, llamada San Miguel.

El Mariscal se instaló en la casa de vivienda que era bastante espaciosa. Habia otra casita que estaba llena de tercios de yerba hasta el techo. Los ayudantes y demás oficiales del cuartel general se acomodaron como pudieron en frente de la casa principal en un gran espacio vacío que había.

Las tropas acamparon en las inmediaciones en los lugares que se les habían señalado.

Una parte de las fuerzas quedó a retaguardia a objeto de comboyar algunas carretas que quedaron rezagadas en el paraje de *Valle-í*, a distancia de una legua más o menos del arroyo *Hondo*.

Dicha fuerza fué alcanzada el dia 20 por la vanguardia de la caballería enemiga, trabándose entre ambas reñido combate por espacio de dos horas; al cabo de las cuales nuestra fuerza, impotente para continuar la lucha contra la enemiga que era mucho más numerosa, hizo retirada, y a fin de evitar la persecución de gente montada en buenos caballos, desvió del camino real y la hizo por una picada del monte, yendo a salir al arroyo *Hondo* que cruzó o vadeó para reunirse a nuestro ejército acampado en la otra banda a la costa del arroyo *Mbutuy*. Tuvo una baja de 27 hombres muertos y algunos heridos quedando en poder del enemigo varias carretas. Una de estas pertenecía a don José Falcón, y en uno de los baules que constituía su equipaje, se encontraba un grueso volúmen de apuntes para la historia del Paraguay que había sacado de los documentos públicos del archivo Nacional cuando ejerció el cargo de jefe de aquella repartición. Esta fué una sensible pérdida. El señor Falcón hizo empeños para recuperarlo después de la guerra; pero sin éxito.

El 21 trajo el enemigo un parlamento en nuestra avanzada en la banda izquierda del arroyo *Hondo*, entregando al jefe de ella con encargo de hacerla llegar al Mariscal una cubierta cerrada que contenía una nota firmada por uno de los generales aliados de la vanguardia y un folleto. La nota era una intimación de rendición al Ejército nacional, con amenaza, de no hacerlo, de pasar a degüello desde sargento para arriba, a los que en adelante cayeran en poder de ellos. El folleto contenía escritos injuriosos para el Mariscal.

Este se indignó contra este proceder de los aliados, diciendo que habían prostituído un medio legal de que se sirven dos ejércitos beligerantes para comunicarse en ciertos y determinados casos, manifestando que en adelante no admitiría más ningún parlamento. Subió su indignación a tal punto que concibió la idea inicua y aventurada de ejercer una venganza, a cuyo efecto dispuso mandar capturar un parlamentario enemigo.

El plan era el siguiente: — Pedir un parlamento que generalmente suele tener lugar en el espacio de terreno equidistante de ambas líneas de avanzada; los encabezantes se aproximan para hablar o conferenciar, quedando a una regular distancia los que les acompañan.

El Mariscal quería que el parlamentario paraguayo se acercase bastante hasta cruzar el pescuezo de su caballo con el del parlamentario enemigo, y que una vez colocados los dos en esta posición, aquél le encaráse su revólver al pecho de su interlocutor, intimándole quietud con amenaza de muerte si se movía.

Esta actitud debería ser señal suficiente para que acudiesen prontamente tres hombres de la escolta o retaguardia designados ya de antemano, y asiendo una de las riendas del caballo del parlamentario enemigo echarse a correr rápidamente, estimulando de atrás con sus chicotes los otros

dos al animal. El resto de la escolta haría frente para contener un movimiento de avance hostil de parte del enemigo, lo que era más que probable que hubiese sucedido.

Se comprende que todo esto debería de ejecutarse en un abrir y cerrar de ojos.

El jefe designado para llevar a cabo tan audaz y atrevida empresa fuí yo. Debo confesar con franqueza, que cuando el Mariscal me hizo llamar y me habló de este plan, explicándome la manera como tenía que ejecutar, un sudor frio me inundó todo el cuerpo. Sin embargo un sentimiento inexplicable vino en mi ayuda, en el que se mezclaban el amor propio y el orgullo de realizar un acto de audacia y valentía, sin pensar en medio del entusiasmo juvenil, en la gravedad moral del mismo. Me retiré con orden de volver ante él al día siguiente para despacharme. Así lo hice, después de haber ensillado, al romper el día, el montado que me mandó facilitar de su caballeriza. Felizmente, parece que la almohada le había inspirado mejores consejos, y le hizo cambiar de idea. En cuanto me cuadré delante de él, me dijo: «queda abandonado el proyecto, retírese no más».

Se me quitó de encima un gran peso, y regresé a mi carpa dando gracias a Dios, convencido de que tal vez hubiera sucumbido en empresa tan arriesgada.

Si los aliados hubiesen desplegado más actividad y audacia, la guerra hubiera terminado en el Campo Grande. Interceptada la boca del monte de Caraguatay, el Mariscal se hubiera visto obligado a combatir hasta sucumbir o hubiera sido tomado prisionero con el resto de su destrozado ejército.

CAPÍTULO VI

San Estanislao. Captura de espías enemigos. Conspiración descubierta. Fusilamientos de los comprometidos· Ascensos. Marcha a San Isidro (Curuguaty). Capiíbary. Tandei.

En el establecimiento de San Miguel había como dijimos,—una casita pajiza de bastante puntal y de un sola pieza.—Contenía *tercios* de yerba de superior calidad apilonados hasta el techo.—El 21 por la mañana, el Mariscal levantó el campamento y dió orden a los comandantes de cuerpo para que permitieran a las tropas llevar la cantidad de yerba que cada uno pudiese o quisiese. Era cosa de ver como éstas sacaban fuera los tercios y los partían a hachazos, a fin de que cargase cada uno la porción que pudiese llevar, en medio de un murmullo de algazara y entusiasmo. Pero tanta era la cantidad, que había que a pesar de este libre botín, muchos de ellos quedaron todavía allí abandonados para los aliados! No era, sin embargo, la *yerba mate*, lo que más falta hacía a las tropas, sino algo más sustancial que consolase sus famélicos estómagos, porque si bien por esas alturas no faltaba que comer, empezaban a escasear los víveres, habiendo caído una gran cantidad de ellos en poder del enemigo.

Ese mismo día, ya muy tarde, llegamos a Unión. Allí se tuvo noticia de que el Coronel Ignacio Génez, que había quedado con su regimiento cerca del *Mbutuy* para escoltar las carretas sostuvo un re-

ñido combate con la vanguardia enemiga que le alcanzó, tomándole ésta 3 piezas de artillería y unas carretas.

Génez consiguió salvarse con el resto de estas últimas y prosiguió su marcha sin más molestia hasta San Estanislao.

El Mariscal pernoctó en Unión, y al día siguiente al romper el día, prosiguió su marcha.

Las fuerzas aliadas que habían avanzado hasta *Mbutuy*, sin duda, no creyeron prudente, o no entró en sus planes, seguir más adelante; regresaron a *Caraguatay*, donde habían establecido su campamento general. De allí enviaron columnas a ocupar diferentes puntos de la República: *Villa Rica*, *San Joaquin*, *Caazapá*, *Ajos*, *San José*, *Carayaó e Yhú*. En cada una de estas poblaciones hicieron reconocer y acatar la autoridad del Gobierno provisorio de la Asunción.

El Mariscal sin ningún incidente digno de mención, llegó con las fuerzas que le acompañaban a San Estanislao, el 23, tomando alojamiento en un antiguo edificio fiscal conocido con el nombre de *colegio*. Estaba situado en la extremidad de la acera derecha del cuadro del pueblo. Las Escoltas *Acá-carayá* y *acá-berá*, fueron alojadas en unas casas que formaban la acera izquierda del mismo. El batallón Riflero estableció su campamento a la orilla de un naranjal que había atrás del colegio. El último lance de éste estaba demolido; solo quedaban los horcones y las vigas. Tenía una sala bastante espaciosa y algunas piezas interiores con puertas que comunicaban con el patio. Este era bastante grande y cerrado en parte por oficinas en el fondo y una muralla con un portón que le daba entrada por la parte Norte.

En San Estanislao empezó el Mariscal a tomar disposiciones tendentes a concentrar las pocas fuerzas que había en el campamento *Tapiracuáin* y

otros puntos al Norte, a objeto de reorganizar un ejército regular, que debería constar de cinco divisiones de a 2.500 hombres cada una.

Parecía que el Mariscal tenía el propósito de establecerse definitivamente en la Villa de San Isidro *(Curuguaty)* y terminar allí la guerra. Esta suposición se robustece en el decreto de 31 de Agosto, declarando dicha Villa Capital Provisoria de la República, y con la traslación del Vice Presidente, señor Sánchez, a ese pueblo con instruciones de animar a los jefes de milicias de los partidos que aún permanecían fieles al Mariscal como Presidente de la Nación, así como con la orden que dió al comandante Orzuza para que pasara con su batallón a San Isidro y mandara cultivar la tierra y hacer plantaciones de los cereales más indispensables a la subsistencia, debiendo ponerse de acuerdo al mismo objeto con el comandante de la Villa de Igatimí, Tomás Urbierta.

La autoridad de *Igatimí* estaba, además encargada de antemano de la importante misión de la condución del ganado vacuno remitido del departamento de Concepción para el consumo del ejército. Esa remesa se hacía por la picada de chirigüelo, atravesando la cordillera de *Mbaracayú* y el río *Aguaray-Guazú*, frente a Panadero.

Dos o tres días después de nuestra llegada a San Estanislao, hubo algunos importantes ascensos: Mongelós, que hasta entonces era Teniente Coronel, ascendió a Coronel; los coroneles José M. Delgado y Francisco Roa, a brigadieres generales, y los generales Caballero y Resquín, a generales de división.

Las penalidades y fatigas de todo género y la escasez de alimentos para satisfacer las necesidades materiales del cuerpo a fin de sorportar los trabajos de tan dura campaña, iban minando gradualmente el espíritu de las tropas al extremo de engendrar en algunos cuerpos la idea de deslizarse

de la lealtad y adhesión a la persona del Marical y terminar de una vez la guerra con la eliminación de este. Este pensamiento venía probablemente elaborándose desde *Azcurra,* y si no se habia llevado a cabo sin duda era por que no había adquirido suficiente madurez para su desenvolvimiento.

El descubrimiento de este propósito criminal dió lugar a terribles sucesos de sangre en San Estanislao, convirtiéndolo en una segunda edicción de San Fernando.

El recuerdo de aquella luctuosa hecatombe en que fueron sacrificados a la implacable saña del Mariscal tantas personas meritorias por sus servicios y sacrificios en defensa de la causa nacional, hace estremecer al alma que aún se agita tristemente destilando gota a gota el supremo dolor que la embargara al contemplar tan inmensa desgracia. Profunda fué la impresión que dejó en los corazones de cuantos tuvieron la triste suerte, o más propiamente, la cruel mortificación, de presenciarla. La mano tiembla y la pluma se resiste a relatar hechos fatidicos llenos de detalles conmovedores; pero nuestra misión y la verdad histórica nos imponen el deber de afrontarlos; armémonos pués de valor y prosigamos.

De *Yhú* despacharon los aliados tres espías de nacionalidad paraguayos, dos hombres y una mujer de apellido Astorga. Se dirigieron por el camino carretero que cruza los bosques de *Curuguaty*, y el 27 de Agosto fueron capturados por una guardia nuestra que habia en el tránsito. Un piquete se encargó de la condución de los tres para nuestro campamento, pero así que venían marchando por el monte, aprovechándose de la obscuridad de la noche, huyeron los dos hombres metiéndose en la espesura del bosque. Uno de ellos logró escaparse y el otro fué muerto. La mujer Astorga fué conducida a San Estanislao. A

su llegada fué sometida a declaración, confesando a don Luis Caminos después de algunas vacilaciones que sus campañeros habían traido la misión de reconocer nuestro campamento y volver a dar cuenta al enemigo, y que ella tenía que comunicarse con el Alférez Aquino de la Escolta *acáberá* que decía tener un proyecto, en combinación con otros: el asesinato del Mariscal.

Aquino fué inmediatamente reducido a prisión. Al principio dice que negó la acusación; pero careado con la Astorga fué convicto y confeso.

Era aquel un mozo de unos treinta y tantos años de edad, trigueño, bigotes negros y de aspecto simpático. El Mariscal le mandó traer a su presencia en el patio del *colegio*, con los brazos atados por detrás e inició con él el siguiente diálogo:

Y bien Aquino...! con que me ha querido matar...?

Si señor, por varios motivos le he querido matar; ya hemos perdido nuestra patria, y si aún seguimos hasta aquí debe comprender que es sólo para acompañar a su persona. Y sin embargo de día en día, V. E. va siendo más tirano.

—¡Ah...! con que eso es así...? Pero no ha tenido suerte...

—Verdad señor; V. E. nos ganó la delantera *(nde tenondé michí orejhegüi);* pero no ha de faltar otro que tenga mejor suerte y logre matarle...

Después de este corto diálogo que lleva mucha semejanza a uno de aquellos que aparecen en los dramas antiguos, en que tal vez por primera vez se le habló con tanta resolución y entereza, ordenó que le llevaran a azotar. Aquino fué conducido en un estado lamentable hasta *Capiibary,* donde falleció.

En seguida, por llamado del Marical se pre-

sentó delante de él el Coronel Mongelós (1), a quien le dijo: que aunque inocente, le iba a mandar fusilar, porque por causa de su negligencia y descuido, iban a ser víctimas muchas tropas de su mando. Va vd. a unir su sangre a la de ellos, le dijo con toda calma.

Mongelós contestó: que no lo merecía, por que estaba ajeno de cuanto había sucedido, que aún era joven, no era flojo y muy capaz de salvar a la patria y a él.

Por toda réplica, el Mariscal ordenó al Teniente Pedro Ovelar, del batallón riflero, que le sacara la espada y le llevara, como le llevó, al pié de la muralla que formaba el cuadro del patio, y pusiera dos centinelas de vista para custodiarle; y a su segundo, el Mayor Riveros, le llevara al mismo lugar; pero algo más separado, también bajo la custodia de dos centinelas y mandara buscar un sacerdote que prestara a ambos el último auxilio espiritual.

Riveros, desde el sitio donde estaba, dirigió al Mariscal algunas sentidas y conmovedoras palabras, pidiendo perdón en mérito de su juventud y del deseo ardiente que tenía de continuar defendiendo el pabellón nacional hasta derramar la última gota de sangre.

Pero el Mariscal se manifestó inflexible.

Cuando el Teniente Ovelar (2) (hoy mayor) llegó con su compañía de rifleros para hacer el servicio de guardia en el mencionado patio y se presentó a pedir orden al Mariscal, éste le preguntó bruscamente como para sorprenderle:

¿No ha sido Vd. chamuscado?

No, Exmo Señor...! Yo estoy como aquel que se atoró en una ventana: no entro ni salgo...!

---

(1) Mongelós era comandante de una división de la que formaban parte las dos mencionadas escoltas.
(2) Aún está vivo.

—Vd. entró y no salió más,—querrá decir, le contestó el Mariscal sobre tablas. Ya veremos continuó, ordenándole que mandara empabellonar las armas a las tropas de su mando (1).

Como se vé, aquel honroso suceso tuvo también su parte cómica y sarcástica. La risa de Demócrito!

Uno de los complicados fué el Teniente Casco, a quien el Mariscal en su misma presencia le mandó azotar. En medio del dolor le gritó: - Acuérdese, señor de que hay un Dios ante quien todos tenemos que comparecer a rendir cuenta de nuestras faltas, ante quien Vd. también talvez no tarde en comparecer para responder por este acto de injusticia que está mandando hacer!...

El General Caballero recibió orden para que rodeara el cuartel de las Escoltas con una división de infantería y redujera a prisión a todos los comprometidos, entregándole al efecto una lista de ellos. Una vez rodeado el cuartel, Caballero ordenó que todos salieran sin armas a ponerse en formación. Así lo hicieron y todos los comprometidos o comprendidos en la lista, que fueron unos sesenta y tantos, la mayor parte de *acá berá*, fueron conducidos bajo custodia al campo de ejecución.

Esta tuvo lugar en un bajo al noroeste a corta distancia de la población y la mandó el Mariscal en persona a caballo—Todos fueron fusilados por la espalda, menos Mongelós y Riveros.

Concluido todo, vino a arrodillarse en el atrio de la Iglesia frente a la puerta mayor a orar por un largo rato.

—Este acto es para nosotros incalificable.

—El Coronel Mongelós, miembro de una de

---

(1) El Mariscal ordenó al entonces comandante. Patricio Escobar (hoy General) que enviara de su división dicha compañía. Impartió su orden al Comandante de batallón de Riflero, Capitán Villasboa, porque dicho batallón formaba parte de su división.

las familias principales del Paraguay, era edecán del Mariscal por mucho tiempo antes de alcanzar la graduación que tenía. Era de aspecto sajón: alto, delgado, rubio, de ojos azules, tuvo participación en muchos combates, y en todos acreditó valor, decisión y arrojo.

El General Resquín asegura en sus *Memorias* (p. 143) que Aquino había concebido el plan de asesinato del Mariscal con el Coronel Mongelós, cinco oficiales y sus sargentos.

Disentimos del General Resquín, en cuanto hace aparecer a Mongelós, como cómplice. El mismo Mariscal le dijo a este en presencia de muchos que era inocente, pero que era culpable por su descuido, el cual había dado lugar a la formación de un conato criminal contra él.

Habiendo sido inocente, lo aducido por el Mariscal, no justificaba la muerte de Mongelós, ni tampoco la de su segundo, el mayor Riveros que estaba en el mismo caso. Fué un acto cruel y bárbaro, sin género de atenuación, como que el mismo en persona dirigió el juicio verbal de investigación hasta su terminación.

El Mariscal perdió la ocasión que se le presentó para manifestarse grande y magnánimo. Con el perdón de los culpables, se hubiera elevado a las nubes. Una vez más confirmó lo que dijimos a su respecto en el Capítulo II p. 40 del presente tomo.

Cuando tuvo noticia de que considerables fuerzas brasileras se habían desembarcado en los departamentos de Concepción y Rosario, con propósito probable de operar contra San Estanislao, se apresuró a levantar de este punto el campamiento, poniéndose en marcha el día 30 de Agosto por la mañana con dirección a San Isidro.

En efecto, en aquella Villa Concepción estaba ocupada por 6.000 hombres de las tres armas a

las órdenes del General Cámara, y la Villa del Rosario por 5.000 al mando del famoso General Victorino.

En San Estanislao dejó el Mariscal algunas tropas ligeras con el objeto de observar el movimiento del enemigo.

Al saber que los aliados se dirigían hacia San Joaquín, dispuso que el Coronel Rosendo Romero a la cabeza de 2500 hombres que formaban la primera división fuese a ocupar la carretera del monte de *Caihó*, en precaución de cualquier movimiento hostil que por esa parte intentasen aquellos.

El 7 de Setiembre, 1869, nuestro Ejército acampó sobre la márgen derecha del arroyo *Capiibary*. Al día siguiente, el Mariscal mandó lancear unos cuantos más de su Escolta que, decían, estaban complicados con el complot de San Estanislao, según nuevas denuncias de Aquino, que como ya dijimos antes, pocos días después murió. (1)

De allí fueron despachados los Coroneles Sosa y Delvalle con la cuarta división de 2500 hombres, a ocupar la posición de *Panadero*, en el departamento de San Pedro, con instrucciones de establecer su vanguardia sobre el *Río Verde*.

El 10 del propio mes de Setiembre, 1869 se dió orden de marcha, y atravesando las picadas de *Ibabirain, Taíy caagüy* y *Pacobá,* fué a acamparse el Ejército sobre la márgen derecha del arroyo *Tandei-y* como una legua más abajo del pueblo de San Isidro *(Curuguaty)*.

El 18 de Setiembre, una columna brasilera de caballería e infantería en combinación con las fuerzas de Villa Concepción al mando del comandante Pedrueza, marchó a las 3 de la madrugada contra *Belén-cué,* a batir la fuerza nuestra allí acampada a las órdenes del comandante Cañete.

---

(1) Se supone que fué muerto más allá de *Capiibary* por el oficial del piquete encargado de su conducción, a fin de librarse de esa molestia y de poner término a sus denuncias contra sus compañeros.

Debe advertirse que para emprender esta operación, el enemigo no tuvo necesidad de practicar previamente ningún reconocimiento, porque Pedrueza y Ayala, jefe político de *Horqueta*, conocedores de aquellos lugares, guiaron a aquel, indicándoles los mejores caminos para que no tuviera ninguna dificultad en la persecución de sus compatriotas que continuaban luchando heróicamente a pesar de los escasísimos medios de defensa con que contaban.

Cañete, al tener noticia de la venida y aproximación del enemigo en número muy superior, se retiró prudentemente con su fuerza, consistente en unos mil y tantos hombres a *Sanguina-cué*, dejando dos escuadrones de caballería en *Belén-cué*, para entretener al enemigo mientras ejecutaba la operación de su retirada.

El 19 fué esta vanguardia de Cañete atacada; pero no habiendo podido conseguir el resultado que buscaba que era el desalojo del paso del arroyo *Naranguû* que defendía, el enemigo suspendió su ataque. El jefe de la vanguardia, aprovechando esta tregua, se retiró a incorporarse con el centro de la columna que se hallaba en esos momentos en *Itapytanguá*.

Los brasileros en número de 2.000, no encontrando ya obstáculo en el mencionado paso, continuaron su avance a marcha forzada, y ese mismo día llegaron a *Itapytanguá* y atacaron a la columna de Cañete quedando dueños de aquella posición.

Cañete con el resto de sus gentes que no habían caído prisioneros o no habían muerto, se internó en la rinconada de *Sanguinacué*, abandonando al enemigo dos piececitas de artillería que tenía y más de 1500 cabezas de ganados de toda clase.

Cañete se portó bizarramente. Hizo lo que

humanamente le fué posible hacer como militar, combatiendo con fuerzas muy superiores en número a las suyas.

El Capitán Roa, a la cabeza de 2000 hombres, estaba destacado en *Tacuatí*, con orden de dar protección a las numerosas familias que, huyendo del enemigo de todas partes, iban a refugiarse en aquella población. El 20del mismo mes deSetiembre fué atacado por las fuerzas brasileras; y a pesar de una tenaz y heróica resistencia, fué derrotado con pérdida de unos 40 hombres entre muertos y heridos. Y como consecuencia, todas las familias quedaron en poder del enemigo.

El Capitán Roa con el resto de sus bravas tropas, se replegó a nuestro Ejército en *Ygatimí*, donde a la sazón se encontraba éste acampado sobre el arroyo *Ytanaramí*, dando noticias de cuanto había ocurrido en *Tacuatì.*

El orden cronológico que, en lo posible procuramos seguir en la relación de los sucesos, nos obligó saltar al departamento de Concepción.

Ahora, obedeciendo a la misma razón, tenemos que volver a *Tandei-y*, para hacernos cargo de otros que, por su índole, tal vez sean los más graves de cuantos hasta aquí hemos referido, como luego se verá.

En la Cordillera de *San Joaquín* paraje denominado *Hucuraty*, estaban apostados los Capitanes Duarte y Ocampos, con una pequeña guarnición de 200 hombres más o menos. Una columna de las fuerzas aliadas al mando del Conde D' Eu que marchaba en esa dirección atacó aquella posición el 22 de Setiembre. La pequeña guarnición paraguaya defendió el paso con mucha bravura, tanto que consiguió rechazar a los asaltantes, haciéndoles una considerable baja en muertos y heridos.

Los aliados, después de este rechazo, se prepararon a verificar otro ataque con más vigor; a cuyo efecto, reforzaron sus fuerzas. Los Capitanes

Duarte y Ocampos, en vista de esto y convencidos de que sus tropas después de tanto pelear no estaban ya en condiciones de desplegar la misma energía de antes, resolvieron retirarse como lo hicieron, yendo a incorporarse a la división del Coronel Rosendo Romero que estaba en el monte de *Caihó* en dirección a *Carimbatay*, que queda a corta distancia de San Isidro.

El enemigo no teniendo ya más obstáculo que vencer, prosiguió su marcha hasta *San Joaquin.*

La noticia de la ocupación de este pueblo por el enemigo, cundió en el ejército, y llegó a oido del Coronel Venancio López y demás miembros de la familia del Mariscal haciéndoles concebir la idea de fugarse al enemigo.

En San Fernando, Venancio López, por la espontaneidad con que declaró, mereció de su hermano la gracia del indulto.

En Azcurra, sin embargo, sin que sepamos la causa, fué nuevamente preso y puesto en incomunicación. En la retirada de aquel punto, un oficial a las órdenes del Coronel Marcó, jefe de la mayoría, fué encargado de su custodia; pero durante aquella prolongada y penosa marcha, sea por consideración o cualquier otro motivo, se había ido poco a poco ensanchándole la libertad, tanto que en *Tandei-y*, gozaba ya casi completa, sin haber habido para el efecto orden o autorización superior, permitiéndósele estar en relación íntima con todos los de la mayoría y aún con personas extrañas a ella. Como quiera que sea, esta circunstancia se explica fácilmente, si se tiene en cuenta que Venancio López y Marcó, en tiempo de paz, habían ocupado en la Asunción importantes puestos públicos: el primero como mayor de plaza, es decir jefe de toda la guarnición de la Capital que en aquella época no bajaba de 4 a 5 mil hombres, y el segundo como jefe político que tenía a toda la población en un puño,

sin dejarla siquiera resollar. El recuerdo de las relaciones de amistad y de compañerismo de aquella época y la fraternidad que un mal común engendra entre aquellos que lo sufren, habían contribuido indudablemente a que se hablasen y entendiesen y que Marcó, compadecido de la desgracia de su antiguo amigo, no solo le haya mitigado la rigidez de su prisión, sino que haya aceptado cualquiera proposición que le hiciera aquel tendente a zafarse del poder del Mariscal.

En prosecución de esta idea, Marcó de acuerdo con Venancio, después que supieron que el enemigo se había apoderado de San Joaquín, hizo desertar de la Mayoría un cabo con una carta al general comandante de las fuerzas aliadas, pintando la triste situación de nuestro Ejército que no contaba con suficiente elemento para hacer una resistencia capaz de rechazar a su adversario, e invitándole finalmente a que avanzara sobre nuestro campamento en la plena seguridad de obtener un fácil triunfo. Desgraciadamente para ellos, las fuerzas aliadas en esos momentos se encontraban más o menos en iguales condiciones que las nuestras, viéndose por consecuencia, en la absoluta imposibilidad de aprovecharse de la invitación que les ofrecía una magnífica oportunidad para concluir la guerra.

Fracasado así este plan, trataron de echar manos a otros medios.

El 15 de Octubre, 1869 aniversario del advenimiento a la Presidencia del Mariscal, éste pasó al pueblo de *Curuguaty*, y dió allí un almuerzo, a que fueron invitadas varias familias. A los postres, el Marical se entretuvo en conversación con una señorita de la Asunción, algo locuaz, y agotándosela a ésta su materia de conversación, de repente le dijo al Mariscal: he estado en la Mayoría y estuve conversando con Venancio que goza de muy buena salud.

El Mariscal tomó nota de esta noticia, y a su

regreso al Ejércitto o sea a *Tandei-y*, despachó un ayudante con orden de que Venancio López fuese nuevamente reducido a prisión, haciendo al mismo tiempo comparecer ante sí el Coronel Hilario Marcó, jefe de la Mayoría. Interrogado sobre el hecho de la libertad de Venancio sin previa autorización suya, no acertó a dar una contestación satisfactoria: entonces el Mariscal le hizo conducir arrestado a una guardia que quedaba inmediata a la en que estaba Venancio López.

Este vió desde la distancia a su cómplice preso y pensando qne estaba descubierta la trama, pidió al oficial que le le custodiaba que hiciese decir a su hermano que enviara una persona de confianza para revelarle lo que habían proyectado.

En efecto, el Mariscal envió primero al Ministro Caminos, después al General Resquín y por último al Vice-Presidente Sánchez. A todos tres reveló de un mismo modo el plan de envenenamiento que había proyectado llevar a cabo contra el Mariscal.

Hé ahí cómo fué descubierto el conato de envenenamiento y nó por medio de una sirviente como aseguran algunos.

Venancio López creyó que con la treta de una confesión expontánea semejante a la que hizo en San Fernando, obtendría el mismo resultado que consiguió en aquel campamento, es decir, el perdón de él y de sus hermanos. Infelizmente se equivocó.

A fin de formalizar el proceso, se crearon dos tribunales: el 1º. compuesto del Comandante Manuel Palacios y el Capitán de Fragata Romualdo Núñez, y el 2º. del Coronel Avalos y el Sargento Mayor Bernardo Villamayor.

Cuando Venancio compareció ante uno de esos tribunales, confesó sencilla y llanamente su complicidad con Marcó y varios oficiales de la Mayoría en un conato de asesinato por medio del veneno, a fin de terminar la guerra, habiendo tenido pre-

paradas dos canoas en el río *Curuguaty,* (1) para fugarse en caso de fracasar ó de una persecución, Marcó a su vez fué también convicto y confeso de la misma causa.

Venancio, Marcó y su esposa Bernarda Barrios y el médico Castillo comprometieron en sus declaraciones a doña Juana Carrillo de López y sus dos hijas viudas Inocencia y Rafaela; a estas como conocedoras, y a la primera, como empeñada cooperadora del asesinato proyectado.

Todos los que resultaron complicados en dicho proceso: el médico Castillo y cinco o seis oficiales más de la mayoría, convictos y confesos del conato de envenenamiento y plan de fuga al enemigo, fueron pasados por las armas excepto los Coroneles Venancio López e Hilario Marcó. Este último fué ejecutado en el campamento de *Zanja-hú* al otro lado del monte de *Igatimy* después de haber soportado los más crueles sufrimientos. (2)

La madre del Mariscal, con sus dos hijas, fué trasladada en calidad de arrestada, de *San Isidro* a *Igatimí.* Cuando lleguemos a este punto se dirá lo que allí pasó.

Algo debo decir acerca de la manera especial en que tuvo lugar mi ascenso a Coronel.

Andaba bastante indispuesto y puedo asegurar que mi indisposición en tiempo normal, me hubiera justificado guardar cama. Tenía todo el cuerpo lleno de erupciones cutáneas que le mantenían en una temperatura de fiebre constante.

---

(1) Dichas canoas fueron halladas escondidas en el mencionado río.

(2) No habiendo tenido yo ninguna intervención en la averiguación de los hechos o sucesos mencionados, los datos consignados me han sido proporcionados por los que tuvieron intervención directa en ellos, y que aún están vivos. El Coronel Aveiro, en un concepto equivocado, como lo ha reconocido después, ha mezclado mi nombre al hablar de esos sucesos en su declaración de fecha 23 de Marzo de 1870, abordo del *Iguatimí*. Esa equivocación es muy comprensible, dada la circunstancia especialísima en que la tuvo que dar, conforme el mismo lo manifiesta en la *Nota* al pié de la protesta que con fecha 30 de Junio dirigió al *Jornal de Comercio* de Río Janeiro cuyo documento va en el Apéndice de este tomo.

No había que quejarse, y como en esas regiones casi no pasaba un día sin llover, se nos pegaba, empapada al cuerpo, la única ropa que llevábamos puesta. El único testigo de mi sufrimiento era mi ordenanza. Este, condolido de mi estado, preparó una especie de untura que me propuso aplicar.

Acudí a su caritativa proposición, y al efecto y a indicación del mismo, me tendí al suelo boca abajo.

En esta circunstancia, y en el momento de dar comienzo a su operación curativa mi nuevo Galeno, se presentó un ayudante del Mariscal, gritando: *¡Comandante Centurión, le llama S. E!...*

Al oir esta voz, dí un salto como si no tuviera nada, contestando en el acto: *¡allá voy!* ..... Con el susto de tan inesperado llamamiento desapareció momentaneamente mi enfermedad, no sentí más dolor!..... Apresuradamente me puse la blusa y la espada y volando me presenté al Cuartel General. Me cuadré delante del Mariscal que estaba sentado en un saloncito improvisado de su tienda de campaña. Al ratito salió y tomó asiento la Señora Lynch, saludándome con sonrisa de amabilidad, en contestación a mi respectivo saludo. Luego apareció un sirviente con tres copas de *cognac* servidas en una bonita bandejita. La Señora Lynch cogió la una, el Mariscal la otra, y señalando la última que quedaba me dijo: «tome esa copa». Provistos así los tres, el Mariscal haciendo una inclinación de cabeza, dijo: *A la salud del Coronel Centurión!* Contesté con mi reverencia, antes de beber el contenido de mi copa, dándole las gracias por la inmerecida honra que acababa de conferirme.

Muy lejos estaba yo de esperar que toda esa ceremonia iba a tener este desenlace.

Un galón más lisonjea, como es natural, el

amor propio de un militar, porque es un progreso en su carrera que debe ser la justa aspiración de cuantos se sacrifican por su patria.

Pero también significa un deber más cuyo cumplimiento iba siendo todos los días más difícil por las aciagas, apremiantes y crueles circunstancias porque íbamos atravesando. La vida de uno estaba pendiente de un hilo: y sin más ceremonia que una declaración verbal, se le hacía volver al otro mundo!

En este concepto, un ascenso no era un halago, sino un peligro!.....

CAPITULO VII

De Tandei-y a Igatimí. El Mariscal pide parecer para el enjuiciamiento de su madre doña Juana Carrillo de López. Marcó y su esposa procesados. Pancha Garmendia. La división del Coronel R. Romero se incorpora al Ejército. El Coronel R. Romero y Comandante José Páez parten a hacerse cargo de la columna de Tupí pytá. Manuel Trifón Rojas. Incidente personal con el Comandante Gaona.

El 17 o 18 de Octubre, no recordamos bien, dió orden de marcha. Ese mismo día a eso de la 1 p. m. pasamos el pueblo de San Isidro y fuimos a acampar, ya al ponerse el Sol en una cañada cerca de un boquerón. El General Delgado comandaba en jefe las fuerzas destinadas a proteger la retaguardia de nuestro Ejército en marcha. Al día siguiente, al abandonar el último campamento, dejó al Mayor Verón a la cabeza de 500 hombres de caballería a la margen derecha del río *Curuguaty*; a fin de proteger la retirada de la división del Coronel R. Romero del monte de *Cahió*, con prevención al mismo tiempo de observar el movimiento de los aliados de Villa del Rosario hacia *Curuguaty*.

El 20 del mismo mes, nuestro Ejército estuvo acampado entre el *Jejui-Guazú* y el *Jejui-mí*. De allí, pasando por el puente de éste, fué a acamparse, el 23, a una legua de distancia de la Villa de *Ygatimí*. En este punto fué instalado un taller para arreglar o componer las armas inutilizadas. El Mariscal

que se preocupaba de todo, había mandado conducir allí con anticipación, y venciendo mil dificultades, las piezas de máquina necesarias para dicha instalación. Cuando el enemigo tuvo noticia de la existencia de dicho taller en punto tan apartado, no acabó de ponderar la actividad y tenaz persistencia de aquel hombre extraordinario, cuya laboriosidad y constancia eran verdaderamente sorprendentes.

El 28 del mismo mes fué atacado el destacamento de *Curuguaty* al mando del Mayor Verón por fuerzas aliadas. Después de una encarnizada refriega con pérdidas de una y otra parte, se retiró Verón a incorporarse a la vanguardia del General Delgado. El enemigo fiel a su táctica de siempre se apoderó de aquella posición, sin cuidarse de mandar perseguir a su adversario que iba en retirada.

El General Delgado molestado por los aliados, efectuó con sus tropas el pasaje del *Río Jejuí guazú*, situándose en la margen derecha del mismo, esperando por momento la llegada de los aliados que no aparecieron por ahí.

Después de una permanencia de 7 días, nos trasladamos a *Ygatimí*.

El Ejército pasó al otro lado del pueblo estableciendo campamento a la margen izquierda del arroyo *Ytanarámí*.

El Mariscal instaló su cuartel General en una casa pajiza con culatas, al lado del camino real y rodeado de un gran narajal.

A mano izquierda del mismo camino yendo del pueblo, a dos cuadras de distancia más o menos, acampó la mayoría tomando su jefe para alojamiento una casita de paja con culata al estilo de campaña.

El Mariscal llegó a *Ygatimí*, y como es fácil supo-

ner preocupado del asunto de su eliminación por el veneno, y decisión o fuga al enemigo de los complicados, en que estaban gravemente comprometidas su madre y hermanas.

Dos o tres días después del establecienlo de nuestro campamento en *Itanarámi*, a fin de resolver sobre el enjuiciamiento de la madre, reunió a su presencia al Vice-Presidente Francisco Sánchez, Luís Caminos, José Falcón, General Francisco T. Resquín, Comandante Manuel Palacios, Coronel Aveiro, Capellanes José del Rosario Medina, Francisco Solano Espinoza y Fidel Maiz, el que escribe estos apuntes y el Capitán de Fragata Romualdo Núñez. Todas estas personas, en el orden en que están nombradas, se sentaron al aire libre en unos bancos, formando semi-círculo en frente de una mesa presidida por el Mariscal.

Este pidió a cada uno su parecer acerca de la necesidad de hacer comparecer a su madre en juicio a responder a las acusaciones que contra ella se hicieron. Principió por don Francisco Sánchez, que ocupaba el primer asiento a la izquierda. Este dijo: *«Lo que V. E. haga, estará bien hecho»*. Al oir esta contestación, el Mariscal golpeó la mesa y soltando una carcajada, dijo: *«¡Ah, Sr Sánchez, me ha tirado Vd. por tablas!* ..... Caminos y los otros que siguieron hasta llegar a Aveiro, opinaron que el Marical debería de sobreseer la causa a favor de su madre y que era mucho más noble ver a un hijo perdonar que no castigar las faltas de una madre. El Coronel Aveiro manifestó que a su juicio, era de necesidad la comparecencia de doña Juana C. de López ante la justicia a responder a los cargos que pesaban sobre ella, no precisamente para sujetarla a las resultas o consecuencias de la causa, sino simplemente para constatar el hecho de su falta, de manera que pudiese así enmendarse en adelante de los errores religiosos y

morales (1) que padecía, toda vez que el Gobierno, por las facultades extraordinarias que le acordaba la ley y el derecho de gracia de que gozaba, podía al final librarla de todo. Los demás que seguían a Aveiro opinaron lo mismo que los primeros. Cuando llegó su turno al Padre Maiz, éste discutió largamente con el Mariscal que escuchaba y rebatía las oportunas citas de las Sagrada Escritura que aducía en apoyo de sus argumentos el ilustrado sacerdote a favor de la madre del Mariscal. Yo estaba temblando de miedo calculando que aquel debate, que evidentemente contrariaba los propósitos de éste, tuviese un desastroso fin para el padre Maiz. Felizmente terminó con la aparente derrota de éste. En seguida se dirigió a mí: ¿y Vd. qué piensa? Exmo. Señor, me adhiero en un todo a la opinión del padre Maiz, le contesté. El Capellán Romualdo Núñez, que ocupaba el último asiento, hizo lo mismo.

De modo que solo el Coronel Aveiro estuvo por el enjuiciamiento. El Mariscal desestimando el parecer de la mayoría, declaró, no sin sorpresa de todo el mundo, que el único que estaba en lo cierto era aquél; extendiéndose en consideraciones de orden moral en el sentido de justificar la necesidad de adoptar el procedimiento aconsejado por Aveiro. «No cabe» decía, «hacer otra cosa en «presencia de la sangre de tantas gloriosas víctimas que aún está humeando en los campos de batalla».

Desde que la opinión de la mayoría no debía de prevalecer, ¿qué objeto tenía aquella reunión?

Pero conste en honor del Ejército y de la humanidad, que ésta condenó, en la forma que fué

---

(1) Refiere el mismo Aveiro y otros de los jueces sumareantes, que la incredulidad de la señora Carrillo de Lópes había llegado hasta el grado de negar la existencia de Dios blasfemando contra él y profiriendo terribles imprecaciones contra sus hijos, a quienes con el crucifijo en la mano les había hecho jurar para que no declarasen nada en caso de ser llamados a declaraciones.

Efectos de la rabia que produjo naturalmente en su ánimo al verse contrariada por el fracaso de sus planes.

posible hacerlo, el proceder que luego adoptó el Mariscal con su desgraciada madre. El Mariscal, una vez más hizo lucir la omnipotencia de su padre, exponiendo su nombre a la censura y a la crítica, cuando pudiera haber salvado toda responsabilidad apoyándose en el dictamen de la mayoría.

Pero sea de ello como fuese, y poniendo de lado la mencionada junta, opinamos que la resolución del Mariscal se presta a algunas reflexiones. Y no vamos a entrar en éstas con ánimo de disculpar al Mariscal, pues comprendemos que hay actos o hechos mandados ejecutar por él que no pueden merecer ninguna disculpa, aún teniendo en cuenta la dificilísima circunstancia en que se encontraba: cabe suponer que haya querido sobreponerse a los sentimientos filiales para poder cumplir con toda la independencia e imparcialidad a que los altos deberes como magistrado supremo le obligaban en los momentos solemnes de la defensa nacional, y en un asunto o causa verdaderamente grave que le creaba una situación bastante difícil.

En efecto, ¿qué juicio hubiera merecido el Mariscal de nacionales y extranjeros, de amigos y enemigos, si prescindiendo de los suyos, se hubiera concretado a enjuiciar y castigar a los extraños? De seguro que esa prescindencia o excepción a favor de sus parientes, hubiera sido calificada como una odiosa y repugnante parcialidad, como un egoismo monstruoso y sin paralelo ...

El auto de allanamiento de su madre que, a "pedido de los jueces, dictó después en *Zanja-hú* "y que dice: "Sea interponiendo desde ya para "su tiempo todo mi valer en favor de mi madre, "y en el de mis desgraciadas hermanas, todo aquello "que la salud pública pueda aún permitirme (1),"

(1) Véase la exposición de Manuel Palacios uno de los jueces en el *Apéndice* de la obra de Masterman que su traductor David Lewis, creyó conveniente agregarle, a pesar de la acritud de sus notas a la misma obra.

manifiesta que a pesar de aquella resolución, el hombre no se había desprendido por completo, no había cerrado el corazón, a las consideraciones a que naturalmente le eran acreedoras su madre y hermanas.

Por otra parte, motivos fundados existen para creer que el Mariscal se inspiraba en las obras de los autores antiguos de que era asiduo lector en tiempo de paz durante su permanencia en el Paso de la Patria...

La civilización antigua, como es sabido, queda muy atrás de la actual en cuanto al desarrollo y práctica de los sentimientos de humanidad, de caridad y de filantropía, los cuales eran poco menos que desconocidos entonces. Esos sentimientos, o más propiamente, esas virtudes, son hijos del Cristianismo. Lo que alcanzó un alto grado de desarrollo, fue el sentimiento patrio como lo comprueba la historia de los hechos más extraordinarios porque se distinguieron los ciudadanos más eminentes de Grecia y Roma. Un acto, mirado entonces como una manifestación de grandeza de alma, hoy tal vez sería considerado como una extravagancia, una exageración o una locura. Y aunque hasta cierto punto parezca una contradicción, está reconocida como una verdad corriente que el sello característico de nuestro siglo es el positivismo que tiende a materializar o a mercantilizar todo.

Ese espíritu de profunda abnegación, esa fé inquebrantable en el triunfo de la justicia y de la verdad, y esa decidida voluntad en defensa de una causa o de un principio llevada hasta el sacrificio de antes, ha desaparecido, y todo se reduce y disuelve al cálculo de tanto por ciento. Y como bien dice V. Hugo. «Hoy hay muy pocos judíos que sean judíos, muy pocos cristianos que sean cristianos. No se desprecia ya, no se odia ya, por que ya no se cree. Inmensa desgracia! Jerusalén y

Salomón cosas muertas «Roma y Gregorio VII, cosas muertas. Solo existen París y Voltaire» *(Litterature et Philosophie melées*, pg. 37).

Un poco de historia ayudará a explicar mejor nuestro pensamiento. Después de la expulsión de los reyes, se creó en Roma un gobierno consular compuesto de dos cónsules: Junio Bruto y Tarquino Colatino. Pero la libertad que acordaba de conquistar los patriotas romanos, estuvo a punto de perderse por la astucia y la traición. Algunos miembros de la juventud romana, amigos de los Tarquinos, proyectaron recibir a los reyes de noche en la ciudad, y consiguieron asociar a su proyecto a los mismos hijos del Cónsul Bruto. Uno de los esclavos de éste, se apercibió del *complot* y lo denunció a los Cónsules. Una carta dirigida a los Tarquinos fué tomada y presentada como prueba de la traición. Los traidores fueron arrojados a la prisión y enseguida condenados. Viéronse entonces atados al poste jóvenes de las familias más distinguidas; pero sobre todo los hijos del Cónsul atrajeron la mirada compasiva de las gentes que se agrupaban a contemplar aquel triste espectáculo. Los Cónsules sentados en sus poltronas, se encontraban presentes, y así que ordenaron a los *lictores*, éstos desnudaron a los culpables, los azotaron y luego les cortaron la cabeza.

Bruto no solo fue testigo del suplicio, sino que presidió la ejecución de sus hijos, olvidando, dice la historia, que era padre para obrar como Cónsul.

¿Cómo se habría mirado ese Bruto en nuestros días?

Sencillamente como un monstruo abominable, de una crueldad inaudita! . . . . .

Pero no nos anticipemos y prosigamos.

El rey Tarquino, después de este fracaso, procuró reconquistar el trono a viva fuerza: su hijo Arnus comandaba la caballería de vanguardia; más atrás venía el rey en persona a la cabeza de sus

legiones. Los Cónsules salieron al encuentro del enemigo. Bruto iba por delante despejando o explorando el camino.

Arnus se apercibió de él, y, montado en cólera, picó el caballo y se dirigió al Cónsul. Este no se hizo esperar, y se presentó a hacer frente a su adversario. El choque fué tan terrible, que ambos se traspasaron simultáneamente con sus lanzas y cayeron a un tiempo muertos. Sin embargo, el rey Tarquino fué derrotado. El otro cónsul sobreviviente hizo su entrada triunfal, en Roma, y rindió a su colega Bruto los honores fúnebres con el revestimiento de la más suntuosa pompa.

Las damas romanas llevaron luto por Bruto durante un año como si hubiera sido padre de ellas. (1)

Honraron asi la memoria de Bruto, porque, sin duda, no vieron en él otra cosa que un abnegado patricio que tuvo la sublime virtud de morir en defensa de la libertad de su patria.

Por otra parte, no debe perderse de vista que la defensa nacional o sea la salvación de la patria, era una idea encarnada no solo en López, sino en todos los ciudadanos que le acompañaban. Lo que contribuyó poderosamente a alimentar y encender el fanatismo patrio en ellos fué, a no dudarlo, el *Tratado Secreto de Alianza,* en que entre otras cosas, estaba estipulada la repartición del territorio paraguayo (art. 16). Dicho tratado era la *bestia negra* que precipitaba a cada paraguayo a la muerte, porque para éste a mérito de esa razón la guerra llegaba a ser de vida o muerte; para él no habia más disyuntiva que *libre* o *esclavo*, que PATRIA o MUERTE. Y la peregrinación a *Cerro Corá*, con todas las angustias de sus múltiples

---

(1) *De tiris Ilustribus Urbis Roma o Romulo ad Augustum Junius* Brutus romanorum cónsul primus, sorore Tarquini natus.

incidencias, es una comprobación de la verdad de este hecho. Esa peregrinación no era una *imbecilidad*, sino efecto de una idea sublime llevada al máximo de intensidad de que es capaz el amor a la tierra que vió nacer a cada uno,—el amor al hogar,—el cariño al nido donde al calor de esa luz bella que vemos en la dulce cuna, se incuban nuestra felicidad y la esperanza en la más risueña y encantadora ilusión del porvenir.

En ese amor al suelo sagrado de la patria está compendiado todo cuanto hay de grande y de sublime, y cualquier atentado o amenaza contra él, aumenta y aviva ese sentimiento hasta un grado incalculable. «Hay en el país natal, dice Ovidio, yo «no sé qué de dulce que nos llama, que nos en«canta y que no nos permite olvidar» es decir, se sentimiento de profundo cariño que experimentó Ulises, errante lejos de su tierra natal, para solo desear por toda felicidad apercibir el *humo* de su palacio! ¡*Imbecilidad!* Expresión de un asno con figura humana; desconocimiento del más sagrado fuego que arde en el pecho de cada ser humano.

Pero pongamos término a esta digresión y reasumamos la hilación de nuestro relato.

Mientras las cosas pasaban como quedan referidas más arriba, los tribunales continuaban funcionando en *Itanarámi* en prosecución de la causa incoada en *Tandéi-y*.

En el curso de ella, resultó por las declaraciones de Marcó y su esposa Bernarda Barrios, complicada la Pancha Garmendia en el conato de envenenamiento que constituía el fondo y objeto principal del proceso.

Los jueces entonces dispusieron su comparecencia. Un sargento de infantería fué enviado a buscarla de donde se encontraba junta con otras mujeres cofinadas de resulta de la célebre causa seguida en San Fernando.

Una tarde ya al ponerse el Sol, venía pasando

con dirección a la mayoría con su acompañado. La vió el Mariscal que se hallaba en ese momento al lado del camino próximo al Cuartel General y preguntando quien era la que pasaba, uno de los presentes que estaba a su lado le dijo que era la, Garmendia. La hizo llamar y así que se presentó ordenó al Sargento que se retirara a su cuerpo.

Se encontraban presentes en ese momento las siguientes personas: el Vice-Presidente Sánchez, los señores Caminos y Falcón, los Generales Resquín y Caballero, los Coroneles Patricio Escobar, Silvestre Carmona y Aveiro, el que escribe estas memorias, el Capitán de Fragata Romualdo Núñez, los Comandantes Mauricio Benítez y Manuel Palacios, los Capellanes Maíz y Espinoza y varios ayudantes de servicio;

Después de los saludos y cumplimientos de urbanidad, el Mariscal en presencia de todo el mundo dijo a la Garmendia: Que era conducida a comparecer ante sus jueces a prestar declaración en una causa grave en que estaba sindicada de complicidad, y que le pedía como un servicio especial que cuando fuese interrogada, depusiese la verdad sencilla y llanamente tal cual ella tuviere conocimiento o participación. La Garmendia algo agitada y con viveza le interrumpió diciendo: ¡oh, soy una mujer incapaz de mentir, y desde ya puede preguntarme lo que desea saber.

El Mariscal le observó que no era él quien debía interrogarla, sino sus jueces; y que era para ante éstos que le pedía lo ya dicho. Que era escusado que le interrumpiese, que el caso de que se trataba era serio, de toda seriedad. Que le escuchara y pesara en todo su valor sus palabras y su recomendación de franqueza y sinceridad. Que el servicio que le pedía, no solo se la encarecía sino hasta le rogaba la prestara como un recuerdo de las relaciones de antes. Que si así lo hacía le prometía delante de todos los señores presen-

tes, bajo la fé de su palabra de Jefe supremo de la Nación, que acto continuo a su declaración franca firmaría su absolución y completa libertad; pero que si no procedía así, lo que no esperaba, le privaría de esa satisfacción porque su negativa le pondría maniatado, sin porder así firmarle la libertad prometida. En este sentido abundó su encarecimiento previniéndole además, que daría órdenes a sus jueces de no asentar su repuesta negativa, si sensiblemente así sucediera, hasta que recibiera nuevas órdenes.

Le manifestó también que ya anteriormente, debiera haber comparecido en San Fernando ante otros jueces por otras causas no menos graves, pero que él entonces le había servido de escudo y de esa manera se había salvado o no había tenido que sufrir penalidades y todo por la amistad de que ha hecho mención antes, agregándole que de esta vez no le era posible proceder de igual modo con ella, por la seriedad que le tiene significada; pero que mediante el servicio que le pedía, podría todavía hacer en su favor lo que le había prometido.

Después la invitó a que le acompañase en su mesa, y mientras llegaba la hora, la hizo pasar hacia donde se hallaba la Lynch.

Terminada la cena, ya a altas horas de la noche, se levantaron y en presencia de los señores Sánchez, Caminos, Resquín y Caballero, (1) le reiteró su consejo y pedido, y enseguida fué conducida a la mayoría a guardar arresto con recomendación de ser bien tratada. Efectivamente en la Mayoría se le dió una pieza donde pasó el resto de la noche. (2)

"Al día siguiente» prosigue Aveiro en su re-"lación que va en el Apéndice de este tomo, en

---

(1) Yo ya no estaba allí

(2) Hasta aquí venimos siguiendo la relación del Coronel Aveiro casi literalmente por ser muy verídica y exactísima, tal cual sucedió el caso que relata; el que escribe estos apuntes, ha sido también uno de los *testigos presenciales*.

"contestación a mi carta fecha 24 de Abril de 1890, "fué llamada por los jueces, a quienes vd. los co- "noce, viviendo aún hoy dos de ellos; se le hizo "la interrogación en términos genéricos, y respon- "dió no dar razón sobre el punto interrogado ni "sobre otro alguno, que era inocente de todo. "Sin escribirle, por supuesto la respuesta negativa "porque así era la prevención del Mariscal a los "jueces instructores, se le dió aviso y entonces "ordenó que se le diera tregua para reflexionar y "contestar, enviando durante tres días enteros que "duró aquella espera, de mañana y tarde, ya a "Camino y Falcón, ya al Coronel Aguiar, ya a "Resquín y ya al mismo Vice-Presidente Sánchez "y a mí, todos repetidas veces a instarle que no "persistiera en la negativa sobre hechos averiguados "que por su franqueza, por más comprometida "que fuera mantenía su compromiso a su favor "hasta que inalterable ella, por último, al cuarto "día creo, se la mandó decir por Caminos, que ya "que persistía en su tenacidad, la abandonaba a "la acción libre de la justicia, para que se obre "con ella lo que mereciera ya que había despreciado "su palabra. Tal es el resúmen y sentido de lo "que pasó entre el Mariscal y la Garmendia.

"Se escribió su negativa a la pregunta que "estaba pendiente y acto contínuo se ordenó un "careo con la esposa de Marcó, la señora Barrios, "su principal acusadora al par de su marido, quien "empezó a recordársela punto por punto, los sitios, "dichos, actitudes, hechos, proyectos y personas "que intervinieron, y entonces como rehecha la "Garmendia muy conmovida y derramando lágri- "mas dijo: que ya que veía que todo estaba ave- "riguado, en fuerza de la razón confesaba que era "cierto, pidiendo a los jueces que intervinieran "en su favor para ante el Mariscal a fin de no retirar- "le su promesa. Y retirada la Barrios empezó ella "a relatar, respondiendo a los interrogatorios todo

"lo hubo y sabía, completamente de acuerdo con "las declaraciones de las personas que la habían "citado. Y el Mariscal a quien se hizo présente "su pedido contestó: *no se ha fiado en mi palabra* "y *basta!* . . .

"Esta reminiscencia y relato, tal vez se ponga "en duda por algunos que quieran ensalzar el "nombre y memoria de aquella desgraciada mu-"jer para enlodar más y anatematizar al hombre "a quien le tocó tan funesto papel.

"No obstante el relato es la verdad, y como "llevo dicho muchos de los nombrados aún vi-"ven». (1)

He ahí la relación exacta de cuanto hubo respecto á la Pancha Garmendia, según pasó ante las personas nombradas, de quienes aun viven algunos.

La historia, fiel espejo de los acontecimientos pasados y juez inexorable, como expresión de la conciencia humana, dará su veredicto con la fría imparcialidad que incumbe a su alta y noble misión en este asunto de tan triste recordación.

Volviendo ahora a los negocios militares, debemos consignar que el Coronel R. Romero con su división, se incorporó al Ejército Nacional en *Itanárámí*.

El Mariscal, preocupado de la provisión de ganado para el consumo del Ejército que empezaba a sufrir los crueles efectos de la escasez de víveres, resolvió colocar jefes activos y enérgicos a la cabeza de la columna de *Tupi pytá*, hasta entonces comandada interinamente por Cañete desde la caída de Galeano, y al efecto nombró al Coronel R. Romero y al teniente Coronel José Páez, aquél como 1° y éste como 2° comandante

---

(1) Remito al lector que quiera enterarse de otros detalles interesante al documento citado el cual obra íntegro en el *apédice*. El General Resquín es muy deficiente é inexacto sobre este puuto, como sobre muchos otros sucesos.

de aquella columna. Fueron despachados a mediados de Noviembre con especial recomendación de recoger todo el ganado, vacuno que hubiese en las estancias de *Tacuaras* y *Pedernal.* Yba con ellos, acaudillando una cuadrilla de *espias*, el alférez Luis Molinas, (hoy Sargento mayor) a objeto de servir en la vanguardia de la columna de Romero, como explorador, a lo que casi siempre ha sido destinado dicho oficial.

Hablaremos más detenidamente de los sucesos del Departamento de Concepción en el siguiente Capítulo.

Dijimos en el Capítulo IV, que don Manuel Trifón Rojas, de redactor principal de *La Estrella* que se publicaba en *Piribebuy*, había sido destinado a servir de soldado en un batallón, por ciertas intrigas que algún enemigo suyo hizo llegar contra él al Mariscal.

Un dia, en cumplimiento de mi deber como jefe de la mayoría, anduve recorriendo los cuerpos de infantería acampados cerca de la mayoría, y con no poca sorpresa encontré a don Trifón Rojas tendido en el suelo, más muerto que vivo, por la suma debilidad que le tenía postrado.

Para infundirle algún aliento, le dije:

—¡Ola! amigo Rojas, qué le pasa; parece que vd. está abatido. Nada de cobardía, ánimo y valor!...

Me contestó con una vocesita muy débil.

No, señor, no estoy desanimado; pero me encuentro algo indispuesto . . .

—Pues lo siento; pero no tenga cuidado, ahora le vamos a curar, le dije y lo dejé.

Por supuesto no se necesitaba la ciencia de Galeno ni de Hipócrates para descubrir que la enfermedad que padecia era la epidemia reinante: el hambre!

A mi regreso a la mayoría, mandé orden al jefe del batallón para que me enviara al soldado Trifón Rojas, a prestar servicio en dicho cuerpo.

En efecto, le tuve conmigo en calidad de escribiente hasta la marcha de nuestro ejército de ese punto a la margen derecha del *Arroyo Guazú*. Que el lector juzgue de mi atrevimiento, pués todo eso lo hice en obsequio de mi antiguo amigo, señor Rojas, sin conocimiento del Mariscal! . . .

Cuando devolví a su cuerpo que fué momentos antes de levantarse el campamento, estaba sano y robusto; sin embargo, no había podido soportar la larga y penosa marcha al través del monte *Igatimí*. Sucumbió antes de salir al otro lado, según noticia que me dieron los que llegaron después a *Arroyo Guazú*.

Hasta ahora lo siento; era hombre preparado, y si hubiese vivido, hubiera prestado importantes servicios a su país.

Hago mención de él no solo porque sea persona instruida, sino porque gozaba de consideraciones en la sociedad paraguaya, consideraciones bien merecidas por su cultura e inteligencia.

En aquellas alturas, a medida que aumentaban las dificultades con que tuvo que luchar el ejército en marcha, mayores eran las exigencias en el servicio, haciéndose todo bajo la presión de un rigorismo que rayaba en lo absurdo. A cada jefe se le hacía responsable de cuanto tenía a sus órdenes; pero de una manera tan absoluta, que tenía que responder aún de las faltas ocurridas en su cuerpo: hasta de la deserción de un soldado de su mando. Así se le obligaba a vigilar a todas horas personalmente, de día y de noche, a todas las gentes bajo sus órdenes. Si se atrasaba en la marcha una carreta con útiles para los trabajos de zapa por la insuficiencia de los elementos de movilidad, se le hacía severos cargos al jefe, tratándole de inútil, o de falto de actividad en el servicio, que constituía poco menos que un delito digno de castigo. Resultaba de este sistema

de rigor, que ninguno gozaba tan siquiera de un momento de tranquilidad; todo era zozobras, agitación y miedo.

Dos días antes de levantarse el campamento de *Itanaramí*, para continuar nuestra marcha rumbo a *Arroyo Guazú*, recibí parte de que el Comandante G. . . . (1) encargado de la conducción de las carretas de la señora Lynch, había mandado llevar arbitrariamente de la boyada de la mayoría, tres yuntas de bueyes para completar el número que le hacía falta a fin de ponerse en marcha.

La mayoría era también cuerpo de zapadores y a esta razón casi todas las carretas que llevaba iban cargadas de útiles indispensables para abrir picadas en los montes, hacer puentes, componer caminos etc. Estos trabajos eran frecuentes durante la marcha, llegando a ser de suma e indispensable necesidad de que aquellos vehículos no quedasen resagados.

Por todas estas circunstancias el parte que recibí me produjo una impresión bastante desagrable. primero, porque el posible atraso de mis carretas por falta de los bueyes que llevaron podría acarrearme una seria responsabilidad, acompañada de consecuencias tal vez funestas para mí; y segundo, porque me dió mucha rabia que el Comandante G. . . . faltando a un deber de cortesía y de respeto al superior, hubiese mandado llevar los bueyes sin solicitar previamente la orden correspondiente de la mayoría o tan siquiera participárselo. Tan grande fué el disgusto que esto me causó, tanto más cuanto que consideraba la acción de G. . . . como una ofensa a la dignidad del puesto que ocupaba que no pude contenerme

---

(1) Aún vive y es vecino de Limpio.

más, y prorrumpi en alta voz: ¿Quién es ese Comandante *carretero* que se permite mandar llevar los bueyes de la mayoría, sin recabar préviamente la orden de su jefe ni tan siquiera tener el "comedimiento de participárselo cual era de su deber?»

«No faltó quien fuera con el soplo a G.... informándole de que yo le había apellidado, *Comandante carretero!*

G...., sin pérdida de tiempo fue en queja contra mi ante el Mariscal, que, sea dicho de paso, acogía todas clases de denuncias con particular favor, como *evangélicas*, sin figurarse jamás de que pudieran ser mentiras o calumnias. (1)

Al día siguiente a eso de las 9 de la mañana me mandó llamar el Mariscal. Estaba sentado debajo del naranjal a alguna distancia de la casa que le servía de vivienda. En cuanto llegué donde se encontraban los ayudantes de servicio a distancia de unos 20 metros, uno de ellos me pidió la espada ¡Mal indicio! Luego llegué hecho así un reo a presencia de aquel, sin que yo supiese la causa de mi delito. En esto me interrogó:

¿Qué es lo que ha andado diciendo?

—Exmo Señor, yo no recuerdo lo que pudiera haber dicho le contesté.

—Si, hágase el olvidado, ¿o desconfía vd. de mi justicia? prorrumpió con una voz áspera e imperiosa.

—Exmo. Señor... iba a replicar, pero me interrumpió con el grito de ¡ayudante!...

Se presenta este y le ordena: llévelo allá, señalando con la mano la orilla del naranjal, sin dejarme tiempo para decir una palabra más.

Al partir de allí tenía la plena convicción de que iba a ser fusilado. Morir en la flor de la

---

(1) Véase lo que dije a este respeto en las páginas 362-363 y siguientes del tomo I.

juventud, con la conciencia de no haber faltado al cumplimiento de sus deberes, me ha parecido uno de los trances más duros y crueles en que puede encontrarse un hombre, y de llapa, sin saber porqué! . . .

El ayudante me condujo a la extremidad del naranjal, al otro lado del cuartel general, donde se encontraban formados en círculo diez o doce jefe y oficiales. El Coronel Aguiar había sido el designado para dirigir la representación de esta farsa Me hizo entrar dentro del círculo y luego pidió a G... que estaba en la fila, su despacho de ascenso a Teniente Coronel. Lo sacó del bolsillo y se lo entregó. Entonces Aguiar lo leyó en alta voz y así que terminó, me preguntó: ¿Está vd. enterado de que el Señor, señalando a G. . . . no es un *comandante carretero?*

Recién entonces caí en la cuenta, y comprendí la causa de tanta ceremonia, Todo había estado arreglado para darme un susto, con menoscabo de mi honor y de mi dignidad. Verdad es el que el Mariscal, como ya dije en alguna parte de estas memorias, no respetaba para nada el amor propio, la opinión ni dignidad de los que estaban a su servicio. Quiero decir que el mismo se encargaba de ajar y de pisotear los honores con que había creido justo distinguir a los más leales y dignos servidores de la patria.

Con mi contestación afirmativa al Coronel Aguiar, se disolvió el círculo, y yo volví donde estaba el Mariscal, que me mandó dar otra vez la espada, y sin decirme más nada, me retiré a mi puesto con los ojos inundados de lágrimas.

Francamente hubiera preferido que me hubiese mandado fusilar antes que hacerme sufrir, con desprestigio del elevado puesto que ocupaba, el bochorno y la vergüenza porque se me hizo pasar. Y eso para dar cumplida satisfacción, con mi humillación a un subalterno!

¿No hubiera sido suficiente que el mismo Mariscal me hubiese hecho una reprensión por la falta en que había incurrido en un momento de acaloramiento, previa explicación circunstanciada de los antecedentes que habían dado origen al hecho? El lector juzgará.

El 28 de Noviembre de 1869 por la mañana se puso en marcha el Ejército de *Itanárami* con rumbo al *Arroyo Guazú* en cuya margen derecha se estableció el nuevo Campamento el 2 de Diciembre del mismo año.

Puede decirse que en *Itanárami* principió el Ejército a sufrir verdaderas penurias y hambre, porque la ocupación de Concepción por el enemigo no permitía la remesa de ganado, y tuvo que concretarse a consumir los pocos animales que se habían llevado del Sud.

El paraje ocupado por el Ejército dista poco del campo de *Panadero*, y a menudo se le daba esta misma denominación, aunque impropiamente, creo.

CAPITULO VIII

Campaña del Departamento de Villa Concepción. Romero y Páez: Proyectos de defección de éstos. El Coronel Genes y el Mayor Vicente Carmona reemplazan a aquellos. Ejecuciones. Combate de Lamas Ruguá y dispersión de los que formaban la columna Tupí Pytá. Degüello de prisioneros por los aliados. Unica remesa de ganado vacuno enviado por el Comandante Urbieta.

I

Como dijimos, el Comandante Cañete fué reemplazado en el mando de la columna de *Tupí pytá* por el Coronel Rosendo Romero y el Comandante José Páez, que partieron de *Itandrami* con dirección al *Río Verde* donde a la sazón se encontraba aquella.

Así que aquellos jefes se hicieron cargo marcharon con la columna al *Panadero*; de este punto a *Tacuatí*, de allí a *Horqueta* y de este a *Echeverría cué* distante como una legua del Paso *Riveros-cué*, en el *Aguaray-guazú*. Recorrieron esas inmensas distancias a marchas forzadas, para escaparse de la persecución del enemigo, abandonando en los caminos a las tropas que enfermaban o no podían caminar más de cansancio. El enemigo persiguió al principio, pero luego cesó en su persecución. Romero y Páez desde luego no manifestaron deseos de combatirle; de lo contrario hubieran tomado posición en algún punto estratégico para defenderse con ventaja.

En esas marchas celebraban los jefes frecuentes conferencias, tomando parte en ellas los padres

Vázquez y Ortellado, y según versiones de personas que aún viven y que formaban esa columna, se comunicaban por conducto de un cabo Samaniego, con uno de los encorazados surto en el río frente a San Pedro. Parece que habían llegado a un acuerdo para entregarse al enemigo, y que para el efecto Romero y Páez se habían entendido con los comandantes de cuerpo. Pero trataban de realizar este pensamiento o proyecto en una forma disimulada de manera que quedasen cubiertas, hasta cierto punto para ante el país, su honra y responsabilidad aún cuando lo propio no pudiera suceder para ante su conciencia.

En efecto, cuando en las mencionadas marchas que obedecían ya a un propósito preconcebido, llegaron a establecer campamento en *Tacuarita* unas tres leguas al Sud de *Tacuatí*, los jefes ordenaron a las tropas todas que empabellonaran las armas y fueran a buscar mandioca a una capuera abandonada, no a mucha distancia de allí.

Al Mayor Lara que no sabía nada de lo que se trataba de llevar a cabo sigilosamente, dieron la comisión de salir a hacer descubierta a la cabeza de unos cuantos hombres.

Momentos después venía apareciendo a la inmediación una columna enemiga mucho más numerosa que la paraguaya, y aunque de ella tuvieron aviso los jefes a tiempo, no quisieron darle importancia y se dejaron estar sin tomar ninguna disposición de defensa. La columna traía el propósito convenido de antemano de apoderarse de las armas empabellonadas mientras las tropas andaban buscando que comer, de manera que éstas a su regreso se vieran obligadas, por la fuerza de la circunstancia, a entregarse. Pero dió la casualidad que el enemigo de repente se encontró con Lara, y como éste ignoraba el plan,

le hizo frente cambiando con él algunos tiros. El jefe de la fuerza enemiga que no había esperado encontrar ninguna resistencia, tan siquiera leve, entró en desconfianza, y retrocedió a pasos precipitados, creyendo, tal vez de buena fé, que de parte de los paraguayos la *combinación* no había significado otra cosa que hacerle caer en una celada que aquellos le habían tendido cón mucha astucia. Esta suposición no era sino natural, dada la inesperada y casual resistencia de Lara.

Fracasada así la proyectada entrega, un oficial (1) jefe de los exploradores que partió con Romero y Páez de *Itanaramí* para prestar su servicio a la columna de su mando y que había estado observando todos esos manejos desde su marcha del *Rio Verde*, se presentó al Coronel Romero y le manifestó que habiéndose ya cumplido el tiempo en que debía volver cerca del Mariscal a dar cuenta de su comisión deseaba partir al día siguiente.

Romero presumiendo la intención de aquel oficial se opuso diciéndole que no convenía todavía que regresase. El oficial insistió, alegando que como comisionado especial del Mariscal no dependía de él (de Romero) y que a esta razón, estaba resuelto a cumplir con su deber. En vista de esta insistencia resuelta y poco sumisa, Romero, como castigo, le mandó poner arrestado en la guardia con sus compañeros exploradores que eran unos 4 o 5 soldados.

Por la noche se escapó con estos, siguiendo a pié el camino que conducía al *Panadero* o sea a *Arroyo-guazú* donde se encontraba acampado nuestro Ejército. Fué seguido y alcanzado al día siguiente por un teniente Martinez, enviado por Romero con orden de llevarlo vivo o muerto.

(1) El alférez L. Molina (hoy sargento mayor)

El oficial desertor y sus compañeros se hicieron a un lado del camino a la orilla de un bosque. Intimados a rendirse, contestaron que estaban resueltos a pelear hasta la muerte.

Y que así, si se animaba, llegara que sería recibido como lo merecía. Martínez, que iba armado de sable y lanza lo mismo que sus acompañantes, no estaba en condiciones de luchar con los otros que tenían armas de fuego: decidió entonces regresar a donde estaba Romero a dar cuenta de lo ocurrido.

En cuanto el oficial descubierto llegó al campamento de *Arroyo Guazú*, el Mariscal le dió audiencia.

Escuchó con interés la relación que le daba aquél. Encontró que el asunto era grave con todos los indicios de una próxima entrega al enemigo. El caso era urgente y no había que perder tiempo.

Enseguida fueron despachados a hacerse cargo de la columna de *Tupí pytá*, como 1º. y 2º. Comandantes, el Coronel I. Genes y el Mayor Vicente Carmona, llevando un pliego cerrado para Romero y Páez, ordenando a éstos que se entregaran presos.

Acompañaba a Genes y Carmona el Mayor Salinas, encargado de conducir a los presos al campamento del Mariscal. El Mariscal al despachar a los nuevos jefes, les manifestó que según se le había informado, parecía que Romero y Páez no querían pelear más y que con marchas forzadas habían acabado de cansar las tropas, abandonando en los caminos a los que se cansaban o se enfermaban, donde morían o eran devorados por las bestias feroces.

En efecto, los tres salieron de *Arroyo Guazú* el 5 de Diciembre de 1869, a pié, con rumbo al *Panadero*, donde llegaron en la noche de ese mismo día. El Coronel Del Valle, destacado allí con su división, les dió de cenar, y al día siguiente, a la madrugada, continuaron su marcha, sin llevar

nada que comer, ni saber el punto ó paraje donde se encontraba la columna, que andaba trasladándose de aquí para allá, sin ningún plan ni propósito determinado.

Se dirigieron a *Tacuatí*, alimentándose en el trayecto con cocos y naranjas agrias que abundaban en los montes. Al llegar a ese pueblo a la caída de la noche, vieron a uno que venía arrástrándose, a guisa de una criatura que empieza a gatear. Era uno de los tantos soldados abandonados, que iba hacia un cocotero a buscar que comer. Dicho soldado les dió la noticia de que hacía pocos días pasaron por ahí Romero y Páez a la cabeza de su columna, y que en ese lugar fueron abandonados él y otros, de entre quienes ya algunos habían muerto de miseria.

De *Tacuatí* partieron tomando la dirección al Sud, y llegaron a *Echeverría-cué* distante una legua del Paso de *Aguaray-Guazú* denominado *Riveros-cué*. Allí estaba acampada la columna. Las tropas estaban extenuadas y hambrientas, hasta el extremo de no poder ya caminar, y en una de las peores circunstancias, pues que no tenían nada que comer ni había de donde proveerse de nada tampoco.

Genes y Carmona no encontraron a Romero y Páez en el momento de su llegada. Habían salido a caballo a recorrer las inmediaciones del paraje.

Al ratito regresaron, y así que se apearon fueron rodeados por aquellos y sus demás acompañantes. Genes entregó a Romero el pliego que llevaba, y en cuanto acabó de enterarse de su contenido, pasó a su segundo, y ambos sin decir esta boca es mía desprendieron tranquilamente del cinto sus espadas y las entregaron a sus reemplazantes. Acto continuo fueron entregados a la guardia en calidad de presos incomunicados. Dos días después regresó el Mayor Salinas conduciendo a los presos bajo custodia. En cuanto llegaron a *Zanja hú* donde se hallaba acampado en marcha el Maris-

cal, previas algunas declaraciones verbales, fueron los dos, Romero y Páez, pasados por las armas.

Ocho días después de esta ejecución, fué enviado cerca de Genes, el Mayor Riveros, ayudante del Mariscal, llevando una lista de los comandantes de cuerpos complicados en el plan de entrega al enemigo, con la orden de que fuesen todos pasados por las armas. Esta orden que fué cumplida, hace suponer que Romero y Páez en la declaración que dieron antes morir indicaron los nombres de los oficiales que estuvieron comprometidos en el asunto. El padre Vázquez fué uno de los ejecutados. Su compañero el padre Ortellado fué remitido al campamento del Ejército, donde también fué fusilado. Los únicos que se salvaron de prisión y muerte fueron los Mayores Zorrilla y Sosa.

El General Resquín, después de referir con mucha inexactitud estos sucesos, afirma que ellos causaron una consternación general en el Ejército paraguayo. No quiero poner en duda que así haya sucedido, pero el que escribe estos apuntes, a pesar del puesto que ocupaba, confiesa ingenuamente no haber tenido conocimiento de ellos durante nuestra peregrinación a *Cerro Corá*; porque el Mariscal y los pocos que estaban al corriente de ellos, guardaban acerca de los mismos, la más profunda reserva. En aquellos desiertos, poblados de inmensos bosques, y dada las circunstancias del Ejército, el silencio llegó a adquirir más que nunca una verdadera importancia, como medio de impedir que los espíritus débiles y asustadizos se desbandasen. Todo en secreto, y nadie podía preguntar a otro sobre los sucesos que tenían lugar aquí y allá sin incurrir en una indiscresión, salvo los casos en que por autorización pudiésemos hablar de ellos libremente, lo cual sucedía a veces cuando la noticia era favorable o alentadora.

En vista de la absoluta carencia de víveres

para alimentos de las tropas, Genes y Carmona resolvieron abandonar *Echeverría-cué* y trasladarse a la orilla de un monte, distante una cuantas leguas de allí y no muy retirado del *Panadero*. Allí acamparon y permanecieron algunos días comiendo cocos, naranjas agrias y otras frutas silvestres que habían en el monte. De ese punto fué enviado ante el Mariscal el Mayor Lara acompañado de un Sargento, ambos a pié. Al llegar al *Panadero*, encontraron allí acampada una columna brasilera. Aprovechando la obscuridad de la noche consiguieron con mañas apoderarse de dos caballos. El Mayor Lara siguió viaje en uno llevando a diestro al otro, y el Sargento recibió de él orden para volver donde estaba Genes a llevarle la noticia de que el enemigo se hallaba próximo, a fin de que estuviese sobre aviso para recibirle cuando marchase contra él.

Genes y Carmona teniendo en cuenta el estado de su gente, juzgaron prudente marcharse a otro punto más estratégico, que ofreciera la ventaja de defenderse con eficacia y sin mucha exposición. Se trasladaron a un potrero denominado *Lamas-Ruguá*, distante de donde estaban las tropas unas cinco leguas.

Pero tan extenuadas estaban las tropas, que emplearon tres días para hacer ese trayecto! *Lamas-Ruguá* como dijimos, es un potrero natural de una herradura con una sola entrada y rodeado de montes espesos.

Acamparon en el fondo inmediato a la orilla interior del monte, estableciendo sus avanzadas a corta distancia de allí, con instrucción de que si apareciese el enemigo, hicieran una descarga y se replegasen al campamento de la columna.

Al día siguiente por la mañana temprano se presentó allí el enemigo con fuerzas muy superiores. Las avanzadas paraguayas, después de cambiar algunos tiros con la vanguardia de aque-

llas, cumplieron la orden que tenían, de replegarse a la columna, formándose con ésta en batalla. Los brasileros, ayudados por los de la legión paraguaya, avanzaron haciendo fuego. Después de un recio tiroteo de una y otra parte, aquellos desprendieron una fracción de su fuerza, y penetrando en el monte, realizaron movimiento envolvente, de modo a tomar a los paraguayos entre dos fuegos: de frente y por la retaguardia. Genes y Carmona se apercibieron a tiempo de esta maniobra, y habida en cuenta la inferioridad de su fuerza, entraron en el monte, disolviéndose en pequeños grupos, tomando cada uno el rumbo que le convenía para ponerse a salvo de la activa persecución del enemigo.

En la tarde de ese mismo dia Genes cayó prisionero con unos cuantos. Carmona, acompañado del Alférez Hipólito González, y otros, después de una larga correría, burlando la persecución del enemigo, sufriendo mil penalidades, con los piés y las piernas llenas de llagas, fueron a presentarse a los aliados en la Villa de San Pedro.

Los aliados no daban cuartel a los que capturaban en la persecución que hacían a los dispersos de la columna de *Tupi pytá*.

En *Plácido*, departamento del Rosario, la caballería enemiga consiguió tomar prisioneros, después de varios días de persecución, al padre González, teniente Cáceres, sargento Aquino y otros más.

Estos prisioneros, encadenados unos con otros, fueron conducidos a corta distancia sobre el camino, y allí fueron todos degollados, por el crimen de haber permanecido fieles a su patria hasta el último, según habían jurado!... (1)

---

(1) El Comandante Vicente Carmona y otros oficiales que han pertenecido a la columna de *Tnpi pytá*, son los que nos han facilitado los datos para este capítulo. Es posible que haya algunas pequeñas omisiones debidas a falta de la memoria, pero confiamos que estas omisiones no serán calificadas como *errores*, como lo hizo un crítico (sic.)!

¡Hé ahí nuestros redentores, ¡hé ahí los que pregonaban a grito de tratar bien a los prisioneros, ¡he ahí a los que decían que nos traían la civilización y la libertad!

—De todo abusaron: del derecho humano y divino. ¿No convirtieron nuestros templos y cementerios en corrales de mulas? ¿No arrojaron al río las estatuas de los santos, y no los arrastraron por las calles de la Asunción atados con un lazo a la cincha de sus caballos? Que digan los vecinos de la Villa del Rosario y de la Capital de aquella época que aún están vivos. Fieles a la verdad, no atenuamos responsabilidad ni inventamos hechos.

Constatamos aquello que es notorio, de pública voz y fama.

—Tal ha sido el triste fin que tuvo la campaña en el Departamento de Villa Concepción. Los aliados, ayudados por traidores que pululaban, por doquier, impidieron con sus persecuciones que las fuerzas paraguayas faltos de elementos, pudieran mandar ni una sola cabeza de ganado al Ejército, no habiendo tenido otro objeto dichas fuerzas.

La única remesa de 150 cabezas de ganados, remitida del paso del Chiriguelo por el Comandante Urbieta a cargo del Mayor Céspedes, se extravió y fué a pasar por los pasos abajo del *Amambay* y del *Igatimí,* saliendo a *Ñandurocai,* donde se escaparon todos los animales. Y el Mayor Céspedes huyó con la gente que le acompañaba al enemigo.

CAPITULO IX

Combate de Itanaramí. El hambre aumenta. Deserción del Sargento Mayor Manuel Bernal. Fábrica de aceite de las semillas de naranja agria. Orden de fusilamiento contra mí. Venta y toma de posesión de una gran zona de yerbales del Estado. Ejecuciones. Marcha de Arroyo Guazú a Zanja hú. Deserciones. Los ríos Corrientes y Amambay. Chirimoya venenosa. Deserción de mi segundo el Mayor Ascurra: su captura y ejecución. Punta Porá. Chirigüelo. Muerte de Venancio López.

Cuando nuestro Ejército en prosecución de su retirada, marchó de *Itanaramí* para *Arroyo Guazú*, el General Delgado quedó con la fuerza de su mando guardando la boca del monte de *Igatimí*, hasta que fué relevado por el Teniente Coronel Quintana.

Los aliados que en un mes antes habían asomado la cabeza tímidamente sobre el *Jejuí-mí*, cuya margen derecha estaba ocupada entonces por fuerzas paraguayas, se presentraron y atacaron a Quintana el 30 de Noviembre, empeñándose un reñido combate que tuvo por resultado el rechazo de aquellos, haciéndoles una baja de ciento y tantos hombres. Enseguida retrocedieron, tomando la dirección de *Ñandúrocai*, donde se encontraban

las familias desterradas a consecuencia de los luctuosos sucesos de San Fernando. Todas fueron recogidas y llevadas por ellos.

El campamento de *Arroyo Guazú* duró poco, pero llegó a ser célebre por varios hechos notables, algunos de ellos tristes, que tuvieron lugar en él. El hambre, a medida que escaseaban los víveres, iba aumentando de día en día, y en su consecuencia, todos los cuerpos se encontraban en pésimas condiciones físicas y morales. El Mariscal siguiendo su costumbre de siempre, cerraba los ojos para no ver la realidad del estado a que habían llegado las cosas haciendo recaer con marcada injusticia la responsabilidad por ello sobre los jefes o comandantes de cuerpo a quienes acusaba de negligentes y poco celosos en atender y cuidar las tropas. Los ayudantes del cuartel general salían todos los días, mañana y tarde, a recorrer el campamento para darle cuenta de cualquier novedad que observasen en la disciplina y salubridad del ejército, y, principalmente si la comida que se daba a las tropas estaba bien sazonada.

Los informes que le daban acerca de esta última, del regimiento a cargo del Mayor Manuel Bernal, eran pésimos. Bernal, en antecedente de esta circunstancia, en el parte de la tarde en círculo de sus colegas, cuando llegó su turno. se anticipó a manifestar al Mariscal que en su regimiento, desgraciadamente, la *polenta* que había mandado preparar para su gente había salido algo quemada. El Mariscal, clavándole una mirada terrible le interrumpió en tono áspero y fuerte: «¡Sí!... su polenta siempre anda mal, lo que prueba que Vd. es un sinvergüenza!...» Y al terminar esta frase llamó un ayudante y le ordenó que condujera a Bernal a la guardia de prevención en calidad de arrestado.

Bernal, en tan apurada emergencia, entendió, sin duda que su vida estaba desde aquel momento

pendiente de un hilo, y pensó que no le quedaba otro camino de salvación, que el de la deserción sin pérdida de tiempo. En efecto caminó hacia la guardia, pidió permiso para acercarse a su caballo, que ensillado, se encontraba a su paso, a pretexto de sacar y llevar la *jerga* para servirle de lecho en su prisión. Concedido el permiso, en lugar de sacar la *jerga*, saltó encima del animal y a la vista de todo el mundo, ganó a todo escape el monte más próximo, abandonando el caballo a la orilla del mismo. Los rifleros le dispararon algunos tiros, y otros a caballo le siguieron pero sin resultado.

Manuel Bernal, hermano mayor de Victoriano que murió en el combate en la boca del monte de *Çaraguatay*, era un bravo y valiente oficial, que había tomado parte en casi todos los combates durante la pasada lucha.

Falleció ya después de la guerra en Villa Concepción de donde era natural y vecino. Si la deserción en tiempo de guerra puede alguna vez justificarse, fué indudablemente la suya, en ausencia de otro medio decoroso de salvación.

Había llegado a tal extremo la escasez de todo que se carecía hasta de vela de sebo, o de cualquier otro preparado, para alumbrar de noche y escribir los partes, listas, estados personales, etc.

En esta circunstancia buscando medio de poder remediar esta necesidad, encontré que tal vez podría extraer aceite de la pepita que contiene la semilla de la naranja agria que abundaba en el campamento. Hice la prueba. Mandé extraer una buena cantidad de pepitas quebrando con una piedra las semillas, y machacadas eché en agua hirviendo. Conseguí así recoger una cantidad suficiente de aceite, con el cual hice un candil sirviéndome para ello de la misma cáscara vacía de la naranja agria como candileja, con un poco de agua en el fondo y un pedacito de trapo torcido

como mecha. Le enseñé al Mariscal y lo celebró muchísimo, faltando poco para que me otorgase patente de invención por tan importante descubrimiento! . . .

En el mismo campamento de *Arroyo guazú* pocos días después de nuestra llegada allí, el Mariscal vendió a nombre del Estado a la señora Lynch un vasto territorio con yerbales, ignorando la especie de moneda en que se haya abonado su importe, así como el precio de la legua.

El Vice Presidente, señor Francisco Sánchez, haciéndose de escribano, extendió la escritura de compra-venta, y el mismo, asumiendo el carácter de juez en lo civil, otorgó a la señora Lynch, ante muchos testigos, la posesión corporal del bien comprado arrancando la nueva propietaria *yuyos* que los hizo volar por el aire en señal de verdadera toma de posesión.

Evidentemente aquello fué un acto arbitrario del Mariscal al que le habrá arrastrado el cariño a su familia con detrimento de su buen nombre como patriota. El, no estaba autorizado por ninguna ley del Congreso Nacional para vender las propiedades fiscales que constituían el patrimonio privado del Estado, ni menos, por la circunstancia en que entonces se encontraba el país; pues por más extraordinaria que fuese, en esas alturas, ya no era posible utilizar el importe de la venta a favor de la defensa nacional. De modo que el Mariscal en esos momentos pensó en la suerte de su familia, lo cual es muy natural; pero no debió haberse olvidado de las familias de aquellos que de día y de noche exponían su pecho a las balas enemigas, sacrificándose en aras de la patria, de esas familias que quedaron huérfanas de padres, de hijos, de hermanos, sin pan y sin hogar! . . .

Un día ingresaron en la guardia de la Mayoría, dos presos, uno de ellos sacerdote. Decíase que la causa de los reos era gravísima. La guar-

día estaba montada con soldados hambrientos y débiles incapaces de resistir a ninguna fatiga. A media noche quedaron todos dormidos, y los dos presos, aprovechando tan buena coyuntura se escaparon, probablemente a la madrugada. El primero que tuvo conocimiento de este hecho fué un ayudante del General Resquín que hacía el servicio de alba. El General Resquín, queriendo anticipar esta novedad al Mariscal ocurrió al Cuartel General más temprano que de costumbre y sin esperar a recibir el parte de la mayoría. Resquín no se concretó a informar al Mariscal del hecho, sino que obedeciendo a un rigorismo inhumano entró en apreciaciones calculadas, a predisponer el ánimo de aquél contra mí, haciendo pesar sobre el jefe de la mayoría toda la responsabilidad.

En efecto, en el momento en que iba llegando a la *carpa* del General Resquín para darle parte de lo que había ocurrido, recibí llamamiento del Mariscal. Fuí volando al cuartel general, y no bien me acerqué adonde estaban los ayudantes de servicio, uno de ellos me pidió la espada, cumpliendo con la consigna que se le habría dado de antemano. Luego me adelanté con pasos firmes hasta cuadrarme delante del Mariscal que me recibió con una cara seria y ceñuda, y sin detenerse a contestar a mi saludo, me hechó un tremendo réspice. Nunca se le vió tan irritado. Arrebatado de la cólera no pudo contenerse más y terminó gritando: *¡Ayudantes! llévenlo a tirarle cuatro balazos!* Enseguida me rodearon y me llevaron, cual Cristo conducido por los sayones.

Pero así que iba pasando por frente de una de las puertas que caen al corredor de la casa, se asomó una cabeza que aunque no la pude ver bien, no podía haber sido otra que la de la Señora de Lynch, diciendo en voz humilde y suplicatoria; ¡Señor, Señor!... El Mariscal al escuchar aquella voz para mí providencial, súbitamente volvió en

sí y revocó la orden gritando: ¡Dejadle!... Los ayudantes entonces en obedecimiento a esta nueva disposición me abandonaron. Sin proferir una palabra, me quedé parado a alguna distancia aislado de todo el mundo en la espera de que más luego, así que se le amainase la cólera, me volviese a llamar. Pero tal cosa no sucedió, y cuando se hubo retirado el General Resquín y con él otros que estaban presentes, regresé lentamente a la mayoría.

No es necesario decir que el susto fué grande, el trato inmerecido y la injusticia irritante; pero a pesar de todo, estaba resignado a sufrir tranquilamente la suerte que la Providencia me depara-ra, antes que tomar ninguna resolución indecorosa que me manchase la frente con el baldón indedeble de la cobardía y de la infamia.

El 8 de Diciembre, día de la Inmaculada Concepción, hubo misa, y un almuerzo, parodia de un banquete en que se sentaron varios jefes por invitación del mismo Mariscal. Uno de los comensales brindó con frases muy elocuentes, manifestando que allí donde se encontraba la bandera paraguaya sostenida por la mano fuerte del Presidente legal, allí estaba la República del Paraguay. El Mariscal, al final, tomó la palabra y habló largamente: perola memoria no nos ayuda para consignar las ideas que desarrolló en esa ocasión.

El 11 del mismo mes se dió orden de marcha. Todo el ejército se puso en movimiento. Ya en los momentos de levantarse el campamento, mi segundo, el Comandante Antonio Barrios, vino a pedirme órdenes respecto al piquete que custodiaba a las mujeres que estaban encausadas. Con este motivo fuí a caballo junto al Coronel Aveiro para saber cuales eran las disposiciones que hubiese al respecto a fin de retirar la guardia, en razón de que aquellos no dependian de la mayoría de que yo era jefe. Aveiro me contestó: que fuera a

consultar con el Mariscal. Me dirigí entonces al cuartel general. Encontré al Mariscal de pié en el corredor cerca de uno de los últimos horcones o pilares de madera labrada. Le manifesté el objeto que me llevaba ante él. En seguida en un pedazo de papel blanco escribió a lápiz contra el horcón los nombres de la Pancha Garmendia y de las hermanas Barrios y me lo entregó con la orden de mandarlas ejecutar. Me causó esto un gran dolor y una profunda pena: pero por dura que fuese, el caso no tenia remedio.

Le hice una venia y me retiré. Llamé a mi segundo, el Comandante Barrios, a quien entregué la lista de puño y letra del Mariscal con la orden del mismo para su cumplimiento. (1)

He ahí sencillamente toda la verdad de tan triste y angustioso suceso. Sobre ello se han hecho correr después de la guerra diversas versiones, tratando de hacer recaer la responsabilidad en personas que no tuvieron nada que ver en el asunto, apoyándose para el efecto en consejas de viejas y cuentos de sirvientas.

Ese mismo día, antes de ponerse en marcha el Ejército fue también ejecutado el Coronel Marcó, después de haber padecido crueles sufrimientos.

En prosecución de la substanciación de la causa de envenenamiento el Mariscal hizo comparecer a sus hermanas ante los fiscales a prestar declaración. Según me informaron con posterioridad, una de las dos, creo que Rafaela confesó sencillamente desde el principio hasta el fin, cuanto había habido respecto al proyectado filicidio, y exhortó a su hermana que hiciera lo mismo en la persuación de que todo estaba descubierto.

---

(1) El papelito me fué devuelto después de llevada a cabo la ejecución y lo guardé en mi caja. Esta fué saqueada en *Cerro-Cord* y desapareció aquel junto con otros papeles que había en ella

De *Arroyo Guazú*, el Ejército en número más o menos de 5000 hombres extenuados, se trasladó a *Zanja hú* cerca de Panadero frente al paso del río *Aguaray guazú* distante unas tres o cuatro leguas. El viaje o la marcha, por consiguiente, aunque penosa, fué corta. El Mariscal permaneció allí acampado hasta el 28 de Diciembre, esperando tener noticia de la columna de *Tupí-hù (Tupí pytá)* y del movimiento de las fuerzas enemigas en los departamentos de San Pedro y Concepción. Allí fueron llevados y ejecutados los Coroneles Romero y Páez conforme queda dicho en el Cap. VII. Allí también a insinuación del mismo Mariscal los fiscales que entendían en la causa de envenenamiento le dirigieron una nota o representación, pidiendo el allanamiento de su madre, para hacerla comparecer y tomarle declaración. Una vez redactado el oficio y firmado por los fiscales fué presentado al Mariscal, quien enseguida proveyó con estas palabras:

«Sea interponiendo desde ahora para su tiempo, todo mi valer en favor de mi madre, y en el de mis desgraciadas hermanas aquello que la ley pueda aún permitirme».

Los que entendieron en dicha causa y que aún estan vivos nos han asegurado que el mencionado decreto o providencia estaba concebido, más o menos, en esos términos, y al devolver el oficio así proveído a uno de ellos, dijo: «*La copa está servida, es preciso beberla*!» (1)

---

(1) Los brasileros inventaron después de los últimos sucesos de *Cerró Corá* el cuento de que la madre y hermanas del Mariscal estaban sentenciadas por éste a muerte. Y el Sr. Montenegro, traductor y anotador de las Monografías del Sr. S. Godoy, dando crédito a esa invención dice: "La inhumación tuvo lugar al ladó izquierdo de la enramada que horas "antes sirviera de cuartel general y muy próximo al lugar *donde debian* "*ese día ser ejecutados la madre y hermanos de López*". (v. página 85—notas) La misma providencia dictada por ēste en *Zanja hú* está probando que el Mariscal terminado el proceso iba a otorgar a aquellos el perdón. Hay poca seriedad en consignar tan grave acusación como un hecho histórico, sin mencionar tan siquiera la fuente de comprobación, cual fuera menester, a fin de que su aserción no fuera considerada como un embuste engendrado por la pasión.

Las actuaciones con la madre del Mariscal, duraron nueve días, sin resultado alguno, a pesar de los ruegos de sus hijos Venancio y Rafaela, con quienes fué careada.

En el mismo campamento do *Zanja hú*; el Mariscal después del allanamiento, mandó recoger de los equipajes de su madre, las alhajas y joyas y todo el dinero que llevaba en onzas de oro, plata sellada y billetes, los cuales colocados en una caja fueron entregados en depósito al Ministro Caminos. La plata labrada y ropas pertenecientes a la misma, las mandó encerrar en un carretón que, por falta de bueyes, se dejó en *Sama cué*, a cargo del Mayor Félix García.

De *Zanja hú* partieron en una pequeña embarcación por el Aguaray para regresar a su país los ingenieros ingleses Mrs. Nervit y Hunter. El Mariscal los despachó con una carta para el exterior, previo pago en onzas de oro sellado lo que se les debía por sus servicios. (1)

Puede decirse, sin alejarse mucho de la verdad, que de *Zanja hú* en adelante la ruta que llevaba el Ejército nacional, iba sembrada de cadáveres de los que morían de hambre, de enfermedades y de otras causas. El tiempo era malísimo, caían lluvias torrenciales casi todos los días que alternaban con un sol fortísimo.

Como consecuencia de esa lluvia incesante, el hospital se llenó de enfermos. La escasez de elementos de movilidad y la extenuación general del Ejército, hacían absolutamente imposible poder marchar con ellos y efectuar la penosísima travesía del *Mbaracayú*. Atento a esta consideración, el Mariscal resolvió dejar en el hospital de *Zanja-hú*,

---

(1) Nunca se tuvo noticia de que los dos ingenieros hubiesen llegado a algunos de los puertos del litoral, lo cual hace suponer que hayan sido muertos por el camino.

al levantar el campamento, unos 700 enfermos. Muchas mujeres que iban siguiendo al Ejército quedaron con ellos.

A medida que avanzábamos hacia *Cerro-Corá*, iban siendo frecuentes las deserciones en grupos de ocho y diez. Muchos, sin embargo, se perdieron extraviados en aquellos inmensos y silenciosos bosques donde penetraban con sus oficiales las compañías a buscar algo con que apaciguar el hambre. Pero, por desgracia, aquellas vastas soledades pobladas de una variedad de jigantescos árboles, con su imponente y sordo murmullo producidos por las gotas cristalinas del rocío o de la lluvia que desprendiéndose de unas hojas caían sobre otras, eran tan ingratas que exceptuando algunas frutas silvestres como la naranja *agria*, la piña del *ybira*, el *yacaratiá*, el *pacurí*, el *amambay* y el *pindó*, no se encontraban en ella, aves o cuadrúpedos de cazas de importancia, tales como puercos cimarrones que abundan tanto en otros montes del Paraguay, el venado, el tapir, el coatí, el tigre, etc.

De los vegetales de que en esa ocasión se hicieron uso para alimentarse, los más apetecidos y sabrosos eran el cogollo tierno del *yataí* y el corazón del arbusto llamado *Amambay*. Este último y la piña del *ybìra* había que sancocharlos para comerse, porque crudos, pican hasta sacar sangre.

—He ahí los manjares con que se alimentaban durante la penosa peregrinación a *Cerro Corá*, los leales y valientes hijos de la patria, restos de aquellos que con tanto denuedo y valor defendieron el territorio nacional dejando rastros luminosos de heroicidad que reflejarán sobre las generaciones hasta la más remota posteridad. Ellos seguramente ya no iban alentados de la esperanza de triunfar materialmente, pero iban siguiendo a su jefe en busca de una tumba donde encerrar

piadosos sus cenizas en descanso eterno, dando así testimonio al mundo de haber cumplido coo su juramento y su deber. Ellos han preferidu morir una y mil veces antes que consentir entregar a sus enemigos la hermosa y rica tierra donde habían nacido y gozado en su juventnd, de los dorados ensueños de una encantadora ilusión que constituía su felicidad.

—Cuando iban contemplando aquel grandioso panorama de la naturaleza que se desarrollaba delante de su vista mientras recorrían el difícil y escobroso trayecto que llevaban:—misteriosos bosques que con su majestuoso e imponente silencio pareciera protestar contra la terquedad del capricho de un mandatario que con desprecio a la humanidad y contra el sentimiento de la inmensa mayoría de sus súbditos, se negaba a aceptar la paz que más de una vez le fuera propuesta en el curso de la guerra;—arroyos caudalosos, cuyas aguas cristalinas corren murmurando por entre piedras y por la fresca sombra de ramas entrelazadas formando bóvedas;—montañas altivas que se lanzan a grande altura, con sus faldas cubiertas de una variedad de plantas y flores numerosas que embalsamaban la atmósfera con sus embriagadores aromas;—extensos y verdes campos o sabanas con simétricas ondulaciones como marejadas muertas del Océano extendiéndose hasta perderse de vista;—y pintorescas lagunas azuladas que heridas por el céfiro se mecían suavemente, sobre cuya superficie jugueteaban diversos pajaritos de brillantes plumas: ¡ah! . . . al contemplar, repito, aquella naturaleza de exuberante vegetación que en su infinita variedad de lo bello, de lo grande y de lo sublime, lejos de ofrecerles como suele a los que sufren, un alivio a las penas que torturaban su alma, les llenaba de los más tristes y angustiosos presentimientos. Se aumentaba y exaltaba su patriotismo, es verdad, con esa con-

templación; más ¡ay! se les caían las alas del corazón como hojas marchitas; su dolor subia de punto disolviéndose en amargas lágrimas, porque veían como de momento en momento se alejaba la esperanza de salvar esa tierra querida por la que tanto se habían sacrificado. (1)

Es preciso confesar, y a ello nos impulsan la verdad y la justicia, que ningún pueblo defendió con más heroismo el suelo patrio, ni llevó a tan elevada abnegación el sacrificio por la integridad nacional, como el pueblo paraguayo.

El jefe que caía al suelo, imposibilitado para proseguir su marcha, entregaba su espada a cualquiera de los que iban adelante, con especial recomendación de presentarla a su llegada al Mariscal, como un testimonio de haber sucumbido como bueno, honrándole con su fidelidad a la patria hasta exhalar el último aliento. (2)

Pero prosigamos.

El Ejército nacional cruzó el paso del *Aguaray guazú,* y siguiendo hacia la derecha, atravesó la Cordillera del *Mbaracayú,* saliendo luego a los campos del *Igatimí, Amambay* y *Corrientes* tres ríos que llevan sus aguas al Paraná.

El *Igatimí* estaba muy bajo, y gracias a esta circunstancia, el pasaje se pudo verificar sin grandes dificultades. De allí marchó el Mariscal a Zanja pypucú (Zanja honda), donde estableció su campamento el 17 de Enero, a fin de dar tiempo

---

(1) Tal vez haya quien califique fuera de lugar en esta narración esta ligera y mal pergeñada descripción de la naturaleza. Humboldt fué el que en su *Cosmos* notó la falta completa de trozos descriptivos de la naturaleza y de las localidades en las obras literarias de los autores antiguos y en gran parte también en las de los modernos.—Jean Jacques Rousseau es considerado como el primero que ha introducido en la literatura las descripciones de la naturaleza que tanto embellecen y adornan cualquier narración. Por otra parte. ellos sirven para atemperar y mitigar la aridez de un asunto tan lleno de penosas impresiones

(2) El Coronel Denis. el más antiguo militar del Ejército murió en esa peregrinación, y antes de expirar entregó su espada y kepí a un soldado, con el encargo de presentarlos ol Mariscal, como prueba de haber muerto gustoso. cumpliendo con su juramento de fidelidad a la Patria.

a que acabara de hacer el pasaje de la artillería y de algunas carretas, y a que llegara a incorporársele la 4ª. División, que estaba en el *Panadero* al mando de los Coroneles Delvalle y Sosa, quienes en cumplimiento de órdenes, abandonaron aquella posición el día 2 de Enero de 1870, e iban siguiendo las huellas del Ejército Nacional.

Antes de ponerse en marcha, en la mañana del mismo día 2, la guardia avanzada del *Panadero*, sobre el Río Verde fué atacada por fuerzas aliadas que se vieron obligadas a retirarse por la tenaz resistencia de aquella, habiendo tenido éstas una considerable baja en muertos y heridos. Al mismo tiempo, y, en la misma fecha, hicieron los aliados un reconocimiento sobre la vanguardia de la guarnición del *Panadero*, en el punto denominado *Cambá sybá*. También aquí salieron escarmentados. Estos movimientos del enemigo indicaban que la División Delvalle estaba amenazada de un ataque por fuerzas superiores que tal vez no hubiera podido combatir con ventaja. Por modo que con orden o sin ella, razones militares le obligaban a tocar retirada con tiempo, antes de exponerse a un fracaso.

Al siguiente día de nuestra llegada a *Zanja pypucú*, el Mariscal ordenó al Coronel Patricio Escobar que con las tropas de su mando mandara echar un puente sobre la misma zanja, que, como su nombre lo indica, es muy profunda pero angosta. Terminado el trabajo que a pesar de la escasez de elementos, fué llevado a cabo en poco tiempo, se verificó por la noche el pasaje de la artillería y de todas las carretas que habían llegado allí. Los bueyes flacos y cansados, no pudieron arrastrar los rodados para subir la loma al otro lado del puente; entonces las tropas de Escobar recibieron orden para prestarles su cooperación. A esta razón, no había mucha exageración si se afirmara que aquel pasaje se hizo a pulso.

El 20, viendo el Mariscal que la División Delvalle no llegaba, siguió hacia el río *Amambay*, llevando consigo 12 piezas de artillería de campaña, la 1ª. y 2ª. división de infantería, la escolta y un cuerpo de caballería a pié.

Para abreviar el camino o más bien acortar la distancia, rumbeó por un monte ralo, poblado de arbustos parecidos al palo de yesca. Y a fin de dar paso a las impedimentas que venían más atrás los jefes y oficiales se proveyeron de hachas y a falta de etas hicieron uso de sus espadas, y empesaron abrir una senda o vereda volteando los arbustos con un golpe de hacha o de espada y un empujón! Apesar de la debilidad de que padecían todos por falta de suficiente alimento, aquello fué trabajo fácil y se hizo con entusiasmo, porque cada uno quería acreditar su valentía en presencia del Mariscal en el volteo de arbustos! La distancia recorrida de esta manera sería unas seis cuadras; luego salimos a una limpiada.

El 23 de Enero llegamos, con las fuerzas mencionadas, a la margen derecha del río *Amambay*, bajo una lluvia torrencial que no nos había abandonado, sino por cortos intervalos, desde que salimos de *Zanja hú*, imposibilitando la marcha regular de los rodados y de las tropas que, en su consecuencia, se enfermaban y morían en todo el camino.

A la primera noche, así que hube terminado de señalar los lugares donde tenían que acamparse los diferentes cuerpos que venían llegando, dí parte y en seguida fuí a echarme bajo mi *carpa*. Arzamendía, mi ordenanza, me había estado espiando; en cuanto vio que no volví a salir más, se me acercó avisándome que la cena estaba pronta. Le dije que la sirviera. Consistía aquella en un plato de guisito sin sal, sin ningún género de condimento. Como el estómago a esa hora ya necesitaba de algún consuelo, le hice honor de

muy buena gana. Al terminar, el bueno de Arzamendia, muy orondo, me dió la noticia de que los milicos en su excursión por los montes a las márgenes del río, habían encontrado y traído una fruta muy dulce y sabrosa parecida al *araticú*, y que me había reservado una para postre. Me la trajo. Efectivamente, era una especie de chirimoya silvestre, más o menos, del mismo tamaño que la del Brasil; dulce como almíbar, y por consiguiente muy agradable al paladar. Las semillas eran negras formadas en una carne pulposa, exactamente idénticas a las del araticú (anón). Francamente hacía tiempo que no había probado un postre tan rico y excelente! Pero había sido, como la huespeda hermosa, mala para la bolsa, una fruta rica muy terrible para el estómago!!... A la verdad, antes de media noche ya hizo su efecto: me dió una espantosa disentería con dolores atroces al estómago.

Amanecí hecho una espina y con una debilidad que apenas me permitía moverme. No había sido yo la única víctima. Otros y otros que la habían comido, también fueron atacados de la misma enfermedad.

La fruta, por sus efectos, fué juzgada o declarada como venenosa, arbitrariamente, no porque para ello hubiese precedido ningún examen químico!

Felizmente el Río *Amambay* no estaba a nado. El agua, en medio del canal, apenas llegaba al pecho de un hombre pero con una correntada bastante fuerte.

El Mariscal dió orden al Coronel Patricio Escobar, que con la práctica iba siendo una especie de ingeniero, para dirigir los trabajos de un puente que se hacía indispensable sobre aquel río para dar pasaje a las carretas y a la artillería. Escobar, después de examinar y estudiar ambas orillas y sondar la profundidad del canal principal, for-

mó su plano en la imaginación y fué a dar cuenta al Mariscal, a quien explicó detalladamente cómo iba a proceder para llevar a cabo aquel trabajo que se hacía tanto más ímprobo y difícil por la escasez de elementos.

El Mariscal, satisfecho del *plano* de Escobar, le dió orden para que, sin pérdida de tiempo, diera comienzo a los trabajos, manifestando el deseo de que cuanto antes estuvieran terminados.

Las barrancas del *Amambay* son altas, de modo que se imponía la necesidad de hacer grandes y profundas excavaciones para rebajarlas al nivel de la playa, a fin de facilitar la subida y bajada en ambas márgenes.

Una parte de la fuerza se ocupaba en esta operación, turnándose con frencuencia para evitar que se inutilizaran las tropas por el cansancio, y otra, en el corte y condución a pulso de las maderas necesarias para la construcción del puente. Los que hacían este trabajo, eran en su mayor parte, jefes y oficiales.

Eran sorprendentes la actividad y el entusiasmo que desplegaron todos en la ejecución de aquel enorme y penoso trabajo. Merced a esta circunstancia, a las 24 horas, quedaron allanadas las dificultades que ofrecían tan elevados barrancos, y el puente listo para dar principio al pasaje. Lo que más trabajo costó fué la colocación de los pilotes por la mucha corriente del río, y también porque los hombres destinados a esta operación, entraban en el agua hasta el pecho, perdiendo así la mitad de su fuerza. Eran aquellos, gruesas maderas aguzadas en la extremidad que tenía que clavarse en el fondo arenoso del río, y en la otra se amarraron sogas que tiradas de un lado a otro por suficiente número de hombres, daban un movimiento de vaivén a cada pilote que, en fuerza de ello, iba penetrando poco a poco en la tierra hasta quedarse firme.

El Mariscal presenciaba aquello, animando a todos con sus palabras, chistes y bromas, que contribuían al buen humor de ellos.

El 24 pernoctamos ya en la banda izquierda del río. Esa misma noche se desertó en un petizo que se me había facilitado en Azcurra, mi segundo de la mayoría, el Sargento mayor Azcurra; pero fué tan desgraciado que al día siguiente tempranito fué traído por los espías que le capturaron en un monte en momento que estaba preparando algo que comer en una fogata. El humo de ésta que salía sobre el monte le traicionó. El Mariscal habló con él y en seguida sin más trámite, le mandó lancear. Este hecho me dejó en una posición bastante falsa y delicada. En efecto, inmediatamente después fué a sentarse bajo una enramada, rodeado de jefes y oficiales, y empezó a hablar, y observando que me encontraba presente entre éstos, dijo dirigiéndoseme a mí: «Y vd. también veo que ya va teniendo mala cara»!....

«Exmo Señor, estaré firme en el cumplimiento de mi deber hasta el último», le contesté. No dijo más nada. ¡Es decir, que en esas alturas, pretendía ya juzgar de la conciencia de uno por el aspecto que tenía su fisonomía.

Como la orden de marcha estaba dada, se puso todo el ejército en movimiento, y después de recorrer los campos del antiguo *Jerez del Paraguay*, llegamos ese mismo día al ponerse el Sol, a la margen derecha del río Corrientes estableciendo allí su campamento el Mariscal.

Se practicó un reconocimiento, y se encontró una estrecha vereda o picada que conducía a la orilla del río por el monte.

Al día siguiente, el Coronel Escobar recibió orden para que con la gente de su división procediera a hacerla más ancha, chapeando los costados, de manera a dar paso a las carretas y cañones. Así se hizo. El río es notable por la

impetuosidad de su corriente. Por fortuna no estaba a nado; apenas el agua llegaba al pecho de los caballos. El pasaje, sin embargo, no dejaba de ser difícil y peligroso, no solo por la fuerza de su corriente, sino porque el lecho es pedregoso y lleno de hoyos profundos. Como es mucho más angosto que el anterior, se discurrió que, sin necesidad de un puente, bastaría tirar una maroma de una orilla a otra, amarrándola en árboles corpulentos. Aceptada y llevada a práctica la idea, pasaron las tropas al otro lado agarradas de aquella, sin que hubiese ocurrido ninguna desgracia personal. Aquel pasaje se efectuó, ¡cosa increible!, en medio de una algazara general! Las carcajadas y gritos que soltaban los soldados por cualquier incidente que ocurría entre ellos, resonaban en el monte hasta lejos, y subió de punto el buen humor, cuando vieron que el Mariscal, para lucir su escuela de natación, se desnudó, y, como un pez pasó al otro lado, a nado, luchando victoriosamente contra la corriente!

El 27 el Mariscal levantó el campamento de la margen izquierda del río Corrientes, (1) y ese mismo día a la caída de la tarde nos acampamos en un campo abierto teniendo a la vista *Punta-Porá*. Esa noche cayó una copiosa lluvia. De allí nos trasladamos el día siguiente más allá de *Punta-Porá*, distante más o menos una legua del boquerón que da entrada a la picada de los montes de Chirigüelo que según conocedores, tiene algo más de 4 leguas de extensión. Dicha picada atraviesa la Cordillera de *Mbaracayú*, y conduce al paraje denominado *Cerro-Corá*.

No a mucha distancia de allí hay una laguna llamada *Capiibary*, la cual dió el mismo nombre

---

(1) El General Resquín llama *arroyo;* pero es más propio llamarle rio, en nuestro concepto, por el caudal de agua que lleva, y que puede ser navegable.

a nuestro campamento. Después de algunos días de demora, aguardando la incorporación de las fuerzas que desde el paso del *Igatimí* venían siguiendo la misma ruta que habíamos traído, luchando con mil dificultades provenientes de las lluvias y la carencia de elementos de movilidad, se levantó el campamento de *Capiibary* y continuó su marcha el Ejército Nacional, que se había reducido a 1200 hombres, 6 piezas de artillería y muchos enfermos.

Con este diminuto resto de aquel poderoso ejército que con su valor y heroismo, más de una vez se había impuesto al enemigo, atravesamos los montes de Chirigüelo, siguiendo para el efecto una senda estrecha y fangosa, sorportando crueles penurias y bajo una copiosa lluvia.

Salimos al otro lado ya muy tarde. Nos acampamos en un campichuelo. Al día siguiente se mandó carnear y racionar las tropas que habían llegado hasta ese punto.

Permanecimos allí todo ese día. Vinieron a ver al Mariscal dos indios *Cayguá;* regresaron llevando en la mano un pedazo de carne que les mandó dar aquél. Marchamos al subsiguiente día, es decir, el 8 de Febrero, 1870, y llegamos ese mismo día a la margen izquierda del Aquidabán, paraje llamado *Cerro-Corá* estableciendo el Mariscal su cuartel general en el centro de un gran espacio abierto rodeado de elevados cerros hacia el poniente y de bosques por los otros puntos.

En vista de las grandes dificultades que ofrecía el camino del Chirigüelo, resolvió dejar al General Francisco Roa con 8 piezas de artillería ligera y el personal de su dotación diciéndole que después de su llegada a *Cerro-Corá* le devolvería los bueyes que iba a utilizar en la conducción de las carretas, para llevar las piezas al nuevo campamento.

El Coronel Patricio Escobar quedó igualmente

encargado con su división, de hacer conducir todas las carretas que se habían rezagado atascadas en los pantanos del camino del Chiriguelo.

Merece que tratemos en un capítulo especial los sucesos acaecidos en *Cerro-Corá* y que pusieron término al gran drama de la guerra; a esta razón pondremos punto aquí y continuaremos en el siguiente.

CAPITULO X

CERRO CORÁ

Llegamos al paraje inmortal donde tuvo lugar el desenlace del gran drama de la guerra que por más de un lustro sostuvo la nación paraguaya en defensa de sus derechos.

Podemos, parodiando a Volney, exclamar: ¡Oh, tumba de *Cerro Corá!* ¡Cuántas útiles lecciones, cuántas nobles y patéticas reflexiones ofreces al espíritu que os sepa contemplar! (1)

Cerro Corá, es epopeya gigantezca que lleva en vibrantes ecos a todos los ámbitos del mundo civilizado el nombre glorioso de la nacionalidad paraguaya, imponiendo respeto y admiración la sublimidad del grandioso episodio que en él se consumó.

Cerro Corá es el más firme pedestal en que descansa y descansará la gloria paraguaya en el presente como en el porvenir, y la luz que arrojan las graníticas y desnudas laderas de las montañas de *Mbaracayú* heridas por los rayos del sol naciente, simboliza el brillo de la aureola que circunda el sepulcro donde yacen los héroes, que, después de cien duros combates, cayeron envueltos en la bandera nacional dando así al mundo el más elevado ejemplo de un patriotismo que, si bien hoy por momentos desfallece, alimentamos la más viva fé y la más firme convicción de que su

---

(1) Invocación p 5. *Las Ruinas de Palmira.*

enseñanza, rompiendo los obstáculos que interponen la decadencia y la corrupción, pasará a ser firme e incontrastable en los corazones de la juventud patriota que, poniendo de lado mistificaciones, falsedades e ideas contrarias al sentimiento nacional, rendirá el homenaje de respeto y veneración a que son acreedores los mártires que inmortalizaron sus nombres en tan magna y sangrienta lucha....

!Oh, juventud paraguaya! vosotros no ignoráis que la idea de la independencia, en un pueblo como en un individuo, es ingénita, y que cuantos mayores sean los sacrificios hechos para conquistarla y sostenerla, tanto más profundo es el amor que ella inspira, y que por oscuro que sea el abismo de relajación á que haya descendido un pueblo o un individuo, jamás deja de llegar a su conciencia un rayo de luz que avive o fortalezca en él ese sentimiento.

Y como no hay caso ni circunstancia en que pueda aminorarse el valor intrínseco de esa idea, el amor y el cariño que ella inspira a los corazones patrióticos es siempre igual, como igual es el apego que tenemos al techo que abrigó nuestra dulce cuna, al aire que respiramos, a la luz que vimos al nacer y a las praderas y a los arroyuelos que han sido testigos mudos de nuestros primeros amores, de nuestros inocentes y más puros placeres y de nuestras más encantadoras fruicciones. Ante esta verdad, confirmada por la historia de todos los tiempos, ¿habrá ser tan degradado que quiera encadenarse, que quiera sacrificar el tesoro más preciado y la gloria más legítima de su patria en cambio de una humillante anexión? Solo el que ha perdido toda noción de dignidad, solo un hijo espúreo, que se ha olvidado del regazo materno que le dió calor y vida en su niñez, podrá alimentar semejante pensamiento...

Cerro Corá, finalmente, constituye el triunfo

moral que alcanzó el Paraguay sobre sus enemigos. Basta leer la historia de la defensa, basta seguir paso a paso al Ejército nacional para convencerse de que este no fué derrotado sino totalmente exterminado. Aquellos, en realidad, no conquistaron sino una tumba! Por eso *Cerro-Corá* vivirá eternamente, porque su recuerdo, ligado como está a una de las páginas más brillantes de la historia americana, se ha de conservar al través de los tiempos, sirviendo a las generaciones futuras para inspirarse en los momentos supremos, un libro abierto, donde están consignadas las más sublimes virtudes de sus antepasados.

Y cuando las estatuas levantadas a ídolos de barro, o a caudillos vulgares, o a mediocridades adocenadas, corroídas por el tiempo se desplomen hundiéndose en las profundidades del olvido, la tumba de *Cerro Corá*, como la de los griegos que cayeron en las Termópilas, vivirá de generación en generación hasta los más remotos siglos y algún feliz numen del Pindo se encargará de cantar en armoniosos y sonoros versos la gloria de aquellos héroes de la abnegación y del sacrificio, del honor y del deber, del ejemplo y de la firmeza, que prefirieron la muerte a ver a su patria despedazada, vilipendiada y humillada por la dominación de sus enemigos tradicionales.

Pero pongamos término a estas reflexiones sugeridas por la grandiosidad del cuadro, y entremos con ánimo sereno e imparcial a relatar lo más exactamente posible los detalles del gran suceso de *Cerro-Corá*, es decir, del último esfuerzo que se hizo a la voz de independencia o muerte!...

El campamento de *Cerro-Corá* ocupaba un extenso espacio semi-circular, limitado al Norte por el *Aquidabán* y los bosques que pueblan su orilla izquierda; al Sud, por los que pueblan la orilla derecha de uno de los brazos de aquel río, denominado Aquidabánigüi; al Oeste, también por

bosques de las orillas mencionadas de ambas corrientes formando un boquerón que dá entrada a un abra o potrero natural, y al Este, por un valle o planicie sin bosque por donde va el camino que conduce a Chirigüelo, distante unas 4 leguas del campamento de *Cerro-Corá*. Más lejos al Sud del brazo del Aquidabán se ven unas elevadas montañas, con los lados cortados a pico, escarpadas y desnudas de vegetación, las cuales vistas desde la distancia parecen destacarse del centro de las inmensas selvas que las rodean. Dichas montañas están colocadas formando un círculo; de ahí el nombre que se ha dado al paraje de que se trata.

El Mariscal estableció su cuartel general en medio del campamento al pié de una isleta de arbustos. Para el efecto, la hizo limpiar conservando para sombra los mejores de estos. Allí se agruparon los coches, carretones y carretas cargados de sus equipajes t. t. De ese punto al paso del Aquidabán habrá unos 600 a 700 metros. Al Norte, a unas dos o tres cuadras del cuartel general, y también al lado de una isleta, se instaló la mayoría. A la izquierda, a media cuadra, estuvieron acampados el batallón riflero y el escuadrón escolta. El brazo del Aquidabán donde el Mariscal sabía ir a pescar, dista del cuartel general unas 4 cuadras.

En cuanto se instaló en *Cerro Corá*, el Mariscal tomó las siguientes disposiciones: mandó colocar en el paso del arroyo Tacuaras distante algo más de una legua del Paso del Aquidabán una guardia de 90 hombres y dos piezas de artillería de campaña y confió la defensa del mismo paso del Aquidabán a los Coroneles Juan de la Cruz Avalos y Angel Moreno y a los Teniente-Coroneles Santos y Gómez. El primero con ochenta lanceros, ocupó el ala derecha, el segundo con cuatro piezas y cien de tropa, ocupó el centro, y los dos últimos,

con cien hombres de infantería ocuparon el ala izquierda (1); envió al Sangento Mayor Lara con 12 hombres de caballería a recorrer los establecimientos de ganado de los campos del *Aquidabán*; pero habiendo aquél dado parte de que estos estaban desprovistos de ganado, despachó al General Caballero, el día 12 de Febrero con 40 hombres en su mayor parte jefes y oficiales, con instrucciones de ir a Matto-Groso o sea a la comarca de *Villa Miranda*, a recoger y enviar al Ejército cuanto ganado pudiese encontrar.

La provisión de ganado para atender la subsistencia del Ejército era urgentísima. Hasta entonces se mantenía con un corto número de ganado que el Mariscal había mandado llevar de una de sus estancias, pero ya no quedaban sino muy pocas cabezas, a tal extremo que se carneaba una res por día, con la que se racionaba 500 hombres inclusive el cuero que se les repartía en pequeños retazos! El cuero bien hervido, y para el efecto hay que tenerlo en la olla al fuego unas cuantas horas, se ablanda y se convierte en una especie de jamón bastante bueno de comer. Pero el pobre soldado, apurado por la apremiante necesidad de alimentarse, no podía esperar o perder el tiempo en prepararlo como queda indicado y por pronta

---

(1) El señor Arturo Montenegro, tratando de refutar la opinión de don Silvano Godoy sobre la muerte del Mariscal en su traducción de las Monografías de aquel dice en página 84:

Que López perseguido ocupaba una *formidable posición en las breñas impenetrables del Aquidabanigui, defendidas por 16 bocas de fuego y cerca de 1200 hombres* (1)

Ni fué formidable ni impenetrable la posición que ocupaba, por eso llegaron y entraron fácilmente en ella las fuerzas brasileras, y en ella no había más fuerzas que las referidas por nosotros. Apelamos en corroboración de la verdad a los estados *personales* de los cuerpos que habían en *Cerro Cord*, los cuales, originales obran en la Biblioteca de don Enrique S. López, y que están publicados en la *Revista del Instituto Paraguayo*, n. 6, mes de Marzo, año de 1897. No hubo tampoco ataque a la bayoneta, a menos que se refiera a la matanza inútil e innecesaria de tantas gentes vencidas e indefensas, verdaderos asesinatos cometídos por una soldadesca brutal.

(1) Las sub-rayas son nuestras.

providencia, lo echaba sobre las brazas! Allí el fuego lo achicharraba reduciéndolo a una pasta quemada y tan dura que ningún estómago podía digerirlo. Añádase a esto el *pan* de que se servia, consistente en raices y frutas silvestres qué las iba a buscar en los bosques a grandes distancias, y se tiene una alimentación que, en lugar de mejorar la salud de las tropas, contribuía maravillosamente a su fatal aniquilamiento por las diversas enfermedades, que las causaba.

El hambre aquí asomó por completo su horrenda cabeza, produciendo con sus punzantes dardos entre todas las gentes los más siniestros y desoladores cuadros.

No hay pluma que los pueda pintar con los colores con que se presentaban; no hay palabra que pueda trasladar con exactitud a la imaginación del lector las dolorosas escenas que a cada rato se presentaban a la vista de uno...

Al ponerse el Sol partió el General Caballero y a eso de las 9 de la noche llegó al campamento del Coronel Patricio Escobar en el Chirigüelo, encontrando a éste ocupado con su secretario en escribir un oficio para el Mariscal, participando a éste la muerte del Coronel Venancio López. Le dió a leer a Caballero el borrador, y éste, notando que le daba al finado el tratamiento de *Coronel* que el Mariscal lo había suprimido, le observó que tal vez fuese más prudente omitirlo. Siguiendo este oportuno consejo Escobar lo borró.

Si la memoria no me engaña, el día 13 o 14 de Febrero, vino a *Cerro-Corá* un oficial ayudante de la División del mando de Escobar, trayendo al Mariscal el consabido oficio, y así que lo hubo entregado, pasó a darme parte verbal en mi carácter de jefe de la mayoría, de la muerte del Coronel Venancio López. Refiriéndome la circunstancia del hecho, recuerdo que me dijo que el oficial comandante del piquete que le llevaba

custodiado, al llegar a Chirigüelo, se había presentado ante el Coronel Escobar, manifestando que el Coronel Venancio López no quería o no podía caminar más. Que Escobar, inmediatamente con esta noticia, se había trasladado al lugar donde se encontraba aquél, pero que al llegar allí le había hallado ya cadáver. Que informado por los del piquete de que la muerte fué causada por unos golpes que el oficial le había dado con su espada, mandó inspeccionar el cadáver, y que efectivamente había encontrado señales de golpes.

Que había buscado al oficial con la vista en sus alrededores para pedirle cuenta de su conducta; pero que no habiéndolo encontrado por que sin duda teniendo conciencia de su falta, se habría escapado, había despachado una comisión en su persecución, pero que ésta había regresado sin lograr su captura. Que finalmente, el Coronel Escobar había mandado enterrar el cadáver al lado del camino próximo a la orilla del monte.

En cuanto hube acabado de oír esta relación, como era de mi deber, pasé al cuartel general a participar el hecho al Mariscal, quien con aire triste, se limitó a decirme: que ya estaba enterado.

He ahí cuanto pasó acerca de la muerte del Coronel Venancio López. (1)

Los que llegaron a *Cerro-Corá*, con el Mariscal del Ejército que emprendió la retirada desde Azcurra, ascenderían cuando más, a unos 500 hombres la mayor parte enfermos, todos profundamente quebrantados en su moral y espíritu, por las excesivas fatigas y penurias, según hemos venido observando, que imponía una marcha tan prolongada llena de todo género de privaciones.

---

(1) El General Escobar podrá dar detalles más amplios. Y no está demás afirmar aquí para disipar cualquier duda o falsedad, que el que escribe esta memoria, nunca ha tenido nada que ver directa ni indirectamente de cerca ni de lejos, en las desgracias de aquel hombre desde San Fernando, hasta Chirigüelo donde terminó sus días.

A medida que aumentaba la miseria, iba decayendo más y más el ánimo hasta el grado de hallarse todo el mundo dominado del más completo desaliento, tanto más cuanto que no se vislumbraba ninguna esperanza de una pronta adquisición de los recursos indispensables para remediar las necesidades físicas de las tropas.

El Mariscal sin duda, buscando medio de reanimarlas algún tanto, aunque era cuestión difícil cuando la causa principal del mal era el hambre, concibió la idea de distribuirles medallas en premio de la lealtad y constancia de que dieron una prueba tan relevante en aquella penosa campaña.

Con este propósito, el 25 de Febrero, 1870, mandó reunir a los principales jefes y oficiales del Ejército, y él sentado en una silla y aquellos sobre la gramilla frente al cuartel general formando un gran semicírculo, les manifestó con palabras elocuentes la pena que torturaba su corazón al ver que se hacían correr voces de que él intentaba pasarse a Bolivia. Rechazó con energía esa suposición que dijo, importaba un desconocimiento de su lealtad y patriotismo, declarando que él había jurado ante Dios y el mundo defender a su patria hasta la muerte y que estaba dispuesto a cumplir su juramento.

Luego se extendió largamente sobre los deberes y sacrificios que imponía el patriotismo, en presencia de la sangre aún humeante que humedecía los campos de batalla, donde decía tantos ciudadanos han sacrificado sus vidas en defensa del suelo patrio, legando así a la posteridad un ejemplo de abnegación y un timbre de gloria que recordarán sus nombres en el templo de la inmortalidad.

Habló también del enemigo, de las pretenciones tradicionales del *Imperio* sobre estos pueblos,

empleando a su respecto algunos chistes calculados a producir hilaridad entre los que le escuchaban.

En seguida leyó el Decreto que confería la medalla de *Amambay* distribuyéndose desde luego las cintas de que debería ir pendiente del pecho de los agraciados. Dicha cinta era de dos colores: colorada en la orilla y amarilla en el centro. No sabemos si la adopción de estos colores de la bandera española era indiferente, o si ella obedecía a algún pensamiento o idea que tuviese relación con las leyendas sublimes de la Península Ibérica. Tal vez haya querido recordar o refrescar en la memoria el ejemplo de los sacrificios heróicos que hicieron nuestros antepasados en el descubrimiento y conquista de la América, y en defensa de su independencia contra el coloso del siglo, cuyos jigantescos esfuerzos han sido y serán tema constante de la admiración del mundo.

He aquí el decreto:

"El ciudadano Francisco Solano López, Maris-
"cal Presidente de la República del Paraguay y
"General en jefe de sus Ejércitos, Gran Cruz de
"la Orden Nacional del Mérito. t. t., queriendo dar
"un testimonio público de honor y de justicia a los
"beneméritos defensores de la Patria que con ab-
"negación ejemplar y patriótica virtud hicieron la
"campaña del Amambay, cruzando dos veces la
"sierra de Mbaracayú ·

"DECRETA:

"Art. 1º. Acuérdase una medalla conmemo-
"rativa de honor a todos los ciudadanos que lle-
"varon a cabo la campaña de Amambay.

"Art. 2º. La medalla de Amambay será oval
"de veinte y ocho por treinta y siete milímetros
"de diámetro con la estrella nacional realzada en
"medio con la palma y oliva abajo y la inscrip-
"ción circular de «*Venció penurias y fatigas*» en

"la parte superior del anverso; y por reverso, la "inscripción circular de «*El Mariscal López*» en la "parte de arriba, y en el centro «*Campaña de* "*Amambay*, 1870» con más una cadena de sierra "en la parte inferior.

"Art. 3°. La medalla de Amambay constará "de 1ª y 2ª clase, de oro para los Generales y "jefes de 1ª y 2ª clase, de plata para los oficiales "y tropas.

"Art. 4°. La medalla de los Generales lle- "vará las inscripciones y geroglíficos realzados "en brillantes; la de los gefes, en rubí con la es- "trella nacional en brillantes para los Coroneles "y la de los oficiales con inscripciones y geroglí- "ficos de oro.

Art. 5°. La medalla de Amambay se llevará "al lado izquierdo del pecho, pendiente de una "cinta de veinte y cinco milímetros, de color na- "ranjado y de orilla rojo.

"Art. 6°. Autorízase a los Generales, Jefes y "Oficiales a llevar la medalla de Amambay sin "pedrerías los primeros y de pura plata los se- "gundos, con grabados, mientras las circunstancias "no permitan dárseles en la forma debida.

"Art. 7°. Los jefes de divisiones presentarán "al Estado Mayor General del Ejército lista nomi- "nal de los jefes, oficiales y tropa acreedores a la "medalla de Amambay.

"Art. 8°. El Ministro Secretario de Estado en "el Departamento de Guerra y Marina queda en- "cargado de la ejecución del presente decreto.
"Cuartel General en Aquidabanigüi, Febrero 25 "de 1870.

(firmado) «Francisco S. López.

"El Ministro de Guerra y Marina
(firmado) «Luis Caminos»

"Es copia:

Caminos".

La copia del antecedente decreto fué remitida al Coronel Panchito López, acompañada de la siguiente nota:

"¡Viva la República del Paraguay!

"El Excmo. Sr. Mariscal Presidente de la Repú-"blica ha tenido la dignación de acordar una me-"dalla de honra a los defensores de la Patria, que "han hecho la campaña de Amambay, por el De-"creto Supremo que tengo el honor de acompañar "a V. S. S. E. el señor Mariscal Presidente, siem-"pre celoso apreciador de todos los servicios de "sus compatriotas, ha querido premiar en nosotros "aquello que no hicimos, sino en fuerza de nuestro "deber, sino que ha querido llevar su magnani-"midad hasta realzar la medalla de Amambay por "los términos altamente obligatorios para nosotros "con que está concebido el Decreto de creación "que acompaño para sus fines.

"Dios guarde a V. S. muchos años. Campa-"mento Aquidabánigüí, Febrero 26 de 1870 (1).

(fir.) Luís Caminos"

Efectivamente, la distribución de las cintas de la medalla de *Amambay*, produjo alguna animación a los extenuados oficiales y tropa. Esa vez antes de disolverse la reunión, los jefes y oficiales entusiasmados por las elocuentes e insinuantes palabras del Mariscal, todos expontáneamente renovaron su juramento de combatir al enemigo hasta morir y de no retirarse de la fila aunque estuviera uno herido.

Resolución heroica a que se recurre cuando no queda otra arma de defensa que la desesperación, *la desesperación* que como dijimos en otra publicación de distinta índole, también a veces de la

(1) Estos documentos son auténticos. Ellos fueron encontrados en la cartera del Coronel Panchito, después de muerto éste, por la caballería al mando del Coronel Machado.

victoria, según Virgilio, cuando todos consideraban llegada la oportunidad de alcanzar mejor vida con la muerte, cuando ya su Jefe gritaba cual otro Enéas para luego morir cual otro Hector, «*muramos todos por nuestra patria, porque a los vencidos solo les queda una salud, que es no esperar salud alguna* (1). Así habremos sellado en presencia del enemigo y del mundo que nos contempla nuestro juramento, nuestra constancia, nuestra fé y nuestra lealtad».

El 1° de Marzo, 1870 por la mañana temprano (a eso de las 7,) algunas mujeres escapadas de nuestra gran guardia situada sobre el paso del arroyo Tacuaras que cruza el camino que conduce a Villa Concepción, distante como queda dicho una legua más o menos de nuestro campamento, trajeron al Mariscal la noticia de que aquella se encontraba en poder del enemigo, quien había podido apoderarse de ella fácilmente, evitando los cañones que guarnecían el paso, y llegando a ella por la retaguardia por un camino oculto que le había indicado un desertor paraguayo, el Coronel Silvestre Carmona, vecino del Departamento de San Pedro, sin que fuese sentido, y en momento en que la mayor parte de la gente había ido a los montes a buscar que comer.

En seguida despachó unos cuatro *bomberos* o espías para traerle noticia del enemigo, pero ya había sido tarde porque una o dos horas después se sintieron tiros de cañón seguidos de un nutrido tiroteo de fusilería en el paso del Aquidabán, donde había la guarnición de que hemos hablado más arriba.

Con tan repentina y seria novedad, me llamó apresuradamente y me ordenó que fuera a ver inmediatamente lo que ocurría en el Paso, ordenando a la vez a su ayudante el Comandante Riveros, para que me acompañara. Al efecto, y a in-

(1) *Eneida Libro II.*

dicación mia, éste ensilló y montó en un mulo gordo que tenia el General Resquín, a la sazón indispuesto desde hacía días, y salimos al trote a dar cumplimiento a nuestra comisión.

Cuando llegamos al río, encontramos que el enemigo, muy superior en número, ya había conseguido forzar el paso, habiendo matado a la mayor parte de los que lo defendían. Volvimos entonces a todo correr, trayendo yo la delantera, y al aproximarme al cuartel General, en cuyo frente aún se hallaba parado el Mariscal sólo, y sin bajar del caballo, por exigirlo así la urgencia del caso, le dije en alta voz: *«¡El enemigo ha pasado el paso!»*

Entonces el Mariscal sin decir nada y dando algunos pasos al frente y mirando hacia donde se encontraba acampado el batallón de rifleros, gritó: *«¡A las armas todos!»*

Cinco minutos después ya venía asomándose tras de la mayoría, a distancia de dos o tres cuadras del Cuartel General avanzando poco a poco hacia nuestro campamento un pelotón de caballería enemiga. (1)

Como jefe de la mayoría y montado en un buen caballo, volé a ponerme al frente de las escasas fuerzas de aquel cuerpo, y desplegándolas en guerrilla procuré hacerlas avanzar sobre aquél con la intención, si fuese posible, de hacerlas llegar a las manos, por estar armado la mayor parte de sables y lanzas, y muy pocos de armas de fuego, para poder sostener con ventaja un tiroteo con el enemigo. Mi segundo, el Comandante Antonio Barrios, en cuanto estuvo desplegada la guerrilla, huyó cobardemente al monte.

Con mi movimiento de avance, la caballería enemiga retrocedió poco a poco y luego, a la distancia de una cuadra más o menos, hizo alto, y empezó a romper un fuego graneado sobre nues-

(1) Después supimos que era de la brigada al mando del Coronel Juan Núñez da Silva Tavares jefe de la vanguardia de las fuerzas brasileras.

tra guerrilla, que no llegaba a cien hombres! En esta circunstancia venia llegando el Mariscal montado en un caballo bayo flacón, acompañado de su hijo el Coronel Panchito, también a caballo, y algunos pocos jefes y oficiales a pié.

Yo recorría mi guerrilla de un extremo a otro, tratando de infundir ánimo a las tropas. En una de esas idas y venidas, recibió mi caballo un balazo que le bandeó el muslo, pero continuaba asi mismo sin novedad. Uno de los jefes (1) a pié me advirtió: «*Coronel su caballo está herido*». «Gracias», le dije, «pero parece que no siente la herida».

No bien acabé de pronunciar estas palabras y así que volvía del ala derecha para la izquierda una bala me atravesó la cara, llevando toda la dentadura de la mandíbula inferior de la derecha y la de la superior de la izquierda, quedando la lengua partida por el medio con la punta pendiente de una membrana, y otra que vino al mismo tiempo penetró en el ijar del caballo, cayendo éste conmigo, muerto en el acto.

Felizmente pude zafarme de él, y al levantarme del suelo, saliendo fuera de la línea, oí que el Mariscal preguntaba: «*¿Quién es ese que sale?*» «*El Coronel Centurión papá, gravemente herido*», le contestó su hijo Panchito, que se encontraba próximo.

No bien acabó de oir esta contestación, cuando dió vuelta y al galopito se retiró dirigiéndose hacia el cuartel general por el camino carretero de Chirigüelo que pasaba un poco más arriba al Este.

Con mi caida se produjo el desbande, con un *suave qui pent*, bajo una lluvia de balas que cruzaban sobre nuestro campamento los batallo-

(1) El Coronel Aveiro.

nes que venían ya sucesivamente saliendo del monte que puebla la orilla izquierda del *Aquidabán*. En vista de la derrota, avanzaban aquellos á pasos precipitados hasta penetrar en medio de aquella confusión infernal que levantaba polvareda, corriendo, hombres, mujeres y niños por doquier, matando a balas y a bayonetazos a cuantos alcanzaban, lo mismo a los que se rendían como a los que iban huyendo casi sin aliento, para escaparse de su furor y ensañamiento.

Hé ahí sencillamente la verdad de cuanto ocurrió en mi presencia a la llegada del enemigo a *Cerro-Corá*, llegada que, como se comprende, fué una verdadera sorpresa, y que tuvo lugar en los momentos en que la mayor parte de las pocas tropas que había, se encontraban en los montes buscando que comer.

Al retirarme del combate, así que iba pasando por el cuartel general, ví a la distancia al Mariscal estrechamente perseguido por unos cuantos jinetes, llevando rumbo hacia Chirigüelo, y recorriendo la orilla del montecillo que puebla la márgen derecha del *Aquidabánigüí*, donde solía ir á pescar.

Bañado en sangre, con la espada en la mano y la cara horriblemente desfigurada, yo iba andando sin rumbo fijo. Cuando iba cruzando un pajal que había al Sud del Cuartel General, sentí la voz de una mujer que partía de un ranchito o bohio de cuero, diciéndome: *«Mi Señor, siéntese!»* Zás me senté, sin darme cuenta de lo que había. Era que la mujer había visto que atrás venían unos soldados brasileros persiguiendo a dos o tres de los nuestros que iban huyendo del combate. Efectivamente en mi presencia fueron estos alcanzados y bayoneteados! Felizmente y merced a la oportuna advertencia de aquella para mí providencial mujer, los soldados brasileros siguieron adelante sin que se hubiesen apercibido de mí,

Entonces pareciendome que ya no había peligro, me acerqué a la orilla de un maizal que rodeaba un grupo de árboles, y penetrando por una picada que había, tomé abrigo a la fresca sombra de aquellos, librándome así de los ardientes rayos de nn sol abrazador, y sufriendo una sed devoradora desesperante. La calmé recurriendo a la orina! (1).

Sin duda, debido a esa circunstancia escapé la vida y deploraré mientras viva que tan siquiera no haya conocido quién era mi salvadora.

Pero, no obstante, siempre la recordaré con sincera y profunda gratitud.

Serenada la tempestad, y después que todo se había consumado, a eso de las 2 1/2 a las 3 de la tarde, un soldado con su bayoneta espada al cinto, desprendido de un batallón brasilero que se había acampado a la inmediación, iba recorriendo la isleta como buscando algo entre los objetos de cocina que habían abandonado allí las mujeres al huir a los montes, y de repente me vió allí tendido en el suelo y con los ojos azorados de sorpresa dijo: *¡oh!* paraguá!... Entonces me incorporé y como no podía hablar, me lo hice comprender con señas que deseaba ir donde estaba el batallón. Previo el despojo de todas las pequeñas prendas de valor que llevaba fuese a avisar a su jefe. Este envió a buscarme un cabo con dos soldados. A mi llegada tuve que dar mi nombre escrito a lápiz en un pedacito de papel que me facilitó.

---

(1) Esta relación, con algunas complicaciones y modificaciones, es la misma que se publicó en el Album de la Guerra del Paraguay, de fecha 1 de Setiembre de 1893.

No deja de ser extraño que todos los que han escrito sobre los últimos sucesos de *Cerro Corá*, no hayan hecho mencióu del eombate que, en forma regular de batalla tuvo lugar entre la fuerza de la Mayoría a mis inmediatas órdenes y la primera o sea vanguardia enemiga que se presentó a nuestro campamento.

La relación del General Resquín adolece de inexactitudes incurables e insanables, y aparte de esta circunstancia, tiene poco valor por ser la de un hombre que observó una conducta poco digna del elevado rango que investía, al entregarse como prisionero de guerra.

El Jefe que parecía ver con disgusto mi condecoración de la estrella de oficial de la Orden Nacional del Mérito pendiente del pecho, me ordenó con imperio su entrega.

Acto continuo, me hizo conducir a una guardia donde se encontraban prisioneros algunos de mis antiguos compañeros uno de ellos el padre Fidel Maiz.

Ahora volviendo sobre la retirada del Mariscal y su muerte que acaeció en esos mismos momentos, y aún cuando no habíamos presenciado *de visu* tan trágico suceso, hemos escuchado allí mismo y leído después versiones de testigos presenciales de una y otra parte que nos habilita dar de ello una relación lo más verídica posible para ayudar al esclarecimiento de la verdad histórica, y establecer de esta manera el juicio y a que son acreedores los actores ante la justicia.

El Mariscal iba persegido por seis jinetes de caballería, uno de ellos el cabo de órdenes del Coronel Núñez de Silva Tavares, conocido con el apodo de *Chico Diabo*, armado de una lanza, y en una ensenada que forma el *Aquidabánigüí* consiguieron cortar la retirada al Mariscal, a quien intimaron rendición que fué contestada por éste: *muero por mí patria!* Enseguida se le acercaron el cabo y un oficial de cada lado con ademán de apoderarse de su persona. El Mariscal que llevaba su espada desenvainada se defendió tirando de punta al cabo quien ladeando de un quite la espada le dió un lanzazo en el bajo vientre, y el otro o sea el oficial a su vez, le dió un sablazo sobre la sien derecha haciendo volar al suelo el sombrero de panamá que llevaba; pero el Mariscal consiguió herir a éste en la frente.

En estas circunstancias llegaron allí montados a caballo, dos fieles servidores del Mariscal, el

Capitán Argüello (Francisco) y el Alférez Chamorro. El Mariscal estaba hecho ascua de furia y con rabia gritó varias veces, ordenando a los recién llegados con toda energía: *¡Maten a esos diablos de macacos!*

Argüello y Chamorro se lanzaron sobre los brasileros sable en mano. La pelea fué recia como puede imaginarse; hubo un entrevero espantoso. Arremetieron furiosamente; pero la desproporción era grande, seis contra dos! Aquellos, hechos pedazos, murieron, dejando profundos rastros dé sus sables en los cuerpos de varios de sus adversarios.

En este momento llegó allí a pié el Coronel Aveiro, quien invitó al Mariscal a entrar en el monte. Este aceptó la invitación y doblando su caballo en presencia del enemigo formado en semicírculo, penetró en el bosquecillo por una estrecha picada hecha por los soldados que iban en busca de frutas silvestres. Al llegar cerca de la orilla del *Aquidabánigüi*, el Mariscal debilitado indudablemente por la pérdida de sangre que manaba de sus heridas, cayó del caballo llevando la cabeza hacia la bajada a la corriente que era una pendiente suave. Aveiro trató de levantarle, pero no pudo conseguir por el mucho peso del cuerpo. En ese momento llegaron allí sucesivamente el mayor Cabrera y el joven Ignacio Ibarra, y entre los tres le levantaron, conduciéndole al arroyo; pero antes de bajarle, Cabrera a pretesto, de ir a buscar gente, se mandó mudar y no volvió más.

Entonces, Aveiro e Ibarra le hicieron bajar al agua, llevándole sostenido hasta la orilla opuesta que es una barranca algo elevada, y allí procuraron, ayudándole de la mano, alzar sobre aquella; pero no habiendo podido conseguir, el mismo Mariscal les dijo que vieran si no había otra parte más baja. Con este fin los dos se ale-

jaron del Mariscal, que quedó recostado contra una palmera caida que atravesaba un ángulo del arroyo. (1)

Ibarra y Aveiro no volvieron más, porque los infantes brasileros que iban llegando a la orilla del arroyo hacian fuego sobre ellos.

En esos momentos hizo allí su aparición el General Cámara a pie y, dando la voz de alto de fuego! entró en el arroyo hasta donde estaba el Mariscal, a quien se dirigió en estos términos:

"Ríndase Mariscal, y entrégueme su espada, "yo le garanto los restos de su vida, yo soy el "general que manda estas fuerzas.

"Por toda contestación, me tiró una estocada.

"Entonces, prosigue el General Cámara, man-"dé que un soldado lo desarmase, lo que fué "ejecutado al mismo tiempo que exhalaba el úl-"timo suspiro".

Hé ahi la versión que el General Cámara da en su parte oficial detallada de fecha 13 de Marzo de 1870. (2)

Más tarde, es decir en una publicación para refutar o rectificar la relación que dió el consejero Schneider, en su obra titulada: *La Guerra de la Triple Alianza contra el Gobierno del Paraguay*, reputada como verídica por la *Gaceta de Porto Alegre*, el General Cámara, refiere: que había encontrado al Mariscal "un poco adelante de la "margen izquierda del *Aquidabánigüi*, caido junto "al río apoyado el cuerpo sobre el brazo izquierdo "y teniendo en la mano derecha la espada desen-"vainada. Entonces diciéndole quien era le inti-"mé que se considerase prisionero garantiéndole la "vida. El Mariscal me contestó que moriría por "su patria, tirándome un golpe".

---

(1) Véase la relación inédita del Coronel Aveiro publicada en la Revista del Instituto, núm. 6, año 1897.

(2) Véase en el Apéndice.

"El oficial que estaba a su derecha" (pues "dice que habia otro a la izquierda) procuró herir- "me, siendo muerto por un tiro disparado por uno de los soldados que me habian acompañado. (1)

Que "volvió a requerirle repitiéndole la misma "intimación; pero que empero recibió la misma "contestación. "Entonces" dice, "llegando a su "lado un soldado del 9°. batallón le ordené que "le quitase la espada; el soldado obedeciéndome "la agarró por el puño para sacársela.

«Era preciso hacer esfuerzos, y por la posición en que se hallaba el Mariscal cayó en el rio, junto al cual tenía los piés, el cuerpo quedó debajo del agua pero levantó aún sobre esta la cabeza muriendo en seguida».

Esta versión es más explicativa, pero menos satisfactoria que la anterior, como lo vamos a demostrar. El General Cámara es reticente en su relación y ha caído en contradicciones que evidencian de que no ha dicho toda la verdad.

En primer lugar, el Mariscal no podía encontrarse *un poco adelante* en la margen izquierda del *Aquidabánigüi*, como afirma.

Según hemos venido observando la barranca de dicho arroyo en esa parte es elevada, y precisamente por esta circunstancia no pudo pasar al otro lado, quedando allí recostado conforme queda relacionado por uno de los que le acompañaban.

Esta verdad está, además, constatada por los mismos brasileros testigos oculares del hecho, y especialmente por el señor Pereira da Costa, autor de la *Historia da Guerra do Paraguay*.

---

(1) **Era el cirujano Gaspar Estigarribia. sobrino del famoso médico don Vicente Estigarribia.**

Dice este escritor: (1) «El tirano estaba dentro "del agua hasta las rodillas, procurando subir la "barranca opuesta, el compañero extendióle la "mano. El General Cámara se metió también en "la corriente».

—Entréguese Mariscal! Su vida está garantida. Soy el general que manda estas fuerzas.

López dió un golpe en dirección de Cámara, y ya, en tierra, cayó de rodillas.

—Muero por mí patria! murmuró.

—«Desarme a ese hombre», ordenó Cámara.

"Un soldado del 9° de infantería se arrojó "entonces sobre él, asegurándole por los puños, "apesar de su resistencia. En la lucha cayó dos "veces en el agua sumergiéndose la cabeza y sa-"liendo con ansias a buscar respiración. ***En estos "rapidísimos instantes*** (2) un soldado de caballería "vino corriendo y descargándole un tiro a quema "ropa que fué derecho al corazón. López cayó "y una gran cantidad de sangre salió de la boca "y de las narices: los piés quedaron dentro del "agua y el cuerpo extendido sobre la barranca».

Esta versión del historiador brasilero coincide con la que dá el Consejero Schneider sobre la muerte del Mariscal en su obra *La Guerra de la Triple Alianza contra el Gobierno del Paraguay*, Cap. XXXI. (3)

El General Núñez da Silva Tavares publicó en el *Eco del Sud* una refutación al General Cámara, en una controversia que tuvieron sobre la

---

(1) Citado por Arturo Montenegro. traductor de las Monografías Históricas del Señor Silvano Godoy, para refutar la opinión de este acerca de la muerte del Mariscal, en cuyo empeño ha fracasado, quedando en pié la del Señor Godoy. El actor que cita robustece la verdad afirmada por éste.

(2) El subrayado es del autor.

(3) La traducción de este capítulo fué publicada en la Revista del Instituto, N. 6, año 1897 mes de Marzo.

muerte de López y su heridor el cabo *Chico Diabo*, y haciendo la relación de los sucesos, entre otras cosas dice:

"Intimado López para rendirse al general co-"mandante respondió ya con dificultad.

"*Muero por mi patria, con la espada en la mano*», "y la dejó caer por el lado del general brasileño.

"Entonces y habiéndosele tomado la muñeca "para ser desarmado, recibió en la región dorsal "un balazo».

Resulta, pués evidenciado con estas citas: 1° no ser exacto lo aseverado por Cámara en cuanto al lugar y posición en que dice haber encontrado al Mariscal, y 2° que no murió de las heridas que tenía, sino del balazo que le dió el soldado de caballería en presencia y con asentimiento, por consiguiente, del General Cámara.

Esta es la verdad.

Verdad afirmada por el mismo General Cámara en el primer parte oficial que desde el Campamento del Aquidabán en *Cerro Cord* dirigió con fecha 1°. de Marzo al Mariscal de Campo Victorino José Carneiro Monteiro, cuyo tenor es el siguiente:

"Campamento en la izquierda del Aquidabán, 1°. de Marzo de 1870.

"Ilmo. y Exmo. Señor:

"Escribo a V. E. desde el campamento de Ló-"pez en medio de la Sierra. El tirano fué derro-"tado, y no queriendo entregarse, *fué muerto al* "*instante*. Le intimé la orden de rendirse cuando "ya estaba completamente derrotado y gravemente "herido, y, *no queriendo* fué *muerto!* (1) Doy los "parabienes a V. E. por la terminación de la

(1) Las subrayas y puntos de admiración son nuestros. El señor Cámara según se vé, se olvidó ya de sus aliados

"guerra, por el completo desagravio que ha toma-
"do el Brazil del tirano del Paraguay. El Gene-
"ral Resquín y otros jefes están presos.
"Dios guarde a V. E.

(fir.) "José A. Correia da Cámara

"Está conforme
"Alfredo de Escragnolla Tavares
"Capitán"

Por modo que las publicaciones o relaciones que diera el General Cámara con posterioridad están en manifiesta contradicción con esta paladina confesión. Se apercibió de la mala impresión que produjo ante la opinión pública su indigna conducta, y trató de cohonestarla con paliativos calculados a calmar, engendrando un sentimiento contrario a la verdad.

Por consecuencia, la muerte del Mariscal López reviste todo el carácter de una verdadera inmolación, porque ella fue consentida y autorizada por el General brasilero, quien, como coronación de esa indignidad dejó abandonado su cadáver a las cobardes profanaciones de una soldadesca desenfrenada. Estos hechos constituyen un cargo perpetuo al General Cámara como Jefe de las fuerzas imperiales arrojando un negro borrón sobre el blasón de Don Pedro II, cuya tenacidad de raza, hizo prolongar, sin necesidad, la lucha hasta la completa ruina del Paraguay (1). En este concepto, la responsabilidad ante la historia, recae ineludiblemente sobre quien haya permitido la continuación de la guerra, hasta su trágico fin en *Cerro Cord*, de una guerra conquista a mano armada de nuestro territorio, (2) de una guerra en que se

(1) López ofreció la paz tres veces! No mereció ni contestación.
(2) Véase el Protocolo adicional del Tratado Secreto de Alianza.

invocaba el santo nombre de la *civilización* y de la *libertad!* mientras que los súbditos imperiales se vendían como mercaderías en subasta pública, hasta el 13 de Mayo de 1888! ...

Sean cuales fueren las faltas, los errores y aún los crímenes con que haya manchado su administración el Mariscal durante tan prolongada contienda, selló heróicamente su juramento, cumplió su palabra muriendo con la espada en la mano. Su muerte es grandiosa, rayante a lo sublime, y «jamás», como dice un ilustrado compatriota (1) «consideración alguna le arrancará el titulo inmarcesible de apóstol y mártir de una causa grande».

Murió cual otro Héctor, y podía haber exclamado al morir con más razón que Francisco 1°: *Todo se ha perdido menos el honor.* Y digo con más razón, porque éste no perdió la vida.

Su epitafio está escrito por los más eminentes autores antiguos y modernos, por los periódicos y por sus mismo enemigos:

Por Tucídides que en la oración fúnebre sobre las víctimas de la guerra del Peloponeso (2) dice por boca de Pericles: «*La tumba de los héroes es el universo, no esas columnas llenas de inscripciones!!*».

Por Virgilio en la persona del rey Turno, que murió en idénticas circunstancias, defendiendo la independencia de la patria contra Eneas y los Troyanos:—*¡Dulce et decus pro patria mori!!*»

Por el laureado poeta inglés, Tennyson, cuando canta con armoniosos versos las más nobles y sublimes aspiraciones del espíritu humano:—«En alguna buena causa, no en la mía, deseo morir honrado, llorado, conocido, y derrocado como un guerrero (3).

(1) Silvano Mosqueira.
(2) Tucídides, Lib. XLI.
(3) Su some good cause, not in mine own.

Por el distinguido e inspirado poeta filósofo chileno, Guillermo Matta que escribió al pié de la columna levantada en memoria del héroe y mártir Manuel Rodríguez, la siguiente conceptuosa y bella estrofa:

«¡Jamás el héroe muere!
La mano que lo hiere
En página inmortal su nombre escribe
Y el héroe mártir con su gloria vive».

Por el Congreso de los EE. UU. de Colombia, en el Decreto que dictó el 28 de Junio de 1870, en honor del pueblo paraguayo y la memoria de su presidente. «El Congreso de Colombia "participa del dolor que en los paraguayos, ami- "gos de su patria, ha producido la muerte del "Mariscal Francisco S. López, cuyo valor y per- "severancia indomables, puestos al servicio de la "Independencia del Paraguay, le han dado un "lugar distinguido entre los héroes y hacen su "memoria digna de ser recomendada a las gene- "raciones futuras!»

Por The Times que en un artículo de fecha 15 de Abril, 1870, sobre el Mariscal dice: "No ca- "be duda que hizo correr sangre como agua; pero "esto solo con el fin de establecer su ascendiente "firmemente sobre los suyos a fin de doblegarlos "a sus propósitos; propósitos cuyos fines eran la "gloria y conservación del Paraguay. A este cul- "to estaba dispuesto a sacrificar todo incluso la "vida. Jugó el todo por el todo y lo perdió».

Por el *New York Herald* de Abril 23 de 1870, en un artículo sobre la muerte del Mariscal donde dice entre otras cosas:

"Cualesquiera que fuesen los errores y las "faltas de López, no puede negarse que la lucha "que llevó a los aliados fué valiente, audaz y re- "suelta. "Por cada pulgada de tierra conquistada

"los enemigos tuvieron que librar una batalla "desesperada. Demostró ser hombre de inmensos "recursos y uno de los más grandes soldados de "nuestros días; cuando consideramos su captura "y muerte, reconocemos que la conducta del Co- "mandante brasilero ha sido en extremo bárbara!»

"Y, finalmente, por el mismo General Cámara "que, apesar de su conducta poco hidalga, inti- "mando rendición a un moribundo, dice: *"El "Mariscal no había caído en una emboscada, pero "sí en una leal pelea defendiéndose con un valor "que, le haré justicia, honra su muerte y desdice con su vida".* (1)

Pero resumamos la ilación de nuestro relato.

El Coronel Panchito López al retirase del lugar del combate, se separó de su padre y siguió el coche de su madre, y no a mucha distancia del Cuartel General, fué éste alcanzado, por el Teniente Coronel Martins. Panchito, viéndose rodeado, se defendió con bravura. El Comandante Martins le intimó rendición, y también la madre, que desde su coche estaba presenciando, le gritó: *ríndete,* Panchito, *ríndete!* Pero el joven no hizo caso, y siguió defendiéndose con su espada, hasta que una bala disparada por un soldado, le atravesó el corazón y cayó muerto. Entonces la Señora Lynch se lanzó del coche y con llantos lastimeros, se hechó sobre el cadáver de su hijo, que, ayudado por ella, fue colocado en el asiento delantero del vehículo.

Esto sucedió mientras el Mariscal exhalaba el último suspiro en el arroyo *Aquidabánigüí.* El cuerpo de éste conducido al lugar de su inhuma-

---

To perish, honored, wept-for, knowon.
And. like á worrior oventhrovvon!! . . .

(1) Relato del General Cámara de la sorpresa y muerte del Mariscal López, publicado en el New York Herald, Junio 20 de 1870. Reproducido en la Revista del Instituto Paraguayo, núm. 6. año 1897, mes de Marzo.

ción sobre cuatro ramas cortadas en el bosque que puebla las orillas de aquella corriente de agua, según informan los brasileros.

Antes del entierro, a pedido del Coronel Nuñez da Silva Tavares, (después General) los doctores Costa Lobo y Barbosa Lisboa, lo examinaron para atestiguar la naturaleza de las heridas, dando como resultado de dicha operación el Certificado que sigue:

"Nos, los abajo firmados, certificamos a pedido "del Iltmo. Señor Coronel Juan Nuñez da Silva "Tavares, que examinamos las heridas que produ-"jeron la muerte del ex-Dictador y tirano de la "República del Paraguay, Francisco Solano López, "encontramos las siguientes:

"Una solución de continuidad en la región "frontal con tres pulgadas de extensión afectando "el pellejo y el tejido celular, (1) otra producida "con instrumento perforo-cortante en el hipocon-"drio izquierdo con una y media pulgada de exten-"sión, dirigida oblicuamente de abajo para arriba "afectando el pellejo, el peritoneo, los intestinos "y la vejiga; otra en el hipocondrio derecho de "arriba para abajo, teniendo dos pulgadas de "extensión afectando el pellejo, el peritonéo y pro-"bablemente el intestino.

"Finalmente una herida producida por bala de "fusil en la región dorsal, (2) teniendo una sola "abertura, quedando conservada en la caja toráxica "la bala.

---

(1) Esta herida fué hecha por el Capitán Juan Pedro Núñez, ayudante de campo del Comandante de la vanguardia, quedando herido en la cabeza (por el Mariscal, nota del A.)

(2) Esta herida la recibió López en presencia del General Cámara. cuando se hallaba recostado sobre la barranca del Aquidabán.

Estas dos notas, según la dirección de la Revista de donde tomamos obran al pie del original del certificado inserto. (Nota del A.)

"Y para constancia pasamos el presente.
"Villa Concepción, 25 de Marzo de 1870.

"(fir.) Dr. Manuel Cardoso da Costa Lobo
"Cirujano de Brigada

"Dr. Melitaõ Barbosa Lisboa
"2°. Cirujano

Están las firmas reconocidas por Escribano.

"(fir.) José Maria da Silva".

Los dos cadáveres, padre e hijo, fueron colocados en la fosa que se había mandado cavar al efecto; pero en vista de que no había sido suficientemente profunda, a solicitud de la señora Lynch, se volvieron a sacar aquellos, y, ahondándola, fueron enterrados los dos juntos el uno al lado del otro, separados por una camada de tierra.

¡ Consumatum-est !

Permanecimos en la guardia que custodiaba a los prisioneros todo el resto del día y toda la noche hasta la mañana del día siguiente.

Continuaba la sed molestándome de una manera mortificante; mi clamor por un poco de agua fué escuchado con indiferencia, tanto más cuanto que solo podría expresarlo con señas, apesar de que el agua no distaba de allí sino un paso.

Al día siguiente, el batallón levantó su campamento y se puso en marcha, llevando todos los prisioneros, menos al padre Maíz y al que escribe estos apuntes, que continuaron bajo la custodia de la misma guardia. El hecho daba que pensar, y nos hizo concebir sospechas muy vehementes acerca de nuestro destino final!

Cuando hubo desaparecido de vista el batallón en el monte del *Aquidabán*, el piquete nos condujo hasta la altura del antiguo cuartel general donde había algunos jefes y oficiales. Llegado allí, con una voz de mando dió vuelta y quedó mirando hacia el punto de donde habíamos partido! Con esta maniobra nuestra sospecha iba adquiriendo tal consistencia que se había convertido en una convicción de que íbamos a ser fusilados! A mi no me hizo impresión alguna, por que la idea de que iba a quedarme sin lengua y por consiguiente mudo, para el resto de mi vida, me hacía preferir en ese momento la muerte, y a la verdad que bajo esa persuación la hubiera recibido con placer! . . . El padre Maíz, sin perder su habitual serenidad, me dijo: «¡Estos nos van a fusilar, *rece* un *padre nuestro* y *el credo* para absolverle antes de morir»! . . .

Le contesté afirmativamente con un movimiento de cabeza de arriba abajo! . . .

No a mucha distancia de donde estábamos, había otro batallón brasilero acampado, el único que aún quedaba. Se puso en orden de marcha, y se vino hacia nosotros; pero antes de llegar hizo alto. Desprendió luego un piquete de diez o doce hombres al mando de un oficial y vino a relevar al que nos custodiaba, haciéndose cargo de nosotros.

Esta circunstancia contribuyó extraordinariamente a robustecer nuestra convicción, al extremo que ya no nos quedaba la más mínima duda. Francamente, nuestra situación llegó a ser desesperante. ¡Qué momento fué aquel! Había desaparecido hasta la esperanza, el consuelo universal de los hombres; y como único asidero nos quedaba Dios! .

El primer piquete a pasos precipitados, marchó y desapareció en el monte. Luego el batallón llegó y colocándonos con el piquete en medio, marchó

también con rumbo hacia el punto de donde habíamos venido. Creimos que nos llevaba al lugar del suplicio! . . .

Pero después de haber andado alguna distancia, obedeciendo a la voz de mando de su Comandante, hizo conversión a la izquierda, y, saliendo al camino real del Chirigüelo, siguió la misma dirección de los demás cuerpos que sucesivamente habían marchado de *Cerro Corá* para Villa Concepción.
¡Recién entonces volvió el espíritu en sí! . . .

A los once días de marcha constante a pié llegamos a aquella Villa, durmiendo en los puntos donde pernoctábamos rodeados de cuatro centinelas de vista con armas cargadas. Durante ese viaje me mantuve con caldo y agua azucarada. A esta parte del Arroyo *Negla* encontramos acampada la división del Coronel Paranhos, quien nos hizo llevar a su carpa, y con una exquisita amabilidad conversó un rato con nosotros, y al final, nos ofreció una tacita de café. Después de tanto tiempo de privaciones, esta bebida nos supo como un delicioso néctar que no solo sirvió para restablecer algún tanto nuestra debilitada fuerza, sino que dejó impresa en el fondo del alma la más sincera gratitud hacia el pundonoroso militar que nos obsequió con él.

En ese mismo paraje había una ambulancia. Me llevaron allá y un Doctor me inspeccionó y me vendó la herida, diciéndome que no había nada que hacer, porque iba cicatrizándose rápidamente. Efectivamente, a nuestra llegada a Concepción el día 14 de Marzo, estaba completamente cicatrizada la herida, sin más remedio que lavaje con agua fria, aunque continuaba todavia la hinchazón bastante pronunciada.

En el capítulo siguiente, que será el final, daremos una ojeada retrospectiva para relatar

algunos sucesos ocurridos antes y después de la muerte del Mariscal, como complemento indispensable del anterior, los cuales no han podido ser referidos sin involucrar el orden en que venían realizándose los hechos.

CAPITULO XI

Matanzas después del combate. Muerte del Vice - Presidente Sánchez, y de los Coroneles Caminos y Aguiar. Expediciones enemigas al chirigüelo y a la costa del Amambay. Muerte del General Francisco Roa y del Coronel Delvalle con varios jefes y oficiales. Otros sucesos incidentales. En el Chaco y Puerto de la Asunción. Abordo del Cañonero Igüatimí. Del puerto dela Asunción a Río Janeiro.

Después del combate de *Cerro-Corá*, que hemos referido en el capítulo precedente, la soldadesca brasilera cometió muchos abusos; mató inútilmente y con indecible crueldad a muchas personas indefensas, y finalmente, para colmo de atrocidad, prendió fuego al campamento, muriendo carbonizados, enfermos y heridos que yacian en los ranchos y pajonales!

El Capitán Asambuja, armado de una larga lanza, yendo con unos cuantos hacia el cuartel general, encontró al anciano Vice-Presidente Sánchez, espada en mano, cerca de una carreta. En cuanto le vió le intimó rendición en términos ásperos y groseros; pero Sánchez, levantando alta la espada con que dos dias antes lé obsequiara el Mariscal, le contestó con ánimo resuelto: *¡«Con esta espada jamás»!!* . . . No bien acabó de pronunciar estas palabras, cuando Asambuja le atravesó con su lanza de parte a parte. Un joven argentino que iba con ellos, picó el caballo para inter-

ponerse entre los dos gritando: no le mate, Capitán! pero ya fué tarde, y el Vice-Presidente rodó exánime, víctima de tan cruel golpe.

El señor Sánchez era de carácter bondadoso y nunca abusó en lo más mínimo de su posición. Sirvió al país desde muy joven repasando en el transcurso de su prolongada vida pública todos los puestos de la administración civil y judicial hasta llegar al elevado cargo de Vice-Presidente, por cierto en circunstancias bien difíciles y críticas. Modelo de honradez, de lealtad y de una asídua e incansable dedicación al cumplimiento de sus deberes oficiales, y como patriota, el más decidido, a pesar de su ancianidad, como podrá juzgarse por sus últimas palabras. El Mariscal le trataba con las mayores consideraciones, y dijo de él en cierta ocasión que «él respetaba mucho a aquel anciano, porque ¡era su superior en edad, dignidad y gobierno».

El Coronel Aguiar, antiguo edecán del Mariscal, que le había acompañado en su misión diplomática a Europa, tenía una pierna inutilizada de una herida que recibió en la batalla del 24 de Mayo, fué herido de gravedad, y en este estado procuró ganar el monte; pero antes de lograrlo, fué alcanzado e ignominiosamente degollado, dos horas después de la terminación de la lucha.

Era una bella y arrogante figura militar y un perfecto caballero. Su lealtad y adhesión al Mariscal eran inconmovibles, y éste en cambio le demostraba los mayores aprecios.

El Coronel Luís Caminos, Ministro de Guerra y Marina, fué muerto de un balazo a la orilla del monte, donde probablemente iba buscando abrigo contra la furia de las tropas enemigas.

El General Caballero, así que tuvo noticia por sus *espías* que se habían encontrado con algunos dispersos de *Cerro Corá*, de la muerte del Mariscal, reunió a todos los jefes y oficiales de su mando,

y les dijo: Que con la muerte del Mariscal quedaba terminada la guerra, y que a esta razón no les quedaba otra cosa que hacer que irse a entregar a los aliados, salvo que estuviesen dispuestos, lo que no creía, a recurrir al bandidaje. Todos contestaron unánimemente que acatarían lo que el General resolviese. Entonces, previos los preparativos de viaje, se pusieron en marcha para Villa Concepción. Pero al aproximarse al río Apa, cerca del paso de Bella Vista, se encontraron con una columna brasilera que, según les informaron, iba en busca del General. A ella, pues, se entregaron en calidad de prisioneros y fueron conducidos a Concepción.

Noticioso de que aún había muchas tropas paraguayas a retaguardia que no habían podido llegar por falta de elementos de movilidad, el enemigo despachó comisiones al Chirigüelo y a la costa del río Amambay.

El Coronel Escobar, encargado de la conducción de una carretería, incluso un carretón con las alhajas de la familia del Mariscal, conforme ya dijimos al final del Cap. IX, había conseguido cruzar al otro lado del Chirigüelo luchando con mil dificultades que fueron vencidas a fuerza de una paciente y laboriosa perseverancia.

Estando allí, fué sorprendido con la llegada de una pequeña columna de caballería. Su jefe le dió la noticia de que el Mariscal había muerto, y así toda resistencia sería inútil puesto que no le quedaba otra alternativa que rendirse.

Escobar le contestó: que no se rendiría sino después de recibir confirmaciones por algún oficial paraguayo de la noticia que acababa de darle. Felizmente dió la coincidencia de que en ese momento venía llegando por el monte el antiguo ayudante del Mariscal, Teniente Villalba, quien le

confirmó la noticia, diciéndole que acababa de presenciar subido en un árbol la muerte del Mariscal. Que éste, momentos antes de la llegada del enemigo al campamento, le había despachado para llevar al General Roa la orden de apresurar su marcha a *Cerro Corá* porque se acercaban los aliados. No quedándole más duda acerca de la realidad del hecho, Escobar mandó empabellonar las armas y le dijo al jefe brasileño: que se entregaba con las gentes a sus órdenes como prisionero de guerra.

El General Roa, que, como dijimos, había quedado en *Punta Porá* con nueve piezas de artillería, habiendo recibido de *Cerro-Corá* los bueyes que le había prometido el Mariscal venía marchando lentamente, y se encontraba en aquellos momentos a muy corta distancia del lugar donde estaba acampado Escobar. Este queriendo evitar que Roa hiciese una resistencia estéril cuando llegase allí el enemigo, se puso de acuerdo con el jefe brasileño para mandarle avisar que el Mariscal había muerto, que todo había concluído, y que se viniese adonde estaba él (Escobar). Envió con este recado a su ayudante el Alférez Camilo Zuloaga.

Pero el jefe brasilero impulsado por la desconfianza, le hizo seguir a este con 10 o 12 jinetes, y sucedió que cuando Zuloaga llegó y empezaba a hablar con el General Roa, también y de sopetón, iba llegando allí el piquete brasilero. Roa, sorprendido por la inesperada y súbita llegada de éste, se lanzó al monte solo, y su pequeña fuerza con toda la oficialidad fué conducida prisioneros a *Cerro Corá*.

De aquí el General Cámara despachó una pequeña fuerza expedicionaria, el día 2 de Marzo al mando del Mayor Vasco Acevedo Freitas, llevando de vaqueano o práctico al Comandante A. Gaona, con destino a la costa del *Amambay* donde se en-

contraba la división del Coronel Delvalle, que como dijimos, habia partido del *Panadero* el 2 de Enero de 1870. (1)

Cuando dicha columna llegó al lugar donde estaban los cañones y carretas de la artillería el General Roa salió del monte a presentársele como prisionero de guerra; pero fué cruelmente muerto de una descarga de mosquetería (2) que le mandó hacer el jefe brasileño.

La columna expedicionaria siguió, después de esta hazaña, su marcha internándose hasta el río *Amambay*, por el mismo camino que habíamos llevado.

Estando acampado en la margen derecha de aquel río en el mes de Febrero, Delvalle había recibido del Mariscal una nota, ordenándole que facilitara gente al mayor Félix García para poder continuar su marcha a *Cerro-Corá*, y que él (Delvalle), con el resto de su división, hiciera lo mismo a fin de llegar a tiempo para escarmentar a los aliados que empezaban a moverse en el Rosario con propósito probable de operar contra nosotros.

El mayor F. García se había desertado el día antes de la llegada de la precitada nota, llevando en onzas de oro una buena cantidad de dinero, de que fue despojado en el camino por algunos bandoleros que se habían desprendido de los que seguían el ejército aliado.

—Delvalle, en vista del estado de extenuación en que se encontraban sus tropas, diezmados ya por el hambre, las enfermedades y las desercio-

---

(1) Cámara ofreció primero a Escobar la comisión de acompañar a dicha columna como vaqueano; pero se excusó diciendo que había jurado no tomar arma nunca contra su patria.

Esta contestación le mereció la *recompensa* de dos días de arresto! En lugar de él fué Gaona (Andrés).

(2) Como se vé, el General Roa no fué muerto en el campo de batalla, como asegura en su parte el General Cámara.

nes en grupos, reunió a sus colegas y les manifestó su parecer respecto a la contestación que debieran dar a la mencionada nota.

Tuvieron tres conferencias. Delvalle en la primera trató de explorar el ánimo de sus compañeros con cautela. En la segunda estuvo más explícito, acerca de la resolución definitiva que convendría tomar, dadas las críticas y apremiantes circunstancias de la División de su mando. Se resolvió que en la próxima, que fué la última conferencia, Delvalle presentase el proyecto de contestación. En efecto, éste leyó en dicha reunión el borrador de la nota que a continuación va inserta en la que van expresados los motivos que tuvieron en consideración para tomar la resolución de no continuar su marcha a *Cerro-Corá* y de retirarse a los desiertos a buscar la vida según Dios les ayudase. El proyecto fué aprobado e inmediatamente se mandó poner en limpio.

Hélo aquí:

«¡Viva la República del Paraguay!

«Exmo Señor:

"Tenemos el honor de dirigirnos a V. E. con "el objeto de declarar francamente a V. E. la re- "solución que hemos juzgado tomar en el último "caso en que nos hallamos en presencia de las "dificultades que nos privan continuar apoyando "a V. E. en la guerra, que desde mucho tiempo "atrás demandaba más bien un golpe de armas "que una maniobra semejante con los recursos "que teníamos y la clase de tropa de que disponía- "mos, para poder esperar un resultado favorable " a la nación, cuyo sostenimiento había invocado "V. E. para reunirnos bajo su estandarte soberano, "y en cuya defensa V. E. nos ha hallado siempre

"a sus órdenes con lealtad y pronta obediencia. "Pero ahora que somos instruídos de que V. E. "sigue aún adelantando su marcha y que sobre todo "vemos que la continuación del presente estado de "cosas servirá más bien para el duro aniquila- "miento de nuestra Nación, bajo el yugo de una "voluntad arbitraria y caprichosa sin esperanza de "ningún otro resultado más que un prolongado "padecimiento de aquellos que aún se encuentran "bajo los pies de V. E. nosotros convencidos de "que nuestro deber de patriotismo ya no nos "obliga a más sacrificios, renunciamos formalmente "seguir causando víctimas en la huella de V. E. "(y víctimas antropófagas), pues el patriotismo es "un sentimiento que Dios aprueba cuando no es "extremado, ni opuesto al derecho de gentes; y "Dios no fundó la sociedad civil para destruir la "sociedad natural, sino para vigorizarla, y en este "concepto, y en la esperanza de rendir el mayor "servicio a la humanidad, nos retiramos en los "desiertos con aquellos que manifiestan igual "voluntad a buscar nuestro recurso con nues- "tros propios trabajos, y con el propósito fir- "me de que en ningún tiempo serviremos de "instrumento al enemigo invasor de nuestra na- "cionalidad.

"Sabemos que V. E. tendrá mucho que sentir "esta resolución, pero sabido es también que la "Nación ha sentido más que V. E., y esta sola "reflexión bastará para su consuelo, puesto que "V. E. nunca ha pensado en su desgracia.

"En lo demás, esperamos que el Dios de las "Naciones bendecirá la obra que nos proponemos "con su santa ayuda y protección.

"Dios guarde a V. E. muchos años. Campa- "mento en Amambay, Febrero 25 de 1870.

"(fir.) Juan B. Delvalle—Gabriel Sosa—José "Romero".

El conductor de esta nota era el Sargento

José María Pesoa, vecino de la Villa del Pilar, que fué capturado por el enemigo en el camino cerca del Chirigüelo, ya después de la muerte del Mariscal. (1)

El Sargento Mayor José León, que no estaba conforme con la resolución tomada por consejo de Delvalle, se puso en marcha camino para *Cerro-Corá*. Fué perseguido y muerto!

Así que despacharon a Pesoa, empezaron a contramarchar durante cuatro días con sus noches, llevando 4 carretas cargadas de víveres y una de dinero, al cabo de las cuales llegaron frente a los siete Cerros. Allí acamparon al lado derecho de un monte distante del camino unas cuatro cuerdas.

Practicaron un reconocimiento y hallaron en medio del monte un campichuelo bastante espacioso para el potrero de los bueyes y con un pequeño estero en el centro para proveerse de agua. Por estas ventajas y la de ser un lugar apartado y bien abrigado determinaron establecer allí su campamento mientras resolviesen otra cosa.

El Comandante José Romero recibió orden para trasladarse allí con su gente y los bueyes y que carneara uno de estos y enviara carne al campamento de Siete Cerros donde estaban las carretas. Romero cumplió la orden y al día siguiente Delvalle, le remitió una caja de dinero. Esa misma noche Delvalle y Sosa acompañados de su ayudante el Teniente Vargas, enterraron en el monte otras dos cajas llenas de plata sellada.

Al contramarcharse de la costa del *Amambay*, abandonaron allí a la disposición de la turba multa de mujeres todas las demás carretas que ascendían a unas veinte y tantas llenas de víveres y alguna cantidad de dinero y bastante plata labrada. Las

---

(1) El Coronel Paranhos nos enseñó dicha nota, en ocasión que nos hizo llevar a su carpa a esta parte del arroyo Negla.

mujeres que habían terminado de hacer sus avíos, con sus ataditos en la cabeza, comenzaban a marchar cuando héte ahí que llegan los brasileros.

En cuanto estos obtuvieron la noticia de que el resto de la división con sus jefes, se encontraba en el paraje mencionado, se dirigieron inmediatamente allá. La fuerza o columna brasilera era pequeña, apenas tendría unos 60 jinetes, llevando de vaqueano como ya dijimos al Comandante Gaona. A su llegada adonde se encontraban Delvalle, Sosa y Romero, es decir al campichuelo, hizo una descarga de carabina. Desprevenidos como estaban, y con la súbita impresión de la sorpresa todos corrieron al monte.

Los llamaron aconsejándoles que salieran que no les había de suceder nada. Delvalle salió junto con varios y poco a poco iban saliendo otros más, formando un total de cincueta y tantos. Exigieron a Delvalle la entrega de su espada, a lo que él se negó, alegando que puesto que estaba rendido, ya dejaba de ser enemigo, y a esta razón no había porqué entregar su espada.

Esta contestación le mereció de atrás un puntazo de sable.

En seguida, los hicieron marchar a todos a un pajal que había a la inmediación, y allí fueron muertos a sable y lanza, prendiendo luego fuego al pajal; por modo que aquellos que no hubieran acabado de morir con las armas, murieron quemados! ¿Puede concebirse una cosa más bárbara y horrorosa?

Entre las 50 o 60 víctimas se encontraban las siguientes personas caracterizadas: el Coronel Delvalle, el Comandante Gamarra, el Mayor Méndez, los capellanes Hermosilla y Yaharí y el canónigo Román que por enfermedpd de los piés había quedado en una de las carretas rezagadas.

El Capitán Alfaro que también formaba parte del grupo conducido al sacrificio, se salvó median-

te un reloj de oro que regaló á un sargento de caballería brasilera quien lo alzó en anca de su caballo. (1)

Sosa y Romero se salvaron, porque tuvieron la prudencia de no salir del monte cuando fueron llamados.

No hubo, pues combate, ni cosa que se parezca entre la gente de Delvalle y la columna brasilera. Y sin embargo, según refiere el General Cámara en su parte de fecha 13 de Marzo, al Mayor Vasco Acevedo Freitas en una breve comunicación, le dijo haber *encontrado* y *batido* una fuerza al mando del Coronel Delvalle, quien tenía dos cañones».

Risum Teneatis

Así se escribe la historia!

Una vez desembarazado de esa manera los brasileros de los prisioneros empezaron a recoger todo el dinero que había en el campamento: quitaron a las mujeres las bolsas de plata sellada que éstas habían sacado de las carretas para llevarlas y mandaron desenterrar las cajas que Delvalle había ocultado en el monte y cerca del paso del *Amambay*, conduciendo todo a Villa Concepción en diez y siete carretas!

La división Delvalle tenía por objeto proteger la retaguardia de nuestro Ejército en la retirada, y conducir las carretas del parque y de víveres.

Antes de la operación repentina del enemigo en *Cerro-Corá*, guiados por los desertores Carmona y Villamayor, no hubo otros sucesos dignos de mención que los que quedan consignados, los cuales pueden interesar a la historia. Sin embargo, hay algunos que vamos a referir que tal vez inte-

---

(1) Estos datos nos fueron facilitados por el Coronel Romero que aún vive y que desde el monte estuvo presenciando todo.

resen a la curiosidad del lector, o a los que quisieran, animados de un espíritu especulativo, llevar su investigación al vasto campo de la moral y de la filosofía.

Un día a eso de las 11 a. m., me presenté al cuartel general por asunto de servicio. El Mariscal acababa de almorzar, y se entretenia conversando con varias personas del mismo cuartel general. Me apercibí de que el tema de la conversación era la historia. Uno de aquellos, entre otras cosas, observó, que sería muy difícil, si no imposible, escribir la historia de la guerra, porque, decía todos ignorábamos las disposiciones que dieron lugar a la producción de los hechos. Entonces yo, epilogando esta observación, dije: *Y sobre todo para escribir la historia filosófica!* . . .

El Mariscal, que estaba sentado, hizo rápidamente un movimiento de cabeza y dirigiéndome una mirada que evidentemente manifestaba el pésimo efecto que le habían producido mis palabras, dijo: *Y sobre todo si Vd. la escribe, yo no la leeré!!*

Ignoro el sentido en que habrá entendido aquella. . . Tentado estaba de darle una explicación que disipara cualquier mala interpretación; pero no me atreví por miedo de empeorar mi situación exponiéndome a un resultado inesperado!

La historia, como se sabe, es la sencilla y verídica narración de los hechos, y la filosófica, no se concreta a esto solo, sino que entra en investigación de las causas que los produjeron. Y si difícil era la primera, mucho más lo sería la segunda. Hé ahí explicado el sentido en que había hablado.

Otro día, se presentaron al cuartel general, unos dos indios *cayguá* a denunciar al Mariscal que su TAPYI, había sido asaltado por las mujeres del campamento, quienes habían acabado de robar todos los cereales que había en sus capue-

ras. Los indios, prácticos en los montes y muy andadores, acortaron el camino y llegaron ante el Mariscal dos horas antes que las mujeres. El Mariscal escuchó la denuncia, y, sin duda, les prometió impedir la repetición del hecho; pues, había dado orden a uno de sus ayudantes que en cuanto llegasen las mujeres, sin considerar que ellas habían obrado impulsadas por fuerza mayor, les mandase aplicar la pena de azote por vía de corrección. La orden fué cumplida, en momentos en que me encontraba ausente de la mayoría. A mi regreso, uno de mis ayudantes me enseñó un plato de maíz, explicándome lo que acababa de pasar.

El Coronel Aveiro, en su narración publicada en la Revista del Instituto, Marzo 1897, nº 6, refiere que el Mariscal, después de recibir la noticia de la toma de nuestra gran guardia por el enemigo el 1º de Marzo, había convocado un consejo para deliberar sobre lo que en la emergencia fuera necesario resolver, pidiendo opinión acerca de si convendría o no refugiarse en las cordilleras inmediatas o esperar el golpe peleando hasta morir.

Que se le había contestado que resolviese lo que fuese conveniente a la situación. Que entonces resolvió esperar allí al enemigo, *y pelear hasta morir todos!*

No pongo en duda de que así haya sucedido; pero no me consta personalmente, porque no estuve presente en el mencionado campo. Sin duda, por un error de recuerdo ha incluído mi nombre entre los que asistieron.

Nuestro viaje hasta Concepción se verificó sin ningún incidente. Sin embargo, para que no se efectuase enteramente sin novedad, en todo él se nos iba acariciando el tímpano con la música poco agradable de que en cuanto llegásemos a aquella Villa seríamos fusilados! No había razón para

creer tan terrible anuncio, ni para dejar de creerlo tampoco! Porque continuaban en nuestra memoria frescos los tristes y dolorosos recuerdos de *Paisandú.*

En el camino compré a una mujer en cuatro pesos una rica y linda manta con listas coloradas y azules para abrigarme de noche contra los fuertes rocíos.

A nuestra llegada nos colocaron sobre la barranca del río, y acto continuo nos pasaron en una embarcación al chaco, frente a la Villa. Oh! aquello fué un verdadero infierno! Allí estábamos bajo el techo roto de un rancho unos encima de otros como sardinas, devorados de día y de noche por los mosquitos zancudos, gegenes y otras sabandijas que sería cosa de nunca acabar mencionarlas. Estábamos bajo la vigilancia de un batallón de infantería.

Un día, apareció allí un ciudadano paraguayo que había ocupado altos puestos públicos bajo la administración de los López y que también cayó prisionero en *Cerro-Corá* con su familia, llevando en la mano un rollo de papel: era un manifiesto-protesta en nombre de los prisioneros contra el Mariscal López! Sin duda, lo hizo para propiciarse la simpatía y buena voluntad de los principales jefes de la Alianza, que estaban interesados en levantar sobre los escombros del país un monumento de horror contra la memoria de aquel héroe gigante. El lenguaje tenía todo el sabor de un hombre profundamente despechado.

Pero sea de ello como fuese, el caso es que nos hicieron comparecer a todos, y rodeados del batallón, nos obligaron a poner nuestras firmas al pié de aquel famoso documento. Yo me negué; pero mi compañero que vió que los soldados murmuraban amenazas contra mí, me aconsejó que no insistiera, para evitar una consecuencia funesta: puesto que el acto era nulo. Recién entonces fuí

a poner mi firma al lado de las de los otros, y creyéndome con derecho, en cambio de tan descarada y vergonzosa violencia, a alterar mi apellido, en lugar de *Centurión*, puse *Centauro!*

He ahí uno de tantos documentos nulos arrancados a los prisioneros de guerra por los jefes aliados; entre aquellos debe incluirse la declaración del Coronel Aveiro abordo del cañonero brasilero *Igüatemi* surto en el puerto de la Asunción con fecha 23 de Marzo de 1870. En el *Apéndice*, bajo el N. 4, va la protesta de Aveiro enviada para su publicación al Jornal do Comercio en Rio Janeiro, en Julio del mismo año, donde verá el lector los medios violentos de que se valieron para arrancársela. (1)

En el Cap. V del Tomo II pág. 146 y siguientes de estas memorias se contienen algunas reflexiones acerca del particular, sobre las cuales nos permitimos llamar especialmente la atención del lector.

Del Chaco nos llevaron embarcados en un transporte a vapor al puerto de la Asunción. Allí fueron todos distribuídos a diferentes puntos. A nosotros, al padre Maiz y a mí, nos llevaron abordo del cañonero brasilero *Igüatemí*, y remachándonos a cada uno una barra de grillos, nos metieron en la sentina del buque al pié del palo mayor— verdadera cueva donde uno penetraba por una estrecha y baja portezuela, y de llapa con centinela de vista!

En los primeros días acudieron allí jefes y oficiales brasileros a satisfacer la curiosidad de

---

(1) Las ediciones de las obras de Thompson y Masterman hechas en Buenos Aires, llevan agregada como apéndice una colección de declaraciones de ese género, y que suelen citar los que se complacen en hacer una propaganda inicua, contra los hombres y las cosas del Paraguay en la época pasada

Es inútil; con semejante propaganda no se justifica, ni tan siquiera se cohonesta, el inmoral propósito que tuvieron en vista los aliados al combinar su plan de guerra contra el Paraguay. Allí está el tratado secreto y su famoso protocolo, sin decir nada de la dupla alianza que firmaron despuès.

vernos. A veces se presentaban a la puerta de nuestra jaula, de noche, llevando un farolito con luz para alumbrarnos y vernos bien, sin preceder ninguna de aquellas ceremonias propias de gentes civilizadas; y después que nos abrumaban con una andanada de *potifes* acompañada de otros calificativos igualmente injuriosos, se retiraban echándonos más maldiciones que Cristo a Satanás!

Era imposible dormir de noche por el enjambre de mosquitos que nos perseguían. Pasábamos noches enteras contando las horas, y ocupados incesantemente en espantar con un pedazo de lona a los tenaces bichos cantores que nos perseguían sin tregua. Le tocaba hacer el servicio de alba a un robusto soldado negro. Condolido, sin duda, de mi triste situación, me invitó para que saliera a la sala donde dormían las tropas en invierno, porque en verano acostumbran dormir sobre cubierta al aire libre. Aproveché de su generosidad, salí y me senté en una hamaca tendida que había. El negro empezó a pasearse con su espingarda al brazo. De repente sacó del bolsillo del pantalón una *caramayola* llena de caña y bebió un buen trago!

Enseguida, me la pasó y también le hice el honor de un buen buche! Esto se repetía todas las noches a la madrugada, amaneciendo los dos, como diría un inglés, *half sea overt*—o sea entre San Juan y Mendoza!

Después de algunos tragos se avivaba su imaginación y desplegaba una locuacidad extraordinaria, y, yo que no podía manejar la lengua de Camoens me concretaba a repetir la última parte de las frases que emitía, semejante a la ninfa Eco en su diálogo con Narciso!

—Eh! a cachaza e boa, decía él.

—Eh! Sí Señor, a cachaza e boa, contestaba yo.

Cuando ya empezaba a clarear el día, me

sujetaba del brazo y me llevaba arrastrando hasta meterme en la cueva sonando los fierros con un ruido descomunal.

—Agora o Signor va a domir.

—Eh Si Signor; voy a dormir, le contestaba!

En una de esas veladas matinales, el negro me manifestó que irremisiblemente iba a ser fusilado, y que cuando llegase ese caso, esperaba que yo le dejase, como un recuerdo la manta que tenía.

¡Ya apareció la madre del borrego dije entre mí.

Le contesté que cómo nó! que tendría el mayor placer en dejársela.

De esta manera quedó constituído el generoso centinela que nos custodiaba, en heredero universal de la única prenda que poseía!

Un día, mi hermana fué a bordo y solicitó permiso para verme y entregarme algunas prendas de uso que me llevaba de casa. Concedido el permiso, me mandaron sacar los grillos y subí sobre cubierta encaminándome hacia la popa, donde aquella me estaba esperando ansiosamente. El negro se encontraba en ese momento entre sus compañeros sobre cubierta a proa. Cuando me vió, creyó de buena fé que me llevaban a fusilar, y gritó: «¡No se olvide de la manta!!». Al oir su voz di vuelta a mirar, y él, agitando la mano levantada, repitió con más fuerza: «¡No se olvide de la manta!!...»

¡No tenga cuidado y adiós! le contesté.

No habrá sido poca su sorpresa al verme regresar con vida y la manta al hombro que tuve que llevarla después hasta Río Janeiro, por no haberse cumplido la condición de la donación.

Permanecimos abordo de la *Iguatemí* siempre engrillados, hasta principios de Abril. en que después de sacarnos los hierros, nos llevaron a Humaitá, junto con varios otros compañeros, y al cabo de algunos días de permanencia en esa an-

tigua fortaleza, a Río Janeiro, en calidad de prisioneros de guerra, a pesar de la terminación de la guerra (1).

Llego al fin de mi tarea.

La he emprendido sin pasión, sin odio ni resentimiento, procurando ser fiel a las palabras de Shakespeare que me han servido de epígrafe, y animado únicamente del anhelo de enderezar errores que se han padecido, de buena o mala fé, sobre los sucesos de nuestra pasada guerra;— errores que iban tomando, poco a poco, el carácter de leyenda, haciendo para esta rectificación o enmienda una sencilla relación de los hechos tales cuales ellos fueron. El tiempo dirá si se ha logrado este propósito. Hasta el presente el fallo de la opinión pública es favorable a mi humilde trabajo. En todo caso, creo no haber olvidado en el curso de él, aquella regla moral de caridad hacia los otros y dignidad hacia uno mismo.

FIN

---

(1) Supimos después que el envio de los prisioneros de *Cerro-Corá* a Rio, obedecía a una combinación politica, relacionada con cuestión electoral para la futura presidencia de la República.

APENDICE

N° I

«Cuartel General en Pirayú, 12 de Junio 1869.

«Los Generales aliados han tomado en consideración las notas que con fecha 29 de Mayo y 3 de Junio fueron dirigidas al Comandante en Jefe de las fuerzas brasileras por el Mariscal Francisco Solano López, y de común acuerdo, han resuelto darle la siguiente contestación:

Esas notas no son más, en cuanto al fondo, que una repetición de la que con fecha 20 de Noviembre de 1865, fué por el mismo Mariscal dirigida a S. E. el señor Brigadier General D. Bartolomé Mitre entonces Comandante en Jefe de los ejércitos aliados.

Como entonces, amenaza ahora el Mariscal López con inmolar a todos los ciudadanos de las naciones aliadas que han tenido la desgracia de caer prisioneros de las fuerzas que obedecen sus órdenes. Servían a la sazón de pretesto para tan atroz amenaza, cuya ejecución nada puede, por otra parte, justificar, una serie de imputaciones tan odiosas como infundadas, tales como: haber los aliados reducido a la esclavitud un gran número de prisioneros paraguayos, obligando a otros a tomar las armas contra su patria, y haber los aliados hecho una tentativa de asesinato contra la persona del Mariscal López.

Hoy ese pretesto se basa en el hecho de haber sido enarbolada la bandera paraguaya por fuerzas de esa nacionalidad que pelean al lado de los Ejércitos aliados.

Los Generales aliados no piensan que la ocasión era oportuna para exponer nuevamente las circunstancias que han dado lugar a este hecho y el pensamiento, que él significa. Este pensamiento, corolario de los fines que los Gobiernos aliados han tenido en vista prosiguiendo en la guerra a que los provocaron las gratuitas agresiones del Mariscal López, ha sido manifestado en más de una ocasión y se infiere una vez más de la proclamación dirigida por los Generales aliados al pueblo paraguayo, con fecha 29 de

Marzo del presente año. Los Generales aliados no pueden por consiguiente acceder a la singular exigencia contenida en las notas que han motivado la presente contestación.

Si lo hiciesen creerían arrojar una mancha sobre la dignidad de sus respectivas naciones y extralimitar las facultades que le han sido conferidas por sus respectivos Gobiernos.

En cuanto a la amenaza que hace el Mariscal López, el mundo entero sabe ya como han sido tratados los ciudadanos de las naciones aliadas que antes y después de la declaración de guerra cayeron en su poder.

La gran mayoría de ellos, torturados los unos, fusilados y lanceados los otros, yacen desde mucho en la eternidad, y los generales aliados tienen la triste convicción que los que existen, si algunos existen aún, irán brevemente a reunirse a esos mártires, cualquiera que sea la solución que por los mismos sea dada a esta cuestión y así la dan por terminada, mientras no sea tomada otra resolución por los Gobiernos aliados, a cuyo conocimiento ha sido elevado este asunto.

Dado en Pirayú a 12 de Junio de 1869».

(Fir.) E. Mitre—Gastao de Orleans—E. Castro.

Nº 2

Comando en Jefe de todas las fuerzas brasileras en operaciones en la República del Paraguay.

Cuartel General en Pirayú a 15 de Junio de 1869.

El abajo firmado Comandante en Jefe de todas las fuerzas brasileras en operaciones de la República del Paraguay, acusa recibo de la nota que le dirigió el Mariscal Francisco Solano López con fecha 3 del corriente mes, y a la cual acompañó copia de la dirigida en 20 de Noviembre de 1865 por el mismo Mariscal al Excmo. Señor Brigadier General don Bartolomé Mitre.

Como solución no solamente a aquella nota sino a la de 29 de Mayo próximo pasado cabe al abajo firmado remitir al señor Mariscal López la respuesta que los Generales aliados resolvieron de común acuerdo darles.

Juzga también el abajo firmado deber juntar a este documento la proclama dirigida al pueblo paraguayo por los

Generales aliados en 29 de Marzo del corriente año y la alocución pronunciada en la misma ocasión por el Brigadier General don Emilio Mitre, Comandante en Jefe del Ejército Argentino; y también remito copia de una nota que con este fin le fué dirigida en 14 del corriente por el mismo Brigadier General.

El abajo firmado debe declinar los agradecimientos que le dirigió el Mariscal López por haber comunicado su primera nota a los señores Comandantes de las fuerzas argentinas y Orientales, pues dándoles conocimiento de ella apenas cumplió el riguroso deber de lealtad que esperaría de ellos en circunstancia idénticas.

En cuanto a la nota dirigida por el Mariscal López al Excmo. General D. Bartolomé Mitre, el abajo firmado se juzga dispensado de hacer cualesquiera observación sobre las materias que ella contiene, pues la ilustración, talento y sentimientos elevados de tan distinguido General no dejan duda que le haya sido por él, en tiempo oportuno, dada la más completa repuesta.

El abajo firmado también juzga ajeno a su misión discutir los bien conocidos motivos y fines de la presente guerra, y los otros, puesto que al Mariscal López plugo mencionar en su nota del 3 de Junio. Pero como este parece ignorar el origen de los documentos paraguayos que el abajo firmado citó en su respuesta dada a la nota de 29 de Mayo, dirá que estos, encontrados en los diferentes campamentos conquistados por las fuerzas aliadas sobre las del Mariscal López, ya fueron publicados en los países aliados sintiendo el abajo firmado no tenerlos a mano para incluirlos en la presente nota.

(fir.) Gastao de Orleans

A S. E. el Señor Mariscal Francisco Solano López

Nº 3

Asunción, Abril 24 de 1890

Señor Coronel Don Silvestre Aveiro

Pte.

Distinguido y estimado amigo:

Me permito dirigirme a Vd. como antiguo compañero de armas, y uno de los testigos presenciales de las peripecias

y penurias de nuestra pasada guerra. para rogarle quiera hacerme el servicio de contestarme al pie de la presente a las preguntas siguientes:

¿No es cierto que en el momento de levantar el Campamento de nuestro ejército para ponerse en marcha de la costa del Iguazú, al otro lado del monte Igatimí, fuí a pedirle instrucciones sobre lo que debe disponerse respecto a los detenidos Pancha Garmendia y demás compañeros en razón de que ellos no dependían directamente de la Mayoria de que yo era Jefe, y que Vd. me contestó diciéndome que fuera a consultar con el Mariscal?

¿No es cierto que yo nunca, ni directa, ni indirectamente, he tenido nada que ver en el proceso o causa, que se les siguió de orden de López?

Anticipándole las gracias por este servicio que espero merecer de su imparcialidad y reconocida rectitud, me es grato ofrecerme de nuevo a sus órdenes.

Ato. S. S. y amigo

Juan C. Centurión

—

Señor Coronel Don Juan C. Centurión.

De mi distinguida consideración:

Contestando a su atenta antecedente y las preguntas que contiene. A la 1ª. digo: Que ciertamente en las circunstancias y paraje que cita y sin ser las personas aludidas de su directa dependencia o jurisdicción como Jefe de la Mayoría del Ejército Nacional en marcha, fueron ejecutados por disposición expresa del Mariscal López asegurándole que no hago memoria de la consulta que dice haberme hecho y respuesta pero no niego en absoluto que tal así haya sucedido y que me había pedido esas instrucciones más por la confianza y amistad que mediaba entre nosotros que por tener atribución alguna directa sobre las mismas personas que como presos tenían sus jueces y estos dependían más que cualesquiera otros que sobre causas aparentes entendían en la instrucción de los procesos, directamente del propio Mariscal López, porque los enunciados encausados, tenían la especialidad de ser procesados como complicados con la señora madre del mismo Mariscal, sobre imputado conato de parricidio contra su persona, en connivencia de sus otros hijos y algunos Jefes del Ejército.

A la 2ª. digo: Que es cierto y lo atestiguaron muchas otras personas que palparon la verdad de los sucesos con nosotros y quieran hablar con sinceridad.

Todo el rol de Vd. no pasaba hasta entonces de hacer vigilar la seguridad del recaudo de aquellas personas.

Al responderle como lo hago a sus preguntas, me permitirá Vd. que me extienda algo más, recordando en obsequio a la verdad histórica, los antecedentes que precedieron a aquel fatal suceso y mediaron entre el Mariscal López y la Pancha Garmendia.

Cuando se ventiló la célebre causa incoada en San Fernando y la Garmendia que a la sazón seguía en la Capital, era por repetidas veces y por distintas personas caracterizadas, citada de complicidad en la conspiración o sea revolución que se perseguía, el Mariscal borraba siempre él mismo tal nombre de la lista que se le presentaba sin decir palabra, no obstante las acusaciones y la seriedad de las personas de elevada posición social que en sus declaraciones le incluían.

Así ella se libró de ser presa y correr tal vez la suerte de aquellas, bien que siguió más tarde desde Curuguaty la suerte de los confinados de su sexo y de la familia Barrios a cuyo lado siempre ha vivido.

Tiempo después, iniciada la causa de la señora Carrillo de López, por revelación del Coronel don Venancio López, su hijo, hecha sin fuerza alguna, es decir por acto expontáneo y solo por creer descubierto el supuesto conato de parricidio, por el arresto repentino por distintas causas del Coronel Marcó, entonces Jefe de la Mayoría del Ejército, y que era uno de los principales sindicados en el conato, resultó en el curso del proceso por las declaraciones del citado Marcó y su esposa Barrios, complicada otra vez la Garmendia en el hecho procesado.

Los jueces entonces y ya trasladado el Ejército en Itánarámí de Igatimí ordenaron la comparecencia de la Garmendia. Un Sargento de la Mayoría, fué conductor del lugar en que se hallaba con las confinadas.

Una tarde muy de tarde, lo recordará Vd. venía pasando para la Mayoría con su acompañado. La vió López y preguntando quien era la que pasaba, se le dijo por uno de los presentes a su lado que era la Garmendia. La hizo llamar López ordenando que el Sargento se retirara a su cuerpo. Estuvieron presentes en el momento, el Vice-Presidente Sánchez, los Ministros, de Guerra Caminos y de Hacienda Falcón,

los Generales Resquín y Caballero, los Coroneles Vd., Escobar, P. Carmona, S. Aguiar y yo. El Capellán mayor Maiz, el Capitán de Fragata Núñez, los Comandantes efectivos Benítez y honorario Palacios. Los Capellanes Espinoza y Medina, los ayudantes de servicios y varios otros Jefes de que no hago memoria en este momento.

En presencia de todos, después de los cumplimientos de urbanidad, el Mariscal dijo a Garmendia: Que era conducida a comparecer ante sus jueces a prestar su declaración en una causa grave en que estaba sindicada de complicidad, y que le pedía como un servicio especial, que siendo interrogada depusiera la verdad llana y completa, tal cual tenga conocimiento o participación. Garmendia le interrumpió con énfasis ¡Oh, soy una mujer incapaz de mentir, y que desde ya le preguntara lo que quería saber. López le observó que no era él, quien debía interrogarle sino sus jueces. Y que era para ante éstos que le pedía lo pedido.

Que era escusado que le interrumpiera, que el caso era serio, de toda seriedad, que le escuchara y pesara en su valor sus palabras y su recomendación de franqueza y sinceridad. Que el servicio que le pedía no solo se lo encarecía, sino que hasta le rogaba, se le prestara como un recuerdo y obsequio a las relaciones de antes. Que si así lo hacía, le prometía en presencia de todos los señores presentes, bajo la fé de su palabra de Jefe Supremo de la Nación, que acto seguido a su declaración franca, firmaría su absolución y completa libertad, pero que a no proceder así, lo que no esperaba, le privaría de esa satisfacción, pues que su negativa le pondría maniatado sin poder así firmarle la libertad prometida. En este sentido abundó el encarecimiento, previniéndole además que daría órdenes a sus jueces de no asentar su respuesta negativa, si así sucediera sencillamente, hasta que recibiera nuevas órdenes. Le trajo en mención que ya anteriormente, debiera haber comparecido en San Fernando ante otros jueces por otras causas no menos graves pero que él le habia servido de escudo y de esta manera se salvó de sufrir penalidades y todo por la amistad que antes se ha mencionado; agregándole que de esta vez no le era posible proceder de igual modo con ella, por la seriedad que le tiene significada, pero mediante el servicio que le pedía, podía todavía hacer en su favor lo que le tiene prometido.

Después la invitó a que le acompañase en su mesa y mientras llegaba la hora, la hizo acompañar para donde se

hallaba la Linch: terminada la cena ya a altas horas de la noche, se levantaron y en presencia de los señores Sánchez, Caminos, Resquín, Caballero y Vd. si mal no recuerdo, le reiteró su consejo y pedido, ordenando sea llevada a la Mayoría a guardar su arresto con recomendación de ser bien tratada.

Al día siguiente fué llamada por los jueces, a quienes Vd. los conoce, viviendo aún hoy dos de ellos. Se le hizo la interrogación en términos genéricos y respondió no dar razón sobre el punto interrogado ni sobre otro alguno, que era inocente de todo. Sin escribirse por supuesto la respuesta negativa, porque así era la prevención del Mariscal a los jueces instructores, se le dió aviso y entonces ordenó que se le diera tregua para reflexionar y contestar, enviando durante tres días enteros que duró la espera, de mañana y tarde ya a Caminos y Falcón, ya al Coronel Aguiar y a Resquín y ya al mismo Vice-Presidedte Sánchez y a mí, todos repetidas veces a instarle que no se diera a la negativa sobre hechos averiguados, que por su franqueza, por más comprometida que fuera, mantenía su compromiso a su favor, hasta que inalterable ella, por último al cuarto día creo, se la mandó decir por Caminos que ya que persistía en su tenacidad, le abandonaba a la acción libre de la justicia, para que se obre en ella lo que mereciera ya que ha despreciado su palabra.

(Tal es el resumen y sentido de lo que pasó entre el Mariscal y Garmendia)--Se escribió su negativa a la pregunta que estaba pendiente y acto continuo se ordenó un careo con la esposa de Marcó, la señora Barrios, su principal acusadora al par de su marido, quien empezó a recordarle punto por punto, los sitios dichos, actitudes, hechos, proyectos y personas que intervinieron y entonces como rehecha la Garmendia muy conmovida y derramando lágrimas dijo que ya que veía que todo estaba averiguado en fuerza de la razón confesaba que era cierto, pidiendo a los jueces que intercedieran en su favor para ante el Mariscal a no retirarle su promesa. Y retirada la Barrios empezó ella a relatar, respondiendo a los interrogatorios todo lo que hubo y sabía, completamente de acuerdo con las declaraciones de las personas que la habian citado. Y el Mariscal a quien se hizo presente su pedido contestó: *no se ha fiado en mi palabra y basta.*

Esta reminiscencia y relato, tal vez se ponga en duda por algunos que quieren enzalzar el nombre y memoria de

aquella desgraciada mujer para enlodar más y anatematizar al hombre a quien le tocó tan funesto papel.

No obstante el relato es la verdad y como llevo dicho muchos de los nombrados aún viven.

Por lo demás nada es extraño Coronel que la maledicencia quiera cebarse sobre el nombre de Vd. y de todos aquellos de nosotros, que en algo han figurado en esa grande como heróica y desastrosa lucha, pero nadie puede negar la verdad de que bajo el régimen del Mariscal López nadie tuvo albedrío propio, y no se movía por nadie una sola paja sin su expresa voluntad inquebrantable, y ay! del que tal pretendiera desde el más encumbrado personaje hasta el más humilde.

Entonces, en circunstancias solemnes de una guerra internacional, el País invadido por todos lados, por los enemigos codiciosos de su reposo, de sus territorios y de su fabulosa prosperidad, más que las Repúblicas de la coalición, con leyes vetustas, vigentes aún con todo su vigor, imperando la ley marcial y con los principales hombres en defección, ni López pudo mantener la disciplina del Ejército defensor con paliativos, ni nosotros obrar de otro modo que lo hecho, ante la evidencia de la justicia de la causa, diferentemente que ahora, en que el ciudadano puede tener voluntad propia si la garantía de leyes adelantadas a la altura de la civilización, que establecen derechos y obligaciones limitadas asi para el gobernante como para los gobernados, más como la cabra tira siempre al monte, y los gigantes quieren aplastar a los chicos, sino retrocedemos, andamos quedos en orden a colocarnos al nivel de aquellos derechos y obligaciones . . .

López a no dudar ejercitó el mando despóticamente, pero también es cierto que su gobierno coincidió con la guerra más colosal conocida en los fastos de Sud América, y su muerte, que pudo evitar a quererlo con la mayor facilidad, ahí está como un lenitivo de sus actos y los despojos obrados ulteriormente de territorios nacionales, patentizan la justicia de la causa a cuya defensa, hemos esterilizado nuestra lozanía y millares se han sacrificado en igual empeño. Este asunto, en fin, es un paño que se presta a muchas cortaduras pero lo dejaré.

Y volviendo a la Garmendia diré para concluir, que a nadie si, es dado descifrar el enigma del grado a que habrían llegado las declaraciones invocadas por el Mariscal López en la entrevista mencionada pero cuando la Garmen-

dia, anulada la mano de un pretendido esposo, un señor extranjero acaudalado que se retiró del País, se cuchicheó la especie de que a nadie otro que al Mariscal, le aceptaría la mano de esposo. Yo entonces muy joven todavía, servía al lado del Presidente don Carlos López, y tuve ocasión de orientarme de aquel cuchicheo.

Quisiera extenderme más, pero la omito, y disculpe por lo agregado, suscribiéndome.

De Vd.

atte. S. S. y amigo

S. Aveiro

Abril 30 de 1890.

Nº 4

Protesta del Coronel Aveiro contra la manera con que le fué arrancada la declaración que dió abordo de la Cañonera "Iguatemí" en 28 de Marzo de 1870, enviada para su publicación al "Jornal do Comercio" de Rio Janeiro en Julio del mismo año.

Señor Redactor del «Jornal do Comercio».

Sírvase dar cabida en las columnas de su ilustrado órgano de publicidad al siguiente escrito.

Su atento servidor.

J. Silvestre Aveiro.

Habiendo visto publicado en el Nº 108 del «Diario Oficial del Imperio del Brasil» la exposición que he dado desde la cañonera «Iguatemí» en el puerto de la Asunción, en virtud de la orden que he recibido del Coronel Pinheiro Guimarâes, vengo ahora a hacer en obsequio de la verdad y justicia, a la faz de los que también yo había combatido como han sido mis enemigos, algunas rectificaciones que son de mucha importancia para mí.

En primer lugar, y respectivamente a la orden mencionada, debo hacer constar los términos de ella, a fin de que no se comprenda de que yo he entrado en aquellos detalles de propia voluntad y motivo.

La orden fué del modo siguiente:

Qué diera esa exposición.

1º Sobre que empleos he tenido y como los obtuve durante la administración del finado Mariscal don Francisco Solano López, Presidente de la República del Paraguay.

2º Que servicios generales como empleado de él yo he prestado a su lado en la guerra fenecida.

3º Cuantas veces y en que causas he servido de Juez Fiscal.

4º Cuales los procedimientos de rigor que se han guardado en la causa de conspiración del año 68, que se instruyó en San Fernando, y quien era el que había encabezado o presidido a esos tribunales.

5º Cual el tratamiento que se dió al ex-ministro José Berges (una de las cabezas de la atroz conspiración) y quién le mandó dar el castigo que sufrió.

6º Los procedimientos todos guardados con la persona de Juliana Insfrán de Martínez (agente de Benigno López).

7º Mandado por quién se dió de azotes a Venancio López y que tratamiento han sufrido sus hermanos en los tribunales.

8º El parecer (o como se llama) consejo que yo he dado al Mariscal López para someter a su madre al juicio público y si yo la he maltratado o no y quien la cintareó.

9º Desde cuando se adoptó las medidas de rigor en los tribunales militares del Paraguay.

10º Mi conducta en las ocasiones de parlamento entre los beligerantes.

11. Y en fin para que nada omitiese en esa exposición porque se me dijo, más de una vez, que debía tener yo entendido que nada se ignoraba y que la menor falta de verdad u omisión, me haría más responsable todavía de lo que yo era.

Estos son los puntos que expresamente se me señalaron para hacer rodar sobre ellos aquella mi exposición, y ella como se verá ahora y se habrá visto antes está conforme a ellas.

No desconocía yo que en mi calidad de prisionero, no estaba obligado a responder a ese interrogatorio, y solamente me he prestado a ello, considerando de que la guerra estaba concluida y su Director muerto . . . y las versiones muy adulteradas y además exageradas.

Yo había pretendido obtener una audiencia de S. A. el Conde D' Eu, para pedirle que me hiciera conducir al Brasil en mi condición de prisionero, y cuando se me dijo que

no obtendría ya esa Audiencia, quise y pedí escribirle en ese único sentido, pero habiéndoseme dado con tal motivo aquella orden, tuve que llenarla en los términos que lo he hecho.

En segundo lugar, en mi exposición mencionada había dicho relativamente a mi comportamiento en los parlamentos, que algunas bravatas empleadas en aquellas ocasiones, no pasaron de palabras.

Y decía esto precisamente porque algunas veces habían provocaciones que hubieran dado lugar al empleo de las armas entre los parlamentarios, lo cual no había sucedido por nuestra parte por el respeto que había a las garantías del caso.

Con el Coronel Pinheiro Guimarâes una ocasión tuvimos palabras por el hecho de haber llevado en dos ocasiones parlamentos de Pirayú, a paraguayos traidores.

Una vez le dije simplemente que los hiciera retirar indignos de presentarse en aquel acto, y lo hizo, pero en el mismo día volvió a traerlos para otro acto, otros distintos, y reconociéndoles de nuevo le observé que nosotros nunca le habríamos presentado ninguna persona de otra nacionalidad agena a la de los venidos en los parlamentos, y que ellos lo hacían en todas las ocasiones, llevando precisamente a aquellos expúreos que han levantado armas contra su Patria y hermanos, pero que de aquella ocasión en adelante, si volviesen a repetir semejante abuso, no serían ya tolerados.

Guimarâes manifestando duda sobre el significado de la palabra *tolerados*, no aceptó la protesta, diciendo que no estaba autorizado para ello.

Sin embargo yo le repetí, con la seguridad de que ella se haría efectiva, y que si no estaba autorizado, lo hiciera presente a donde deba y que sobre lo que respecta a la duda que manifiesta, suponiéndole bastante inteligente no necesitaba explicación de aquella palabra tan vulgarmente conocida.

Y seguramente el Sr. Coronel Guimarâes aludiendo a este pasaje, me marcó también como punto a exponer sobre ello, por que a no ser así, cual necesidad había de querer recordar aquellos en que bajo la bandera de paz, se acercaban y se cambiaban algunas palabras los enemigos que tan cruda y encarnizadamente se combatieron; y sin embargo, no eramos nosotros que provocábamos, pero provocados, les respondíamos como debíamos con energía.

Con esto pasaré adelante.

Habiendo redactado la *conclusión* de aquella exposición bajo las impresiones del reagravamiento de mi situación, y con miramientos ulteriores ella carece de naturalidades.

Es el caso que, el día en que estaba por firmarla intimado de una orden de prisión a fierro sin comunicación que sufrí, todo el tiempo que estuve en el puerto de la Asunción, y después de haber andado desde que caí prisionero en arresto, notificándoseme a la vez que en consecuencia yo debía ser considerado y tratado como cualquier individuo de tropa *calpable* . . . . . es decir, no en el carácter que tenía de oficial superior en el ejército de mi patria.

Y aparte de esto, el Sr. General Cámara me dijo en la noche del 12 de Marzo en que me entregué prisionero, (no sin haber ideado previamente pasar al territorio correntino, habiendo excusado de hacerlo por enfermedad) que ¿por qué no había *desertado* de mi bandera, o *asesinado* al Mariscal en vista y presencia de las *medidas de crueldades y de la más grande tirania sin ejemplo en el mundo que ejercituba el Mariscal López*, etc. etc.? y en vista también de que la guerra ya no podía tener un buen éxito para la causa que defendíamos; a lo que le respondí que sobre lo primero nunca ni por imaginación se me había pasado lo que me decía el Sr. General.

Este me preguntó también cual tirano ha sido mayor, si Nerón en los tiempos antiguos, o el Mariscal López en este siglo? A esta pregunta no le respondí prefiriendo en la seriedad del acto, el silencio, porque a hablar no sería de tal opinión, máxime, cuando yo he sido uno de los que han acompañado al Mariscal hasta sus últimos momentos y tanta parte me ha hecho tomar en su política general interior durante su administración suprema.

Cuando no le respondi, él continuó diciendo de que para él no había duda de que era el *mayor* el Mariscal López, quien no contento con destruir y aniquilar a su patria, ha querido concluir con su familia, no respetando a su propia madre, cuya sentencia de muerte había firmado ya ese día (aludiendo al 1°. de Marzo). A esto le expresé de que era falso que hubiera firmado tal sentencia, que desde luego no había, y que esto habrán visto en el Proceso respectivo que habrán tomado en Cerro Corá. Me replicó de que él sabía bien y que era cierto.

No le dije más entonces; pero tal sentencia no existía y fué solamente invención y mentira de partes y de enemigos interesados en desprestigiar y abatir el nombre del Mariscal

López que ni ha pensado en tal cosa, y por el contrario ha anticipado, cuando dió en Zanja-Hú su Decreto de allanamiento de la persona de su madre para ser conducida en los tribunales, de que *desde ya para su tiempo interponia todo su valer en favor de su madre y en el de sus hermanos todo aquello que la salud pública pueda aún permitirle*. Y esto es todavía después de haber condonado la vida a sus hermanos juzgados por crímenes atroces y a su madre librado de ser enjuiciada por dos veces por iguales y aún mayores crímenes.

Enseguida el General Cámara, continuando me dijo, que mi responsabilidad era mayor, puesto de que se sabía que yo no solamente era un instrumento de su tiranía, sino además coloso y terrible sostenedor de ellos, y como tal responsable de muchos y aún de la mayor parte de los actos del Mariscal López, etc. A lo que le respondí que le había servido con lealtad.

Ahí tiene Vd. me volvió a decir, es Vd. responsable por el hecho de haber aconsejado al Mariscal López para enjuiciar a su madre y por el mal tratamiento que ella ha sufrido. Que ella desde ya acumulaba sobre mí muchísimos cargos juntamente con sus hijos. No lo dudo le respondí.

Porque entonces como ahora, era tal mi convicción, pues aquellos que han atentado contra su más importante deudo en la escala más inmediata y más no siendo ese deudo una entidad aislada, sino el Primer Magistrado de una nación, aquellos repito, que han atentado repetidas veces contra su hijo, hermano y Gobierno, esperar de ellos ménos, sería hacerles injusticia y aún ofenderles.

Además abordo del buque jefe «Princesa» a decir a S. A. I. a uno de los jefes prisioneros, que por qué no había procurado venir antes (es decir desertarse) y el Jefe le contestó que consideraba eso incompatible con el honor y dignidad de un soldado pundonoroso.

Después que caí prisionero, oí con extrañeza y asombro que en el Ejército aliado se consideraba criminal, y como tal responsable, a los hombres que habían servido con lealtad a su legítimo soberano que en pró de la Patria les exigía el cumplimiento de sus deberes sagrados para con ella, de fidelidad y servicios. A mí por ejemplo, prescindiendo de lo que pasó con otros, el mismo General Cámara me hizo severo cargo sobre ese particular, con el agregado de que no habíamos servido a la Patria, sino al Mariscal López en sus miras y caprichos personales, y que así lejos de redundar

nuestros esfuerzos en beneficio de la Nación, habíamos traicionado a ella y a sus intereses. Asi es que había dicho que me había equivocado creyendo que servía a mi Patria, *según el juicio de los aliados*, y que reconocía en mí la culpa de haber servido con lealtad tanto tiempo y con tantos sacrificios.

Culpa por cierto bien noble en el ciudadano y en el hombre que puede gloriarse, como yo me glorio, de su lealtad a su Gobierno, a su Patria y a la causa que se ha sostenido por sus más vitales intereses.

Y decir que el Mariscal López ha emprendido y sostenido la colosal y prolongada guerra por solo sus miras y caprichos personales, es decir lo absurdo, (tanto como aquello de que la guerra no ha sido al Pueblo Paraguayo sino a su Gobierno), pues él ha recurrido a ese recurso extremo en pró de principios vitales para el bienestar y estabilidad de su Patria, como Nación Soberana, cuya independencia e intereses estaban, no solamente amenazados, sería e inmediatamente, sino ya conculcadas, etc. etc.

Los hechos y los documentos hablarán a este respecto a la luz de los principios que rigen a los Pueblos cultos.

Yo no hago sino expresar lo que había pensado y pienso aún, como regla de mis convicciones.

Discúlpeseme esta digresión, pues en ella no llevo otro intento que patentizar la *alta moralidad* de los vencedores de legua.

Por su lado estas combinatorias acompañadas (como con ninguno, es decir, anteriormente), de fierro, y por otro sabedor de que en mi Patria, la turba, multa, aquellos que han defeccionado en la guerra y combatido a sangre y fuego a sus propios hermanos por *razones* de comodidad y de dinero, me odiaban hasta el extremo de demandar la exhibición de mi persona para ser juzgado inmediatamente a mi llegada a la Asunción; y recordando por otra parte la muerte del Mariscal López que postrado en Cerro Corá, a consecuencia de graves heridas que ha recibido luchando brazo a brazo con sus acometedores, un Ejército entero sin enemigos que le resistía ya, teniéndolo rodeado en su poder, en una palabra, y a demás faz a faz con el General Cámara, con quien cambió algunas palabras, no debiera haber hecho caso de la resistencia heróica que hacía aquel hombre desde su postración y ¡qué hombre! . . . «el Soberano de una Nación» a cuya grandeza e importancia, el tiempo y los imparciales

lo designarán todavía (pues hasta aquí no han hablado aún sino los que por meras ambiciones por cinco años le combatieron y los que desleales le traicionaran) recordando como he dicho este acontecimiento decía para mí: Si al hombre que no debieran hacer morir lo han muerto, es decir lo han *asesinado* . . . , con cuánto mayor deseo no querrán hacer lo mismo con sus servidores que insignificantes como son ante la grande figura del heróico Mariscal López, no atraerían sobre los perpetradores la atención ni la sensura de los hombres y de los Pueblos, como puede y aún debe suceder infaliblemente en el caso del Mariscal López.

A estas consideraciones formaba también séquito la intimación escrita que de parte de los jefes aliados fué hecha al Ejército paraguayo, cuando este, se hallaba en el Arroyo sud, de que, a no *deponer* las armas *cuanto antes*, como querían, en adelante la guerra sería *sin cuartel* y todos lo que después se aprisionaren serían pasados a degüello. Esta intimación había tenido por precedente el degüello de un Teniente Coronel Escobar, un Mayor Cárdenas y 16 o 17 oficiales prisioneros en el Monte de Alfonso de Caraguatay y del Teniente Coronel Caballero y Mayor López en Piribebuy, y el Capitán Insfrán en Ibicuí y por pospodente el Coronel Aguiar en Cerro-Corá, y el Capitán Ocampos en el arroyo-guazú . . . todos por la *horrenda* causa de haber servido a su Patria y Gobierno con lealtad, combatiendo a sus enemigos.

Y yo, queriendo alcanzar estas regiones para usar de la palabra bajo el imperio de la verdad y en virtud de la justa libertad de que blasonan y que hoy vengo a poner en prueba, tuve que pedir la gracia que he pedido, pero en términos, si bien hasta cierto punto ambiguos y obrepticios, poco conformes con mis ideas y sentimientos de hombre, de ciudadano y de soldado.

Dí a entender, o mejor dicho aparenté que, prisionero como me hallaba, declinaba de la fuerza de mis convicciones. Esto no es así, ni está en el orden natural acreditarlo, y lo *declaro* porque no podré soportar que se me señale como tal ante los propios, ni ante los extraños.

He puesto con abnegación mi pobre contingente en la guerra gigante que ha sostenido el Gobierno legítimo de mi patria y le he servido con lealtad y dedicación y hasta con fanatismo y cariño, porque nunca he dudado de la sinceridad y buena fé de sus actos y de sus fines.

Y si él ha tenido que adoptar y recurrir a medidas enérgicas y hasta violentas en el curso de la prolongada guerra, también las circunstancias apremiantísimas en que ha obrado y las terribles complicaciones que surgieron, no admitían otro procedimiento, estando por otra parte autorizado por las instituciones nacionales sancionadadas de anterior a su advenimiento al Gobierno. Pueden haber hechos en que hayan habido excesos, pero ambos son ya ahora del dominio de la historia, que debe distribuir su justicia.

Yo como uno de los constantes en el fiel servicio del Gobierno del Mariscal López, quién defendía en heróica lid los sagrados derechos de la Patria común de los paraguayos, desde ya estoy sujeto al reglón como que me brinde, si quiere ocuparse de mí en su fallo inexorable.

En mi exposición yo he dicho que en todo lo que hice en el servicio público, había obrado según y en virtud de las órdenes del Mariscal López, y es la verdad, pero no es menos cierto de que yo le he servido, ejecutados sus órdenes sobre mi conciencia íntima, y lo *declaro* también ésto, pues no quisiera que con aquello se entendiese que he tratado de disculparme en la parte que pueda caberme. No es solamente porque él me mandaba que lo hacía, lo hacía también porque tenía fé y convicción en ello, y penetrado además de la necesidad y rectitud en ley y en justicia.

Trátase al Gobierno del Mariscal López después de su muerte, de déspota, cruel, sanguinario y hasta de bruto y estúpido . . . por los mismos que han pregonado más alto y usufructuado más o menos, los encomios de liberal, justiciero, bondadoso, humanitario, sabio F. S. con que los enzalsaban. En mi exposición no se había visto ningnno de aquellos calificativos degradantes, pues no hice, no quise ni pensé hacerlos, y a hacerlo los mios serían los mismos que hice en su vida. No tengo motivos para modificarlos, y a él ha podido contrarrestar, contener y hasta a veces hacer fluctuar por más de un lustro la horrísona tempestad que se desbordará contra su Patria con todo el aparato del poder, amenazando de un soplo absorverla y anonadarla, menester sería que sus dotes fueran sobresalientes y su alma fuera grande y fuerte . . . Y asi lo fué.

Y tal lo demuestra el hecho de que naufragando, él con su nave, los remeros que tan solicitos fueron en secundarle en vida, y que lograron salir a playa, apenas pisaron ésta, le maldijeron, probando asi que solo, y muy solo, aquel

hombre ha hecho todo lo que hizo y que ha hecho más, domando y sujetando a tales monstruos y haciéndose servir de ellos, con tanta docilidad, tan buena voluntad y expontaneidad como si fueran movidos por propios resortes.

Tal lo demuestra también el hecho de que ni los numerosos Generales de la alianza que se incapacitaban y se mudaban como paño caliente ante el Mariscal López, ni los Gobiernos y notabilidades grandes de las potencias coaligados pudieron con él durante la grande guerra de cinco años de un enano con tres gigantes, y si han triunfado ha sido debido únicamente a la falencia de hombres, la carencia de recursos de todo género, y la acción funesta de la deslealtad de sus conciudadanos que más daños causaron que los mismos invasores . . . aunque de acuerdo con estos obraron, que al empuje de las bayonetas aunque triplicadamente más numerosas, secundadas, por los mejores elementos de movilidad y destrucción mientras que el Paraguay libraba su defensa a sus propios medios y recursos, privado como estaba por su posición topográfica de la comunicación con el mundo; lo cual era una desgracia para él, no solamente para no recibir y renovar sus recursos bélicos, más también, y más sencillamente, para no hacer oir su voz en el exterior y expandir en tiempo oportuno las causas que le han impulsado a aceptar la guerra y los acontecimientos extraños e interesantes en su curso desarrollados en mengua de la dignidad de los agresores, y honor y justificación de los agredidos? Hoy no se sabe sino lo que se dice por los adversarios.

Hecha esta manifestación por la prensa imprescindible para mí, protesto en lo demás observar religiosamente mis obligaciones de prisionero.

Y yo, aunque he solicitado ser transportado a este país, como prisionero, cuando se me movió del puerto de la Asunción, ninguna satisfacción se me dió respecto a que yo venía al Brasil porque hubiese pedido, y por el contrario en el puerto de La Paz cuando allá paramos para tomar carbón el buque, y con motivo de embarcarse un ciudadano argentino a manifestarnos simpatía y benevolencia, esa noche tuvimos en nuestra puerta tres postas que nos vigilaban porque había corrido el rumor de que esa noche íbamos a desertarnos con otros Jefes superiores prisioneros, lo que prueba que mi solicitud ningún efecto ha surtido, y que he sido por mis circuntancias políticas arrastrado aquí como prisionero de guerra, después de

terminada ésta, porque a no ser así, ¿qué me importaba a que yo me quedase en tal o cual parte, siendo este lugar extraño a mi patria?

Si antes he tratado de esquivar por medios directos mi situación, hoy me responsabilizo por esta publicación, más si hay verdadera libertad en que uno exprese sus ideas y sus sentimientos, seré yo dueño de hacer lo que quiera en este sentido, puesto que el derecho nunca se enagena aunque fuese ataviado con exfraños ropajes.

Hasta otra ocasión en que con más medios pueda ser más extenso.

J. Silvestre Aveiro
Coronel

Río de Janeiro, Junio 30 de 1870.

Nota:—Esta protesta mía contra la violencia que pusieron en práctica conmigo para arrancar de mi la exposición que lleva la fecha de 23 de Marzo de 1870 abordo de la cañonera *Iguatemé*, surto entonces en el puerto de la Asunción, que si bien no fué publicada en el «*Jornal do Comercio*» por falta de recurso para abonar el importe de la publicación, no es menos cierto, qué quedaron archivados los originales en la secretaría o regencia de aquel diario. Esto pasó en los primeros días de Julio del mismo año en Río Janeiro.

Dicha mi exposición la de Marzo 1870 no tiene ni puede tener el valor histórico que le han querido dar, por esa circunstancia especialísima en que fué dada: encerrado dentro de las cuatro paredes de un estrecho camarote con centinela de vista, el espíritu abatido bajo la impresión de una amenaza de muerte, sin poder consultar ningún documento porque no lo tenía, ni hablar con mis compañeros de fatiga porque estaba incomunicado, he tenido que depender en absoluto de la memoria que de suyo es frágil y falible; incurriendo consiguientemente en errores e inexactitudes en la relación de algunos sucesos y en la mención de nombres de las personas que suponía habían tenido intervención en ellos.

Ahora mejor recapacitado, con el espíritu libre y tranquilo, para juzgar de las cosas con calma e imparcialidad, creo de mi deber declarar, en obsequio a la verdad y justicia —únicas que deben prevalecer en la historia,—que había sufrido una equivocación al decir que el Coronel Centurión había puesto en práctica en *Paso-pucú* con prisioneros el castigo de azotes, no habiendo sido él sino el Capitán Matías Goiburú

encargado de la vigilancia de aquellos, y sin duda, autorizado para el efecto, pues nada se hacía sin previa autorización del Mariscal, o sin sus inmediatas inspiraciones.

Tampoco es exacto en cuanto a la afirmación genérica de haber tenido participación en todos los sumarios o procesos instruídos, ya sea en Ascurra, San Estanislao o en Tandei-y. Casi todos eran verbales excepto algunos de importancia, con intervención poco menos que directa del mismo Mariscal. Sus servicios en realidad de verdad en esos puntos y más adelante hasta Cerro Corá, han sido de carácter puramente militar, habiendo sido nombrado jefe de la Mayoría en Tandei-y, en reemplazo del Coronel Marcó a la caída de éste por su complicidad en el proyecto de fuga del Coronel Venancio López al campamento enemigo en San Joaquín.

No me liga en la actualidad con el Coronel Centurión mayor vínculo de amistad que el de saludarnos a veces de lejos, y la rectificación que aquí hago a su respecto al entregarle el original de mi protesta para que sirva de apéndice a su obra es espontánea, y debida solo porque he visto que en estos últimos tiempos ha sido perseguido por sus gratuitos enemigos que han esgrimido contra él la odiosa arma de la calumnia.

La culpa de él es la que tenemos más o menos todos los que permanecimos fieles a nuestra bandera, la de haber defendido nuestra patria con lealtad en los momentos supremos de la guerra y de haber obedecido con esa misma lealtad al que mandaba a todos a nombre de la Nación—Asunción.—.

(fir.) S. Aveiro

Marzo de 1897.

Nº 5

Parte oficial del General José Antonio Correa da Cámara

Comando de las fuerzas expedicionarias. Cuartel General en Villa Concepción 13 de Marzo de 1870.

Ilmo. y Excmo. Señor:

Ya tuve la honra de participar a V. E. que con fecha 9 del mes pasado marché de esta Villa, y en oficio del 6 del mismo mes, me permití exponer a V. E. el plan que había concebido para dar un golpe certero a las fuerzas del ex dictador.

No me hallaba todavía en estado de emprender largas marchas y la columna que confiara al Coronel Domingo Paranhos, cuyo movimiento pendia de la remesa de 500 reses que había solicitado de V. E.

Las instrucciones como también las órdenes de su altesa el señor Príncipe, Mariscal y comandante en Jefe dejando a mi entero arbitrio la dirección y mando de las fuerzas del Norte, me obligaron por tan honrosa confianza a no perder tiempo, a no diferir por una sola hora a poner término a tan larga y dolorosa guerra.

En mi citado oficio del 6 hice conocer a V. E. mi intención de adelantarme a las fuerzas enemigas marchando inmediatamente hacia Bella-Vista de donde reunido al Coronel Bento Martins de Menezes, que allí se hallaba estacionado con dos batallones de infantería y dos cuerpos de caballería para proseguir en dirección a Dorados, localidad que por los recursos que ofrece me parecía que el ex-dictador buscaría.

La columna de mi mando se compondría de 6 bocas de fuego, 5 batallones de infantería y 4 cuerpos de caballería, 2 de los cuales destiné para recoger ganado y garantir mi línea de comuicaciones con Bella Vista y Paso Barreto.

El Coronel Antonio da Silva Paranhos que partiera el día 13 del mismo mes de este lugar se dirigiría directamente sobre la línea de retirada del enemigo, cuya retaguardia procuraría alcanzar y hostilizar; pero en todo caso no ofrecer ni aceptar ataque por no comprometer parte o toda su fuerza.

Si la picada de Chirigüelo estuviera franca por ella se internaría en busca del Çapiibary, y, finalmente Dorados, punto de reunión de las 2 columnas y objetivo común.

De cualquier noticia o declaración que obtuviere que se relacionase con la dirección de mi marcha u ocupación de punto estratégico, me informaría por propio seguro a fin de resolver lo que el caso exigiere.

Su linea de comunicaciones cuyos puntos principales, más allá del Paso Barreto, eran los ríos Guazú y Negla, debía ser mantenida por destacamento.

Esta columna debía calcular su marcha de suerte tal que se hallara en Dorados juntamente con la mía.

De este modo me proponía obligar a las fuerzas del exdictador si por ventura como juzgaba seguro continuaba lentamente su marcha para Dorados encerrarlo entre sus colum-

nas para forzarlo a aceptar combate decisivo, rendirse o dispersarse por las selvas abandonándonos la artillería y el bagage.

Con estas disposiciones partiendo el mencionado día de esta Villa, me hallaba el 13 en la margen derecha del Aquidabán, pasándolo por el correntoso Paso-Barreto que se hallaba a nado.

Ese mismo día seguí para Bella Vista.

Próximo a aquel sitio me encontré con el Capitán del 18°. cuerpo de caballería provisorio, Pedro Rodríguez que me traía un oficio del Coronel Bento Martins, noticia de que el enemigo abandonando el camino de Dorados pasara el Chirigüelo viniendo a ocupar al interior de la sierra las alturas que separan los arroyos que enriquecen las aguas del Aquidabán.

El Aquidabánigui era el lugar de su campamento, una extensa colina la encerraba entre el Aquidabán y el Aquidanigui tributario de este con suave declive hacia éstos y teniendo su naciente en las alturas de sierras escarpadas que abrigan a los Caynguaes y al occidente selvas impenetrables que rodean el Aquidabán.

Este recinto que la naturaleza parece haber querido destinar a una defensa heróica solo podía ser abordado por dos únicos caminos. El que yo seguía, que pasa por el Negla, atraviesa los extensos campos de Aramburú costeando las primeras serranías, que caen ex abrupto sobre un terreno accidentado de donde se dirige al río Guazú.

De ahí se internan por picadas que se suceden sin interrupción, cortados por arroyos cuyas corrientes surcan profundamente los flancos de las montañas limitadas por las sierras escarpadas de la cordillera, atraviesa los ríos Tacuaras y Aquidabán y terminando en la planicie donde López plantara sus tiendas de campaña.

El otro que pasa por Bella Vista, Dorados, Capiibary, Punta Porá, se interna por la picada del Chirigüelo cuya extremidad se bifurca y sigue para el Panadero.

El enemigo en tanto se había colocado de tal manera para no poder evitar un encuentro con nosotros si por ventura fiado en las probabilidades, nos diera tiempo para ocupar el Guazú por un lado y el Chirigüelo por el otro.

En mi espíritu desde luego, tenía resuelta la cuestión magna: López se vería forzado en su propio campamento en medio de estas sierras y selvas que buscara como impenetrable

abrigo a aceptar el combate decisivo; o retirándose perseguido, iría encajonarse en la larga picada del Chirigüelo, donde su aniquilamiento sería inevitable.

Me hallaba mucho más próximo de lo que supuse de la hora ambicionada de medirme con ese poder que fanatizó y aniquiló una nación entera.

Cambiando inmediatamente de resolución, hice acampar las fuerzas y me dirigí hacia Bella Vista de donde hice seguir por el camino de Dorados al Coronel Bento Martins Menezes cuya fuerza aumenté con dos cañones de campaña y parte de un batallón de infantería.

Al Coronel Antonio da Silva Paranhos ordené que marchara sin pérdida de tiempo y ocupara los pasos del río Negla esperando en este punto la reunión de mis fuerzas.

Al Coronel Bento Martins, intimé que se esforzase en ocupar la boca de la picada del chirigüelo para el día dos del corriente, época en que podría el ex-dictador hallarse allí si por acaso sintiese y abandonase su campamento tomando el único camino que le quedaba franco.

Contramarchando de hacia el Negla me reuní con el Coronel Antonio da Silva Paranhos que allí me esperaba, y el 25 del pasado mes emprendí nuevas marchas hacia Cerro Corá.

Al siguiente día se me presentaron algunos pasados del enemigo, entre los que se encontraba el Teniente Coronel Solalinde.

Estos me aseguraron que López ignoraba mi marcha, y que el enemigo poca vigilancia acostumbraba tener en sus posiciones.

Resolví precipitar mi marcha hacia el enemigo reduciendo mi fuerza en lo posible. La dirección de la vanguardia confié al infatigable y bravo Coronel Juan Núñez da Silva Tavares, recomendándole toda prudencia y circunspección, ordenando la mayor rapidez en sus movimientos.

En tres días de marcha halléme sobre el Guazú cerrando de este modo la salida del enemigo.

Me encontraba a dos leguas de yatebó.

Mandé ocupar esta picada por los carabineros del cuerpo provisorio décimo octavo ordenando se embarcase a fin de apresar los espías o descubiertas que el enemigo dirigiera por allí.

De las noticias que recibiera, mi esperanza aumentaba de sorprender al ex-dictador en pleno día invadiendo su

campamento sin resistencia y haciéndole de este modo medir su caida antes de pensar en la inminencia de su ruina.

Por eso hice avanzar esa misma noche al bravo y esperimentado Teniente Coronel Francisco Antonio Martins, con los carabineros de los cuerpos 1º, 18º, 19º y 21º y el intrépido mayor Floriano Vieira Peixoto al frente del 9º batallón de infantería del que era Comandante dirigiéndose hacia el paso Tacuaras a 5 leguas del lugar en donde yo me hallaba.

Impartí órdenes para que se procurase sorprender al enemigo que defendía ese paso con dos cañones y alguna infantería, debiendo ir por el bosque al acercarse del paso, hasta ocupar la margen del río, y poder converger sus fuegos sobre la artillería, y cargue a la bayoneta cuando los defensores fueran diezmados.

Recomendéles, que según fuese la naturaleza del terreno que debían recorrer, llevasen el ataque sea protejidos por la oscuridad de la noche a al rayar el día.

Esos dignos guerreros, marcharon toda la noche, internados por sombrías picadas y caminos desconocidos, se posesionaron de la margen del río Tacuaras sin ser sentidos, rodeándolos más abajo del paso y por retaguardia del enemigo, al romper el día, se lanzaron sobre la artillería, cargando con denuedo, antes que pudieran formarse y largar un solo tiro (1).

Ni un solo hombre perdimos en esta operación que inauguró ese feliz día, 1º de Marzo.

Me encontraba próximo a ese lugar, habiendo levantado mi campamento a las tres de la madrugada, avanzando a marcha forzada, tan luego que el camino me permitió.

Una vez allí, hice emboscar un escuadrón de caballería en la picada que precede al Aquidabán, y allí esperase la llegada de la fuerza con que yo iba a atacar el paso de ese río defendido por tres cañones de pequeño calibre y alguna infantería.

Nada indicaba que el enemigo nos hubiese sentido, y los prisioneros recién tomados, me aseguraron ignorarse mi marcha, agregado a la feliz toma de Tacuaras sin un tiro de cañón, para anunciarlo, alentaba mi esperanza de realizar mi proyectada operación.

---

(1) **Gracias al desertor y traidor Carmona (Nota del A).**

Tenía por delante una picada que atravesar, un río a vadear, defendido por artillería que vomitaría metrallas, en cuanto los asaltantes vencieran las correntosas aguas, tropezaron con el espacio que ocupaban.

Si el enemigo tuviese noticia de nuestra proximidad, reforzaría este punto, y las defensas naturales asi aumentadas, frustrarían nuestro intento de cerrar la retirada de López.

El parte que la guarnición de Tacuaras enviaba todas las mañanas, tardaba en llegar. López mandó un ayudante de campo a inquirir la causa de tal demora y tan gran falta.

Los pocos tiros que de su campamento se oyera, no le hicieron sospechar que fuerzas superiores estuviesen tan próximas; y más bien supuso que habiéndose acercado alguna pequeña partida del paso, hubiese sido rechazado.

Al trasponer la picada el ayudante de campo, solo notó nuestra emboscada cuando fué sorprendido y hecho prisionero.

Detrás de éste, después de alguna demora, dos mayores y once soldados fueron enviados para hacerse cargo de la guarda de Tacuaras.

Seis eran los carabineros que yo tenía emboscados en medio de la picada.

La lucha se trabó entre ellos y la nueva guarnición, que ora avanzaba, o reculaba, hasta que reciando una descarga y teniendo dos muertos, dispersóse por el bosque cabiendo a todos igual suerte.

Inmediatamente mandé al Teniente Coronel Martins con sus carabineros que asaltaran Tacuaras, y al Mayor Floriano Peixoto con el cuerpo de su mando, avanzasen.

El primero internándose por el bosque procuraría ocupar la barranca del río, o derecha del paso; el segundo por fuera de la picada iría a ocupar las márgenes izquierda del mismo punto.

Ambos convergerían sus fuegos sobre los cañones con que el enemigo pretendería resistirnos, cargando sobre las fuerzas, tan pronto viera la guarnición e infantería debilitarse.

Los cuerpos 19° y 21° que componen la brigada del denodado Coronel Silva Tavares, formados al extremo de la picada, esperarían el toque de avance, para cargar con la bizarría que los caracteriza el paso y la artillería que lo defendía.

Al Coronel Antonio da Silva Paranhos, que mandaba la columna de infantería, ordené se adelantara a la artillería

para que no fuera embarazado en su marcha por los obstáculos que esta pudiera encontrar en la picada, y a toda prisa marchara a apoyar el golpe que se iba dar al enemigo; por si su auxilio fuera necesario.

Una vez tomadas estas medidas, mandé tocar la señal de ataque, tanto los carabineros cuanto la infantería, vencidas que fueron las dificultades de la marcha, ocupando las barrancas rompieron nutrido fuego sobre la artillería enemiga, que contestaba con metralla.

Mandé tocar avance.

Los lanceros, a todo galope por la picada, invadieron el paso, al mismo tiempo que los carabineros y la infantería, se precipitaron a la voz de sus jefes al río acometiendo al enemigo, cuyas metrallas les pasaban por arriba.

Ni un solo hombre fué muerto en este combate contra la artillería en posición, lanzando metralla: la artillería enemiga quedó en nuestro poder, y de sus defensores pocos se escaparon.

A los lanceros habíales ordenado que tan pronto invadieran el campamento del ex-dictador, contornasen sus flancos, y tomaran el camino de Chirigüelo, para impedir que algún jefe de importancia se escapara por ese lado.

Cumpliendo esta orden, una vez traspuesta la picada que conducía al campamento, se dividieron, e inundaron por los flancos la planicie del Aquidabániqui en cuyo centro se hallaban las fuerzas enemigas.

El Coronel Silva Tavares, oficiales de su estado mayor, y algunos carabineros que le seguían, y unos pocos infantes recogidos en el camino del centro, fueron a arremeter las fuerzas a cuyo frente se hallaba el ex-dictador.

El Coronel Silva Tavares no le dió tiempo para respirar.

Le cargó, diezmó sus defensores, mutiló el piquete de oficiales, segando con la espada de la victoria aquellas vidas, cual ángeles del mal, se oponen a la paz y regeneración de un pueblo, los llevó envueltos entre polvo y humo, al centro del bosque que cubre el Aquidabánigui.

A tan encarnizada persecución el tirano no pudo hacer frente.

Dióse a la fuga, lanzándose para el interior del bosque, seguido de cerca por un puñado de valientes que juraron su exterminio, hasta que herido, desanimado, exhausto, apeóse de su caballo, dirigiéndose hacia aquel arroyo con el intento de vadearlo, cayendo de rodillas en la barranca opuesta.

En esta posición lo encontré, cuando a pie seguí sus huellas.

Lo intimé se rindiera y me entregara su espada, que yo le garantía los restos de su vida, y que yo era el General que mandaba las fuerzas.

Por contestación me alargó una estocada.

Entonces mandé que un soldado lo desarmase, lo que fué ejecutado al mismo tiempo que exhalaba el último suspiro, librando la tierra de un monstruo, al Paraguay de su tirano, y al Brasil del flajelo de la guerra.

Al mayor en comisión del Estado Mayor, de 1ª clase, José Simeón de Oliveira, miembro de la Comisión de Ingenieros, a quien yo había ordenado se pusiera a las órdenes del Coronel Silva Tavares en momentos de ser atacados el paso del Aquidabán, para secundarlo en el combate.

Los servicios de este distinguido y denodado oficial fueron importantísimos siendo uno de los que más se distinguieron en la derrota del enemigo, persiguiendo al ex-dictador, y haciendo que los soldados le dirigieran con preferencia sus tiros, en su veloz fuga hacia las selvas (1) siendo para mi evidente que debido a ésta persecución incansable debemos el fin del tirano.

Felicito a V. E. por las glorias que en este memorable día obtuvieron las armas del Imperio.

Nuestras bajas aunque sensibles fueron insignificantes. Hubo siete heridos, dos de ellos graves, y entre los leves dos oficiales.

Las pérdidas del enemigo fueron completas; en las picadas donde se libró la primera batalla, los pasos de los ríos, en campo de combate, el espacio recorrido en la huída por la selva y arroyo en que lanzó, quedaron sembrados de cadáveres.

El número de prisioneros asciende a 244, contándose entre ellos los Generales Resquín y Delgado, 4 coroneles, 8 tenientes coroneles, 19 Sargentos mayores, 3 médicos, 8 padres y un escribano, Mme. Lynch y 4 hijos se encuentran en el número de los prisioneros y son preciosos trofeos de este tiempo.

Al lado del coche en que ella pretendía huir, dispersa la escolta que le guardaba, y muerto el Coronel López hijo del ex-dictador, quien no quiso rendirse.

---

(1) El Mariscal se retiró del combate, como hace todo militar que sufre una derrota; y fué rodeado por el enemigo, defendiéndose de sus golpes hasta que, mal herido, entró en el monte y cayó del caballo, debilitado por la mucha sangre que había perdido.

16 cañones cayeron en nuestro poder, dos banderas y mucho armamento y municiones que hice inutilizar.

Quedaron muertos en el campo de batalla el General Roa, el Vice-Presidente Sánchez, el ministro Caminos, el Coronel Delvalle (1) y muchos oficiales superiores y subalternos.

La madre y hermanos del tirano que se hallaban presos y a quienes había sido notificada la sentencia de muerte fueron libertados. (2)

Gran número de familias eran aún los que acompañaban las fuerzas del ex-dictador.

Rescatadas de tan humillante cautiverio, les fueron proporcionados recursos a fin de acompañar las fuerzas hasta esta Villa.

A la madre y hermanas del ex-dictador proporcioné carretas para su transporte y tódo cuanto necesitaren al alcance de los recursos de que disponía.

Cumplo con un agradable deber recomendando a la alta apreciación de V. E. los importantes servicios prestados en este memorable día por el intrépido Coronel Juan Núñez da Silva Tavares. Su devoción a la causa que defendemos, la infatigable solicitud que desplegó en el comando de la vanguardia, así como el valor en el combate y persecución del enemigo y tirano, le hacen digno de la consideración y aprecio de sus superiores.

Del mismo modo mucho recomiendo a V. E. los servicios y valor que en más de una vez ostentó en combate el Teniente Coronel Francisco Antonio Martins, comandante del regimiento Nº 21, de caballería, los mayores Floriano Vieira Peixoto, comandante del batallón 9° de infantería y Francisco Marques Xavier, comandante del cuerpo 1° provisorio de caballería de carabineros uno de los primeros en lanzarse al río Aquidabán, agregando a voz de mando el más digno ejemplo de valor, que sus subalternos hayan ejecutado: así como el capitán Juan Pedro Rodríguez que mandaba a los carabineros del 18° y del escuadrón de vanguardia donde dió exhuberantes pruebas de su actividad y valentía.

Es también un deber de justicia, recomendar a V. E.

---

(1) Recién el 4 de Marzo fué muerto después de rendirse con sus otros compañeros. entre estos el canónigo Joaquín Román. (N. del A.)
(2) No es exacto. (N. del A.)

los oficiales de mi cuartel general, el capitán del 1er. regimiento de artillería a caballo Antonio José María Pego Junior, asistente del diputado ayudante general, agregado a esto comando, al teniente del 31 de voluntarios de la patria José Portas de Lima Franco, escribiente de esta repartición, al teniente en comisión de caballería Alfredo Miranda Pinheiro da Cunha, mi ayudante de órdenes alférez del 19 de caballería Franklin Mendez Machado y al alférez del mismo cuerpo Joaquín da Rosa Castillo, olias Florencio da Silva Cámara, que sirven a las órdenes de este comando. por el valor y calma con que se portaron, trasmitiendo con rapidez mis órdenes, lo mismo que al sargento amanuence de la repartición del Diputado del Ayudante General Etelvino José do Santos.

Me es sumamente agradable elogiar el empeño y dedicación con que siempre me secundaron los Coroneles Antonio da Silva Paranhos, Federico Augusto de Mesquita, así como el Teniente Coronel Francisco Bibiano de Castro, que mandaba una brigada provisoria, el mayor de artillería José Clorindo de Queiroz, quienes, si por las circunstancias no tuvieron ocasión de batirse con el enemigo, más de una vez probaron su reconocido valor, no por eso dejaron de merecer bien de la patria y de sus ilustres jefes por los buenos servicios e interés con que coayuvaron a esta operación, alabados siempre en sus respectivos comandos.

Ese día hice acampar la infantería en el campamento del ex-dictador, haciendo contramarcha la caballería, fuera de la picada del Aquidabán.

El 2 de Marzo, recibí parte de que el Coronel Bento Martins, había traspuesto la picada del Chirigüelo, y el 12° batallón de infantería, se hallaba acampado en el lugar donde derroté al enemigo.

La rápida marcha realizada por ese distinguido Coronel, por sí solo honra y glorifica a un jefe y en mi opinión esta marcha viene a justificar el brillante nombre y reputación que ha sabido conquistarse a costa de valor, perseverancia y consumada pericia.

No puedo dejar de llamar la atención de V. E. por la importante comisión cabalmente desempeñada por el Coronel Bento Martins.

La confianza que tenía en este jefe, me hacía presumir la pérdida del enemigo en medio de las sierras que le ocul-

taban, y este comprobó mi opinión ocupando el único camino que quedaba expedito al enemigo, el día que yo le fijé para el inevitable y decisivo golpe proyectado.

No menos recomendables son los servicios prestados en la ocupación de Bella Vista por el Teniente Coronel José María Guerreiro Victorio, comandante del 18º cuerpo de caballería provisoria.

Su perseverancia, sus éfuerzos, el interés y celo con que siempre ejecutó mis intenciones, privando al enemigo de los recursos de esa localidad, retirada, batiéndolo varias veces y aprisionando a muchos, lo hace merecedor de elogios como uno de los muchos que contribuyeron para el feliz desenlace de esta campaña.

Debo aún recomendar a V. E. los relevantes servicios que con actividad e inteligencia siempre prestó, sea destacado en Paso Barreto, como anteriormente en Tacuatí el mayor en comisión de artillería Ernesto Augusto da Cunha Mattos. Son dignos del mayor aprecio.

Es igualmente recomendable el Teniente 2º. Cándido Leopoldo Esteves, Comandante del contingente de pontoneros, que siempre se mostró activo en el cumplimiento de sus deberes.

El mayor de 19º provisorio de caballería Vasco María de Asevedo Frutos, que mandaba los lanceros que se distinguieron por la picada de chirigüelo, recorriendo una extención de veinte leguas, según una breve comunicación que me dirigió, encontró y batió una fuerza al mando del Coronel Delvalle, quien tenía dos cañones.

Este coronel y veinte oficiales, casi todos los oficiales, quedaron todos muertos en el campo de batalla, la artilleria quedó en nuestro poder, fué inutilizada; los que lograron escaparse se desparramaron en el bosque.

El camino que recorrió este mayor, hacia Panadero estaba sembrado de cadáveres en toda su extensión.

Mas de dos mil muertos, indica la linea de retirada del tirano, como cuadro de disolución, hambre, de martirio y muerte que legó a sus secuases como premio de devoción.

Llamo la atención de V. E. hacia los partes de los señores comandantes de división brigadas y cuerpos que acompañan a esta expedición, y en ellos están consignados los dignos de elogio y aprecio de V. E.

No puedo remitir el del 9° batallón de infantería, que muchos servicios prestó tomando parte en el combate por encontrarse ese cuerpo en marcha y muy distante de esta Villa.

Dios guarde a V. E.

Ilmo. y Excmo. Señor Mariscal de Campo, Victorino José Carneiro Monteiro.

Comandante de las fuerzas al Norte del Manduvirá.
El Brigadier—José Antonio Correa da Cámara.

Fe de erratas más notables

Págs.	linea	donde dice	debe decir
5	18	que acompañaban	que le acompañaban
6	4	su botes	sus botes
7	17	la ofreció	le ofreció
8	23	consecuencio	consecuencia
13	11	en que	de que
20	34	susposición	suposición
26	14	su pensión	suspensión
27	26	bárbára	bárbara
29	24	prisionero	prisioneros
30	6	laguerra	la guerra
30	18	uación	nación
48	31	redoblado	redoblada
56	39	la	al
57	1	Caballero,	Caballero.
59	14	recibió	recibí
67	32	uo podía no	no podía
68	1	p. 11	p. 13
72	5	ejércitó	ejército
73	15	habranse	habránse
75	6	las	la
77	34	al amor	el amor
78	38	de	da
83	2	un fatigado	mi fatigado
83	22	1.2000	1.200
84	34	esta	estas
93	16	encontraban	encontraba
94	1	aliadoque	aliado que
95	8	remitidos	remitidas
95	19	ellos	ellas
105	5	honroso	horroroso
112	1	Ejércitto	Ejército
112	13	le le	le

Págs.	linea	donde dice	debe decir
126	16	se	ese
125	37	cofinadas	confinadas
129	1	lo hubo	lo que hubo
147	10	presentraron	presentaron
155	5	do	de
157	2	coo	con
157	3	preferidu	preferido
167	9	gigantezca	gigantesca
174	37	pretenciones	pretensiones
182	35	*suave qui pent*	*sauvé qui peut*
185	17	y a que	a que
185	19	persegido	perseguido
194	33	éste conducido	éste fue conducido
204	32	prisioneros	prisionera
210	10	al	el
216	24	y gritó	gritó

INDICE

CUARTA PARTE

No me hallaba todavía en estado de emprender largas marchas y la columna que confiara al Coronel Domingo Paranhos, cuyo movimiento pendia de la remesa de 500 reses que había solicitado de V. E.

Las instrucciones como también las órdenes de su altesa el señor Príncipe, Mariscal y comandante en Jefe dejando a mi entero arbitrio la dirección y mando de las fuerzas del Norte, me obligaron por tan honrosa confianza a no perder tiempo, a no diferir por una sola hora a poner término a tan larga y dolorosa guerra.

En mi citado oficio del 6 hice conocer a V. E. mi intención de adelantarme a las fuerzas enemigas marchando inmediatamente hacia Bella-Vista de donde reunido al Coronel Bento Martins de Menezes, que allí se hallaba estacionado con dos batallones de infantería y dos cuerpos de caballería para proseguir en dirección a Dorados, localidad que por los recursos que ofrece me parecía que el ex-dictador buscaría.

La columna de mi mando se compondría de 6 bocas de fuego, 5 batallones de infantería y 4 cuerpos de caballería, 2 de los cuales destiné para recoger ganado y garantir mi línea de comuicaciones con Bella Vista y Paso Barreto.

El Coronel Antonio da Silva Paranhos que partiera el día 13 del mismo mes de este lugar se dirigiría directamente sobre la línea de retirada del enemigo, cuya retaguardia procuraría alcanzar y hostilizar; pero en todo caso no ofrecer ni aceptar ataque por no comprometer parte o toda su fuerza.

Si la picada de Chirigüelo estuviera franca por ella se internaría en busca del Çapiibary, y, finalmente Dorados, punto de reunión de las 2 columnas y objetivo común.

De cualquier noticia o declaración que obtuviere que se relacionase con la dirección de mi marcha u ocupación de punto estratégico, me informaría por propio seguro a fin de resolver lo que el caso exigiere.

Su linea de comunicaciones cuyos puntos principales, más allá del Paso Barreto, eran los ríos Guazú y Negla, debía ser mantenida por destacamento.

Esta columna debía calcular su marcha de suerte tal que se hallara en Dorados juntamente con la mía.

De este modo me proponía obligar a las fuerzas del ex-dictador si por ventura como juzgaba seguro continuaba lentamente su marcha para Dorados encerrarlo entre sus colum-

nas para forzarlo a aceptar combate decisivo, rendirse o dispersarse por las selvas abandonándonos la artillería y el bagage.

Con estas disposiciones partiendo el mencionado día de esta Villa, me hallaba el 13 en la margen derecha del Aquidabán, pasándolo por el correntoso Paso-Barreto que se hallaba a nado.

Ese mismo día seguí para Bella Vista.

Próximo a aquel sitio me encontré con el Capitán del 18°. cuerpo de caballería provisorio, Pedro Rodríguez que me traía un oficio del Coronel Bento Martins, noticia de que el enemigo abandonando el camino de Dorados pasara el Chirigüelo viniendo a ocupar al interior de la sierra las alturas que separan los arroyos que enriquecen las aguas del Aquidabán.

El Aquidabánigui era el lugar de su campamento, una extensa colina la encerraba entre el Aquidabán y el Aquidanigui tributario de este con suave declive hacia éstos y teniendo su naciente en las alturas de sierras escarpadas que abrigan a los Caynguaes y al occidente selvas impenetrables que rodean el Aquidabán.

Este recinto que la naturaleza parece haber querido destinar a una defensa heróica solo podía ser abordado por dos únicos caminos. El que yo seguía, que pasa por el Negla, atraviesa los extensos campos de Aramburú costeando las primeras serranías, que caen ex abrupto sobre un terreno accidentado de donde se dirige al río Guazú.

De ahí se internan por picadas que se suceden sin interrupción, cortados por arroyos cuyas corrientes surcan profundamente los flancos de las montañas limitadas por las sierras escarpadas de la cordillera, atraviesa los ríos Tacuaras y Aquidabán y terminando en la planicie donde López plantara sus tiendas de campaña.

El otro que pasa por Bella Vista, Dorados, Capiíbary, Punta Porá, se interna por la picada del Chirigüelo cuya extremidad se bifurca y sigue para el Panadero.

El enemigo en tanto se había colocado de tal manera para no poder evitar un encuentro con nosotros si por ventura fiado en las probabilidades, nos diera tiempo para ocupar el Guazú por un lado y el Chirigüelo por el otro.

En mi espíritu desde luego, tenía resuelta la cuestión magna: López se vería forzado en su propio campamento en medio de estas sierras y selvas que buscara como impenetrable

abrigo a aceptar el combate decisivo; o retirándose perseguido, iría encajonarse en la larga picada del Chirigüelo, donde su aniquilamiento sería inevitable.

Me hallaba mucho más próximo de lo que supuse de la hora ambicionada de medirme con ese poder que fanatizó y aniquiló una nación entera.

Cambiando inmediatamente de resolución, hice acampar las fuerzas y me dirigí hacia Bella Vista de donde hice seguir por el camino de Dorados al Coronel Bento Martins Menezes cuya fuerza aumenté con dos cañones de campaña y parte de un batallón de infantería.

Al Coronel Antonio da Silva Paranhos ordené que marchara sin pérdida de tiempo y ocupara los pasos del río Negla esperando en este punto la reunión de mis fuerzas.

Al Coronel Bento Martins, intimé que se esforzase en ocupar la boca de la picada del chirigüelo para el día dos del corriente, época en que podría el ex-dictador hallarse allí si por acaso sintiese y abandonase su campamento tomando el único camino que le quedaba franco.

Contramarchando de hacia el Negla me reuní con el Coronel Antonio da Silva Paranhos que allí me esperaba, y el 25 del pasado mes emprendí nuevas marchas hacia Cerro Corá.

Al siguiente día se me presentaron algunos pasados del enemigo, entre los que se encontraba el Teniente Coronel Solalinde.

Estos me aseguraron que López ignoraba mi marcha, y que el enemigo poca vigilancia acostumbraba tener en sus posiciones.

Resolví precipitar mi marcha hacia el enemigo reduciendo mi fuerza en lo posible. La dirección de la vanguardia confié al infatigable y bravo Coronel Juan Núñez da Silva Tavares, recomendándole toda prudencia y circunspección, ordenando la mayor rapidez en sus movimientos.

En tres días de marcha halléme sobre el Guazú cerrando de este modo la salida del enemigo.

Me encontraba a dos leguas de yatebó.

Mandé ocupar esta picada por los carabineros del cuerpo provisorio décimo octavo ordenando se embarcase a fin de apresar los espías o descubiertas que el enemigo dirigiera por allí.

De las noticias que recibiera, mi esperanza aumentaba de sorprender al ex-dictador en pleno día invadiendo su